

AFTER

ANTES DE ELLA

TODO
CAMBIARÁ



UN FENÓMENO
wattpad

 Planeta

@IMAGINATOR1D

ANNA TODD

o

Índice

Portada

Aplicación serie AFTER

Portadilla

Playlist de hessa

Dedicatoria

Parte uno. ANTES

De pequeño, el niño soñaba...

NATALIE

MOLLY

MELISSA

STEPH

Parte dos. DURANTE

HARDIN

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

Parte tres. DESPUÉS

Al fin se estaba convirtiendo en el hombre...

ZED

LANDON

CHRISTIAN

SMITH

[HESSA](#)

[HESSA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Conecta con Anna Toldd en Wattpad](#)

[Confidencial](#)

[Personal](#)

[Escritora](#)

[El amor](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha de l libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

ANNA TODD

AFTER. ANTES DE ELLA

(Serie After, 0)

Playlist de hessa

Never Say Never de The Fray
Demons de Imagine Dragons
Poison & Wine de The Civil Wars
I'm a Mess de Ed Sheeran
Robbers de The 1975
Change Your Ticket de One Direction
The Hills de The Weeknd
In My Veins de Andrew Belle
Endlessly de The Cab
Colors de Halsey
Beautiful Disaster de Kelly Clarkson
Let Her Go de Passenger
Say Something de A Great Big World, con Christina Aguilera
All You Ever de Hunter Hayes
Blood Bank de Bon Iver
Night Changes de One Direction
A Drop in the Ocean de Ron Pope
Heartbreak Warfare de John Mayer
Beautiful Disaster de Jon McLaughlin
Through the Dark de One Direction
Shiver de Coldplay
All I Want de Kodaline
Breathe Me de Sia

*Para mis magníficos lectores, que me inspiran
mucho más de lo que puedan llegar a imaginar*

Parte uno

ANTES

De pequeño, el niño soñaba con qué sería de mayor.

Quizá policía, o profesor. Vance, el amigo de mamá, trabajaba leyendo libros, y eso parecía divertido. Pero el chico dudaba de su capacidad; no tenía aptitudes. No sabía cantar como Joss, un niño de su clase. No sabía sumar y restar números largos como Angela. Apenas era capaz de hablar delante de sus compañeros, a diferencia del dicharachero Calvin. Con lo único que disfrutaba era leyendo páginas y páginas de sus libros. Esperaba ansioso a que Vance se los llevara, lo que solía ser una vez a la semana, en ocasiones más, otras menos. Había épocas en las que no aparecía, y entonces se aburría y releía las páginas gastadas de sus obras favoritas. Pero aprendió a confiar en que aquel

hombre tan simpático siempre acabaría volviendo, libro en mano. Y el niño crecía y se volvía cada

vez más inteligente, unos dos centímetros y un libro nuevo cada dos semanas.

Sus padres fueron cambiando con las estaciones. Su padre cada vez gritaba más y tenía peor aspecto; su madre estaba cada vez más cansada y sus sollozos inundaban el silencio de la noche y se

volvían cada vez más intensos. El olor a tabaco y a cosas peores empezó a filtrarse en las paredes de

la pequeña casa. Los platos sucios se desbordaban de la pila de la cocina, y el aliento de su padre apestaba a whisky. Con el paso de los meses, en ocasiones incluso llegaba a olvidar por completo el aspecto que tenía su padre.

Vance acudía cada vez con más frecuencia, y él apenas reparó en el modo en que los gemidos de su madre se transformaron por las noches. Había hecho amigos. Bueno, un amigo. Ese amigo se trasladó a otro lugar y ya no se molestó en hacer otros nuevos. Sentía que no los necesitaba, no le importaba estar solo.

Los hombres que se presentaron en su casa aquella noche cambiaron algo en lo más profundo de su ser. Presenciar lo que le sucedió a su madre lo endureció; lo transformó en una persona cargada

de ira, y su padre se convirtió en un extraño para él. Poco tiempo después, aquél dejó de aparecer tambaleándose por la minúscula y mugrienta casa. Desapareció del mapa, y el chico sintió alivio. Se acabó el whisky. Se acabaron los muebles rotos y los agujeros en las paredes. Lo único que dejó atrás fue a un hijo sin un padre y un salón lleno de paquetes de cigarrillos medio vacíos.

El muchacho detestaba el sabor que le dejaba el tabaco, pero le encantaba el modo en que el humo inundaba sus pulmones y le robaba el aliento. Acabó fumándoselos todos, y después compró más.

Hizo amigos, si se podía llamar *amigos* a un grupo de delincuentes rebeldes que le causaban más problemas que otra cosa. Empezó a salir hasta tarde, y las mentirijillas piadosas y las bromas inofensivas del grupo de adolescentes furiosos acabarían transformándose en actos más graves. Se convirtieron en algo más oscuro, algo que todos sabían que estaba mal, en el sentido más profundo de la palabra, pero pensaban que sólo se estaban divirtiendo. Creían que tenían todo el derecho del mundo a comportarse así, y eran incapaces de negarse el subidón de adrenalina que les causaba el

poder que sentían. Tras cada inocencia que robaban, sus pulsos latían con más arrogancia, con más sed de causar dolor y menos límites.

Este chico seguía siendo el más blando de todos ellos, pero había perdido la conciencia que en su día lo hizo soñar con ser bombero o profesor. La relación que estaba desarrollando con las mujeres

no era la habitual. Ansiaba su contacto, pero se protegía contra cualquier tipo de conexión emocional.

Esto incluía a su madre, a quien había dejado de decirle hasta el más simple «te quiero». Apenas la veía. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la calle, y su casa pasó a ser sólo el sitio en el que recibía paquetes de vez en cuando, en los que aparecía una dirección del estado de Washington escrita bajo el nombre de Vance como remitente.

Vance también lo había abandonado.

Las chicas se fijaban en él. Se abalanzaban sobre él, le clavaban sus largas uñas dejándole medialunas marcadas en los brazos mientras él les mentía, las besaba y se las tiraba. Después de practicar el sexo, la mayoría de ellas intentaban rodearlo con los brazos, pero él las apartaba y les negaba sus besos y sus caricias. En casi todas las ocasiones se largaba antes de que ellas hubiesen recobrado el aliento. Se pasaba los días y las noches colocado en el callejón de detrás de la licorería o en la tienda del padre de Mark, malgastando su vida. Robaba botellas de alcohol, grababa vídeos manteniendo relaciones sexuales y humillaba a chicas ingenuas. Había dejado de sentir emociones más allá de la arrogancia y la rabia.

Al final, su madre dijo basta. Ya no tenía ni dinero ni paciencia para lidiar con su comportamiento destructivo. A su padre le habían hecho una oferta de trabajo en una universidad de Estados Unidos.

En Washington, concretamente, el estado en el que vivía Vance, en la misma ciudad, incluso. El bueno

y el malo juntos en el mismo lugar una vez más.

Su madre creía que no la estaba escuchando cuando habló con su padre sobre enviarlo allí. Al parecer, el viejo se había desintoxicado, aunque él no estaba seguro. Nunca lo estaría. Además, se había echado novia, una mujer a la que le tenía celos, ya que ella podía ver lo bueno de su nueva faceta; podía compartir las comidas sobrias y las palabras amables de las que él nunca disfrutó.

Cuando llegó a la universidad, se mudó a una casa de fraternidad. Lo hizo sólo por fastidiar a su viejo pero, aunque no le gustaba el lugar, en cuanto trasladó sus cajas a esa habitación con un tamaño

bastante decente que sería sólo suya, sintió una especie de alivio. El dormitorio era el doble de grande que el que tenía en Hampstead. No tenía agujeros en las paredes y no había bichos reptando por los lavabos del cuarto de baño. Por fin tenía un lugar en el que colocar todos sus libros.

Al principio se pasaba el tiempo solo y no se molestó en hacer amigos. Su pandilla se fue juntando poco a poco, y con ella volvió a caer en el mismo comportamiento oscuro.

Conoció al doble de Mark, a su versión estadounidense, y eso lo hizo pensar que así era como se suponía que tenía que ser el mundo. Empezó a aceptar que siempre estaría solo. Se le daba bien hacer

daño a la gente. Hirió a otra chica, como a la anterior, y volvió a sentir esa tormenta eléctrica que ascendía y descendía por su espalda y que amenazaba con destruir su vida con su furiosa energía.

Empezó a beber tanto como su padre lo había hecho en su día, cosa que lo convirtió en el peor de los hipócritas.

Pero le daba igual; apenas era capaz de notar sensación alguna, y tenía amigos que lo ayudaban a olvidar el hecho de que no tenía nada auténtico en la vida.

Nada importaba.

Ni siquiera las chicas que intentaban llegar hasta él.

NATALIE

Cuando conoció a esa chica de ojos azules y cabello oscuro supo que estaba ahí para ponerlo a prueba de un modo distinto. Era buena, el alma más noble que había conocido hasta el momento..., y estaba perdidamente enamorada de él.

Sacó a la pobre ingenua de su vida perfecta y la arrastró hasta un mundo oscuro y sórdido para después abandonarla a su suerte en aquel ambiente que le era completamente ajeno. Su crueldad hizo de ella una marginada. Primero la repudió su iglesia y después su familia. Las críticas eran duras, los rumores se extendían de beata en beata, y su familia no se portó mucho mejor. Se quedó sola, y cometió el error de confiar en que él era más de lo que era capaz de ser.

Lo que le hizo a esa chica fue la gota que colmó el vaso para su madre, de modo que lo envió a Estados Unidos, al estado de Washington, con su supuesto padre. Su manera de tratar a Natalie lo exilió de su Londres natal. Al final había conseguido que la soledad que había sentido todo ese tiempo se hiciera realidad.

Hoy los bancos de la iglesia están repletos de feligreses que han acudido a rezar en esta calurosa tarde de julio. Todas las semanas viene la misma gente, y conozco los nombres y los apellidos de todos ellos.

Mi familia y yo vivimos como reyes aquí, en una de las ciudades más pequeñas de Jesús.

Mi hermana pequeña, Cecily, está sentada a mi lado en primera fila, tirando con sus deditos de unas astillas del viejo banco de madera. Acaban de concederle una subvención a nuestra parroquia para renovar parte de los interiores, y nuestro grupo de juventudes ha estado ayudando a recoger materiales donados por la comunidad. Esta semana, nuestra misión es conseguir pintura para pintar los bancos. Me he pasado la tarde yendo de una ferretería a otra pidiendo donaciones.

Como para subrayar el fracaso que siento con respecto a esa tarea, oigo un leve chasquido y, cuando me vuelvo, veo que Cecily ha arrancado un trocito de madera de su asiento. Tiene las uñas pintadas de rosa, a juego con el lazo que luce en su cabello castaño oscuro, pero ¡madre mía, qué destructiva es!

—Cecily, arreglaremos los bancos la semana que viene. Estate quieta.—Le cojo sus manos con suavidad y hace pucheritos—. ¿Quieres ayudarnos a pintarlos para que vuelvan a estar bonitos? Le sonrío; ella me responde con su adorable sonrisa mellada y asiente con la cabeza. Sus rizos rebotan con cada uno de sus movimientos, para orgullo de mi madre, que se los ha hecho con la plancha esta mañana.

El pastor casi ha terminado con el sermón, y mis padres están cogidos de la mano mirando hacia el frente de la pequeña iglesia. El sudor se ha estado acumulando en mi cuello y sus pegajosas gotas

descienden por mi espalda mientras oigo de fondo sus palabras sobre el pecado y el sufrimiento.

Hace tanto calor aquí dentro que el maquillaje de mi madre empieza a relucir en su garganta y a correrse alrededor de sus ojos. Sin embargo, ésta debería ser nuestra última semana de padecer sin el aire acondicionado. O, al menos, eso espero; de lo contrario, hasta es posible que finja estar enferma para evitar este horno.

Cuando termina la misa, mi madre se levanta para hablar con la mujer del pastor. La admira mucho, demasiado, diría yo. Pauline, la primera dama de nuestra iglesia, es una señora dura y

muy

poco empática, de modo que entiendo por qué a mi madre le llama tanto la atención.

Saludo a Thomas con la mano, el único chico de mi edad de las juventudes. Me devuelve el saludo mientras sigue la fila de personas que salen de la iglesia con toda su familia. Lista para respirar

un

poco de aire fresco, me levanto y me seco las manos en mi vestido azul pastel.

—¿Puedes llevar a Cecily al coche? —me pregunta mi padre con una sonrisa cómplice.

Se dispone a intentar que mi madre deje de parlotear, como todos los domingos. Es una de esas mujeres que siguen hablando y hablando después de haberse despedido unas tres veces.

No me parezco a ella en ese sentido. En eso he salido a mi padre, cuyas escasas palabras suelen estar cargadas de un enorme significado. Y sé que mi padre se siente orgulloso de las cosas que

he

heredado de él, desde su discreto comportamiento hasta nuestros rasgos más evidentes: el pelo oscuro, los ojos azul pálido y la altura. O, más bien, la falta de ella. Apenas medimos un metro sesenta y siete, aunque él es ligeramente más alto que yo. Mamá siempre bromea con que Cecily nos pasará en cuanto cumpla los diez.

Asiento y cojo a mi hermana de la mano. Camina más rápido que yo, y el entusiasmo de la juventud la hace apresurarse entre el pequeño grupo de feligreses. Quiero tirar de ella para que espere, pero se vuelve hacia mí ofreciéndome la mejor de sus sonrisas y no puedo evitar seguirla.

Echamos a correr por la escalera hasta el patio. Cecily esquiva a una pareja de ancianos, y me

echo a

reír cuando da un gritito, a punto de chocar con Tyler Kenton, el chico más travieso de la

parroquia.

El sol brilla, siento el aire denso en mis pulmones y corro cada vez más rápido, siguiéndola,

hasta

que tropieza y cae sobre el césped. Me arrodillo para comprobar que está bien, me inclino sobre

ella

y le aparto el pelo de la cara. En sus ojos, las lágrimas amenazan con brotar, y el labio inferior le

tiembla con violencia.

—El vestido... —Se palpa el vestido blanco mirando las verdes manchas de césped en la tela—.

¡Se ha estropeado! —exclama, y se cubre el rostro con las manitas sucias.

Se las aparto y se las coloco sobre su regazo. Sonrío y le digo con voz suave:

—No se ha estropeado. Se puede lavar, cariño.

Paso el dedo pulgar por su párpado inferior para secarle una lágrima que pretendía descender por su mejilla. Ella se sorbe los mocos, dudando si creerme o no.

—Pasa muchas veces; a mí me ha pasado por lo menos treinta veces —le garantizo, aunque es mentira.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y se esfuerza por no sonreír.

—No es verdad —responde a mi mentirijilla.

La abrazo y tiro de ella para levantarla. Echo un vistazo a sus pálidas extremidades para asegurarme de que no tiene nada. Está intacta. Continúo rodeándola con el brazo mientras

caminamos

por el patio de la iglesia en dirección al aparcamiento. Mis padres se aproximan desde esa

dirección.

Él por fin ha conseguido cortar los chismorreos de mi madre.

Durante el trayecto a casa, me acomodo en el asiento trasero con Cecily y dibujamos pequeñas mariposas en su cuaderno de colorear favorito mientras mi padre habla con mi madre sobre el

problema que hemos tenido últimamente con un mapache que hurga en nuestro contenedor de la basura. Mi padre deja el coche en marcha cuando estaciona en el acceso. Cecily me da un besito rápido en la mejilla y sale del vehículo. Yo también salgo, abrazo a mi madre y recibo un beso de mi padre antes de ocupar el asiento del conductor.

Mi padre me mira.

—Ve con cuidado, bichito. Con el día tan bueno que hace hoy, hay mucha gente por ahí —dice haciendo visera con la mano para cubrirse los ojos entornados por la luz.

Es el día más soleado que hemos tenido en Hampstead desde hace tiempo. Ha hecho calor, pero sol no. Asiento y le prometo que estaré bien.

Espero a salir del barrio para cambiar la emisora de radio. Subo el volumen y canto todas las canciones que ponen de camino al centro de la ciudad. Mi objetivo es conseguir que las tres tiendas que voy a visitar donen tres cubos de pintura cada una. Me conformo con que donen uno, pero mi objetivo es que sean tres para que haya suficiente para pintarlo todo bien.

La primera tienda, Mark's Paint and Supply, es famosa por ser la más barata de la ciudad. Mark, el propietario, goza de muy buena reputación, y tengo muchas ganas de conocerlo. Estaciono en el parking, que está casi vacío. Aparte del mío, sólo hay un coche de estilo clásico pintado de rojo manzana de caramelo y un monovolumen. El edificio es viejo, compuesto de tablones de madera y yeso inestable. El cartel está torcido, y la «M» apenas se lee. La puerta de madera cruje al abrirse y hace sonar una campanilla. Un gato salta de una caja de cartón y aterriza a mis pies. Acaricio a la bola

de pelo durante un instante y luego me dirijo al mostrador.

El interior de la tienda está tan descuidado como el exterior y, con todo lleno de trastos, en un principio no veo al chico que está de pie tras él. Su presencia me coge un poco por sorpresa. Es alto y de espalda ancha. Parece el típico que lleva años haciendo deporte.

—¿Mark...? —digo esforzándome por recordar su apellido.

Todo el mundo lo llama Mark a secas.

—Mark soy yo —replica una voz por detrás del chico atlético.

Me inclino un poco hacia un lado y veo a otro chico vestido todo de negro sentado en una silla.

No es tan corpulento como el primero, pero la presencia que emana es mucho más imponente.

Tiene

el pelo oscuro, largo por los lados y con una especie de flequillo que le cae hacia un lado de la frente.

Sus brazos están repletos de tatuajes desperdigados aquí y allá en un mar de piel bronceada.

Los tatuajes no me van mucho pero, en lugar de juzgarlo, en lo único que pienso es en lo moreno que está todo el mundo menos yo este verano.

—No le hagas caso. Soy yo —dice una tercera voz.

Me vuelvo hacia el otro lado del primer chico y descubro a un tercero de mediana estatura, de constitución delgada y con el pelo muy rapado.

—Bueno, soy Mark hijo. Si buscas a mi viejo, hoy no está.

Éste también tiene algunos tatuajes, aunque los suyos son más discretos que los del chico de cabello alborotado, y también lleva un piercing en la ceja. Me acuerdo de cuando dije en casa que quería hacerme un piercing en el ombligo y, a día de hoy, aún me río al recordar cómo se escandalizaron.

—Éste es el mejor de los dos Marks —interviene el chico del pelo alborotado con su voz profunda y grave.

Sonríe y, al hacerlo, dos preciosos hoyuelos se dibujan en sus mejillas.

Me río al imaginar que eso no es en absoluto verdad.

—Lo dudo mucho —bromeo.

Todos se echan a reír, y Mark hijo se acerca con una sonrisa en los labios.

El chico de la silla se levanta. Es tan alto que su presencia se intensifica todavía más. Se aproxima y me siento aún más pequeña a su lado. Su rostro es fuerte y atractivo, con un mentón afilado,

unas

pestañas oscuras y unas cejas pobladas. Tiene la nariz fina y los labios de un rosa claro. Me quedo mirándolo, y él a mí.

—¿Buscabas a mi padre por algo? —pregunta Mark.

Al ver que no respondo de inmediato, Mark y el atleta se nos quedan mirando.

Vuelvo en mí al instante y, algo avergonzada de que me hayan pillado mirando, inicio mi discurso:

—Vengo de la iglesia bautista de Hampstead y me preguntaba si os gustaría donarnos pintura o algunos materiales. Estamos remodelando la iglesia y necesitamos donativos...

Me detengo porque el chico encantador de los labios rosa empieza a susurrarles algo a sus amigos en una voz tan baja que no puedo oír lo que dice. Entonces paran, y todos me miran a la

vez;

tres sonrisas en fila.

Mark es el primero en hablar.

—Por supuesto que sí —dice.

Al sonreír me recuerda a una especie de felino, no sabría decir por qué. Le devuelvo la sonrisa y empiezo a darle las gracias.

Entonces se vuelve hacia su amigo, el del barco gigante tatuado en el bíceps.

—Hardin, ¿cuántas latas hay ahí?

«¿Hardin?» Qué nombre tan raro. No lo había oído nunca.

Las mangas de la camiseta negra del tal Hardin apenas le cubren la mitad del barco de madera. Es muy bonito: los detalles y las sombras están muy conseguidos. Cuando levanto la vista para

mirarlo a

la cara, me detengo un instante en sus labios y siento el calor que invade mis mejillas. Me está mirando directamente, observando cómo analizo su rostro. Veo que Mark y Hardin establecen contacto visual, pero no consigo distinguir lo que el primero le articula.

—¿Y si hacemos un trato? —dice Mark, señalando a Hardin con un gesto de la cabeza.

Esto promete ser interesante. El tal Hardin parece divertido; un poco raro, pero hasta el momento me gusta.

—¿Cuál?

Me enrosco las puntas del pelo en el dedo y espero. Hardin sigue mirándome. Es como si ocultara algo. Lo siento desde el otro lado de la pequeña tienda. Tengo mucha curiosidad por este chico que se

está esforzando tanto en dar esa imagen de duro. Me horrorizo al preguntarme qué pensarían mis padres y cómo reaccionarían si apareciera en casa con él. Mi madre cree que los tatuajes los hace el demonio, pero no sé. No me apasionan, aunque considero que pueden ser una forma de autoexpresión y, sin duda, siempre hay belleza en algo así.

Mark se rasca el mentón imberbe.

—Si accedes a tener dos citas con mi amigo Hardin, aquí presente, te daré cuarenta litros de pintura.

Miro a Hardin, que me observa con una sonrisa maliciosa dibujada en las comisuras de sus labios. Qué labios tan bonitos tiene. Sus rasgos ligeramente femeninos lo hacen más atractivo que

su

ropa negra y su pelo revuelto. ¿Era eso lo que estaban susurrando? ¿Que le gusto a Hardin?

Mientras considero la proposición que me ha hecho, Mark sube la apuesta:

—De cualquier color. Con el acabado que quieras. A cuenta de la casa. Cuarenta litros.

Es un buen vendedor.

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—Una cita —respondo.

Hardin se echa a reír. Su nuez se mueve con cada carcajada y sus hoyuelos aparecen de nuevo en sus mejillas. Vale, es muy muy sexi. No entiendo cómo no me he dado cuenta desde el primer momento. Estaba tan concentrada en conseguir la pintura que apenas me había fijado en lo verdes

que

son sus ojos bajo las luces fluorescentes de la tienda de pinturas.

—Que sea una cita, entonces. —Hardin se mete la mano en el bolsillo y Mark mira al caballero rapado.

Sintiéndome bastante victoriosa ante el éxito de mi pequeño regateo, sonrío y nombro los colores que necesito para los bancos, las paredes y la escalera y finjo no estar deseando que llegue el

momento de mi encuentro con Hardin, el chico misterioso de pelo alborotado que es tan inocente y tímido que está dispuesto a intercambiar cuarenta litros de pintura por una cita.

MOLLY

Cuando era pequeño, su madre le había hablado de chicas peligrosas. Cuanto peor se porte contigo, y cuanto más se aleje de ti, más le gustas. «Tienes que ir detrás de ella», les enseñan a los niños.

Pero, con el tiempo, esos niños descubren que, la mayoría de las veces, si a una chica no le gustas, sencillamente no le gustas. La chica creció sin una mujer que le enseñara cómo debía comportarse. Su madre soñaba con vivir deprisa, con algo más grande de lo que ella misma podía ofrecer, y la chica aprendió cómo se suponía que tenían que comportarse los hombres observando a aquellos que la rodeaban.

Cuando la chica creció, enseguida entró en el juego y se convirtió en una experta.

Me coloco bien el vestido mientras doblo la oscura esquina para entrar en el callejón. Oigo cómo la malla de la tela se desgarran en el momento en que tiro de ella y me maldigo por estar haciendo esto otra vez.

He venido al centro en tren con la esperanza de obtener... *algo*.

No estoy muy segura de qué, pero estoy harta de sentirme así. La sensación de vacío puede hacer que te comportes de un modo que jamás habrías imaginado, y ésta es la única manera que tengo de

llenar el puto agujero enorme que tengo dentro de mí. La satisfacción viene y se va conforme los hombres se me comen con la mirada. Creen que tienen derecho a disfrutar de mi cuerpo porque visto de una forma que los provoca de manera deliberada. Me dan todo el asco del mundo, pero entro en su juego de lujuria y alimento su comportamiento guiñándoles un ojo. La tímida sonrisa de un hombre

solitario me ayuda mucho.

Me pone enferma necesitar esa atención. No se trata de un simple deseo; es una necesidad dolorosa y abrasadora que me quema por dentro.

Cuando giro otra esquina, un coche negro se acerca y miro hacia otro lado al ver que el hombre tras el volante reduce la velocidad para observarme. Está muy oscuro, y este callejón zigzagueante está situado detrás de una de las zonas más ricas de Filadelfia. Las calles están repletas de tiendas cuyas puertas traseras dan aquí.

Hay demasiado dinero y demasiada poca amabilidad en Main Line.

—¿Te apetece dar una vuelta? —pregunta el hombre mientras la ventanilla baja de manera automática con un suave zumbido.

Su rostro presenta algunas arrugas y tiene el cabello castaño claro y gris dividido con una raya perfecta y peinado hacia atrás a los lados. Su sonrisa es encantadora y no está mal para su edad, pero

hay una alarma que resuena en mi cabeza todos y cada uno de los fines de semana que realizo este recorrido, que sigo esta rutina automática sin saber por qué. La falsa amabilidad de su sonrisa es precisamente eso, tan falsa como mi bolso de «Chanel». Su sonrisa proviene del dinero; a estas alturas ya lo sé. Los hombres con coches negros que presumen de un aspecto tan impoluto bajo la luz

de la luna tienen dinero, pero no conciencia. Sus mujeres llevan semanas sin follar con ellos, puede que meses, y ellos buscan en las calles las atenciones que se les han negado.

Pero yo no quiero su dinero. Mis padres ya tienen más que de sobra.

—¡No soy una prostituta, capullo pervertido! —Le doy una patada a su estúpido flamante coche con la bota de plataforma y advierto el brillo de una alianza en uno de sus dedos.

Sus ojos siguen mi línea de visión y esconde la mano debajo del volante. Menudo capullo.

—Buen intento. Vuelve a casa con tu mujer, seguro que la excusa que sea que le hayas dado está a punto de caducar.

Empiezo a alejarme y me dice algo más. La distancia atrapa el sonido y lo aleja en la noche, sin duda a algún rincón oscuro. Ni siquiera me molesto en volverme.

La calle está casi vacía, ya que son más de las nueve de la noche de un lunes, y las luces de la parte trasera de los edificios son tenues. El ambiente es tranquilo y silencioso. Paso por detrás de un restaurante cuya azotea despide una columna de vapor, y el olor a carbón inunda mis sentidos. Huele de maravilla y me recuerda a las barbacoas que hacíamos en el jardín con la familia de Curtis cuando era más joven. Cuando eran como una segunda familia.

Aparto esos pensamientos de mi mente y le devuelvo la sonrisa a una mujer de mediana edad que lleva un delantal y un sombrero de chef y que ha salido por una de las puertas traseras de un restaurante. La llama de su mechero relumbra en la noche. Da una calada al cigarrillo que tiene en la mano y le sonrío de nuevo.

—Ten cuidado por ahí —me advierte con voz áspera.

—Siempre lo tengo —respondo con otra sonrisa, y la saludo con la mano.

Sacude la cabeza y vuelve a llevarse el cigarrillo a los labios. El humo inunda el aire frío y el fuego rojo en el extremo emite un crepitante sonido en el silencio de la noche antes de que lo tire al suelo y lo pise con fuerza.

Sigo caminando y el aire se vuelve más frío. Pasa otro coche, y yo me aparto a un lado del callejón. El coche es negro... Miro de nuevo y veo que es el mismo de antes. Siento un escalofrío al comprobar que aminora la velocidad y al oír cómo las ruedas hacen crujir los escombros esparcidos por el suelo.

Camino más deprisa y decido pasar por detrás de un contenedor para apartarme todo lo posible del extraño. Mis pies aceleran el paso y me alejo un poco más.

No sé por qué estoy tan paranoica esta noche; hago esto casi todos los fines de semana. Me pongo un horrible vestido camisero, le doy a mi padre un beso en la mejilla y le pido dinero para el tren.

Él frunce el ceño y me dice que paso demasiado tiempo sola y que tengo que superar lo mío antes de que la vida se me escurra entre los dedos. Si superarlo fuese tan sencillo, no estaría cambiándome

de ropa rápidamente y guardando el vestido camisero en el bolso para volver a ponérmelo de vuelta a casa.

Superarlo... Como si eso fuera tan fácil.

«Molly, sólo tienes diecisiete años. Tienes que volver a la vida real antes de que te hayas perdido los mejores años de tu vida», me dice cada vez.

Si éstos son los mejores años de mi vida, no le veo el sentido a vivir mucho más tiempo.

Siempre asiento, le doy la razón con una sonrisa mientras deseo para mis adentros que deje de comparar su pérdida a la mía. La diferencia es que mi madre quiso marcharse.

Pero esta noche es diferente, quizá porque el mismo hombre se está deteniendo a mi lado por segunda vez en veinte minutos.

Echo a correr y dejo que el miedo me arrastre por esta calle llena de baches hasta la otra que hay al final, más transitada. Un taxi me pita cuando piso la calzada sin mirar, y vuelvo a la acera de un brinco mientras intento recuperar el aliento.

Necesito regresar a casa ahora mismo. Me arde el pecho y me falta la respiración.

—¿Molly? Molly Samuels, ¿eres tú?! —grita una mujer por detrás de mí.

Me vuelvo y veo el rostro familiar de la última persona con la que quería encontrarme. Resisto la necesidad de salir despedida en la dirección contraria cuando mi mirada se encuentra con la suya.

Se

aproxima a mí con una bolsa marrón con algo de compra en cada mano.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —pregunta la señora Garrett, y un mechón de pelo le cae sobre la mejilla.

—Sólo paseaba —digo, y me bajo el vestido por los muslos antes de que vuelva a mirarme.

—¿Sola?

—Usted también está sola —digo en un tono más que a la defensiva.

Ella suspira y entonces se pasa las bolsas de la compra a una mano.

—Anda, sube al coche.

Se dirige hacia un monovolumen marrón aparcado en la esquina.

Con sólo apretar un botón, la puerta del asiento del copiloto se desbloquea y entro con vacilación.

Prefiero mil veces estar dentro de este coche con ella juzgándome que en la calle con el tipo del coche negro, que no parece aceptar un no por respuesta.

Mi salvadora temporal se instala en el asiento del conductor y mantiene la mirada al frente durante un minuto antes de volverse hacia mí.

—Sabes que no puedes seguir comportándote así el resto de tu vida. —Termina su afirmación con un tono firme, pero le tiemblan las manos sobre el volante.

—No...

—No finjas que no ha pasado nada. —Su respuesta me indica que no está de humor para formalidades sociales—. Vistes de un modo completamente diferente del que solías vestir, y no creo

que tu padre lo apruebe. Llevas el pelo rosa..., que no se parece en nada a tu rubio natural. Estás aquí

fuera de noche, sola. No soy la única que te ha visto, ¿sabes? John, que va a la misma iglesia que yo,

te vio la otra noche. Y nos lo dijo delante de todo el mundo.

—Yo...

Levanta la mano para interrumpir mi protesta.

—No he terminado. Tu padre me dijo que ya ni siquiera vas a ir a la Universidad Estatal de Ohio, a pesar de todos los años que Curtis y tú os pasasteis haciendo planes para ir juntos.

El nombre que sale de sus labios me atraviesa y resquebraja parte de la dura coraza con la que me he acostumbrado a vivir. La espesa nada con la que he estado autoprotegiéndome. El rostro de su hijo

inunda mi mente, y su voz, mis oídos.

—Basta —consigo decir a pesar del dolor.

—No, Molly —insiste la señora Garrett.

Cuando la miro, veo que está conmocionada, como si hubiera estado acumulando millones y millones de emociones en su interior y alguien se hubiese dedicado a agitarlas durante los últimos seis meses y ahora estuviesen a punto de estallar.

—Era mi hijo —dice—. Así que no actúes como si tú tuvieras más motivos para estar triste que

yo. He perdido un hijo, mi único hijo, y ahora estoy aquí sentada viendo cómo tú, la dulce Molly, la niña a la que he visto crecer, se pierde también, y no pienso seguir callada. Tienes que mover el culo e ir a la universidad, salir de esta ciudad tal y como Curtis y tú habíais planeado. Sigue con tu vida. Es lo que todos tenemos que hacer. Y, si yo puedo hacerlo, por muy duro que sea, joder, tú también puedes.

Cuando la señora Garrett deja de hablar, siento como si se hubiera pasado los últimos dos minutos haciéndome nudos en el estómago. Siempre ha sido una mujer muy callada. Era su marido quien hablaba la mayor parte del tiempo, pero de alguna manera en los últimos cinco minutos se ha vuelto menos frágil. Su voz, normalmente suave, ha adquirido un nuevo tono de determinación que me ha impresionado. Además, se me parte el corazón al pensar que he dejado que mi vida se convierta en esta malsana existencia.

Pero yo conducía ese coche. Accedí a conducir la furgoneta de Curtis la noche antes de sacarme el carnet. Los dos estábamos muy emocionados y su sonrisa era muy persuasiva. Lo amaba con cada fibra de mi cuerpo y, cuando murió, me hice pedazos. Él era mi calma, mi garantía de que no acabaría como mi madre, una mujer que vivía por y para ser algo más que la esposa de alguien en una enorme casa de un rico vecindario.

Se pasaba los días pintando y danzando por la casa, cantando canciones y prometiéndome que conseguiríamos salir de esta arquetípica ciudad.

«No moriremos aquí. Algún día convenceré a tu padre», decía siempre. Sólo cumplió la mitad del trato, y hace dos años se largó en plena noche. No soportaba la vergüenza que le causaba ser madre y esposa. La mayoría de las mujeres no entenderían qué tiene eso de vergonzoso, pero así es ella. Quería acaparar toda la atención, necesitaba que la gente supiera su nombre. Me culpaba cuando eso no era así, aunque intentaba negar la evidencia. Siempre se avergonzaba de mí; no paraba de echarme en cara lo que le había hecho a su cuerpo. Me contó mil y una veces lo fantástica que estaba hasta que llegué yo. Actuaba como si yo hubiera elegido estar ahí,

en el útero de esa mujer tan egoísta. Un día incluso me enseñó las marcas que le había hecho en el vientre. Me horroricé al ver su piel estriada por los costados.

A pesar de que mi existencia suponía un estorbo en su estilo de vida, me prometía la luna. Me hablaba de ciudades más grandes y luminosas, con carteles publicitarios gigantes en los que desearía poder aparecer.

Y un día, de madrugada, después de haber escuchado cómo hablaba sobre el mundo que quería la noche anterior, vi a través de los gruesos barrotes de metal de la barandilla de la escalera cómo arrastraba su maleta por la moqueta hacia la puerta. Maldecía y se apartaba el pelo por detrás de los hombros. Iba vestida como si fuera a una entrevista de trabajo, muy maquillada, y se había secado el

pelo con el secador. Debía de haber usado medio bote de laca para que le quedara así. Estaba emocionada y parecía muy segura de sí misma por el modo en que se toqueteaba la melena.

Justo antes de salir por la puerta, se quedó observando el salón hermosamente decorado y en su rostro se dibujó la mayor sonrisa que le había visto jamás. Después cerró la puerta y me la imaginé

fuera, apoyada contra ésta, feliz, sonriendo todavía como si se fuera al paraíso.

No lloré mientras bajaba de puntillas la escalera e intentaba memorizar su aspecto y su manera de comportarse. Quería recordar cada interacción, cada charla, cada abrazo que habíamos compartido.

Incluso entonces me di cuenta de que mi vida estaba cambiando de nuevo. Vi a través de la ventana del

salón cómo se subía a un taxi. Me quedé allí quieta, mirando hacia el acceso. Supongo que siempre

supe que no se podía confiar en ella. Puede que mi padre tuviera miedo de abandonar la ciudad en la

que se había criado y en la que tenía un magnífico trabajo pero, joder, se podía confiar en él.

La señora Garrett me toca con cuidado las puntas del pelo rosa.

—Teñirte la cabeza con colorante alimentario no cambiará nada de lo sucedido.

Sonríó ante su elección de palabras y digo lo primero que me viene a la cabeza.

—No me he teñido el pelo por haber presenciado cómo su hijo se desangraba hasta morir delante de mí —suelto al recordar cómo el tinte rosa oscuro se asemejaba a la sangre cuando me lo enjuagaba.

Le aparto la mano y, sí, mis palabras son duras, pero ¿quién coño se cree que es para juzgarme?

Mientras asimila lo que acabo de decir, estoy segura de que se está imaginando el cuerpo retorcido de Curtis, el cuerpo junto al que estuve durante dos horas antes de que alguien acudiera

a socorrernos. Intenté quitarle el cinturón desde el asiento del conductor, pero fue en vano. El modo en

que el metal se abolló cuando impactamos contra el guardarraíl me impedía mover los brazos.

Pero

lo intenté y lo intenté, y gritaba mientras el dentado metal me desgarraba la piel. Mi amor no se movía, no emitía sonido alguno, y yo le grité, le grité al coche y al universo entero mientras luchaba por salvarnos.

Un universo que me traicionó y que se oscureció cuando su rostro se volvió pálido y sus brazos se tornaron laxos. Ahora lo agradezco. Agradezco que mi cuerpo desconectara justo después de su muerte y que no me viera obligada a permanecer allí quieta, mirando aquel cuerpo que ya no era él, y deseando que de algún modo volviera a la vida.

Tras un suave suspiro, la señora Garrett arranca el coche y se incorpora al tráfico.

—Entiendo tu dolor, Molly... Si hay alguien que pueda entenderlo, ésa soy yo. He estado intentando encontrar el modo de seguir con mi vida también, pero tú estás echando a perder la tuya

por algo sobre lo que no tenías ningún control.

Me quedo desconcertada ante sus palabras e intento centrarme pasando la mano por el plástico de la puerta del coche.

—¿Que no tenía ningún control? —replico—. Yo conducía. —El sonido del metal retorcido colisionando contra un árbol y después contra el guardarraíl resuena en mis oídos y siento cómo me

tiemblan las manos sobre el regazo—. Su vida estaba en mis manos, y yo lo maté.

Él era vida, la pura definición de la palabra. Era inteligente y cariñoso y amaba todas las cosas.

Curtis disfrutaba incluso de las cosas más sencillas y más tontas. Yo no era como él. Era más

cínica,

sobre todo después de que mi madre se marchara. Pero él me escuchaba cada vez que mi ira alimentaba un error. El día de su cumpleaños ayudó a mi padre a recoger el estudio de pintura de

mi

madre después de que yo lo destrozara derramando pintura negra sobre los preciosos cuadros

que

nos había dejado. Nunca me preguntó por qué había deseado que estuviera muerta en más de una ocasión.

Jamás me juzgaba, y conseguía apaciguarme de un modo que yo era incapaz de hacer. Siempre pensé que él sería la razón por la que lograría terminar la universidad o hacer amigos en una

ciudad

nueva. Nunca se me dio bien ocultar lo que pensaba de la gente, así que no me resultaba muy fácil

que

digamos hacer amigos. Él siempre me decía que no pasaba nada, que era perfecta tal y como era;

que

simplemente era demasiado sincera y que tendría que ser él quien interpretara el papel de

mentiroso

en nuestra relación. Él fingía que le caían bien los pijos pretenciosos con los jerséis anudados a la

cintura del instituto. Siempre era agradable y todo el mundo lo quería. Yo iba en el paquete. Como

siempre estábamos juntos, la gente empezó a aceptarme a mí y a mi actitud. Supongo que él lo

compensaba con su encanto. Él era lo que me excusaba ante el mundo, porque al parecer veía algo en

mí. Era la única persona que me aceptaba y me quería, pero él también me abandonó. Fue culpa mía,

y estoy segura de que mi madre se marchó porque estaba cansada de esta ciudad, de lo normal que era mi padre, de su hija rubia con el lazo en el pelo.

Mi último ápice de necesidad de fingir ser normal desapareció cuando el lavabo se tiñó de rosa y mi tono rubio desapareció.

—Tengo un amigo con influencia en Washington.

Después de revivir mentalmente todas las experiencias desagradables de mi vida en menos de diez minutos, casi había olvidado dónde estaba.

—Podría preguntarle si puede mover algunos hilos para que vayas a una buena facultad allí. Es una zona muy bonita. Diferente, verde. Ya es algo tarde, pero lo intentaré si tú estás dispuesta a ir

—

me ofrece.

«¿Washington?» ¿Qué coño hay en Washington?

Considero su oferta y me planteo si quiero o no ir a la universidad. Y, mientras lo hago, me doy cuenta de que lo que quiero es salir de esta horrible ciudad, de modo que quizá debería aceptar.

De

pequeña solía pensar en otras ciudades. Mi madre hablaba de Los Ángeles, y sobre cómo el

tiempo

era perfecto todos los días allí. Hablaba de Nueva York y de sus calles repletas de gente. Me

hablaba

de las glamurosas ciudades en las que quería vivir. Si ella pudo desenvolverse en esas ciudades,

yo

tengo que poder en Washington.

Pero está lejos, al otro lado del país. Mi padre se quedaría aquí solo..., aunque a lo mejor eso le beneficia. Ahora apenas ve a sus amigos porque siempre está preocupado por mí, intentando hacerme feliz. Ya ni siquiera se ocupa de su propia vida. Quizá lo ayude que me vaya a la universidad. Puede que eso le devuelva cierta sensación de normalidad.

Podría hacer amigos allí. Quizá mi pelo rosa no intimide tanto a la gente de una ciudad con algo de sofisticación. Y tal vez las chicas de mi edad allí no se sientan tan amenazadas por mi ropa sugerente.

Podría empezar de cero y hacer que la señora Garrett se sintiera orgullosa de mí.

Y podría darle a Curtis algo de lo que sentirse orgulloso también.

Washington podría ser justo lo que la zorra de la doctora me recomendó.

Y, de este modo, aquí sentada en el coche de esta mujer, de la amable madre del chico al que amé y perdí, puedo prometer y prometo que pondré de mi parte para mejorar.

No cogeré autobuses para ir a zonas sombrías de Washington.

No me regodearé en el pasado.

No me rendiré.

Haré lo que esté en mi mano por tener un futuro mejor, y no me afectará una mierda lo que diga la gente en el proceso.

MELISSA

Subestimó a la chica la primera vez que la vio. Entonces no sabía nada sobre ella, y aún hoy no sabe mucho. Primero conoció a su hermano y se pasó las noches emborrachándose con él, llegando a conocerlo y a saber lo mala persona que era. Su hermano era una serpiente que reptaba por el campus escogiendo a sus presas como si fuera su terreno de caza personal.

Pero después de observarlo de manera constante, vio que la serpiente tenía un punto débil: su hermana, que era una fuerza de la naturaleza, alta, con el pelo negro como el alquitrán y la piel morena. Conforme empezó a detestar a la serpiente, vio hasta qué punto era intensa su debilidad por ella y cómo la protegía como si no hubiera nada más importante en el mundo, aparte de sus propios deseos retorcidos, claro. Y, tras autoconvencerse de que la serpiente se estaba pasando, de que estaba diseminando su veneno como una orgullosa plaga que había que detener, el chico ideó un plan.

Tenía que acabar con esa escoria, y su hermana no era más que una víctima de la guerra.

La casa está muy vacía para ser viernes por la noche. Mi padre está en un banquete celebrando su ascenso en el hospital, y todos mis amigos están en otra fiesta. Ninguna de las dos opciones me atrae.

No me importaría ir a la fiesta si no fuera en la casa de la fraternidad donde suele estar siempre mi hermano. No puedo divertirme allí porque siempre es superprotector conmigo. Qué frustración.

Quizá el banquete sea una mejor opción, pero sólo ligeramente. Mi padre, el médico más prestigioso de la ciudad, es mejor médico que padre..., pero se esfuerza. Su tiempo es valioso y caro,

y no puedo competir con los enfermos que han pagado esta enorme casa en la que me quejo ahora con sus facturas médicas.

Como me siento un poco culpable, cojo el teléfono y me dispongo a mandarle a mi padre un mensaje para decirle que al final voy a ir. Pero entonces veo que son más de las nueve. El banquete

empezaba a las ocho y, si acudo ahora, lo único que haré será interrumpir y darle a la novia joven de

mi padre un motivo más para quejarse de mí. Tasha tiene sólo tres años más que yo y lleva saliendo

con mi padre más de un año ya. Quizá la aceptaría mejor si no hubiera ido al mismo instituto que ella

y no recordara lo zorra que era. O si no actuara como si no se acordara de mí, aunque sé perfectamente que sí se acuerda.

Por muy estúpida que sea conmigo, nunca me quejo a mi padre. Ella lo hace feliz. Sonríe cuando él la mira y se ríe de sus chistes malos. Sé que a ella no le importa tanto como debería, pero he visto

cómo mi padre se ha convertido en una versión mejorada de sí mismo desde el día en que llegó a su

consulta con un dedo roto y sus tetas firmes. Mi padre llevó lo del divorcio mucho peor que mi madre, que pronto anunció que regresaba a México a vivir con mis abuelos hasta que pudiera mantenerse por su cuenta.

No sé a quién cree que estaba engañando. Recibió una buena suma de dinero con el acuerdo de divorcio como para permitirse comprarse zapatos de cristal para toda una vida.

En lugar de molestar a Tasha y a mi padre, le envió un mensaje a Dan. Está saliendo con una chica que iba al instituto conmigo. A diferencia de mí, ella sigue en el instituto. Mi hermano es

protector y

leal hasta el extremo, pero es un cerdo. Repito: es un cerdo. Siempre intento no meterme en sus juegucitos con sus citas. Sus amigos también son unos cerdos, normalmente más jóvenes e incluso peores que él. Le gusta rodearse de gente tan mezquina como él, así no se siente tan mal. Supongo que quiere ser el rey de las ratas.

Dan responde al instante:

Te recojo dentro de veinte minutos.

Le mando un emoticono sonriente y me levanto de la cama para vestirme. No puedo ir con la cara lavada y la camiseta de la WCU que llevo puesta. Debería ponerme más guapa. Sin embargo, debo tener cuidado a la hora de elegir mi atuendo si no quiero pasarme la noche oyendo las protestas de mi hermano.

Rebusco en el armario entre montones de prendas negras y con lentejuelas. Tengo demasiados vestidos. Mi madre siempre me regalaba los suyos después de habérselos puesto una vez. Mi padre

intentaba hacerla feliz con vestidos bonitos y deportivos rojos, pero su felicidad nunca llegaba. Cuando iba a marcharse, me ofreció que volviera a México con ella. Pero, por raro que parezca, no

pude renunciar a la natación y a mi equipo. Es lo más importante que tengo en Washington. Era lo único, aparte de mi padre y de Dan, que habría echado de menos. Dan se planteó volver, pero no quería dejarme aquí. O no podía, dada su constante vigilancia.

Después de probarme dos vestidos para volver a meterlos en el armario, me pongo un mono que todavía no he estrenado. Es negro, excepto por unas letritas que tiene en los gruesos tirantes. Es convenientemente ceñido como para lucir mi trasero, pero lo bastante casual como para llevarlo a la fiesta, y me tapa el cuerpo lo suficiente como para que mi hermano no abra la boca.

Justo cuando termino de prepararme, oigo el insoportable claxon de Dan, de modo que cojo el bolso y bajo la escalera corriendo. Si no me doy prisa, los vecinos volverán a quejarse del ruido.

Introduzco rápidamente el código de la alarma de seguridad y salgo disparada por la puerta. En cuanto llego al Audi, veo que ha traído a dos de sus colegas consigo.

—Logan, deja que se siente delante —dice Dan.

He estado con Logan un montón de veces, y siempre me ha tratado bien. Intentó tirarme la caña una vez en una fiesta, pero cuando me levanté del sofá y vio que medía al menos diez centímetros más que él, dijo que podíamos ser muy buenos amigos. Accedí a su propuesta riéndome, y sus sutiles bromas me causaron buena impresión. Desde ese momento se convirtió en mi favorito de la pandilla de amigos idiotas de mi hermano.

—Da igual, me siento detrás —digo tan pronto como Logan se desabrocha el cinturón.

Me acomodo en el asiento de atrás, donde me encuentro con un tío con el pelo moreno y ondulado que oculta el rostro. Lo lleva hacia un lado en un extraño rollo emo, pero encaja perfectamente con los piercings que luce en la ceja y en el labio. No levanta la vista del teléfono cuando me siento a su lado ni cuando lo saludo.

—Pasa de él —dice Dan mirándome por el espejo retrovisor.

Pongo los ojos en blanco y saco mi propio móvil. Será mejor que me entretenga un poco durante

el trayecto.

Al llegar a la casa de la fraternidad, no hay sitio donde aparcar. Dan se ofrece a dejarme en la puerta para que no tenga que caminar. Salgo del coche, pero cuando he cerrado la puerta oigo que la del otro lado también se cierra. Levanto la vista y veo que el tío que estaba conmigo en el asiento de atrás se dirige hacia la casa.

—¡Capullo! —le grita Dan.

El desconocido levanta el puño en el aire con el dedo de en medio levantado.

—Creo que mi hermano preferiría que fueras con ellos —le digo mientras lo sigo por el césped.

Un grupo de chicas se lo quedan mirando en cuanto pasamos por delante; una de ellas le susurra algo a otra y todas me miran.

—¿Os pasa algo? —les pregunto mirándolas directamente, con sus caras desesperadas y pintadas como una puerta.

Las tres niegan con la cabeza de un modo que me indica que no esperaban que les llamara la atención.

Pues se equivocaban. No me gustan las rubias remilgadas que se dedican a hablar de los demás para sentirse importantes.

—Seguramente se habrán meado en las bragas —me dice el tío del pelo ondulado.

Su voz es profunda, muy profunda, y juraría haber percibido un acento inglés. Disminuye la velocidad, pero no se vuelve para mirarme. Tiene los brazos repletos de tatuajes. No distingo la forma de ninguno, pero sí que son todos negros, no hay ninguno de colores. Le pega, con los vaqueros negros y la camiseta a juego. Sus botas emiten un ruido sordo al impactar contra el mullido césped.

Intento seguir su ritmo, pero sus pasos son demasiado largos. Es alto, me saca unos cuantos centímetros.

—Eso espero —le digo, y miro a las chicas una vez más.

Ahora están con otra cosa, mirando y señalando a una chica borracha con un minivestido que va dando tumbos cerca de ellas.

El tío no me dice nada más mientras entramos en la casa. No se vuelve para mirarme cuando entra en la cocina ni cuando desenrosca el tapón de una botella de whisky y le da un trago. Siento curiosidad por él, de modo que tan pronto como Dan y Logan llegan al salón, decido sacarles información sobre el desconocido tatuado. Cojo un enfriador de vino de un cubo que hay en el banco de la cocina y me acerco a mi hermano. Está sentado en el sofá, cerveza en mano. Ya huele a hierba, y

veo que tiene los ojos rojos cuando me mira.

—¿Quién es el chico del asiento trasero? —le pregunto.

Le cambia la cara.

—¿Quién?, ¿Hardin?

No le ha hecho gracia que le pregunte. Y ¿Hardin? ¿Qué clase de nombre es ése?

—No te acerques a él, Mel —me advierte Dan—. Lo digo en serio.

Pongo los ojos en blanco y decido que no merece la pena que me pelee con mi hermano por esto. Nunca aprueba a ninguno de mis novios, pero intentó juntarme con su mejor amigo, Jace..., de lejos

el más desagradable de todos ellos. Está claro que el criterio de mi hermano es tan inconstante como

los subidones y los bajones de su consumo de maría y alcohol.

Cuando da unos golpecitos a un cojín que tiene al lado, me siento y me quedo observando el ambiente durante un rato. El volumen de la música va subiendo poco a poco, y la gente está

bebiendo

alegremente y de buen rollo.

Unos minutos después, Logan le pregunta a mi hermano si quiere fumarse otro, y yo echo un vistazo a mi alrededor buscando a Hardin. No sé si me acostumbraré a ese nombre.

Y allí está, en la cocina, solo y apoyado contra la encimera. La botella de whisky está mucho menos llena que la última vez que lo he visto, hace unos quince minutos.

«Parece que le gusta la fiesta. Eso es bueno.»

Me levanto del sofá, demasiado rápido, y Dan me agarra del brazo. Será mejor que me invente una buena excusa para salir de la habitación. Si le digo que voy a buscar a Hardin, me seguirá.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—A hacer pis —miento.

Detesto que siempre me invite a estas fiestas y que luego actúe como si fuera mi padre cuando me alejo de su lado.

Se me queda mirando y examina mi expresión para ver si estoy mintiendo, pero doy media vuelta.

Siento cómo me sigue con la mirada mientras atravieso el salón, de modo que me dirijo hacia la escalera. Los únicos cuartos de baño que hay en esta enorme casa están todos arriba, cosa que no tiene ningún sentido, pero así son las casas de la fraternidad.

Subo los escalones lentamente y, cuando llego arriba, me vuelvo para mirar a mi hermano. En cuanto me vuelvo de nuevo, me doy de frente con un muro negro.

Pero no es un muro..., es el pecho de Hardin.

—¡Joder, lo siento! —exclamo mientras intento limpiarle de la camiseta la humedad del enfriador de vino que llevo en la mano—. Al menos no dejará mancha —bromeo.

Sus ojos son verde brillante y su mirada es tan intensa que me veo obligada a apartar la mía.

—Ja-ja —responde sin rastro de humor.

«Será idiota.»

—Mi hermano me ha advertido que no me acerque a ti —le suelto sin pensar.

Su mirada es tan intensa que me está volviendo loca mantener el contacto visual, pero no quiero rebajarme ante él. Tengo la impresión de que está acostumbrado a eso, y creo que así es como pierdes frente a él.

Levanta la ceja en la que lleva el piercing.

—¿En serio?

«Sí, definitivamente tiene acento inglés.» Quiero comentar algo al respecto, pero sé lo mucho que fastidia que la gente señale tu manera de hablar. A mí me lo hacen todo el tiempo.

Asiento, y el británico abre la boca para hablar otra vez.

—Y ¿eso por qué?

No lo sé..., pero quiero saberlo.

—Debes de ser muy malo para no gustarle a Dan —bromeo.

No se ríe.

Me pongo tensa. La energía de Hardin me tiene atrapada.

—Si aceptamos juicios de valor por su parte, estamos todos jodidos —responde.

Mi primera reacción es contradecirlo, decirle que mi hermano no es tan malo, lo que pasa es que la gente no lo entiende. Debería defenderlo contra ese insulto.

Pero entonces recuerdo el día en que toda la familia de la última novia de Dan se presentó en casa.

La pobre chica preñada estaba escondida detrás de su furioso padre. El mío le firmó un cheque y todos desaparecieron con mi sobrina o sobrino y nunca volvimos a saber de ellos. Algo en mi interior me dice que hay algo muy oscuro en mi hermano, pero me niego a reconocerlo.

Con mi madre tan lejos y mi padre tan pegado al culo de Tasha, Dan es todo lo que tengo.

Me echo a reír.

—Claro, y seguro que tú eres mucho mejor.

Hardin levanta su mano tatuada y se aparta el pelo de la frente.

—No, yo soy peor.

Me mira directamente a los ojos, y algo en mi interior me dice que habla en serio. Percibo la advertencia en sus palabras y, sin embargo, cuando me ofrece la botella medio vacía de whisky, bebo un trago.

El alcohol arde con tanta intensidad como sus ojos...

Y tengo la sensación de que Hardin está hecho de gasolina.

STEPH

Cuando conoció a la chica del pelo de color fuego con los brazos cubiertos de tatuajes vio cierta oscuridad en ella, cierta competitividad en cómo miraba a su amiga de pelo más claro. Comparaba todo lo que hacía, pensó que por dentro la devoraba el deseo de que le prestaran atención. Le recordaba a una doncella, Roussette, de un cuento de hadas que había leído de niño. La princesa pelirroja estaba celosa de sus hermanas porque se habían casado con príncipes, a pesar de que ella estaba casada con un almirante. Pero no le bastaba, su marido no sería lo bastante bueno para ella hasta que la hiciera mejor que a sus hermanas. La chica detestaba perder lo que fuera, incluso cosas que no eran suyas. Odiaba ser la segunda y estaba desesperada por ser el centro de atención. No soportaba que nadie consiguiera lo que ella merecía y creía merecer absolutamente todo lo que brilla bajo el sol.

Mi padre vuelve tarde del trabajo otra vez. Llega tarde todas las noches, pero se suponía que iba a dejarme el coche para que fuera a recoger el vestido para el baile esta semana. Todas mis amigas recogieron el suyo hace un mes y estoy empezando a ponerme nerviosa. Como acabe sin vestido para el baile, me va a dar un ataque. Me siento muy frustrada y es una mierda que mi padre llegue tarde otra vez y mi madre esté demasiado ocupada cuidando a mi sobrina para escuchar mis quejas injustificadas.

Todo gira alrededor de mi hermana y de su bebé. Todo el mundo se llena la boca diciendo que la hermana pequeña siempre es la más mimada. Suena bien, pero lo único que he recibido yo es ropa

usada y fiestas de cumpleaños de última hora a las que no venía nadie salvo mis parientes más cercanos. Soy el desecho de la familia, la rara que se ha convertido en un fantasma en su propia casa. Y ni siquiera sé muy bien por qué.

La última vez que mi madre me dijo más de dos palabras fue cuando manché el lavabo de arriba de tinte rojo barato. Se puso histérica porque elegí el mejor momento: la víspera de la merienda para

celebrar que Olivia iba a tener un bebé. Es posible que salpicara por accidente la alfombrilla de baño

y quizá usé las toallas bordadas de mis padres para cubrirme los hombros mientras dejaba que el tinte

rojo-camión-de-bomberos penetrara en mi pelo...

Pero no me atreví a manchar la blusa de cuando Olivia tenía mi edad.

Ésa es otra cosa que detesto oír: «Cuando Olivia tenía diecisiete años era la presidenta del consejo de estudiantes», o «Cuando Olivia tenía diecisiete años sólo sacaba sobresalientes y tenía un novio muy popular, con quien se casó justo al acabar el instituto».

Estoy harta de que me comparen con mi hermana. Era la niña perfecta y yo no valgo ni para la medalla de plata, parece ser. Estoy deseando largarme a la universidad. Debido a la insistencia continua de mis padres, estudiaré en la Washington Central, donde Olivia se graduó con matrícula de honor.

Ni sabían que esa universidad existía hasta que mi hermana se fue a estudiar allí, y siempre voy a salir perdiendo con las comparaciones, pero ya me he cansado de luchar en vano; es más fácil

decir

que sí, estudiar allí y que le den a esta casa.

En cuanto el Jeep de mi padre entra en el camino de grava, cojo el monedero, me miro una última vez al espejo y bajo corriendo la escalera. Casi me doy de bruces con mi madre (que ni siquiera se da

cuenta de que llevo medias de rejilla y un top de cuero). Sólo mascullo alto sin apartar la vista de su

lector de libros electrónico. Es lo único que sabe hacer.

La puerta delantera se abre y mi hermana entra en el salón con mi padre. Sierra, mi sobrina, duerme en sus brazos.

—Qué cansada estoy —anuncia Olivia cruzando la estancia.

Rápidamente aparece mi madre, apaga la tablet y la deja como de costumbre en la repisa de la chimenea. Por descontado, cuando se trata de Olivia no le duele dejar su querida pantalla.

—Stephanie puede llevarte a casa, cariño —le ofrece mi padre sin consultarme.

—¡Papá, tengo que ir a por mi vestido y cierran dentro de media hora! —Me echo el bolso al hombro y cojo las llaves de su coche.

—Olivia y Sierra pueden acompañarte.

Mi hermana interrumpe:

—A mí no me importa. Pero primero tengo que ir un momento al baño.

Su cabello castaño y suave se mueve cuando habla. Lleva unos chinos y una blusa estampada con flores de vivos colores de manga corta. Mi padre sonrío como si su hija mayor fuera la chica más considerada y educada del mundo.

Es un coñazo.

—Vale —resoplo—. Pero no me lo van a guardar ni un día más, y si me quedo sin ir al baile será culpa vuestra. —Le lanzo una mirada asesina a mi hermana. Olivia asiente y yo empujo a mi padre

para salir de casa—. Estaré en el coche.

Arranco el motor y espero a Olivia. Pasan cinco minutos. Diez. Le mando dos mensajes de texto y no me contesta. Sé que los ha visto por el pequeño indicador de mi móvil. Y sigue dentro de casa. Imagino que mi madre y ella se están dando el cuarto abrazo de despedida. Mi madre también

hace eso cuando vamos a casa de mi abuela, necesita de múltiples abrazos para satisfacer su necesidad de

afecto. Pasan doce minutos, y salgo del coche decidida a volver a casa.

Estoy cerrando la puerta cuando aparece mi hermana, caminando plácidamente y con una sonrisa en la cara. Aún tiene que colocar a Sierra en la sillita del coche.

—Olivia, tenemos que salir ya —le digo para meterle prisa.

Suspira y musita una disculpa que no siente.

Son las 20.03 cuando aparco delante de la tienda a oscuras. El letrero de la puerta dice claramente CERRADO, y las luces están apagadas.

Ya no puedo recoger el vestido. Hoy era el último día que me lo guardaban, la segunda vez que me lo reservaban. Les supliqué que me dieran un poco más de tiempo, pero me repitieron varias veces que hoy era el último día. Qué mierda, de verdad.

—Lo siento, Stephanie —dice Olivia al ver que me dejo caer sobre el volante.

Me vuelvo hacia ella y le lanzo una mirada asesina.

—Es culpa tuya.

—No es culpa mía —dice; encima tiene la cara dura de parecer sorprendida—. Papá ha querido llevarme a comprar zapatos nuevos para Sierra. Se le quedan pequeños enseguida...

«¿Zapatos nuevos para un bebé? ¿Estás de broma?» Me he quedado sin vestido para el baile porque su bebé necesitaba zapatos nuevos... ¡Si la niña ni siquiera sabe andar!

—¿Por qué papá no te ha llevado a casa directamente? Habrías vuelto mucho antes —le digo levantando la cabeza y la voz.

—Entonces no estaba cansada... No sé. —Se encoge de hombros como si mi tiempo no valiera nada para ella. Como si esto no fuera importante.

—¡Esto es una mierda! —Meneo la cabeza y me tapo la cara con las manos.

—¡No hables así delante de la niña! —exclama mi hermana.

Gruño y doy marcha atrás en el aparcamiento. Ninguna de las dos habla de camino a su casa.

Olivia no siente que haya hecho nada malo, y yo estoy demasiado cabreada para dirigirle la palabra.

Estoy harta de que me lo robe todo y, para rematarlo, Sierra llora sin parar, como si intentara partirme la cabeza por la mitad.

Odio mi vida.

Cuando llego a casa de Olivia, me da las gracias por haberla llevado. No quiero poner un pie en su casa nueva, es un alivio que no me lo pida. Estoy segura de que mis padres los han ayudado a ella

y a Roger a pagarla. Su marido es muy callado, no habla mucho delante de mi familia. Olivia le habrá

dicho que no lo haga. Estoy convencida de que pone a todo el mundo sobre aviso antes de que me conozcan.

No quiero pasar, pero tengo que hacer pis y se tarda quince minutos en volver a casa de mis padres. Al entrar en casa de Olivia noto al instante que huele mogollón a canela. Mi hermana enciende velas perfumadas en todas las habitaciones.

Roger está sentado en el sofá con el mando a distancia en una mano y el ordenador en la otra.

Cuando nos ve entrar, le sonrío a su mujer y me pregunta educadamente qué tal estoy. Le digo que igual que antes, aunque no recuerdo la última vez que lo vi.

Tras unos minutos de conversación incómoda, Olivia dice que va a acostar al bebé. Sube por la escalera con un osito de peluche en una mano y un biberón en la otra. Roger apenas me mira cuando

paso junto a él, observando todas las ridículas fotos de familia que tienen en la repisa de la falsa chimenea. Roger se levanta y se va a la cocina para evitar así tener que hablar conmigo, no hay duda.

En la última foto, la pequeña familia perfecta está posando perfectamente conjuntada en blanco y negro. El marco es fino y de madera. En el pasillo, de camino a la cocina, me encuentro una fotografía con un enorme marco de metal. Son Roger y Olivia el día de su boda. Está perfecta en la imagen: pelo perfecto, maquillaje perfecto, y el vestido es precioso. Un vestido suave, blanco, sedoso, que acaricia el suelo con majestuosidad. Parece una princesa, como si estuviera hecha para

ese vestido.

El suyo es diametralmente opuesto al que iba a ser mi vestido para el baile. El que iba a recoger esta tarde era de algodón y tul negro. El cuerpo es ajustado y el forro de la falda en forma de estrella

es de tul con una greca de encaje. Es un vestido que, gracias a Olivia, no tendré nunca. Ojalá tuviera

un cubo de pintura negra para poder estropearle el maldito vestido perfecto. Miro la siguiente foto.

Es de Roger, que rodea con los brazos el vientre de embarazada de Olivia.

Ella me ha dejado sin vestido para el baile, yo voy a desgraciarle su vestido de boda.

Cuando entro en la cocina, Roger está ante la nevera, con la cara oculta detrás de la puerta.

Tamborileo con los dedos sobre la encimera para llamar su atención. En cuanto se da la vuelta, me

levanto la camiseta y le enseño buena parte de mi escote. Coge aire y se atraganta al soltarlo.

Sonrío. Apuesto a que mi hermana no le ha echado un buen polvo a su marido desde que parió a su bebé.

—Perdona.

Me retuerzo un mechón de pelo entre los dedos mientras Roger intenta no mirarme las piernas, no mirar las medias de rejilla.

—Hola —digo sin dejar de acercarme a él.

El corazón me late a toda velocidad y no sé qué carajo estoy haciendo, pero estoy cabreada con mi hermana y estoy harta de que todo sea para ella, y pienso en cómo todo gira siempre alrededor

de la perfecta de Olivia y nada es nunca mío, y por eso ella tampoco debería tener nada. Sobre todo, no

debería tener un marido guapo y leal como un perrito.

—¿Qué estás haciendo, Stephanie? —me pregunta Roger, mucho más pálido que hace unos segundos.

—Nada. Sólo estamos charlando. —Cojo la cinturilla de mi falda y la bajo para que vea mis bragas de encaje.

Roger retrocede y su espalda cierra bruscamente la puerta de uno de los armarios de madera.

—¿Qué te pasa? —pregunto con una carcajada.

Tengo un nudo en el estómago y creo que voy a desmayarme en cualquier momento, pero a la vez me siento genial y poderosa. Debe de ser la adrenalina. Me encanta. Quiero más. Me acerco

un poco más y me llevo la mano a la cremallera de la blusa.

Roger se tapa la cara con las manos.

—Para, Stephanie.

A la mierda. Tal y como me imaginaba, es fiel como un perrito faldero. Ahora que lo sé, todavía siento más celos de mi hermana.

—Vamos, Roger, no seas...

—¡Stephanie! ¿Qué demonios estás haciendo? —La voz de Olivia llena la cocina.

Miro hacia la puerta y ahí está. Se ha puesto un pijama de franela con la parte interior azul. Está enfadada.

A los pocos segundos mira a su marido.

—¿Roger?

—No sé nada, cielo. Ha entrado aquí y ha empezado a intentar quitarse la ropa. —Da manotazos en el aire, suplicándole a su mujer que vea lo loca que está la putilla de su hermana.

Olivia se vuelve hacia mí y me atraviesa con la mirada.

—Stephanie, vete de aquí.

—Ni siquiera me has preguntado si es verdad —le digo, cabreada porque no lo haya hecho. Cojo el bolso y tiro de mi falda hacia abajo.

—Te conozco —dice con seguridad.

«¿Me conoce?» No me conoce en absoluto. Si me conociera, no se comportaría como una zorra egoísta.

—¿Y...? —Miro a Roger, y él se aleja como si yo fuera una serpiente.

¿Se atreve a juzgarme? Si no tuviera miedo de que lo pillaran, me habría puesto mirando a La Meca sobre la reluciente encimera de granito.

—¿Te has insinuado a mi marido o no? —A Olivia le tiembla el labio, está conteniendo las lágrimas.

Debería negarlo y culparlo a él. Roger es tan patético que Olivia me creería. Además, puedo llorar si me lo propongo y, si quisiera, podría convencerla de lo que me diera la gana.

¡Por favor...!

—¡Eres una mocosa malcriada! —me grita entonces, y Roger cruza la cocina y le pasa el brazo por los hombros.

¿Yo soy la mocosa malcriada? ¿Lo dice en serio? Ella es la que siempre consigue lo que quiere, y apesta. Estoy harta de ser siempre la segundona. Tiene suerte de que no haya hecho nada peor.

Podría

haberles hecho mucho más daño a ella o a Roger. Me sorprende lo que estoy pensando... Y me gusta.

—¡Fuera de aquí, Stephanie! —Olivia sacude la cabeza y su marido le frota las manos temblorosas.

Eso mismo voy a hacer. Muy pronto no tendré que aguantar toda esta tontería.

En breve me iré a la universidad.

Y, cuando llegue allí, seré el ama del campus.

Parte dos

DURANTE

HARDIN

Iba por mal camino, vivía sin expectativas. Se estaba acostumbrando demasiado a la vida en aquel país extranjero, incluso creía que su acento se diluía con cada noche que pasaba lejos de su hogar. Su vida era un bucle continuo que se repetía maquinalmente: los mismos actos, las mismas reacciones, las mismas consecuencias. Las mujeres se confundían unas con otras, sus nombres eran una repetición infinita de Sarahs, Lauras y Desconocidas.

No estaba seguro de cómo iba a seguir viviendo así.

Y entonces, la primera semana del curso siguiente, la conoció. Llegó a la Universidad de Washington Central de la mano de algo o de alguien más poderoso que él... Para atormentarlo. Él —o eso— sabía quién era él, la fama que se había creado, y tenía un plan.

Estaba decidido a robar otra inocencia, a arruinar la vida de otra chica. «Esta vez no será tan terrible», se decía. No llegaría a los extremos de antes. Eso era distinto, más infantil. Era sólo diversión.

Y lo fue hasta que el viento se enredó en su pelo y se lo apartó de la cara. Hasta que el gris de sus ojos se le apareció en sueños y enloqueció por sus labios sonrosados. Se estaba enamorando de ella, tan deprisa que no estaba seguro de si de verdad lo sentía o si se lo estaba imaginando. Pero lo sentía... Sentía que lo estaba destrozando por dentro como el rugido de un león. Empezó a necesitarla para respirar, para pensar.

Una noche, en mitad de todo, mientras la nieve cubría con su manto el asfalto, se sentó a solas en el aparcamiento. Sus manos se cerraban con fuerza sobre el volante de su viejo Ford Capri y no sabía ni lo que tenía delante, no podía ni pensar.

¿Cómo podía haber hecho algo semejante? ¿Cómo había ido tan lejos tan rápido? No estaba seguro, pero sabía, lo sentía muy adentro, que no debería haberlo hecho, y tenía claro que se arrepentiría. Ya se estaba arrepintiendo.

Se suponía que era un objetivo fácil. Una chica bonita con una sonrisa inocente y unos ojos de un color extraño que debían de carecer de profundidad o de significado. Se suponía que no iba a enamorarse de ella, y se suponía que ella no iba a hacer que quisiera ser mejor persona.

Él creía que antes estaba bien.

Antes no le iba mal. Antes de cometer el error más hermoso de su vida al permitir que ella se convirtiera en su mundo entero. Pero la quería, la quería tanto que lo aterrorizaba perderla, porque si la perdía a ella se perdería a sí mismo, y sabía que no iba a poder soportar una pérdida como ésa después de haber pasado toda su vida sin nada que perder.

Apretó el volante con más fuerza; el blanco de sus nudillos contrastaba con el volante negro. Sus pensamientos se tornaron más caóticos. Se volvió más irracional. Desesperado. Se dio cuenta en ese instante, en el silencio del aparcamiento desierto que ahogaba sus miedos, de que haría cualquier cosa, cualquier cosa, para conservarla para siempre.

Fue suya, la perdió y volvió a ser suya durante los meses siguientes. No acababa de entenderlo. La amaba. Su amor por ella ardía como una estrella, y subrayaría pasajes de sus diez mil novelas favoritas para demostrárselo. Ella se lo había dado todo, y él observó cómo se enamoraba de él, con la esperanza de que él dejara de decepcionarla. La fe que tenía en él hizo que quisiera ser merecedor

de ella. Quería demostrarles a ella y a todos que se equivocaban. Ella le hizo sentir la clase de esperanza que él nunca había sentido, la clase de esperanza que ni siquiera sabía que existía.

Su presencia lo hacía sentir en paz, el fuego en su corazón se enfriaba, y se estaba volviendo adicto a ella. La ansiaba hasta que la tuvo y, cuando la hizo suya, ninguno de los dos pudo parar. Su cuerpo se convirtió en su lugar seguro; su mente, en su hogar. Cuanto más la amaba, más daño le hacía. No podía alejarse de ella y, a través de las dificultades y de madurar juntos, ella se convirtió en la normalidad que él había anhelado toda su vida.

Su relación con su padre fue cambiando hasta ser en algo cercano a la familiaridad. Un par de cenas familiares empezaron a arrancar la costra de odio que sentía hacia aquel hombre. Comenzaba a ver de un modo diferente, y eso contribuyó a que viera los errores de su padre de otra manera. Entonces fue cuando la necesitó a ella para darle estabilidad, cuando su vida volvió a cambiar y su familia se transformó. Empezaba a importarle, a sentir por aquella casa llena de extraños lo que juró que jamás sentiría.

No fue fácil para él luchar contra veinte años de patrones destructivos y reacciones básicas y viscerales.

Todos los días tenía que hacer oídos sordos al licor que llamaba a su sangre, a la ira de la que intentaba despojarse... Pero no sabía cómo. Se prometió que lucharía por ella y lo hizo. Perdió algunas batallas, pero nunca perdió de vista el objetivo de ganar la guerra. Ella lo enseñó a reír y a amar, y él se lo ha dicho una y mil veces, pero no dejará de repetírselo jamás.

Los últimos días de las vacaciones son siempre los mejores. Todo el mundo se vuelve loco por hacer realidad los últimos planes y deseos del verano. Hay más gente en las fiestas, las chicas se desmelenan... Sin embargo, me muero de ganas de que empiece el semestre. No porque sea un novato y me emocione el mágico mundo de la universidad. No. Me apetece que empiece el curso porque, si juego bien las cartas, me graduaré en primavera, un año antes de tiempo.

No está mal para un delincuente del que todo el mundo pensaba que nunca pisaría una universidad y, mucho menos, que iba a terminarla pronto.

Mi madre estaba tan preocupada por mi futuro que me envió a la otra punta del mundo, al grandioso estado de Washington, para que viviera cerca de mi padre. Usó como excusa la bobada esa de que quería que «reconectara» con él, pero a mí no me engaña. Sé que ni podía ni quería aguantarme más, así que me embarqué hacia Estados Unidos, como a los puritanos de antaño.

—¿Te falta mucho? —Una maraña rosa y unos labios hinchados me miran desde la entrepierna. Casi me había olvidado de que estaba ahí.

—Sí.

La cojo por los hombros y cierro los ojos, me concentro en el placer físico que me proporciona. Una distracción, eso es lo que es. Todas lo son.

La presión en mi espina dorsal aumenta y no me molesto en fingir que disfruto de su compañía más allá del placer sexual mientras me corro en su caliente boca.

Unos segundos más tarde, se está limpiando los labios en la palma de la mano mientras se pone de pie.

—¿Sabes?... —dice Molly cogiendo su bolso. Saca un pintalabios de color oscuro—. Al menos podrías fingir que te interesa, gilipollas.

Tuerce el gesto y elimina el exceso de pintalabios.

—Eso hago. —Me aclaro la garganta—. Hago que me interesa.

Pone los ojos en blanco y me saca el dedo. Me interesa, al menos sexualmente. Folla bien, y a veces no es mala compañía. Somos muy parecidos ella y yo. A los dos nos rechaza la familia. No sé mucho de su pasado, pero sí lo bastante para saber que algo malo debe de haberle pasado para que se haya refugiado en el remoto estado de Washington en vez de quedarse en su casa de niña rica en Pensilvania.

—Capullo —masculla tapando la barra de labios. Está más guapa sin maquillaje, con los labios rosados e hinchados de haber estado chupándome la polla.

Molly es una amiga mía. Bueno, amiga con derecho a roce, diría yo. Nuestra «amistad» no es exclusiva ni por asomo, y los dos tenemos libertad para hacer lo que nos apetezca con quien nos apetezca. Me detesta la mitad del tiempo, pero no me importa. El sentimiento es mutuo.

El resto de nuestros amigos nos dan la vara con el tema, pero funciona. Me aburro y la tengo a mano. La chupa bien y no se queda cuando acabo. Para mí es perfecto. Parece que para ella también.

—¿Estarás esta noche, para la fiesta? —pregunta.

Yo también me levanto, me subo el bóxer y los vaqueros.

—Vivo aquí, ¿no? —replico enarcando una ceja.

Odio este sitio, y todos los días me pregunto cómo coño he acabado en una fraternidad.

Por el donante de esperma que me hizo. Por eso. Ken Scott es un tarado de primera, de la peor especie. Un cabrón alcohólico que destruyó mi infancia y, sin más, le dio un giro a su vida y se fue a

vivir con una señora que tiene un hijo, un perdedor dos años más joven que yo.

Su segunda oportunidad, imagino. Ken Scott consigue una segunda oportunidad y yo acabo en una pocilga de fraternidad en la universidad de la que está a cargo. Por si fuera poco,

prácticamente

me ha suplicado que me vaya a vivir con él, como si creyera que de verdad voy a respirar bajo el mismo techo que él, bajo su control. Cuando me negué, creía que iba a conseguirme un apartamento.

Pero no. Y aquí estoy, en esta puñetera casa. Lo cabreó de lo lindo que prefiriera este agujero a su casa limpia e impoluta.

Aunque la fraternidad de mierda tiene sus ventajas. Es una casa enorme donde se celebran fiestas casi todas las noches, hay un flujo constante de conejitas. Y lo mejor de todo: nadie se mete

conmigo.

A ninguno de los simios de la fraternidad parece importarles el hecho de que no muevo un dedo para representar a la hermandad. No llevo la estúpida sudadera ni una de sus ridículas pegatinas

en el

coche. No hago ningún tipo de trabajo voluntario y no voy por ahí gritando el nombre del sitio.

Lo

del trabajo voluntario no está mal, pero la comunidad les importa un bledo y, en general, nada

tiene

mucha importancia.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy solo. Molly debe de haberse ido sin que me haya dado cuenta.

Me levanto y abro la ventana para ventilar el cuarto antes de volver a usarlo esta noche. Está bien que haya tantas habitaciones vacías en la casa, porque no soporto que nadie entre en la mía. Es

demasiado personal o algo así. No sé, no me gusta y punto, y todo el mundo ha aprendido, de un modo u otro, que no se entra en mi cuarto. Molly y cualquier chica a la que vaya a tirarme sabe que iremos a una de las habitaciones vacías, no a la mía.

Me estoy acercando a la puerta cuando veo a Logan tambaleándose por el pasillo con una chica de pelo rizado bajo el brazo. No se corta a la hora de decirle lo que quiere hacerle, y yo tampoco me corto al expresar mis náuseas.

—¡Buscaos una habitación! —les grito.

Ella sonríe y me hace un corte de mangas, y yo cierro la puerta con pestillo. Así son las cosas por aquí: todo el mundo me ignora o me manda a paseo con mayor o menor sutileza. Prefiero estar

aquí,

solo en mi habitación, esperando el siguiente subidón artificial.

Paso el dedo por los estantes cubiertos de polvo de mi librería. No sé qué novela me apetece vivir ahora... ¿Hemingway, tal vez? Me dará una buena dosis de cinismo. ¿La mediana de las Brontë?

Me

vendría bien una historia de amor disfuncional. Cojo *Cumbres borrascosas*, me quito las botas y

me

tumbo en la cama.

No sé qué tiene esta novela que me empuja a leerla y a releerla tantas veces, pero siempre estoy pasando las páginas de este cuento lleno de oscuridad. Es una locura, la verdad: dos personas que

se

enamoran y se desenanoran. Se destruyen a sí mismos y a todo lo que los rodea porque son demasiado egoístas y cabezotas para arreglar lo suyo.

Pero, para mí, esas historias son las mejores. Quiero sentir algo mientras leo, y las novelas cursis llenas de rosas y sol me dan ganas de vomitar sobre las páginas y quemarlas después.

—¡Así, así, joder...! —chirría una voz femenina a través de las paredes finas como el papel de

fumar.

—¡Cierra el pico! —Aporreo la madera vieja con el puño y luego me tapo los oídos con la almohada.

Un año más. Un año más de cursos de mierda y exámenes para tontos. Un año más de fiestas llenas de gente que sólo piensan en lo que dirán los demás. Un año más de ir a lo mío y podré

volver

a Londres, que es donde está mi sitio.

DOS

A día de hoy, aún recuerda cómo el aroma a vainilla inundaba el pequeño dormitorio universitario la primera vez que se quedó a solas con ella. Tenía el cabello empapado; se había cubierto las curvas con una toalla, y fue la primera vez que se fijó en cómo se le encendía el pecho de rubor cuando se cabreaba. Volvería a verla enfadada, muy enfadada, tantas veces que había perdido la cuenta, pero jamás olvidaría cómo había intentado ser amable con él al principio. Él había confundido esa amabilidad con orgullo.

«Otra chica terca que finge ser una mujer», había pensado. Pero esa chica extraña continuó siendo todo lo paciente que pudo. Sin motivo alguno. No le debía nada, como ahora, y sólo espera poder ver cómo se enfada con él una y otra vez durante el resto de su vida.

Ahora, solo y atrapado por sus propios errores, se aferra a los recuerdos de aquellos días. Esos recuerdos de su propia ira, y de la de ella, son algunas de las pocas cosas que lo mantienen a flote desde que ella lo dejó.

El primer día del primer semestre es siempre el mejor para observar a la gente. Montones de imbéciles andan de acá para allá como pollo sin cabeza, y montones de chicas lucen sus mejores modelitos en un intento desesperado de atraer la atención de los hombres.

Esto se repite año tras año en todas las facultades del planeta. Pero resulta que yo estoy condenado a ir a la Universidad de Washington Central. Me gusta bastante; es fácil, y mis profesores suelen hacer la vista gorda conmigo. A pesar de mi puta falta de interés, no me va mal académicamente hablando. Si me «aplicara más», me iría aún mejor, pero no tengo ni el tiempo ni la energía de obsesionarme con las notas, o con planes o con nada con lo que uno pueda obsesionarse. No soy tan idiota como los profesores suelen dar por hecho que soy. Puedo faltar una semana entera a clase y bordar el examen después. Sé que, mientras siga así, me dejarán tranquilo.

La fachada del Centro de Estudiantes es el lugar perfecto para contemplar el espectáculo. Me encanta sentarme aquí a observar cómo lloran los padres. Me resulta divertido porque a mi madre parecía faltarle el tiempo para deshacerse de mí, y algunos de estos padres actúan como si les estuvieran cortando los brazos cuando sus hijos, hijos que ya son adultos, se van a la universidad.

Deberían alegrarse de que hayan decidido hacer algo con sus vidas, en lugar de lloriquear como críos. Si se dieran una vuelta por mi antiguo barrio, besarían el suelo de la WCU por darles a sus hijos una oportunidad en la vida.

Una mujer con unas enormes tetas falsas y el pelo decolorado abraza a su enclenque hijo de camisa de cuadros, y sonrío de oreja a oreja al ver cómo él empieza a llorar en el hombro de su madre. Menudo pringado. Su padre espera detrás, apartado de la patética escena mientras mira su caro reloj, a que su mujer y su hijo dejen de gimotear.

No sé cómo me sentiría si mis padres estuvieran obsesionados conmigo. Mi madre se preocupaba bastante, cuando no trabajaba de sol a sol, y dejaba que me valiera por mí mismo mientras compensaba la falta de sentido común del capullo de mi padre. Intentaba compensarlo como podía,

pero cuando se ha perdido ya tanto, uno sólo puede ayudar hasta cierto punto. Y yo rechazaba su ayuda. En todo momento. No la acepté entonces y no la aceptaré ahora. Ni la suya ni la de nadie.

—¿Qué hay, tío? —Nate se sienta a la mesa del merendero enfrente de mí y se saca un cigarrillo

del bolsillo—. ¿Qué planes tienes para esta noche? —pregunta mientras enciende el mechero. Me encojo de hombros y me saco el teléfono del bolsillo para mirar la hora.

—No lo sé. Hemos quedado en el cuarto de Steph.

Mientras fuma, Nate me insiste para que vayamos al cuarto de Steph desde el Centro de Estudiantes. No está lejos, a unos quince minutos o así, pero preferiría ir en coche a tener que sortear

a las masas de alumnos ansiosos ataviados con sus mejores galas universitarias.

Para cuando llegamos a los dormitorios, Nate no para de hablar de la fiesta del fin de semana.

Hay una fiesta todos los fines de semana. No entiendo por qué se emociona tanto.

Para mí siempre es todo igual. El mismo grupo de amigos, la misma cantidad de sexo, las mismas fiestas..., otro día, pero la misma mierda de siempre.

Estoy a punto de irrumpir en la habitación, pero Nate me detiene:

—Deberíamos llamar. ¿Te acuerdas del pedo que llevaba la última vez?

Me río para mis adentros. Sí, me acuerdo de ese día. Era el último semestre. Entré en el cuarto de Steph sin llamar y me la encontré de rodillas delante de un capullo. Lo llamo *capullo* porque...

bueno, porque llevaba chanclas. Desde mi punto de vista, un tío joven que lleve chanclas es automáticamente un capullo. Él se quedó todo cortado, y Steph estaba borracha. Mientras el tipo se largaba corriendo,

ella lanzaba prácticamente todas sus posesiones en dirección a mi cabeza.

Verla tan horrorizada me alegró la semana. A día de hoy, aún la pincho con el tema.

Por fin dejo de reírme con el recuerdo, y entonces oigo que nos grita que entremos.

Cuando lo hago, me recibe la imagen de un tío rubio con una chaqueta de punto en medio del cuarto de Steph. Ella está de pie entre Nate y yo, mirando a los recién llegados con una chispa de diversión en los ojos. Tardo un momento en advertir también la presencia de una mujer que parece tensa y una jovencita. La mujer está buena. La observo atentamente: alta, pelo largo y rubio, tetas decentes...

—Eh, ¿eres la compañera de Steph? —pregunta Nate, y por fin veo a la chica.

No está nada mal: labios carnosos, pelo largo y rubio. Y eso es todo lo que puedo decir, porque la chica lleva una ropa por lo menos diez tallas más grande de la que debería llevar. Veo cómo su falda

llega literalmente al suelo y me encojo de horror por dentro. Con sólo mirarla sé que lo va a pasar

mal en la facultad.

A modo de ejemplo: se está mirando los pies, nerviosa de la hostia. ¿Qué coño le pasa?

—Eh..., sí. Me llamo Tessa —balbucea, y lo dice tan bajito que me saca de quicio.

Miro a Steph, que sonrío abiertamente y se sienta en su cama sin apartar la vista de la chica.

Nate responde con una sonrisa, mostrándose como siempre el más amigable de los dos.

—Yo soy Nate. Relájate.

No entiendo por qué la gente se molesta en entablar conversaciones triviales, y menos con este ratoncillo, que mira a Nate con los ojos abiertos como platos. Él alarga la mano para tocarle el hombro.

—Esto te va a encantar —añade.

Menudo capullo.

La compañera de habitación de Steph observa aterrorizada los pósteres de los grupos que ésta tiene en la pared. No podrían haberle puesto a alguien más distinto de ella. A simple vista parece callada, tímida y asustadiza. Tiene suerte de que hoy tengo un día bueno; de lo contrario, la habría

hecho sentirse aún más incómoda.

—Estoy lista, chicos —dice Steph, levantándose de golpe de la cama.

Se cuelga el bolso del hombro y se dirige hacia la puerta. El chico rubio, que probablemente sea el hermano de su nueva compañera, me está observando, y yo lo fulmino con la mirada.

—Nos vemos, Tessa.

Nate se despide con la mano de la chica, y entonces veo que ella me está examinando. Aparta los ojos del aro que llevo en la ceja y desciende la mirada hacia el aro del labio y, después, hacia mis

dos

brazos. Entonces veo que la mujer y el tipo están haciendo lo mismo.

Quiero preguntarles: «¿Qué pasa? ¿Es que nunca habíais visto unos tatuajes?», pero tengo la impresión de que su madre no es tan agradable como lo es mirar las tetas que luce, así que será

mejor

que me comporte. De momento.

En cuanto salimos al vestíbulo, oímos cómo la mujer chilla:

—¡Pediremos que te cambien de cuarto!

Steph se echa a reír, y Nate y yo hacemos lo propio mientras recorremos el pasillo.

TRES

A la mañana siguiente no me apetece ir a la primera clase, así que decido ir a la habitación de Steph

en su lugar. Seguramente aún esté dormida, pero me aburro, y su cuarto está más cerca de mi siguiente clase que el de nadie más del grupo. Le mando un mensaje y le digo que voy de camino, pero no espero a que responda.

El vestíbulo del viejo edificio está casi vacío, sólo unos cuantos rezagados frenéticos corren de un lado a otro con los brazos cargados de libros. Llamo a la puerta, para que a doña Remilgada no le

dé un ataque y, al no oír respuesta, entro con la llave que Steph me ha dado.

Para evitar quedarme dormido sobre el colchón de mierda de Steph, zapeo entre los canales básicos de la televisión por cable. Justo cuando un «médico» aburrido está a punto de dar un consejo

matrimonial a dos idiotas, la puerta se abre y la compañera de cuarto de Steph entra corriendo. Está

envuelta en una toalla húmeda, y tiene el pelo largo y empapado pegado a la cara de un modo que casi resulta cómico. Mientras abre mucho los ojos por la sorpresa, apago la tele y observo al espécimen que tengo ante mí.

—Esto... ¿Dónde está Steph? —dice casi como un alarido.

Se queda mirando al suelo, luego me mira a mí de nuevo, y otra vez al suelo.

Sonrío al verla tan avergonzada y me quedo callado.

—¿No me has oído? Te he preguntado dónde está Steph. —Ahora su voz es más suave, más amable.

Mi sonrisa se intensifica.

—No lo sé.

Está muerta de vergüenza y, por cómo está agarrando los bordes de la toalla, temo que vaya a hacerla trizas. Enciendo de nuevo la tele y me incorporo.

—Vale. Bueno, ¿te importaría... irte o algo para que pueda vestirme?

No pienso largarme. No ahora que he encontrado la única posición cómoda en esta cama.

Hago como que me vuelvo y me tapo la cara con las manos para seguirle el rollo.

—No seas tan creída, no pienso mirarte.

¿Cómo puede tenérselo tan creído como para pensar que voy a estar aquí mirándola?

Vale..., está bien, seguramente lo haría, sobre todo teniendo en cuenta que la toalla que lleva enrollada se ciñe a su cuerpo de un modo la hostia de delicioso.

La oigo moverse de acá para allá, el sonido de un sujetador que se abrocha y su fuerte respiración. Sigue nerviosa, y me encantaría verle la cara mientras intenta subirse la ropa todo lo rápido que puede. Me destaparía los ojos sólo para fastidiarla, pero hoy estoy de un humor bastante decente. Además, voy a ver a esta chica bastantes veces, así que más me vale mostrarme algo cívico.

—¿Has acabado ya? —pregunto poniendo los ojos en blanco por debajo de las manos.

—¿Por qué eres tan desagradable? Yo no te he hecho nada. ¡¿Qué narices te pasa?! —grita.

¿«Narices»? Por supuesto, no esperaba que nada más fuerte saliera de esa boquita de niña

inocente. Está intentando con todas sus fuerzas tener paciencia conmigo, y yo estoy intentando

con todas mis fuerzas que estalle. No puedo evitar reír.

Mientras observo a la furibunda compañera de Steph, se me hace raro reírme así, tan fuerte, pero es que su expresión es digna de ver. Está muy mosqueada.

La puerta se abre y Steph entra vestida con la misma ropa que llevaba anoche.

—Siento llegar tarde. Tengo una resaca de mil demonios —gimotea.

Pongo los ojos en blanco de nuevo. ¿Cuándo no tiene ella resaca?

—Perdona, Tess, olvidé decirte que Hardin se pasaría por aquí. —Se encoge de hombros, como si le importara una mierda.

—Tu novio es un grosero —le suelta la rubia.

No puedo evitar echarme a reír otra vez. Steph me mira con una ceja levantada al ver lo mucho que me estoy riendo.

—¡Hardin Scott no es mi novio! —exclama, quizá con demasiada rotundidad, muerta de la risa.

Hemos echado algún polvo, pero nunca hemos salido.

Yo no salgo con chicas.

—¿Qué le has dicho? —Steph se vuelve hacia mí y pone las manos sobre sus caderas en un intento fallido de reprenderme. Después se vuelve hacia la chica—: Hardin tiene una... una manera muy particular de conversar.

¿«Conversar»? No estoy intentando hablar con ninguna de ellas. Me encojo de hombros y vuelvo a buscar alguna mierda que ver.

—Esta noche hay una fiesta; deberías venir con nosotros, Tessa —oigo que le dice Steph.

Sí, ya, como si esta tipa fuera a ir a alguna fiesta. Me muerdo el aro del labio para no volver a reírme y me quedo mirando hacia el televisor.

—No me van mucho las fiestas. Además, tengo que ir a comprar algunas cosas para mi escritorio y mis paredes.

—Venga..., ¡es sólo una fiesta! Ahora estás en la universidad, una fiesta no te hará daño —dice Steph, casi rogando, mientras intenta convencerla—. Oye, y ¿cómo vas a ir a comprar? Creía que no tenías coche.

—Iba a coger el autobús. Además, no puedo ir a una fiesta, no conozco a nadie todavía —responde, y yo me río de nuevo—. Pensaba quedarme a leer y a hablar con Noah por Skype.

Vaya, menudo planazo, ir a comprar. Probablemente va al puto Target; tiene toda la pinta. Y su cita por Skype... Seguro que va a enseñarle el tobillo a ese pobre tío.

—¡Ni se te ocurra coger el autobús un sábado! Van a tope. Él puede llevarte de camino a casa..., ¿verdad, Hardin?

Steph me mira.

No pienso llevar a nadie a ninguna parte.

—Y en la fiesta estaré yo, y a mí sí me conoces —continúa Steph—. Venga, ven..., por favor...

—No lo sé... y, no, no quiero que Hardin me lleve en coche a la tienda —gimotea la muy insoportable.

Me vuelvo y les sonrío a ambas; es lo único que puedo hacer, ya que están empezando a tocarme las narices.

—¡Ay, qué pena! Estaba deseando pasar el rato contigo —digo—. Venga, Steph, sabes que esta chica no va a aparecer por la fiesta.

Me tomo unos instantes para observar el modo en que su camiseta blanca se ciñe a su pecho y sus caderas. Debería vestir así en lugar de con esa falda larga hasta el suelo que llevaba el otro día.

Sus

shorts caquis siguen pareciéndome demasiado largos, pero no todo puede ser como a uno le gustaría.

—Pues ahora que lo dices, sí, iré —dice la chica..., ¿cómo se llamaba? ¿Tessa? Sí, era Tessa. Oigo unos gritos de júbilo y, cuando veo que empiezan a abrazarse y toda esa mierda, decido pirarme. —¡Bien! ¡Lo pasaremos genial! —le asegura Steph mientras salgo de la habitación.

Conduzco hasta el campus y asisto al resto de las clases de la jornada. Después recibo un mensaje de

Nate en el que me dice que me reúna con él y Tristan en Blind Bob's y me dirijo hacia allí. Pongo música y bajo la ventanilla. De adolescente me parecía que la gente que ponía la música a toda hostia

en el coche iba de guay por la vida, pero ahora lo entiendo. A veces necesito que desaparezca todo lo

que me rodea, y sólo lo consigo con la música y la lectura. Todo el mundo tiene sus métodos, y éstos

son los míos.

Cuando necesito silencio, el ruido ayuda.

Supongo que mejor eso que una botella de Jack Daniel's. Mi madre, llorando al teléfono en mitad de la noche, diría lo mismo.

—¿Por qué has tardado tanto? —Tristan le da un bocado a una hamburguesa y la mitad de los ingredientes caen sobre el plato que tiene delante.

—Había un tráfico de la hostia. —Me deslizo en el asiento al lado de Nate.

Nuestra camarera de siempre me saluda con la cabeza e, instantes después, aparece junto a la mesa con un vaso de agua.

—¿Sigues sobrio? —pregunta Nate, y evita mirar mi vaso mientras da un trago a su cerveza.

—Sí, sigo sobrio. —Me bebo la mitad del vaso de agua e intento no pensar en la sensación de una cerveza bien fría en mi lengua.

—Me alegro por ti, tío. Sé que todo el mundo te toma el pelo al respecto, pero a mí me parece increíble que tengas tanto autocontrol.

El cumplido de Nate me incomoda.

Tristan se echa a reír y se pasa una servilleta por la barbilla.

—¿Autocontrol? Anoche mismo oí cómo Molly gritaba tu nombre.

—Bueno, sobrio con respecto a la bebida. No con respecto a las tías, claro.

Nate se echa a reír también y choca su hombro con el mío. Me siento aliviado con el cambio de tono. La cosa se estaba poniendo demasiado personal para mi gusto.

Nate acaba convenciéndome para que lo deje conducir mi coche. Sólo se ha tomado una cerveza, y la verdad es que no me apetece conducir, así que accedo a dejarlo si me lleva a recoger a Steph

y a

su compañera de habitación.

—No ha parado de llamarme, dice que no le coges el teléfono —dice Nate cuando salimos del aparcamiento.

Pongo los ojos en blanco.

—Le he dicho hace una hora que yo las llevaría. —A veces Steph puede ser un puto incordio.

—Acabo de decirle que vamos hacia allí. Me alegro de que esa tal Tessa venga también —dice, y baja la ventanilla del lado del conductor.

—¿Por qué?

—Porque parece maja, y debería salir más. Steph dice que cree que su novio es su único amigo o algo así.

—¿Su novio? ¿Quieres decir que la Madre Teresa tiene novio? —me mofa.

Un momento... ¿el chico de la habitación? Si parecían hermanos, no novios. ¿Es con él con quien iba a hablar por Skype? Entonces sin duda iba a ser un vídeo con toda la ropa puesta, puede que incluso con un blazer extra, por protección.

—Sí, es el que estaba con ella, ese tío tan pijo.

—Qué sorpresa. —Me río, y enciendo la música.

Tess y el estirado de su novio detestarían esta música, por lo que subo aún más el volumen.

Cuando llegamos al aparcamiento de la residencia de Steph, empieza a sonar mi teléfono. Es Molly, así que le doy a ignorar la llamada.

—Señoritas. —Nate saluda a las chicas mientras se acercan al coche.

Steph lleva un vestido de rejilla, y su lapa lleva lo que parece un saco granate. No lo entiendo. He visto el contorno de su cuerpo bajo esa toalla. ¿Por qué se pone esa cosa tan horrenda?

—Eres consciente de que vamos a una fiesta, no a misa, ¿verdad, Theresa? —le digo mientras se sube al coche.

—No me llames Theresa, por favor. Prefiero Tessa —se limita a responder con aire pretencioso. Sabía que su nombre sería Theresa. He leído suficientes novelas como para imaginármelo. Parece que con lo del nombre he tocado un tema sensible.

—Claro, Theresa —la provoco.

Durante el trayecto, la miro unas cuantas veces a través del espejo. No parece incómoda, ya que no sabe que la estoy mirando. La casa está cerca; sólo tenemos que seguir unos cuantos minutos

más

en un embarazoso silencio. Nate aparca delante de la casa, tras una fila de coches.

Ella resopla y pone los ojos en blanco.

—Es enorme. ¿Cuánta gente habrá aquí? —pregunta.

¿Acaso el césped lleno no le sirve como pista?

—Un montón. Vamos —le digo, y cierro la puerta del coche.

Ella permanece sentada en su sitio, en shock, creo, y yo me alejo por el patio.

CUATRO

Supo desde el principio, desde su primer encuentro hasta la primera vez que ella usó su insolencia contra él, que sentía algo diferente con respecto a su persona. No imaginaba..., no, no tenía ni puta idea de que el fuego que ardía en su interior acabaría debilitándose hasta extinguirse por su mala costumbre de cometer un error tras otro. Y ahora a menudo se encuentra sentado solo, reviviendo los días en los que ella rebosaba intensidad. Cuando su voz y sus acciones destilaban tanta pasión que el aire entre ellos se cargaba de humo. Debería haber imaginado que toda esa pasión acabaría en destrucción, que terminaría quemando su alma y consumiendo cada milímetro de su espíritu, llevándose a la chica a la que amaba, a la chica sin la que no podía y aún no puede respirar, y se vería obligado a ver cómo se aleja lentamente, con las últimas nubes de humo gris.

Me paseo por la fiesta llena de gente y me abro paso a través de un grupo de capullos borrachos que están jugando a alguna especie de juego de beber para entretenerse mientras intentan encajar desesperadamente. Sus ojos inyectados en sangre y sus estúpidas sonrisas me dan ganas de vomitar.

Uno por uno, todos me miran con cara de estar pensando «es un gilipollas» mientras lanzan bolas de plástico en unos vasos llenos de cerveza y lo celebran a gritos como si hubieran ganado una especie de medalla por haberse puesto ciegos de alcohol compartiendo vasos con la cerveza más barata del mercado.

Cuando llego al atestado vestíbulo, veo a Steph y a su lapa. La rubia parece perdida, completamente fuera de lugar en este enjambre de cuerpos en movimiento. Alguien le da una bebida y ella sonríe con amabilidad, a pesar de que no la quiere. Lo sé porque se refleja en sus ojos. Pero la acepta, y se lleva el vaso rojo a la boca.

Otra que hace lo que hacen todos. Menuda sorpresa.

—¡Hoolaaa, Tierra llamando a Hardin! —oigo que dice Molly por encima del barullo.

La miro y veo la expresión de enfado en su rostro mientras apoya una mano sobre la cadera.

Tiene la vista clavada en Tessa y Steph.

—¿Qué estabas mirando? —pregunta con voz tensa.

—Nada. Métete en tus putos asuntos.

Continúo mi camino y subo la escalera rumbo a mi habitación. Por detrás de mí oigo un repiqueteo insoportable de bisutería barata y excesiva. Me vuelvo y me encuentro con Molly y sus ojos de cachorro.

—¿Me estás siguiendo por algún motivo?

Se aparta el pelo rosa del hombro.

—Me aburro —se queja.

—¿Y?... —Me saco el móvil del bolsillo trasero y finjo que hago cualquier cosa menos

escucharla.

Molly me pasa la mano por el brazo.

—Entretenme, capullo.

La miro de arriba abajo, y me deleito en el modo en que su minúsculo vestido resalta todas las cosas que ya he visto. Me clava las uñas, y su sonrisa se intensifica.

—Venga, Hardin, ¿cuándo fue la última vez que te corriste?

No tiene vergüenza. Me gusta.

—Pues, teniendo en cuenta que me la mamaste hace dos días...

Pega sus labios a los míos antes de que pueda decir una palabra más. Me aparto hacia atrás, pero ella se adelanta.

«En fin, ¿por qué no?» No está nada mal, y podría estar perdiendo el tiempo con cosas peores.

Como Steph con santa Theresa toda la noche. Menudo rollo.

Molly me guía hasta la última habitación que hay a la derecha; sabe perfectamente que no debe intentar ir a mi cuarto. Nadie entra en mi cuarto. Cierra la puerta después de pasar y se abalanza sobre mí en cuestión de segundos. Tiene la boca caliente y los labios pintados con un brillo pegajoso.

El hecho de tocarnos, ya sea con Molly o con cualquier otra, me ayuda a evadirme. No entiendo muy bien por qué, pero cuando desconecto la mente durante un rato todo me resulta más fácil. Es un

subidón, el único momento en el que realmente siento algo.

Molly me lleva hasta el catre, que apenas tiene una sábana encima. Estos pequeños detalles no importan cuando no sientes nada. Molly extiende su cuerpo menudo sobre el mío y se restriega contra mi pierna. La agarro del pelo rosa y aparto su boca de la mía.

—No —le advierto.

Ella responde con el gruñido quejumbroso que suele emitir cuando le recuerdo que no me bese.

—Eres un capullo —protesta, pero pasa a ponerse a horcajadas sobre mi cintura.

La puerta se abre y deja de menear las caderas. Se vuelve, se incorpora, y yo me apoyo sobre los codos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta Molly con un tono duro, cargado de impaciencia y necesidad.

Y, por supuesto —¿cómo no?—, la persona que está en la puerta es Tessa, la compañera de Steph, con una expresión que me indica que está más cortada que Molly y yo juntos.

—Esto..., no. Perdón, yo... —tartamudea—. Estoy buscando un baño, alguien me ha tirado la bebida encima.

Mira hacia abajo, hacia su vestido manchado, a modo de prueba. Parece ser que esta chica pasa mucho tiempo mirando hacia abajo.

—Muy bien. Pues sigue buscando —responde Molly haciéndole un gesto con la mano para que se largue.

Tessa sale de la habitación inmediatamente y cierra la puerta.

Sin embargo, mientras Molly se abalanza sobre mi cuello, veo la sombra de los pies de Tessa al otro lado. ¿Nos está escuchando? Joder, qué tía más rara. Unos segundos después, desaparece, y Molly desliza la mano entre mis piernas.

—Joder, esa chica me saca de quicio —dice.

Para ser una persona que tampoco cae demasiado bien, a Molly la «saca de quicio» demasiada gente.

—¿Debería haberla invitado a participar? —digo encogiéndome de hombros, y ella pone cara de asco.

—¡Puaj! Ni hablar. Con Bianca o Steph no te diría que no, pero con la Tessa esa, ni hablar. Ni

quiera está buena, y mide casi el doble que yo.

—Eres una zorra, ¿lo sabías? —le digo, y sacudo la cabeza.

Por muy sosa que sea, Tessa tiene un cuerpo bonito, la clase de cuerpo que les gusta a los hombres; la clase de cuerpo que devoraría en un santiamén si ella aprendiera a domar esa actitud que tiene.

—Venga ya. Lo único que te gusta de ella son sus tetas.

Molly se abalanza sobre mi cuello de nuevo.

—No me gusta —digo, sintiendo de repente la necesidad de defenderme.

—Ya, está claro que no te gusta. —Se aparta para mirarme a los ojos y sonrío como si estuviéramos compartiendo un secreto o algo así—. Pero eso no significa que no te la follaría. Acerca su boca a mi mandíbula y empieza a mordisquearme la piel. Me agarra la polla a través de los pantalones y continúa moviendo su cuerpo menudo sobre el mío.

—Basta de cháchara.

Deslizo la mano entre sus muslos separados y empiezo a acariciarla con los dedos. Gime contra mi cuello, y yo me concentro en el placer que me está proporcionando. Molly se parece más a mí de

lo que admitiría jamás. Su día a día también es aburrido y deprimente. Ella utiliza asimismo las sensaciones para escapar de sus propios pensamientos. La verdad es que no sé mucho de ella, nunca cuenta nada, pero sé que no debe de haberlo pasado bien.

Molly empieza a estremecerse mientras le meto los dedos. Sé cómo hacer que se corra rápido.

Cuando gime, oigo que suspira el nombre de «Lou», pero pronto recobra la compostura y dice mi nombre.

«¿Lou? Pero ¿qué cojones?» Intento no reírme al pensar que pueda estar refiriéndose a Logan, diciendo su nombre mientras se corre conmigo. Sabe perfectamente que él jamás se acostaría con ella. Es amable con ella porque es un tío amable con todo el mundo, pero tiene principios.

Si me importara algo, la reprendería por ello, pero lo cierto es que me importa una mierda. La utilizo del mismo modo en que ella me utiliza a mí. Y ambos lo sabemos. Mi mente vaga hasta la fiesta en la planta inferior. Me pregunto cuántas veces habrá llorado ya la compañera de Steph. Parece una persona sensible, con sus respuestas y su actitud insolente que ocultan fragilidad.

Molly agarra mis vaqueros y me desabrocha el botón. Cierro los ojos y siento cómo sus cálidos labios rodean mi polla.

Después, no dice nada, ni yo tampoco, cuando se pasa los dedos por los labios hinchados. Se levanta, se pone el vestido para cubrir su cuerpo todo lo que puede cubrírsele ese retal y sale de la habitación.

Me quedo ahí tumbado, sobre una cama que no es la mía. Miro el techo durante unos minutos y salgo al vestíbulo. La fiesta continúa; el suelo está cada vez más guarro a cada minuto que pasa.

Un grupo de tres borrachas cogidas de la mano pasa por mi lado.

—Chicas, sois mis mejores amigas —dice la más bajita de las tres.

Una de ellas, la del suéter azul y los ojos inyectados en sangre, se tambalea por el pasillo y está a punto de caerse.

—¡Os quiero, tías! —responde, y se le llenan los ojos de lágrimas.

Las chicas, cuando están borrachas, lloran y son las «mejores amigas» de todo el mundo...

Logan aparece al otro extremo del pasillo, con una sonrisa torcida y una bebida en cada mano.

Me ofrece una, pero la rechazo negando con la cabeza.

—La tuya es agua —dice sosteniendo el vaso rojo entre ambos.

Lo cojo, me lo acerco a la nariz y huelo el líquido.

—Eh..., gracias.

Bebo un trago del agua fría y decido obviar el modo en que Logan me juzga para sus adentros por no beber.

—La casa está petada, tío —me dice, y se aclara la garganta con una mueca de dolor—. Este vodka barato quema de la hostia.

No contesto nada. Simplemente observo el vestíbulo mientras nos dirigimos hacia la escalera.

—Por cierto, he visto que esa tal Tessa entraba en tu habitación —dice detrás de mí.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Qué?

—Ha entrado con Steph, que había estado vomitando en el cuarto de baño.

—Y ¿por qué han ido a mi cuarto? —digo levantando la voz.

Habría jurado que lo había cerrado con llave. Nadie entra en mi habitación, por muy enfermo que esté. De hecho, especialmente si están enfermos. No quiero que nadie vomite sobre mis cosas.

Logan se encoge de hombros.

—No lo sé. Sólo te estoy informando.

Desaparece entre la multitud y yo me dirijo a mi habitación. Steph sabe perfectamente que no debe entrar. ¿Por qué no se lo ha advertido a su lapa?

Entro cabreado y, cómo no, ahí está Tessa al lado de mi estantería. Veo al instante que ha puesto la mano en mi ejemplar más antiguo de *Cumbres borrascosas*. Las páginas gastadas delatan su uso.

—¿Qué coño haces tú en mi habitación? —le digo.

Sin apenas inmutarse, cierra el libro suavemente.

—Te he preguntado qué coño haces en mi habitación —repito con el mismo tono áspero que la primera vez.

Cruzo la estancia, le quito el libro de las manos y lo coloco de nuevo en su sitio en la estantería.

Todavía no me ha contestado; sigue ahí plantada, cerca de mi cama, con los ojos abiertos como platos y la boca cerrada.

—Nate ha dicho que trajésemos a Steph aquí... —susurra.

Señala con la mano en dirección a mi cama. Steph está inconsciente sobre el colchón, y no me hace ni puta gracia.

—Ha bebido demasiado y Nate ha dicho...

Ya he tenido suficiente.

—Ya te he oído la primera vez —la interrumpo tranquilamente.

—¿Perteneces a esta fraternidad? —pregunta con voz curiosa y algo afectada.

No es que me sorprenda. Estoy acostumbrado a que me juzguen, sobre todo los niños ricos de actitud soberbia. Aunque no creo que esta chica sea rica. Su vestido parece sacado de una tienda de oportunidades y no de un centro comercial, cosa que, por alguna razón, me sorprende.

—Sí, ¿por? —Camino hacia la muy cotilla y ella retrocede y se golpea con la estantería—. ¿Tanto te sorprende, Theresa?

—Deja de llamarme Theresa —me espeta.

«Vaya, menudo carácter...»

—Es tu nombre, ¿no?

Suspirando, da media vuelta. Miro hacia mi cama al ver que pretende marcharse de la habitación.

—No puede quedarse aquí —le digo.

No pienso dejar que Steph duerma en mi cama toda la noche.

—¿Por qué no? Creía que erais amigos.

Qué mona..., qué ingenua.

—Y lo somos, pero nadie se queda en mi habitación.

Me cruzo de brazos y la observo detenidamente. Su mirada recorre mis tatuajes. Me gusta cómo me está mirando, como si intentara comprenderme. Diría que es hasta excitante que me examine

ese modo. Es evidente que está intrigada.

De repente parece salir de su estado de observación.

—Ah..., ya veo —dice, y suelta una carcajada—. ¿De modo que sólo las chicas que se lo montan contigo pueden entrar en tu cuarto?

No puedo evitar sonreír ante su actitud beligerante. Tiene el pelo largo y rubio y unas magníficas curvas ocultas bajo ese traje horrendo..., pero hay algo en esta chica que me irrita a un nivel

más profundo que Steph, o incluso Molly. No sabría decir qué es exactamente, pero me está

sacando de mis casillas y tengo que acabar con esta situación.

—Ése no era mi cuarto. Pero si lo que intentas decir es que quieres montártelo conmigo, lo siento, no eres mi tipo.

Sonrío y observo cómo se le crispa el rostro de vergüenza y de furia.

—Eres un... eres un...

Me incomoda ver cómo intenta encontrar las palabras adecuadas para insultarme.

—En fin..., pues llévala tú a otro cuarto. Ya me las apañaré para volver a la residencia.

¿Yo? Su engreimiento me está cabreando a pasos agigantados.

No será capaz de largarse y de dejar a Steph aquí, ¿verdad? Abre la puerta y cruza el umbral.

Mierda, tiene más huevos de lo que creía. Estoy ligeramente impresionado. Cabreado pero impresionado.

—¡Buenas noches, *Theresa!* —le grito al tiempo que cierra de un portazo.

Observo mi habitación para ver si ha movido de sitio alguna cosa más. De repente capta mi atención el espejo de la pared, principalmente porque apenas reconozco al hombre que aparece reflejado en él. No sé en quién me he convertido en los últimos años.

Pero lo que más me sorprende es que no entiendo a qué viene la estúpida sonrisita que tengo en el rostro.

Estoy acostumbrado a discutir con gente insufrible en estas fiestas. ¿Por qué he disfrutado esta vez más de lo normal? ¿Es por esta chica nueva? No es mi tipo de presa habitual, pero me divierte

jug

con ella.

El ruido proveniente de la planta inferior inunda mi habitación y, con Steph en mi cama, no tengo nada que hacer. Tendré que pedirle a Nate que la saque de aquí..., que la deje en el vestíbulo si es preciso. Seguro que ha dormido en sitios peores. Me sorprende pensando en Tessa y en su actitud. En cómo ha apoyado la mano sobre su cadera con ese aire tan testarudo y no se amilanaba ante mí.

Salgo al vestíbulo y convengo a un novato de la fraternidad para que traslade el cuerpo de Steph a un cuarto vacío del pasillo. Aguardo un momento para asegurarme de que no se queda allí con ella y,

cuando sale de la habitación, me dirijo de nuevo a la mía.

Al pasar por delante del baño, oigo una voz agitada a través de la puerta. Es la tal Tessa, reconozco su voz al instante.

—Sí. No. He ido a una estúpida fiesta con mi compañera de habitación y ahora estoy atrapada en la casa de una fraternidad sin un sitio donde dormir y no tengo manera de llegar a la residencia.

Está llorando. Debería alejarme de la puerta. No tengo ni la energía ni el más mínimo interés de aguantar a una llorona hipersensible.

—Pero en este momento está...

No logro distinguir las palabras con tanto sollozo. Pego la oreja a la puerta.

—Pues a eso me refiero, Noah... —la oigo decir.

Intento abrir la puerta. Ni siquiera sé por qué lo hago, así que probablemente haya sido una suerte que esté cerrada con pestillo.

—¡Un momento! —grita, perdiendo la paciencia.

Llamo de nuevo.

—¡He dicho un mom...!

Tira de la puerta de golpe y abre mucho los ojos al verme. Aparto la mirada y ella pasa corriendo por delante de mí. La agarro del brazo y la detengo suavemente.

—¡No me toques! —grita, y se suelta de un tirón.

—¿Has estado llorando? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Déjame en paz —dice sin mucha convicción.

Parece agotada. «¿Con quién estaba hablando por teléfono? ¿Con su novio?»

Abro la boca para provocarla, pero me hace un gesto de advertencia con el dedo.

—Hardin, por favor. Te lo estoy suplicando y, si tienes la más mínima decencia, me dejarás estar.

Guárdate la mezquindad que vayas a decir para mañana. Por favor.

Sus ojos azul grisáceo se inundan de lágrimas, y el comentario grosero que tenía pensado decir de repente pierde su chispa.

—Hay una habitación al final del pasillo donde puedes dormir. He llevado a Steph allí —le digo.

Me mira como si de repente me hubieran salido tres cabezas.

—Vale —se limita a responder al cabo de un instante.

—Es la tercera puerta a la izquierda —le indico, y me dirijo a mi habitación.

De repente siento la imperiosa necesidad de alejarme de esta chica cuanto antes.

—Buenas noches, Theresa —digo, y luego entro en mi cuarto.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella.

Estoy mareado. No me encuentro bien. Más le vale a Logan no haberme metido alguna mierda en el agua.

Me acerco a la estantería, cojo *Cumbres borrascosas* y lo abro por la mitad de la novela.

Catherine es el personaje femenino más exasperante que he leído jamás, y no logro entender por qué

Heathcliff aguanta sus mierdas.

Él también es un capullo, pero ella es lo peor.

Tardo un rato en quedarme dormido pero, cuando lo hago, acabo soñando con Catherine, o más bien

con una versión joven y rubia de ella que llega de repente a la facultad. Pero el sonido de los gritos

de mi madre me despierta y me incorporo de un salto con la camisa empapada de sudor, y enciendo

la luz.

¿Cuándo acabará esta mierda? Llevo años así y no se me pasa.

Tras unas cuantas horas más de mirar al techo y a las paredes e intentar convencerme de que debo de haber dormido todo ese tiempo, me doy una ducha y bajo a la cocina. Cojo una bolsa de basura

y

decido ayudar a limpiar, por una vez. Igual si hago algo agradable por los demás, conseguiré dormir

una noche entera para variar.

En la cocina me encuentro con Tessa, que sigue aquí, riendo y apoyada contra la encimera.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunto mientras tiro un montón de vasos vacíos de la encimera a la bolsa.

—Nada. ¿Vive Nate aquí también? —me pregunta.

Paso de ella.

Levanta un poco su suave voz e insiste:

—¿Vive o no vive aquí? Cuanto antes me digas si Nate vive aquí, antes me marcharé.

—Vale, ahora tienes toda mi atención. —Doy un paso hacia la furiosa chica para limpiar un montón de servilletas de papel empapadas de la encimera y sonrío con malicia—. Pues no, no

vive

aquí. ¿Te parece el típico chico de fraternidad?

—No, pero tú tampoco —me suelta.

No contesto. Maldita sea, esta casa es un puto desastre.

—¿Pasa algún autobús por aquí cerca? —pregunta golpeteando el suelo con el pie como una niña, y pongo los ojos en blanco.

—Sí, a una manzana.

—¿Podrías decirme dónde está la parada?

—Claro. Está a una manzana de distancia.

Algo en su enfado instantáneo me hace sonreír.

Da media vuelta sobre sus zapatos planos y se aleja a toda prisa. Me río para mis adentros y paso por alto el modo en que Logan me sonrío con malicia desde el otro lado de la cocina. Me acerco a él,

pero cambio de dirección al ver que Tessa se acerca a Steph.

—No vamos a coger el puto autobús. Uno de estos capullos nos llevará a la residencia.

Seguramente sólo te estaba tomando el pelo —oigo que le dice Steph.

De repente, irrumpe en la cocina como si fuera el huracán Katrina. Tiene todo el maquillaje corrido alrededor de los ojos. Miro a Tessa, que apenas va maquillada, y la diferencia es abismal.

—Hardin, ¿nos puedes llevar de vuelta ahora? Me va a explotar la cabeza.

—Claro, dame un minuto.

Dejo la bolsa de basura en el suelo y me río para mis adentros cuando oigo a Tessa resoplar indignada. Es tan fácil sacar a esta chica de sus casillas...

Tessa y Steph se reúnen conmigo junto al coche, y no puedo evitar seleccionar una de mis canciones heavy preferidas, *War Pigs*, durante el trayecto de vuelta al campus. Bajo todas las ventanillas y disfruto de la brisa.

—¿Te importaría subirlas? —pregunta Tessa desde el asiento trasero.

La miro por el espejo retrovisor y me cojo el aro del labio entre los dientes para no reírme por el modo en que su pelo rubio le golpea en toda la cara. Finjo que no la he oído y subo el volumen.

Cuando llegamos, mientras salen del coche, digo:

—Luego me paso, Steph.

Le veo las bragas a través del vestido, pero supongo que ése es el objetivo de llevar unas medias de rejilla.

—Adiós, Theresa. —Sonrío y veo cómo ella pone los ojos en blanco.

Mientras me alejo conduciendo, me sorprende a mí mismo riéndome.

CINCO

Una noche, meses después de conocerla, se despertó. Al darse la vuelta, se la encontró acurrucada junto a él, con las piernas alrededor de las suyas. Nunca había sentido nada parecido. Era consciente de lo mucho que había disminuido su dolor, pero al mismo tiempo una corriente eléctrica invadía su corazón y su mente, y no tenía experiencia en estas cosas. Quería despertarla; quería confesar sus pecados a su ángel esa noche, pero ella se despertó justo en el momento en que iba a pedir perdón... y no tuvo fuerzas.

Era un cobarde y un mentiroso, y lo sabía. Sólo podía esperar que ella se compadeciera de él. Abrió los ojos y lo buscó con la mirada, y él sintió un aplastante peso sobre su pecho. No podía manchar la imagen que ella tenía de él, pero lo aterrorizaba su futuro, pues de niño había aprendido que todas las mentiras dichas en la oscuridad se transforman en una horrible verdad con la luz.

Unas risas y los ladridos de un perro me despiertan de mis tres horas de sueño. Nunca duermo mucho

de todos modos, pero agradecería un poco de silencio en el vestíbulo, teniendo en cuenta que es lunes

por la mañana y que tengo clase dentro de... Cojo el móvil y miro la hora.

Las 8.43.

«Mierda.»

Tengo que estar en clase de literatura antes de media hora... Y ¿qué hace un perro en la casa? Recojo del suelo los vaqueros negros que llevaba anoche y me los pongo, tambaleándome ligeramente y maldiciendo la tela tan ajustada. Tengo las piernas demasiado largas como para

llevar

pantalones anchos sin parecer un puto zancudo de feria. Anoche se me cayeron las llaves al suelo, así

que ahora me toca rebuscar entre la montaña de camisetas negras, vaqueros negros y calcetines sucios para encontrarlas.

Recorro la casa y paso por alto los reveladores signos de la fiesta de anoche. Logan me saluda, con unas ojeras enormes y una bebida energética en la mano.

—Me encuentro como el culo, tío —se lamenta, intentando sonreír.

Siempre está sonriendo, y hace que me pregunte qué se siente al ser así, al estar contento todo el tiempo, igual que él. Incluso a pesar de la resaca. Yo nunca lo he conseguido.

—Haces bien en no beber. —Se acerca a la nevera, saca una botella de dos litros de leche y bebe directamente de ella.

—Joder, qué asco, tío. —Sacudo la cabeza censurando su gesto.

Él sonríe y bebe un poco más. La cocina empieza a llenarse con otros miembros de la fraternidad y, como no estoy en su círculo, cojo un trozo de pizza de lo que sobró anoche cuando a alguien se le

ocurrió la ebria idea de pedir diez pizzas a las cuatro de la mañana.

Mientras salgo de allí, oigo cómo Neil le pregunta a todo el mundo si quieren ir a cenar a algún restaurante esta noche antes de la fiesta. No esperaba que me invitaran..., nunca lo hacen. Además, jamás me dejaría ver con un grupo de capullos de fraternidad con demasiada gomina en el pelo,

fuera de un par de fiestas.

Mi madre siempre me está dando la lata con lo de «hacer amigos», pero no lo pilla. No es tan fácil, ni remotamente entretenido. ¿Por qué iba a esforzarme por obtener la aprobación de gente que no soporto, sólo para sentirme ligeramente más importante en la vida? No necesito tener amigos.

Tengo un reducido grupo de personas a las que tolero algo, y con eso me sobra.

Para cuando llego al campus, el aparcamiento está casi lleno, y tengo que cerrarle el paso a un gilipollas con un Beamer para quitarle la plaza.

El profesor ya ha empezado la clase cuando entro en el aula. Echo un vistazo, busco un asiento vacío y me fijo en la chica que está sentada en primera fila. Me parece reconocer su pelo largo y rubio, pero es la falda hasta el suelo la que me confirma de quién se trata. Es Tessa, la compañera puritana de Steph.

Y está sentada junto a Landon Gibson. Cómo no. Será divertido: Tessa atrapada en una clase conmigo, con un asiento vacío a su lado. Esto acaba de alegrarme el día.

Conforme me acerco, se vuelve, me ve y abre los ojos como platos. Se vuelve otra vez rápidamente, y yo acelero el paso para sentarme a su lado. Tal y como imaginaba, finge que no estoy.

Lleva puesta una blusa azul unas dos tallas demasiado grande, y tiene el pelo recogido, apartado de la cara.

Justo cuando estoy cerca de ellos, me vibra el móvil en el bolsillo.

Es un mensaje de mi donante de esperma: «Karen va a preparar una magnífica cena, deberías venir».

¿Se le ha ido la olla? Miro a Landon, que resulta ser el perfecto hijo de Karen, todo impecable con su polo de mierda.

Joder, no, no pienso ir. Jamás se me ocurriría ir a su fastuosa casa nueva a cenar con su novia y con Landon. El perfectito de Landon, al que le encantan los deportes y le lame el culo a todo el mundo para ser el chico más agradable y más respetuoso de la Tierra.

«Bah.»

Espero que mi querido «hermano» Landon me diga algo, pero no lo hace. Y luego mi padre me viene con sus mierdas de «unir a la familia». «Menudo capullo.»

—Creo que ésta va a ser mi clase favorita —le dice Tessa después de que el profesor nos haya despachado.

Curiosamente, creo que también será la mía, aunque en realidad estoy aquí sentado por diversión. Conseguí que me dejaran escogerla como optativa, aunque ya la he dado antes.

Tessa se vuelve hacia mí al darse cuenta de que estoy siguiendo su conversación.

—¿Qué quieres, Hardin?

Ya está funcionando.

Esbozo una sonrisa inocente, como si no estuviera intentando sacarla de sus casillas.

—Nada. Nada. Es sólo que me alegro tanto de que coincidamos en una clase... —digo con tono burlón, y ella responde a mi sarcasmo poniendo los ojos en blanco.

En clase no he dejado de mirarla y, cada vez que resoplaba o se revolvía incómoda, me ha dado un subidón. Es tan fácil exasperarla... Me encanta. La clase ha terminado antes de lo que me habría gustado, y Tessa ha recogido sus cosas antes de que el profesor diera por concluida la sesión. No tan deprisa.

Yo me he puesto de pie, dispuesto a seguirlos a ella y a Landon fuera del edificio. No quiero que mi diversión termine tan pronto. Cuando llegamos al pasillo, Landon se vuelve hacia Tessa. Ella parece nerviosa al tenernos a ambos delante.

—Nos vemos luego, Tessa —dice Landon sin dirigirme ni una palabra a mí.

—Tenías que hacerte amiga del chico más soso de la clase —la provooco mientras él desaparece entre los estudiantes de primer curso que intentan orientarse por el campus.

Me imagino a la madre de Landon y a mi padre, cogidos de la mano en un alegre gesto de «mira qué felices somos». La idea de su madre cogiendo la mano de mi padre, Ken Scott, alias «padre

del

puto año», me pone enfermo. No recuerdo que cogiera a mi madre de la mano de ese modo ni

una

sola vez.

—No hables así de él; es muy simpático. A diferencia de ti —me suelta.

Me vuelvo hacia ella, sorprendido ante su exaltada lealtad hacia él. ¿Es que ya lo conoce? ¿Y él a ella? ¿Acaso le gusta?

«Pero y ¿a mí qué cojones me importa?»

Mientras aparto esas preguntas de mi mente siento la imperiosa necesidad de apretarle las tuercas un poco más.

—Cada vez que hablamos te vuelves más beligerante, Theresa.

Empieza a caminar más rápido para alejarse de mí, de modo que hago lo propio para ir a su paso.

—Como vuelvas a llamarme Theresa... —Frunce sus labios carnosos e intenta fulminarme con la mirada, pero sus ojos se tornan cálidos en el proceso. El gris de su iris se vuelve azul glaciador, y siento cómo la tensión desaparece de mis hombros. Noto cómo algo asciende por mi columna al tiempo que mi cuerpo comienza a relajarse.

Me sacudo de encima esa extraña sensación. Ella sigue mirándome. He cambiado de idea; pensaba que me gustaba el modo en que me miraba, intentando descifrarme, pero ahora siento en la piel cómo

me juzga. Está mirando mis tatuajes del mismo modo en que lo hace mi abuela. No necesito que me

cuestione, ni a mí ni mis putas decisiones.

—¡Deja de mirarme! —le exijo, y me largo.

Al doblar la esquina me falta el aliento. Eso me recuerda a todas aquellas noches en las que fumaba demasiados cigarrillos. «Ya no fumo. Ya no hago eso», me obligo a recordarme, y me apoyo contra la pared de ladrillo para recobrar la respiración.

Es rara esa chica rubia con excesivo mal carácter.

La semana entera ha sido una mierda. Fiestas y más fiestas, ruido y más ruido. Todos los sonidos de

la miseria.

Habré dormido como mucho veinte horas en total, y hoy estoy agotado. Apenas veo nada con este horrible dolor de cabeza y, por la mañana, no encuentro las llaves. Estoy cabreado de la hostia y tengo ganas de pelea.

Mientras pongo mi cuarto patas arriba, alguien llama a la puerta. Me planteo fingir que no estoy, pero entonces llaman de nuevo, esta vez con más fuerza.

Al abrir la puerta me encuentro con una chica vestida con un suéter de la WCU. Tiene los ojos rojos y las mejillas coloradas.

—¿Puedo pasar? —pregunta con manos temblorosas.

—No. Lo siento. —Le cierro la puerta en la cara.

Unos segundos después, vuelve a llamar. Joder. No sé quién es esta tía, pero tiene que buscarse otra puerta a la que llamar. Continúa golpeando la puerta sin parar, hasta que la abro de golpe.

El que ahora está fuera es Neil, uno de los mayores imbéciles de la fraternidad. Tiene el pelo alborotado, y huele a cerveza y a coño.

—¿Qué cojones quieres? —le pregunto.

Vuelvo a entrar en mi cuarto y le tiro un par de vaqueros.

—¿Hasss visssto a Cady? —Parece cabreado, y habla arrastrando las palabras.

—¿A quién?

—A la chica que esstaba conmigo anoche. ¿La has visssto?

Pienso en la chica del suéter con los ojos rojos y en cómo iba de acá para allá y sacudo la cabeza.

Al principio he pensado que estaba colocada, y puede que lo estuviera, pero nunca deben darse las cosas por sentado.

—Se ha largado y no va a volver. Déjala en paz. —Cojo un libro de la estantería y se lo lanzo.

Refunfuñando, me llama capullo y se larga.

Mientras conduzco de camino al campus, sigo cabreado, y continúo con mi nuevo hobby de fastidiar a la compañera de habitación de Steph.

—Estoy deseando empezar esta clase. Me han hablado muy bien de ella —le dice Landon mientras los sigo.

Deben de ser más amigos de lo que pensaba. Su sonrisa es cálida, tan cálida que tengo que apartar la mirada por un instante.

¿Acaso se gustan? Ella tiene un novio que parece un maniquí y, hasta donde yo sé, Landon tiene novia. Pero por el modo en que está mirando a Tessa, deben de haber cortado.

A media clase, él se marcha, y Tessa desplaza su silla literalmente para alejarse de mí.

—El lunes empezaremos con *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen —anuncia a la clase el profesor Nosequé.

Miro a Tessa y veo que está sonriendo. No es una simple sonrisa; es una sonrisa de oreja a oreja. Cómo no. A las tías les encanta *Orgullo y prejuicio*. Se vuelven locas con Darcy y su mierda de orgullo encantador.

Tessa recoge sus cosas: un horario enorme y todos los libros de texto del campus. Intento hacer como que me retraso, pero hasta eso me resulta difícil teniendo en cuenta lo mucho que está tardando

en recogerlo todo y guardarlo de manera ordenada en su cartera.

La sigo fuera y le digo:

—Deja que lo adivine: estás perdidamente enamorada del señor Darcy.

Tengo que chincharla con esto. No puedo evitarlo.

—Todas las mujeres que han leído la novela lo están —responde, y saca ligeramente la lengua al final mientras fija la mirada en cualquier parte menos en mi cara.

Continúo siguiéndola y veo cómo mira a ambos lados antes de cruzar la calle en la intersección.

—Por supuesto que sí. —Me río, y me detengo un instante, hasta que me doy cuenta de que ha cruzado casi toda la calle sin mí.

Joder, qué rápido anda.

—Seguro que eres incapaz de comprender el atractivo del señor Darcy —dice Tessa a modo de insulto cuando la alcanzo, pero me echo a reír de nuevo.

—¿Un hombre rudo e insufrible convertido en un héroe romántico? Es absurdo. Si Elizabeth tuviera algo de sentido común, lo habría mandado a la mierda desde el principio.

Doña Remilgada me mira y, para mi sorpresa, oigo el leve sonido de una risita. Es una de esas risitas inocentes y accidentales que parecen haber desaparecido de este mundo. En el momento en que

el sonido golpea el aire, se cubre la boca, pero la he oído. La he oído y ha sido como si me

hubiera

atravesado.

—¿Estás de acuerdo en que Elizabeth es una estúpida? —insisto.

—No, es uno de los personajes más fuertes y más complejos que jamás se hayan escrito.

Defiende a Elizabeth Bennet de un modo en que la mayoría de las chicas de dieciocho años serían incapaces de hacerlo, y además con referencia a una película de Tom Hanks incluida. Me

sorprendo

riéndome, riéndome de verdad, y ella ríe también. Su risa es suave como el algodón.

«¿Qué cojones acabo de...?»

Dejo de reírme al instante y aparto la vista de ella. Esto es raro de cojones.

Ella es rara. E insufrible.

—Ya nos veremos, Theresa. —Me despido de ella y me voy en la dirección opuesta.

«¿Suave como el algodón?» ¿Que su sonrisa «me ha atravesado»? ¿A qué coño ha venido eso?

Aparto todas esas gilipolleces de mi mente y me dirijo al coche. Esta noche hay otra fiesta, como siempre, y pienso evadirme de toda esta mierda hundiéndome en un estrecho y húmedo...

La vibración del móvil en el bolsillo me distrae de mis pervertidos pensamientos. Lo saco, veo el nombre de Jace en la pantalla y me apresuro a contestar.

Ha estado mucho tiempo fuera, y me alegraré de tenerlo de vuelta. Todo el mundo tiene una

persona con la que quedar que lo hace sentirse mejor consigo mismo. En mi caso, esa persona es

Jace. Es un capullo, un gilipollas de alto nivel, cualquiera podría confirmarlo, pero con él la diversión está asegurada.

SEIS

Conforme más se acercaba a ella, más necesitaba explorar su persona. Cuando se sorprendió preguntándose en qué pensaría al despertarse por la mañana, o cuánto tardaría en arreglarse, supo que se estaba convirtiendo en algo más que en otra persona que pasaba por su vida. De repente había dejado de ser sólo el juego al que estaba jugando con ella. A su retorcida manera, se alegraba de poder utilizar el juego como excusa para pasar más tiempo a su lado. Tenía ventaja y un motivo para averiguarlo todo sobre ella sin que sus amigos sospecharan nada. Tenía un pretexto para pasar con ella todas las horas que podía.

Si quería ganar, tenía que hacerlo, ¿no?

—¿Por qué tiene que venir otra vez? —pregunta Molly al grupito antes de darle una calada a un cigarrillo.

—Porque es la compañera de Steph y, por alguna razón inexplicable, a ella le cae bien, así que va a traerla —explica Nate.

—Pero es un coñazo de tía. Es insufrible —protesto frotándome la cabeza.

Me irrita incluso cuando no está presente. A Molly debe de haberle gustado mi reacción, porque se dispone a inclinarse sobre mí. Me aparto antes de que me toque y finjo que no me había percatado de sus intenciones.

Me he pasado la tarde follándomela, hundiendo la polla en ella y pensando en otra persona. Sentía las suaves curvas de su cadera, sus pechos generosos. Oía cómo su voz pronunciaba mi nombre. Agarré su pelo rosa, me imaginé que era rubio y me corrí con ganas en el condón. Molly se sintió

muy orgullosa de sí misma por conseguir por fin que me corriera sin que usara la boca. Si ella supiera...

—Pero está buena —añade Nate.

¿Es que ahora todo el mundo se ha dado cuenta de lo buena que está Tessa?

—¿Buena? No, para nada —miento a regañadientes.

Zed se pasa su mano bronceada por el pelo perfectamente engominado.

—Tío, es innegable que está buena —dice con una seguridad pasmosa—. Yo me la tiraría sin pensarlo.

—Qué más quisieras. Salta a la vista que es una mojjigata. Venga, ¿quién llega virgen a la universidad? —dice Molly mofándose de Tessa.

Nate se ríe.

—Ya, ¿desde cuándo sois amiguitas para que te haga esas confesiones?

Molly lo fulmina con la mirada.

—¿Yo? Yo jamás hablaría con ésa, pero Steph tiene que hacerlo, y al parecer oyó algo al respecto cuando la «princesa» estaba hablando con su novio.

—Igual por eso es tan estirada, porque nadie se la ha follado como es debido —digo, y me aparto unos centímetros de Molly con la esperanza de que no vuelva a acercarse.

—Entonces tendré que solucionar eso —dice Zed esperando que todo el mundo se eche a reír. No lo consigue.

—Ya, claro. No podrías ni aunque lo intentaras —lo provocho.

—Y ¿tú sí? ¡Yo tengo más posibilidades que tú! —contraataca.

No puede estar hablando en serio. ¿Acaso no se acuerda de su querida Samantha?

—¿Qué me he perdido? —Jace se sienta en el suelo de hormigón y se saca un porro del bolsillo.

—Steph tiene una compañera de cuarto que es una auténtica esnob, y Zed y Hardin están discutiendo sobre quién podría tirársela primero —lo informa Molly refunfuñando.

¿En serio Zed cree que se acostaría con él? Miro al grupo, y me cabrea que todos piensen así de ella. Si su cuerpo es tan puro como dicen, me imagino lo que sentiría con el más mínimo

contacto. La

tendría retorciéndose debajo de mí, suplicándome más. Zed jamás podría hacer que se corriera del modo en que podría hacerlo yo.

Pero ¿y si dejara que lo intentase? Si ambos estuviéramos en las mismas condiciones, ¿lo elegiría Tessa antes que a mí?

—¿Sabes qué? Podríamos hacer esto mucho más interesante. ¿Te apuntas? —Me vuelvo hacia Zed, que sonrío.

—Depende.

—Hum... Bien, veamos quién consigue tirársela primero.

«¿Qué sentido tiene todo esto?», me pregunto en el instante en que pronuncio esas palabras.

Y otra parte de mí responde: «Podría ser divertido. Al menos me dará algo que hacer y un motivo para seguir chinchándola».

—No sé... —dice Zed con vacilación.

Había dado por hecho que estaría dispuesto a ganarme en lo que fuera, dado nuestro pasado y el rencor tácito que me guarda.

—Venga, no seas pringado. No será tan difícil. Steph se encargará de convencerla para que venga a la próxima fiesta y haremos que se haga amiga nuestra —les explico—. Es joven e ingenua, será muy fácil.

He hecho estas cosas antes, con retos diferentes y presas diferentes, pero sigue siendo un juego.

—Esto es absurdo. ¿A quién coño le importa con quién pierda la virginidad una tía cualquiera? —resopla Molly, protestando como siempre.

—Si estás tan seguro de que puedes hacerlo, te daré una semana.

Jace se atraganta con el humo en sus pulmones y le pasa el canuto a Molly.

—¿Una semana? Tío, tiene una mala leche que flipas, y no nos llevamos nada bien. Creo que voy a necesitar más tiempo. —No tienen ni idea de lo testaruda que es esa tía. Es insolente y prepotente

de

la hostia.

—¿Cuánto? ¿Dos semanas? Mira, si lo consigues en el plazo de un mes, te daré quinientos —dice Zed, y vuelve a apoyarse contra la pared de cemento.

—¿Quinientos dólares? —Molly se queda boquiabierta.

Su furia me divierte. A la muy zorra le encanta ser el centro de atención, y detesta profundamente que Tessa le esté robando protagonismo.

—Yo añado trescientos. Ochocientos. ¿Crees que lo conseguirás? —pregunta Jace con los ojos rojos.

—Sí, claro que sí. Lo único que espero es que no se obsesione conmigo —digo, y me debato entre si debo presumir sobre todas las veces que he ganado este tipo de apuestas o no.

Decido no hacerlo. Me fascina la facilidad con la que aparece mi sonrisa característica, esa que Mark, mi viejo amigo de Hampstead, solía llamar «el sello». Es la expresión que pongo cuando

sé

que voy a ganar algo, o a alguien. Y aquí estoy, sonriéndole a Zed y trazando un plan mental mientras

el grupo espera que alguien me baje un poco los humos.

—Lo dudo mucho. —Nate se ríe y se enciende otro cigarrillo.

—No va a caer en tus redes. No es tan idiota —dice Zed fulminándome con la mirada.

Jace se echa a reír, mirándome directamente.

—Sí, así que, si lo consigues, necesitaremos pruebas.

¿Pruebas? No puede ser muy difícil. Soy bastante creativo.

—¿Qué os parece un vídeo? No me vendrá mal algo de material nuevo. —Jace se inclina hacia atrás, mirándome todavía.

—No, no. Eso es demasiado arriesgado —respondo.

Ya he pasado por eso antes, y no quiero volver a vivirlo por nada del mundo.

—Créeme, tendréis pruebas sin nada de eso. —Miro directamente a Zed y vuelvo a esbozar esa sonrisa de superioridad—. Nunca me he tirado a una virgen. Esto va a ser divertido.

Sonrío con falsedad y me llevo los dedos al aro del labio como si estuviera intentando ocultarlo.

Molly interviene.

—Un momento, ¿cómo cojones pensáis llevar esto a cabo? No tiene sentido. ¿De repente los dos vais a intentar tiráosla? —Se atusa el pelo cabreada—. Al menos hacedlo con algo de sutileza —

nos

increpa, y alarga la mano para tomar prestado el mechero de Nate.

—Tienes razón —dice Jace—. ¿Y si lo hacemos con un juego?

—¿Un juego? —Zed parece intrigado.

—Como Verdad o desafío. Podríamos hacerle preguntas sobre sexo y confirmar que es virgen para que no perdáis el tiempo para empezar —dice Jace meneando la mano entre Zed y yo.

—¿Verdad o desafío? Dime que estás de coña —protesto.

Nadie juega a esa mierda ya.

—Es una idea absurda. —Nate sacude la cabeza con fingida decepción.

Nadie mayor de doce años jugaría a Verdad o desafío.

—En realidad es muy buena idea. Menos evidente —añade Steph—. Como no se entera de nada, pensará que es algo a lo que juega la gente en la facultad para divertirse. Es lo bastante atrevido

como

para que lo considere peligroso, y lo bastante infantil como para que lo entienda.

Observo al resto del grupo y todos están asintiendo y riéndose. Menudos idiotas.

Me encojo de hombros y cedo ante su idea, pero sólo porque no se me ocurre nada mejor.

—Bien, que sea Verdad o desafío entonces —concluye Jace.

La fiesta está a petar. Hay incluso más gente que en la de la semana pasada, y yo estoy sobrio, como

siempre. Me quedo en mi cuarto mientras la música va subiendo de volumen, y después decido bajar.

Deambulo por el salón buscando a Nate, y me detengo al ver a Tessa sentada en el sofá. Bueno, creo que es ella. Va vestida de manera diferente. Muy diferente. Sus fascinantes ojos azul grisáceo resaltan más con el maquillaje, y la ropa que lleva se ciñe a sus curvas.

Joder, está muy buena. No se lo diría por nada del mundo pero, madre mía, cómo está.

—Estás... diferente. —No puedo dejar de mirarla mientras se pone de pie.

Sus caderas... Joder, esas putas caderas deberían tener mis dedos marcados en la piel.

—Esta noche llevas ropa de tu talla. —Mi comentario parece una burla, pero no pretendía que lo

fuera.

Pone los ojos en blanco y se ajusta la blusa para cubrir su magnífico escote.

—Me sorprende verte aquí —le digo, sin dejar de admirarla.

Suspira.

—Y a mí me sorprende haber acabado aquí de nuevo también. —Se aleja de mí sin previo aviso, y yo dudo por un momento si seguirla o no.

Conozco el plan, y ahora que la veo vestida de esta manera, estoy aún más dispuesto a esta mierda. Decido no seguirla, todavía no. Dejo que se pierda entre la gente durante un rato.

Unos minutos después, estoy apoyado contra la encimera de la cocina cuando Molly se me acerca.

—¿Estás listo para esa mierda o qué? —pregunta.

Está cabreada y celosa del nuevo reclamo. Y lo entiendo. Está acostumbrada a llamar la atención del sexo opuesto; la hace sentirse necesitada.

Entiendo cómo se siente mejor que nadie.

—¿Y tú? —le contesto enarcando una ceja.

Pone sus ojos cargados de maquillaje en blanco.

—Voy a decirle a Steph que la busque y que la lleve al salón, visto que tú no piensas ayudar en nada.

Justo cuando me siento, vaso de agua en mano, Tessa se une al grupo. Al empezar el juego, noto que estoy incómodo y emocionado al mismo tiempo sin saber muy bien por qué. Intento no

pensar en

Natalie, ni en Melissa, ni en ninguna de las demás. No es culpa suya que hayamos nacido en esta sociedad con toda la escoria que eso conlleva, incluido yo mismo.

—¡Juguemos a Verdad o desafío! —dice Zed, y todo nuestro pequeño grupo de amigos tatuados se reúne alrededor del sofá.

Molly pasa una botella de vodka, y yo paso de ella y bebo un trago de agua como si me quemara la garganta de ese modo tan familiar.

Steph, Nate, su compañero de cuarto, Tristan, Zed y Molly beben por turnos de la botella. Tessa los observa pero no bebe nada. No creo que sea adicta como yo. A lo mejor simplemente no le

gusta

beber. Ni siquiera en una fiesta universitaria.

—Tú también deberías jugar, Tessa. —Molly le sonrío.

Conozco esa sonrisa malévol. Todavía no puedo creer que vayamos a jugar a esta mierda infantil.

—Preferiría no hacerlo —contesta, y empieza a hurgarse las uñas.

Miro a Zed. Parece un poco preocupado. Quizá lo intimide el hecho de que no pare de mirarme a mí en lugar de a él.

—Para jugar tendría que dejar de ser una mojjigata durante cinco minutos —la provoco.

El grupo se ríe; todos excepto Steph, que está haciendo un papel magnífico. A mí no me engaña: la conozco perfectamente.

Veo cómo Tessa se debate ante la presión de la peña y está a punto de ceder. Me inclino hacia Zed:

—Esto es pan comido. Puedes pagarme ya, si quieres —le digo.

Puede que lo del juego no haya sido tan mala idea después de todo.

Durante los primeros turnos, Zed se bebe una cerveza de un trago y Molly nos enseña los piercings que tiene en los pezones. Disfruto de lo lindo al ver cómo a Tessa casi se le salen los

ojos

de las órbitas y se pone roja como un tomate al ver cómo Molly nos lo enseña todo como si tal cosa.

No puedo evitar imaginarme las generosas tetas de Tessa, firmes y suaves, decoradas con unos pequeños *barbells*.

—¿Verdad o desafío, Theresa? —pregunta Nate, iniciando así el espectáculo. Por fin.

—¿Verdad? —Parece vacilar.

No me pasa desapercibido el hecho de que no corrige a Nate cuando la llama Theresa, mientras que cada vez que lo hago yo actúa como si quisiera arrancarme las pelotas y alimentar con ellas a ese

perrito faldero que tiene por novio.

—Cómo no —me mofo.

Me fulmina con la mirada mientras Nate se frota las manos y finge pensar la pregunta que todos sabemos ya que le va a formular.

—Vale. ¿Eres... virgen? —dice por fin.

Tessa abre los ojos como platos, más aún que de costumbre, y oigo ligeramente cómo se atraganta. Está estupefacta, horrorizada y ofendida de que un extraño se atreva a preguntarle algo

tan personal. El rubor comienza a descender por su cuello hasta su pecho. Empieza a jugar con las

manos y tengo la sensación de que está intentando decidir entre insultar a este capullo o salir corriendo del salón.

—¿Y bien? —pregunto sin dejar de imaginarme su cuerpo desnudo debajo del mío.

Su dulce voz emitiría sonidos que nadie ha oído nunca antes. Este pensamiento me atrae de la hostia, pero es una mierda al mismo tiempo, porque no puedo hablar con esta tía sin que me asalte con su carácter esnob.

Por fin, la muy inocente asiente rápidamente sin articular palabra.

Todos los presentes estamos pensando en nuestro juego y en cómo esta chica dulce, inocente e ingenua a más no poder acaba de caer en nuestra trampa.

Tessa es virgen; acaba de admitirlo delante de todos nosotros. Sabía que lo era antes de que lo admitiera. Lo imaginaba por su manera de estremecerse cuando hablamos a solas. La idea de ser el primero en tomarla, en enseñarle lo que se ha estado perdiendo, hace que se me ponga dura. Me imagino lo que se esconde debajo de ese modelito. Su piel suave, sus tetas generosas, sus pezones endureciéndose bajo mis caricias. Ha empezado la caza, y estoy más que preparado. Estoy ansioso por estar dentro de ella.

Juguetea con su pelo desde el otro lado del círculo, y yo me imagino ese pelo rubio alrededor de mi puño mientras la acerco hacia mí y me la follo por detrás. Le daría una palmada bien fuerte en ese

culo redondo que tiene con la esperanza de dejarle una marca. Ella suspiraría mi nombre a través de

de sus labios rosados e hinchados. Mi nombre sonará de maravilla saliendo de su boca. Me ajusto los pantalones y observo a Tessa de nuevo.

Ella se lame los labios, y yo gruño para mis adentros.

Me pregunto cuántas pollas habrá tenido en la garganta. Me pregunto si habrá probado alguna vez el semen de un hombre y, conforme la conversación continúa, descubro que no tiene

prácticamente

ninguna experiencia en lo que respecta al sexo, de modo que pienso enseñarle hasta el más mínimo

detalle de todo lo que se ha estado perdiendo.

SIETE

Uno puede cometer un determinado número de errores en la vida, y él los había cometido todos. Hasta el último ápice de respeto que sentía por ella parecía desaparecer bajo su estado de confusión mental. La amaba y la valoraba más que a su propia vida, pero fracasaba una y otra, y otra vez a la hora de demostrarlo, a la hora de recordarlo en los momentos que cuentan. Jugaba con ella; jugaba a juegos inmaduros y no le mostraba su verdad. Esa verdad que escondía. Esa verdad que había encerrado con llave y que ocultaba por su crianza, por el hecho de ser incapaz de recordar cuántas veces había recibido abrazos y cariño cuando era un niño.

No estaba intentando poner excusas, sólo estaba acostumbrado a hacerlo. Siempre culpaba a los demás, nunca se hacía responsable de sus acciones ni de sus palabras. Todo resultaba más sencillo de esa manera.

Pero al final aprendió la lección.

—Desafío. —Todo el mundo sabe que nunca elegiría la otra opción.

Pongo los ojos en blanco. No me puedo creer que esté jugando a esta tontería.

Miro a la Madre Teresa y veo cómo rumia un buen desafío.

—Hum... ¿A que no te atreves a...? —Se detiene.

Todos estamos esperando, anticipándonos a su pregunta mientras juega acorde a nuestro plan.

—¿A qué? —presiono para que se dé prisa con esta mierda.

Esta chica, que no tiene ni idea de en el lío que se está metiendo con esta manada de hienas..., continúa en silencio, mirando a su alrededor, presa del pánico. Sólo es un juego, pero sé que le gusta estar por encima en lo que a ingenio se refiere, incluso si se trata de algo tan estúpido como esto. Me divierte ver cómo se preocupa por algo tan nimio. Tiene la manía de morderse el labio inferior, del

mismo modo en que yo juego con mi aro. Por un instante, me la imagino con un piercing en el labio.

Sería la hostia verla así.

—¿A quitarte la camiseta y no volver a ponértela durante el resto del juego! —exclama Molly por Tessa.

Y Tessa se pone colorada. Se está convirtiendo en un patrón.

—Qué infantil. —Me quito la camiseta negra por la cabeza y Tessa posa la mirada sobre mi cuerpo, y lo hace con tanta intensidad que ni siquiera se da cuenta de que la estoy observando.

Steph le da un codazo, y ella aparta los ojos y los fija en el suelo.

Oficialmente voy a ganar esta apuesta. Zed no tiene nada que hacer.

El juego continúa, y yo permanezco aquí sentado, medio desnudo, observando cómo Tessa intenta no mirarme. No sé interpretar sus miradas. No sé si le disgustan mis tatuajes o si le intrigan. No para

de temblarle la mandíbula; seguro que se está esforzando al máximo por permanecer quieta.

Qué interesante.

—Tessa, ¿verdad o desafío? —pregunta Tristan.

Me inclino hacia atrás y me apoyo sobre las palmas de las manos.

—¿Para qué preguntas? Todos sabemos que va a decir verdad...

—Desafío —dice la muy testaruda, sorprendiéndome con un tono retador. Es un sonido provocador que hace unos instantes jamás habría creído posible que saliera de su boca.

—Hum... Tessa... ¿a que no te atreves... a beber un trago de vodka? —Tristan sonrío.

—No bebo alcohol —dice, y levanta la barbilla a modo de orgullosa negativa.

Me lo había imaginado, pero me complace esa revelación. Todos los presentes están deseando ponerse como las cabras, y resulta agradable tener a alguien que no necesita eso.

—Por eso es un reto —responde Tristan.

—Oye, si no quieres hacerlo... —empieza a decirle Nate.

—Es una pringada —me susurra Molly al oído.

¿Pringada? ¿Porque no quiere beber?

—Vale, sólo un trago —dice.

Y así, sin más, doña «Yo no hago esto y lo otro», cede ante la presión.

Lo cierto es que me siento algo decepcionado. No sé muy bien por qué, pero creía que era diferente. Pensaba que no era como el resto de nosotros, desesperada por llamar la atención de nuestros colegas.

Está claro que me equivocaba.

—Lo mismo de antes —le dice Zed, y le da un gran trago a la botella de vodka antes de pasársela. Me cabrea que beban de la misma botella; es asqueroso.

Y el juego continúa, bebida tras bebida. Ella hace gestos de desagrado y se limpia el ardiente líquido de los labios. Ahora tiene los ojos rojos y las mejillas a juego. Da la impresión de estar perdida y de que pierde el equilibrio, incluso a pesar de estar sentada.

Se lleva la botella a la boca de nuevo y, de repente, me sorprende agarrándola y apartándola de ella. No intenta detenerme. ¿Es consciente de que ya ha bebido suficiente?

¿Considera esto su primer sorbo de libertad? Una chica tan protegida, expuesta ahora a este mundo cruel de personas que beben para dejar de sentir aquellos problemas que sus padres de mierda

les hayan legado. Quizá el suyo, como el mío, fuera el abandono. ¿Sufrió esta chica de abandono?

Fijo la mirada en el cuello perfectamente cerrado de su blusa. No, estoy seguro de que no la abandonaron. Tal vez su baja autoestima sea sólo una fase. Quiere liberarse de sus controladores padres y demostrarse a sí misma que ella también puede ser una chica rebelde. Es perfectamente capaz de salir con los chicos malos y de beber hasta vomitar.

La otra posibilidad es que, sencillamente, a mi grupo y a mí se nos dé demasiado bien arrastrar a la gente.

—Creo que ya has bebido suficiente —digo, y me dispongo a pasarle la botella a Nate.

Pero Tessa se apresura a agarrarla en el último instante y bebe otro sorbo. En sus carnosos labios se dibuja una leve sonrisa maliciosa mientras se lame para limpiarlos. Observo su garganta mientras

traga con aire desafiante y me dan ganas de separarle los labios y beberme el licor directamente de su boca.

Aparto esa idea de mi mente. Molly me mira y traza círculos con el dedo en el aire junto a su cabeza como diciéndome que estoy loco.

Puede que lo esté.

—No me puedo creer que no te hayas emborrachado nunca, Tessa. Es divertido, ¿verdad? —le pregunta Zed.

Ella se ríe como una tonta y pongo los ojos en blanco.

—Hardin, ¿verdad o desafío? —me pregunta Molly.

—Desafío. —¿Para qué pregunta?

Quizá debería haber hecho lo mismo que Tessa, sólo por demostrar algo.

—¿A que no te atreves... a besar a Tessa? —Los labios pintados de Molly se curvan en una sonrisa, y oigo cómo Tessa sofoca un grito.

Interviene antes de que pueda decir nada:

—No, tengo novio.

—¿Qué más da? Es sólo un juego. Tú hazlo —dice Molly mientras se hurga las uñas.

—No. —Tessa eleva la voz—. No voy a besar a nadie.

Se levanta y se dirige al otro extremo del salón. Bebo un trago de agua y veo cómo desaparece por la puerta principal. Se ha pasado la noche mirándome, observando mi torso descamisado.

¿Cómo

puede darle tanto asco la idea de besarme como para salir corriendo de aquí?

¿O es posible que ese beso significara para ella más que una simple prueba de desafío?

—¡Y ahí va, señoras y señores! —Nate se ríe y se inclina hacia mí.

Derrama la cerveza del vaso sobre la alfombra que tiene delante y no se molesta en limpiarla. Este suelo ha visto cosas peores.

—Más os vale salir corriendo detrás de ella o perderéis la apuesta —dice Steph en tono burlón mientras me pongo de nuevo la camiseta.

Joder, últimamente está muy alborotadora. ¿Qué coño le pasa?

—¿Y bien, capullos?, ¿quién de los dos va a ir tras ella? —pregunta Nate.

Echo un vistazo al atestado salón. No la veo. Zed me observa, evaluando mi reacción ante la pataleta de Tessa. Mantengo una expresión neutra, sin mostrar el más mínimo interés, mientras escaneo la habitación de nuevo. No pienso dejar que sea él quien llegue hasta ella primero por

nada

del mundo. Se ha cabreado porque la han desafiado a besarme. Este juego de mierda ni siquiera

ha

sido idea mía, y ahora nos ha salido el tiro por la culata. Les advertí que no era buena idea.

Cuando

Logan distrae a Zed, me asomo para mirar en la cocina. Veo a Tessa y me dispongo a levantarme del

suelo.

—¿Adónde vas? —Molly me agarra del brazo mientras me levanto.

—Eh..., a por más agua. —Miro mi vaso, que está casi medio lleno, pero me importa una mierda

que descubra mi estratagema.

Echo un vistazo por la estancia mientras paso entre la gente buscando el pelo rubio de Tessa.

Cuando entro en la cocina, la veo junto a la encimera con una botella de Jack Daniel's en las

manos.

Levanta la botella y siento esa familiar punzada de necesidad en el fondo de la garganta.

Me horroriza que esta chica caiga en un hábito tan peligroso tan rápido. El modo en que cierra con fuerza los ojos mientras bebe y los sonidos de atragantarse que hace cuando termina... Arde y

casi la hace vomitar, pero aun así bebe otro trago. ¿Será adicta? ¿La ayudará a olvidar cosas y a bloquear recuerdos en su mente, como solía ayudarme a mí? ¿Tendrá recuerdos de los que necesite

huir? Aparentemente, sí.

Sigo observándola cuando abre el grifo y busca un vaso. Abre el armario y mira hacia la puerta.

Me aparto para que no me vea.

¿Qué hago aquí siguiéndola y observando su repentina pasión por la amnesia que provoca el

alcohol?

Doy media vuelta y vuelvo con mi grupo. Molly está burlándose de Logan con respecto a la chica con la que estaba anoche, y Nate se está encendiendo un cigarrillo cuando vuelvo a sentarme en el suelo sucio.

—Larguémonos de aquí. Me aburro, y salta a la vista que tú también. —Siento el aliento caliente de Molly en el cuello cuando rodea mis hombros con los brazos.

Me la sacudo de encima y niego con la cabeza, pero vuelve al ataque.

—Me voy arriba —le digo.

Me estrecha con brazos de acero, reteniéndome en el suelo.

—Buena idea. —Presiona los labios contra mi cuello.

Con la combinación de su estado de embriaguez y mi rápido movimiento, se cae de espaldas sobre la alfombra en el momento en que intenta envolverme de nuevo con sus brazos, y me levanto.

—Qué asco. No necesitaba ver eso —bromea Logan para provocarla.

Ella le saca el dedo y se vuelve hacia mí.

—Joder, Hardin —me suelta.

—Joder, Molly. —Le doy la espalda y me dirijo hacia la escalera.

Cuando llego arriba, el teléfono empieza a sonar en mi bolsillo delantero. Veo el nombre de Ken en la pantalla y le doy a ignorar la llamada. No estoy de humor para tratar con él. No suelo estarlo.

Sólo quiero estar solo, lejos de toda esta música y de todas estas voces. Quiero que mi patético padre

deje de intentar «conectar» conmigo. Quiero perderme en el mundo de una novela en la que los personajes tengan problemas mucho peores que los míos y que me haga sentir algo más normal de lo

que soy.

Pero en cuanto me aproximo a mi cuarto, veo que la puerta está abierta, justo lo suficiente como para saber que algo no está bien. Siempre cierro esa puta puerta; ¿se me habrá olvidado esta vez?

Dentro, encuentro a Tessa sentada en mi cama con uno de mis libros en la mano. El móvil suena otra vez. Pago mi cabreo con Ken con ella. ¿Cree que puede hacer todo lo que le venga en gana?

¿Que puede entrar en mi habitación, más de una vez, sin mi permiso?

¿Qué hace aquí? Ya le advertí que no entrara. ¿Qué coño le pasa?

Camino hacia ella.

—¿Qué parte de que «Nadie entra en mi habitación» no has entendido?

Tensa los hombros, sorprendida.

—P.. perdona, es que... —balbucea, y abre mucho los ojos, pero no con miedo..., sino con furia. Está intentándolo de nuevo, lo de mostrarse paciente conmigo.

Le señalo la puerta.

—Largo.

—¡No tienes por qué ser tan capullo! —me chilla.

—Estás en mi cuarto, otra vez, después de que te dijera que no entraras. ¡Lárgate! —le recuerdo igualando el volumen de su voz.

—¿Por qué no te gusto? —dice.

Sé que está intentando mostrarse dura, pero ha bajado el tono, y sus enormes ojos han hecho que se me acelere el pulso.

OCHO

La pregunta, tan franca y directa, lo pilló por sorpresa y lo hizo darse cuenta de que estaba al borde de un precipicio; un precipicio por el que podía caer con un simple soplo de viento.

¿Por qué me pregunta eso? ¿Acaso no es evidente por qué no me gusta? Es insufrible. Es... Es sentenciosa. No para de juzgarme y de darme la lata respecto a mi conducta cuando empiezo a meterme con ella. Y es...

Bueno, supongo que no está tan mal.

—¿Por qué me preguntas eso? —digo intentando mantener un tono tranquilo.

Me mira con odio y yo le devuelvo el gesto con el mismo vigor. ¿Cree que puede intimidarme? Está en mi habitación, haciéndome preguntas absurdas y mirándome de esa manera...

—No lo sé... Porque yo sólo he intentado ser amable, y tú no paras de mostrarte grosero conmigo. Y la verdad es que había llegado a pensar que podíamos convertirnos en buenos amigos.

Sus ojos enrojecidos son intensos y ocultan tantas cosas que desconozco de ella... Cosas que, por supuesto, no me importan nada.

¿Amigos? Joder, ¿está hablando en serio? Yo no tengo amigos. No necesito amigos.

—¿Nosotros? ¿Amigos? —Suelto una risotada falsa—. ¿Acaso no es evidente por qué no podemos ser amigos?

—Para mí, no —responde sencilla y llanamente y, al principio, casi me parece que está de coña.

Pero el tono de confusión de sus palabras me indica que está hablando en serio. Esta tía está como una puta cabra. ¿Cree que alguien como yo sería amigo de alguien como ella? ¿Acaso no sabe que

apenas soporto a la gente en general, por no hablar de mi propio grupo de «amigos»?

¿Por dónde empiezo la lista de motivos por los que esto jamás podría funcionar?

—Bien, pues, para empezar, tú eres demasiado estirada. Seguramente te habrás criado en la típica casita perfecta de revista, idéntica al resto de las viviendas del vecindario —comienzo, y recuerdo el

moho negro que cubría el techo de mi cuarto de la infancia—. Tus padres te compraban todo lo que

querías y nunca tuviste que anhelar nada. Con tus estúpidas faldas plisadas... —Observo la ropa que

lleva puesta y decido obviar el modo en que la tela se ciñe a sus generosas caderas—. En serio, ¿quién se viste así con dieciocho años?

Se queda boquiabierta y avanza hacia mí. Yo retrocedo por acto reflejo. Sus ojos se han tornado de un gris tempestuoso, y sé que me va a caer una buena.

—¡No sabes nada de mí, capullo condescendiente! ¡Mi vida no ha sido así en absoluto! El alcohólico de mi padre nos abandonó cuando yo tenía diez años, y mi madre tuvo que trabajar de lo

lindo para que yo pudiera ir a la universidad. Empecé a trabajar en cuanto cumplí los dieciséis para

poder ayudarla a pagar las facturas, y resulta que me gusta mi ropa. —Menea las manos

señalando su

conjunto. Ahora está gritando, tan frustrada que sus pequeñas manos tiemblan—. ¡Lo siento si no visto como una puta, como todas las demás chicas que te rodean! ¡Para ser una persona que se esfuerza tanto en destacar y en ser diferente, juzgas con demasiada ligereza a los que son distintos de ti!

Y así, sin más, da media vuelta y se dirige hacia la puerta.

¿Está hablando en serio? ¿De verdad esta chica tan perfecta forma parte del desafortunado círculo de niños que han tenido que crecer demasiado deprisa? Y, si es así, ¿por qué está sonriendo cada vez

que la veo?

¿Que juzgo con ligereza? ¿Me acusa a mí de juzgar cuando acaba de tildar de putas a las chicas que visten de determinada manera? Me está observando, esperando mi reacción, pero no tengo ninguna. Esta mujer temperamental, sentenciosa y misteriosa acaba de dejarme sin palabras.

—¿Sabes qué? De todas maneras, no quiero ser amiga tuya, Hardin —me dice antes de que mi cerebro logre salir de su aturdimiento.

Tessa agarra el pomo de la puerta y, de repente, me viene a la mente Seth, el primer amigo que tuve en la vida. Su familia tampoco tenía dinero, pero cuando uno de sus abuelos ricos, al que no conocía, murió, heredó una buena fortuna. Cambió sus míseros zapatos rotos por unas zapatillas blancas con luces en la parte inferior. Me parecían lo más. Le pedí a mi madre un par para mi cumpleaños. Me sonrió con tristeza y, en la mañana de mi cumpleaños, me entregó una caja de zapatos. La abrí todo emocionado, esperando ver las putas zapatillas con luces. Y dentro de la caja había unas zapatillas, sí, pero sin esas magníficas luces en la parte de abajo. Me di cuenta de que aquel regalo la entristecía, pero no entendí por qué hasta que fueron pasando los meses y empecé a ver a

Seth cada vez menos, hasta que llegó un día en que sólo lo veía cuando pasaba por delante de mi casa

con sus nuevos amigos, todos con zapatillas con luces.

Fue mi primer y mi último amigo, y mi vida ha sido mucho más sencilla sin ellos.

—¿Adónde vas? —le pregunto a la chica que pensaba que podíamos ser amigos.

Ella se detiene confundida, al igual que lo estoy yo.

—A la parada del autobús para volver a la residencia, y no pienso regresar aquí jamás. Estoy harta de intentar hacerme amiga vuestra.

Me siento como una auténtica mierda. Por un lado, hacer que me odie será mejor a largo plazo, pero, por otro... En fin, quiero gustarle lo suficiente como para que quiera follar conmigo.

Puede odiarme una vez que haya ganado la Apuesta.

—Es demasiado tarde para coger el autobús sola —le digo.

Viendo el estado en el que se encuentra y el hecho de que ha estado bebiendo toda la noche, es muy mala idea que se vaya a la parada del autobús sola.

Se da la vuelta para mirarme y entonces, por primera vez, me doy cuenta de que tiene los ojos completamente inundados de lágrimas.

—No estarás intentando actuar como si te importase lo más mínimo que pueda pasarme algo, ¿verdad? —Suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—Yo no he dicho eso... Sólo te lo estoy advirtiendo. Es una mala idea —le digo.

Echo un vistazo a mi estantería mientras la comparo con Catherine, el personaje principal femenino del libro que estaba leyendo cuando he entrado. Se parece mucho a ella: tiene mal carácter

y demasiado que demostrar. Elizabeth Bennet es igual, cada vez que abre la boca es para hacer alguna

observación categórica. Me gusta. Las universidades de hoy en día parecen haber perdido ese espíritu.

Sólo quieren complacer a los hombres, pero no a sí mismas; ¿qué gracia tiene eso?

—Bueno, Hardin, pues es la única opción que tengo. Todo el mundo está borracho, incluida yo —dice, y se echa a llorar otra vez.

Me ablando un poco. ¿Por qué llora? Al parecer, siempre está llorando.

Intento animarla de la única manera que sé..., con mi sarcasmo.

—¿Siempre lloras en las fiestas?

—Sólo en las que estás tú. Y puesto que estas dos son las únicas a las que he ido nunca...

Tessa abre la puerta de mi habitación, pero justo cuando se dispone a salir, tropieza y se agarra a la esquina de mi cómoda.

—Theresa... —digo con una voz suave que no sabía que poseía—. ¿Estás bien? —pregunto.

Asiente. Está confundida, cabreada e impresionada, pero sobre todo cabreada.

¿Qué coño me importa si está bien o no? Tiene angustia y está borracha; por nada del mundo pienso intentar marcarle tantos a Zed esta noche. No quiero hacerlo y, además, eso sería hacer trampa: está demasiado borracha.

—¿Por qué no descansas aquí unos minutos y luego vas a la parada del autobús? —sugiero.

Tal vez siendo majo gane algunos puntos.

—Creía que nadie podía pisar tu habitación —dice con una voz suave y cargada de curiosidad mientras se sienta en el suelo.

Estoy seguro de que, si supiera toda la mierda que ha caído sobre ese suelo, no se sentaría en él.

Me sorprendo sonriendo y paro inmediatamente en cuanto me doy cuenta de lo que estoy

haciendo. Inclina la cabeza y le entra hipo. Tiene pinta de que va a vomitar de un momento a otro,

y le

lanzo una advertencia:

—Como vomites en mi cuarto...

—Creo que sólo necesito un poco de agua —me dice.

Le entrego mi vaso.

—Toma.

Lo aparta de un manotazo y pone los ojos en blanco exasperada.

—He dicho agua, no cerveza.

—Es agua. Yo no bebo.

Suelta una risotada.

—Venga ya. No vas a quedarte aquí a hacerme de niñera, ¿verdad?

Joder, sí, voy a hacerlo. No pienso dejarla sola toqueteando mis cosas o vomitándome sobre los libros.

—Sacas lo peor de mí. —Su comentario me sorprende y me saca de mi silencio.

—Vaya, qué halago —le suelto.

¿Que yo saco lo peor de ella? Si ni siquiera me conoce.

Continúo:

—Y, sí, voy a quedarme aquí a hacerte de niñera. Estás borracha por primera vez en tu vida, y tienes la costumbre de tocar mis cosas cuando no estoy presente.

Me siento en la cama mientras ella se bebe mi agua con recelo. Observo cómo cierra los ojos y se relame los labios cuando ha terminado y oigo su respiración excesivamente agitada. La miro sin

que

ella se dé cuenta y me esfuerzo todo lo posible en no pensar demasiado en el motivo que me lleva

a

estudiarla.

Hay tantas cosas que desconozco sobre ella, tantas cosas que quiero saber...

Parece tan evidente desde fuera... Es rubia, posee una belleza sencilla, y sé por su desfasada manera de expresarse que pasa horas con la cara pegada a un libro. Pero su mal genio y su actitud a la defensiva me llevan a preguntarme qué se esconde detrás de todo eso.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo sin pensar.

Hago un esfuerzo y le sonrío, pero tengo la sensación de que parezco un puto pervertido.

Arruga el ceño extrañada.

—Claro —dice arrastrando la palabra.

«¿Qué cojones voy a preguntarle?» Había dado por hecho que me iba a mandar a la mierda.

Opto por la pregunta más sencilla que se me ocurre.

—¿Qué quieres hacer después de la universidad? —Sé que debería haberle preguntado algo más personal, algo que me ayude a ganar este juego contra Zed.

Tessa parece meditar la pregunta y se golpetea la barbilla con el dedo antes de responder:

—Pues quiero ser escritora o editora, lo que surja primero.

Era fácil de imaginar.

No le cuento que yo tengo pensado hacer exactamente lo mismo. En lugar de ello, me quedo con la mirada perdida al frente después de poner los ojos en blanco.

—¿Esos libros son tuyos? —pregunta señalando la estantería con la mano.

—Sí —farfullo.

—¿Cuál es tu favorito?

Joder, qué cotilla es.

—No tengo favoritos —miento.

Está entrando en un terreno demasiado personal, y sólo ha estado aquí un rato. Que sepa cuáles son mis libros favoritos no va a ayudarme a conseguir lo que quiero.

Necesito darle un giro a esto y volver a un tema más impersonal. Tengo que cabrearla.

—¿Sabe el señor Perfecto que estás en una fiesta otra vez?

Mi maliciosa sonrisa complementa su ceño fruncido. Misión cumplida.

—¿El señor Perfecto?

—Tu novio —explico—. Menudo pringado.

—No hables así de él. Él es... es... majo.

No puedo evitar reír al ver cómo se esfuerza en buscar un cumplido para el pijo de su novio.

Después, señalándome con el dedo, continúa:

—Ya quisieras tú ser tan majo como él.

—¿*Majo*? ¿Es ésa la primera palabra que te viene a la cabeza al hablar de tu novio? *Majo* es el eufemismo que utilizas para no llamarlo *aburrido*. — Me río.

—No lo conoces —insiste con una vehemencia impresionante.

Ya, pero sé que es aburrido. Salta a la vista, con esa chaqueta de punto y esos mocasines...

Me echo a reír con tantas ganas que me duele la barriga. No puedo evitarlo. Y, cuando veo su expresión malhumorada, me río con más fuerza todavía al imaginarme a ese Ken viviente gimoteando porque le ha salido un agujero en su jersey de cachemir.

—No lleva mocasines. —Tessa se tapa la boca para ocultar su necesidad de reír. Lo entiendo. Yo también me reiría.

Bebe otro sorbo de agua y continúo:

—Bueno, pero ha estado saliendo dos años contigo y no te ha follado todavía, así que es un carca.

En cuanto esas palabras salen de mi boca, Tessa escupe el agua de nuevo en el vaso.

—¿Qué narices acabas de decir?

—Ya me has oído, Theresa. —Le sonrío para alimentar su ira.

—Eres un capullo, Hardin.

Joder, me encanta cómo se exalta.

De repente me tira el agua fría a la cara.

Sofoco un grito, sorprendido ante su osadía. Creía que lo estábamos pasando bien, disparándonos comentarios groseros el uno al otro. La estaba ofendiendo a propósito, y parecía que estaba disfrutando de mis provocaciones tanto como yo haciéndolas.

Su expresión de indignación me indica que tal vez no fuera así.

¿Por qué cojones he tenido que mencionarle a su novio? Soy un puto gilipollas. Estaba tan tranquila, sentada en el suelo, riéndose conmigo, y he tenido que fastidiarlo todo.

Tessa sale de mi cuarto inmediatamente. Mientras me limpio la cara, me dirijo hacia la puerta y observo cómo baja la escalera de dos en dos.

Vuelvo a mi dormitorio, con la única compañía del leve zumbido del ventilador del techo. Me siento en la cama y, por primera vez desde que me trasladé a esta casa, siento que me gustaría no estar

solo en esta habitación.

NUEVE

Lo sintió en el momento en que los labios de ella rozaron los suyos por primera vez. Sintió que algo se revolvía en su interior, en un lugar profundo, escondido y cubierto de polvo. No recordaba que nadie hubiera llegado nunca hasta él, probablemente nadie lo había hecho hasta entonces. Ella lo despertó, le trajo la luz y la risa y el anhelo y, en el instante en que sus labios se encontraron, supo que jamás volvería a ser el mismo.

Tessa me ha echado agua en la cara y ha salido de mi habitación resoplando, refunfuñando y poniendo los ojos en blanco. Sin embargo, aquí estoy, siguiéndola escaleras abajo apenas unos minutos después de haber estado sentado en mi cuarto, lloriqueando como un niño que tiene una pataleta por su juguete favorito.

Sólo que Tessa no es mi juguete favorito. Brilla demasiado, está demasiado nueva para que mis sucias manos jueguen con ella.

Únicamente trataba de animarla, de alegrarla, pero es evidente que he fracasado. Debería haber sabido que sacar el tema del pardillo de su novio iba a ponerla de mal humor.

Es una pesada. Se cree superior y cambia de humor con el viento. Demasiado sensible, la verdad, y me cabrea que no veas. ¿Quién le tira la bebida, aunque sea agua, a alguien a la cara? Para alguien

que se cree tanto he de decir que se comporta como una mocosa engreída.

Cuando llego al pie de la escalera Tessa está en la cocina, bebiendo de una botella de licor. Está buscando a alguien con la mirada y, mientras la observo, me suena el móvil en el bolsillo:

Esta noche le toca a Karen preparar la cena, por si te apetece venir. Tengo que hablar contigo de algo. No has respondido a ninguno de mis mensajes, así que he pensado que, si te escribía a las tres de la madrugada, al menos te pillaría despierto.

¿Quiere hablar conmigo de algo? Tengo cosas mejores que hacer, como enseñarle a Zed quién es aquí el rey del mambo. Vuelvo a mirar hacia donde Tessa está de pie y veo que Zed está ahora con ella.

Cómo no, ese cretino aparece a su lado en cuanto doy media vuelta.

Ella sigue bebiendo. No debería beber tanto. Mañana estará hecha mierda. Aunque, claro, así es como Zed planea ganársela.

—¿A que son una monada? —oigo que dice alguien. Tengo a Steph al lado, con un calimocho en la mano. El pelo rojo alborotado le enmarca la cara.

Miro a Zed y a Tessa otra vez, aunque ahora me fijo en cómo ella suspira mientras lo mira directamente a los ojos. Parece estar cómoda, tiene los hombros relajados y una mirada dulce.

Nada

que ver con cuando está conmigo. No conoce a Zed mejor de lo que me conoce a mí, ¿a qué se debe

la diferencia? ¿Será porque, al contrario que yo, él se apoya en la encimera sin dejar de mirarla a los

ojos? Él no deja que sus tetas lo distraigan. Se acerca a ella y ella le sonrío. Parece que está

haciendo

de poli bueno, ya que yo soy el poli malo.

Maldición, lo hace mucho mejor de lo que imaginaba.

Tessa mira hacia la puerta y Steph da un paso atrás y me tira del brazo. La aparto.

Tiene los ojos inyectados en sangre, sus pupilas son diminutos puntos negros en un mar rojo.

—No le digas que estoy aquí. Estoy harta de hacer de niñera —dice poniendo los ojos en blanco.

Steph ni siquiera intenta aparentar ser simpática cuando Tessa no está presente. Es una arpía de primera.

Una rubia borracha con un vestido reventón pasa junto a mí y me guiña el ojo. Me acuerdo de ella... ¿Creo?

—La has traído tú —le recuerdo a Steph como sin darle importancia. Esto no me interesa lo más mínimo. Ni siquiera estoy seguro de por qué he mencionado el tema.

—¿Y? Por esta noche ya he tenido bastante, y es para que vosotros dos juguéis con ella, ¿recuerdas? —Se encoge de hombros y se aleja.

Vale...

—¡Vas a perder si te quedas ahí como un pasmarote! —grita Steph al llegar a la puerta principal mientras coge del brazo al raro ese del que tanto se quejaba la semana pasada.

¿Voy a perder?

Por favor... Ni de coña.

Pero tampoco voy a quedarme pasmado en el umbral.

Vuelvo al salón y encuentro un hueco en el sofá. Esperaré a que venga a buscarme. Acabará por hartarse de Zed y de sus rollos sobre ciencias y plantas y salvar el mundo con flores de colores y toda esa mierda. Supongo que él se lo cree, tal vez. Con ese pavo nunca se sabe. Lo más probable es que sepa, en el fondo de su subconsciente, que sólo las plantas lo aguantan.

Como era de esperar, Tessa llega al salón, con Zed pegado a sus talones como si fuera un perrito faldero. Ni siquiera se da cuenta de que estamos en la misma habitación cuando se sienta en el suelo

con mi pandilla a pocos metros de mí.

Siento un apretón en el bíceps y me vuelvo justo cuando la rubia de hace un momento me rodea el torso con los brazos y me estrecha con fuerza.

—Hardinnnn... —dice con tal cadencia de borracha que de repente no sé si quiere meterme mano o que la habitación deje de dar vueltas—. Me alegro mucho de volver a verte, pero aún me alegra más volver a sentirte...

La aparto un poco intentando que me suelte. Pero el alcohol la ha convertido en un pulpo insistente y vuelve a pegáseme. Al final, me siento junto a uno de los «hermanos» de la fraternidad

cuyo nombre nunca consigo recordar y paso uno de los brazos de la borracha por sus hombros. No

falla, el resto de su cuerpo lo sigue, y dice arrastrando las palabras:

—S-Steeeve, cuánto tiempo sin verte... —mientras yo desaparezco.

Me cabreo más con la noche con cada paso que mis botas dan sobre la moqueta llena de manchas.

—¿Hay autobuses toda la noche? —oigo preguntar a Tessa, que ya no está achispada, sino borracha como una cuba.

Tiene la voz más gruesa. Observo sus labios, el inferior sobresale más que el superior. Habla muy despacio, casi arrastra las palabras.

Me obligo a dejar de escuchar y a regresar a la cocina. No es problema mío, no tengo por qué preocuparme de si se emborracha o no. Menos de diez segundos más tarde, doblo la esquina y

vuelvo

al salón. Mis pies se detienen frente a donde Tessa está sentada en el suelo.

Al verme, la mocosa arrogante pone los ojos en blanco. Parece que lo hace muy a menudo. Pero no con Zed. A él no se lo hace nunca.

—¿Zed y tú...? —Arqueo una ceja y ella trastabilla al ponerse de pie. ¿Cuánto ha bebido? Tiene la mirada clara en el momento en que encuentra la mía. No sabría decirlo.

La cojo del brazo cuando me empuja para pasar.

—¡Suéltame, Hardin! —Sus brazos vuelan en el aire e intento no reírme de su dramatismo. Sus ojos recorren la habitación como si estuviera buscando algo que arrojarme—. Sólo le estaba preguntando por el autobús.

Me da un empujón con el hombro y sigue andando. La cojo con cuidado del brazo para estabilizarla.

—Relájate... Son las tres de la madrugada. No hay autobuses. —La suelto y observo cómo asimila el dato—. Tu recién estrenado estilo de vida ha hecho que te quedes aquí tirada otra vez.

La cosa tiene gracia. Insiste en que odia este tipo de ambiente y, sin embargo, va a pasar de nuevo la noche aquí.

Me mira inexpresiva, con unos ojos como platos y un mohín en los labios. Me tomo un momento antes de echar sal en su ego herido.

—A no ser que quieras irte a casa con Zed... —Señalo con la cabeza hacia el salón y ella frunce el ceño.

Echa a andar sin mediar palabra.

¿Qué sentido tiene? ¿Por qué sigo intentando sacarla de quicio? No tiene ningún sentido, y la verdad es que es una pérdida de tiempo. Parece que jugar se le da tan bien como a mí.

Cuando vuelvo a mi habitación, cojo un libro de la estantería, me quito la camiseta, la tiro al suelo y añado mis vaqueros al montón de ropa tirada. Abro la novela por una página al azar y empiezo a leer:

¿De qué podían servir mi enojo ni mis protestas para vencer aquella pueril credulidad? Nos separamos enfadadas aquella noche, pero al día siguiente ya me tenía usted camino de Cumbres Borrascosas, escoltando la jaca de mi testaruda señorita. No pude soportar el espectáculo de su tristeza, su palidez, sus ojos hinchados ni su decaimiento. Cedí, alimentando la débil esperanza de que el propio Linton ratificara con su manera de recibirnos el poco fundamento que en realidad tenía el relato hecho por su padre.

Una Catherine rubia está sentada en el linde del páramo con el pelo recogido con un lazo rojo como la sangre que corre por sus venas. No pensaba, estaba perdida. Se volvió hacia él y su voz resonaba en el aire que los separaba.

—¿Hardin?

La voz de Catherine es fuerte, tanto que se escapa de mis sueños. ¿Estoy soñando?

—¡Hardin! ¡Hardin, abre la puerta, por favor!

Salto de la cama, confuso y asustado al ver moverse el pomo. Golpean la puerta con los puños.

—¡Hardin! —grita de nuevo la voz.

«¿Ésa es...?»

Descorro el pestillo y abro. Tessa está ahí de pie, con cara de espanto y la mirada aterrorizada. Se me eriza el vello de la nuca y entro en modo defensivo.

—¿Tess? —Me froto los ojos para ver mejor, intentando disipar el sueño, centrarme en lo que está pasando.

—Hardin, ¿puedo pasar, por favor? Ese tipo... —Tessa echa la vista atrás, hacia el pasillo. Salgo a

ver a qué le tiene tanto miedo.

Neil camina hacia nosotros, con los ojos inyectados en sangre y la camisa manchada. Es asqueroso. Y, cuando tropieza contra la pared, me doy cuenta de lo pedo que va.

¿Por qué está huyendo de él? ¿La habrá...?

Los ojos de Neil encuentran los míos y se detiene en el acto. Si sabe lo que le conviene, dará media vuelta y se largará por donde ha venido. Si no, Tessa y todos los que están en el pasillo, toda esa gente que no parece querer ayudarla, van a ver el espectáculo en primera fila.

La miro un instante para asegurarme de que el tío no le ha hecho nada que me obligue a esconder su cadáver cuando llegue la policía.

—¿Lo conoces? —me pregunta con la voz rota.

Noto que las manos me tiemblan en los costados.

—Sí, pasa. —La hago entrar en mi cuarto y me siento en la cama. Sus ojos grises me observan con intensidad, y vuelvo a frotarme los ojos—. ¿Estás bien? —le pregunto.

Parece estar bien, un poco nerviosa, pero no está llorando. Buena señal... O eso creo.

—Sí... —dice en voz baja—. Sí. Siento haber venido aquí y haberte despertado. Es que no sabía que... —añade a toda velocidad con voz trémula.

¿Se está disculpando por haberme despertado?

Me paso la mano por el pelo para apartármelo de la frente.

—No te preocupes. —Noto que le tiemblan las manos, igual que a mí, y hago la pregunta que da vueltas en mi cabeza desde que he abierto la puerta—: ¿Te ha tocado?

Ideas asesinas flotan en mi mente. Nadie echaría de menos a Neil, eso fijo.

—No —empieza a decir; luego titubea—. Pero lo ha intentado. No sé cómo se me ocurre encerrarme en un cuarto con un desconocido bebido. Supongo que ha sido culpa mía.

«¿Culpa suya? ¿Está tonta?»

—No ha sido culpa tuya que haya hecho eso. No estás acostumbrada a este tipo de... situación. —Intento mantener la voz calmada y no asustarla más.

He visto cómo les pasaba lo mismo a muchas chicas. A mi madre, a chicas que bebían demasiado en una fiesta... El año pasado tuve que salvar el culo borracho de Molly de las garras de Neil.

Pensaba

que había aprendido la lección cuando le rompí la nariz y le disloqué el hombro. Pero no. Se ve que

necesita que le refresquen la memoria. Logan ayudará, igual que la última vez.

Tessa se acerca a mí y le doy unas palmaditas al colchón. Se sienta a mi lado y coloca las manos en el regazo. Al ver su expresión de vulnerabilidad, me doy cuenta de que sólo llevo puesto el

bóxer

negro. Quiero ponerme algo más de ropa encima, pero no quiero darle importancia y tampoco quiero que se sienta incómoda. Ha venido huyendo de lo mismo, en busca de paz.

—No tengo intención de acostumbrarme. Ésta es definitivamente la última vez que pienso venir aquí, o a cualquier fiesta. No sé ni por qué lo he intentado. Y ese tipo... ha sido tan...

Se estremece y empiezan a rodarle las lágrimas por las mejillas.

—No llores, Tess —susurro, y llevo la mano a su mejilla.

Mi pulgar atrapa las lágrimas húmedas a medida que caen. Se sorbe los mocos. Es un sonido tan inocente y vulnerable que intento apartar la vista. Pero no puedo.

—No me había dado cuenta de lo grises que son tus ojos —confieso.

Hasta ahora no he prestado mucha atención a los detalles más allá de sus tetas y lo susceptible que es a mis juegucitos. He estado demasiado ocupado, he sido muy superficial.

Llevo prestando atención a los detalles más insignificantes de esta chica desde el momento en que

la vi.

Mi mano sigue contra su mejilla y ella continúa mirándome con sus labios carnosos entreabiertos. Me llevo el piercing del labio a los dientes y tiro de él como hago siempre. Tiene la mirada fija en mi boca y, cuando aparto la mano, se acerca y pega la suya a la mía.

Cojo aliento, me ha pillado por sorpresa. ¿Qué está haciendo? ¿Qué cojones estoy haciendo?

Pero no me detengo. No puedo parar. Recorro sus labios suaves con la lengua. Me trago sus pequeños gemidos mientras le cojo las mejillas con las manos. Suspira en mi boca, como si se sintiera aliviada al besarme, y mis manos descienden a sus caderas.

Cuando noto el vodka en su lengua, me aparto.

—Tess... —susurro en su boca.

Ella suspira y acaricio sus labios con la lengua, separándolos de nuevo. Trago saliva e intento pensar con claridad. ¿Cómo hemos llegado a esto?

Me siento tranquilo, lo opuesto al fuego que arde en mí. Es agradable. Alivia la quemazón constante. Nunca antes me había sentido tan calmado. Es aterrador.

Mi mente ya no está al mando. La sensación de su boca en la mía es más fuerte que el sentido común. La acerco más a mí, estrecho con fuerza sus caderas y me tumbo en la cama. Se encarama a mi torso y apoya las manos en mi pecho. Su lengua provoca a la mía sin salir nunca de mi boca. Esto se le da bien. Joder, se le da muy bien.

Su pelo cae sobre mi piel y aparto la boca de la suya. El gemido quejumbroso que brota de sus labios cuando lo hago me la pone dura al instante. Me desea. Sus manos suben y bajan por mi pecho,

poniendo a prueba sus límites, lo sé.

No dejaré que vaya demasiado lejos. Esta noche no. Ha estado bebiendo y a mí ese rollo no me va.

La deseo a ella, joder, quiero follármela una y otra vez. Voy a sentirla, toda entera. Pero esta noche

no. Es virgen, pero ¿hasta dónde habrá llegado con su novio? ¿La habrá tenido él así, tumbada encima moviendo las caderas, tentándolo sin piedad y él sólo con los calzoncillos puestos? ¿Es así con él y luego ante el mundo parece una estrecha y una puritana?

¿El novio habrá recorrido con la lengua la suave piel de su cuello? Por cómo se le altera la respiración bajo las caricias de mi lengua, yo diría que no. Gime, la sujeto del pelo y le beso el cuello. Bajo la boca, le mordisqueo la clavícula y ella gime otra vez, susurrando mi nombre.

Atraigo su boca a la mía y ella sigue moviéndose encima de mí. Sé que nota lo dura que se me ha puesto, lo mucho que la deseo.

—Hardin..., para —gime sin que su lengua deje de bailar con la mía—. ¡Hardin! —repite.

Me aparto y la miro. Tiene los labios hinchados, rosados y pecaminosos. Y la mirada salvaje.

—No podemos hacerlo —dice. Sus dedos abandonan mi piel y la quemazón se convierte en hielo. Sabía que no iba a durar. Ha sido el calentón del momento. Un momento que me habría gustado que durara más, pero todo tiene un final. Me apoyo en los codos y ella rueda lejos de mí, al otro lado

de la cama.

—Lo siento. Lo siento. —Tiene la voz grave, rasposa, y no parece que lo sienta en absoluto a juzgar por lo agitado de su respiración y el modo en que no puede apartar la vista de mi boca.

La miro y pienso en un libro que leí sobre un pueblo en que las mujeres deciden dejar de disculparse en su vida cotidiana. Lo interesante era que se dieron cuenta de que el noventa por ciento

de las veces que pedían disculpas lo hacían por cosas que no eran culpa suya. Tessa encajaría a la perfección en ese pueblo.

—¿Qué es lo que sientes? —digo todo lo calmado que puedo, y me levanto mientras ella me mira de arriba abajo y al bóxer y se ruboriza.

—Haberte besado...

¿Por qué tiene que disculparse por haberme besado? Si no quiere nada conmigo, yo tampoco quiero nada, pero no le he dado la menor indicación de que no quisiera lo mismo que ella.

—Sólo ha sido un beso; la gente se besa sin parar —replico. Mantengo un tono neutro a propósito, no quiero que se sienta aún peor.

Ya se está arrepintiendo y está a punto de salir corriendo. Lo sé, y, si lo hace, tendré que ir detrás de ella. No puedo abandonar nada más empezar la partida, cuando ya he hecho progresos. He

sentido

sus manos en mi cuerpo, he saboreado su lengua. La he hecho jadear, querer más. Ahora voy ganándole a Zed y no puedo estropearlo. Va a hacer una montaña de un grano de arena. Si la consuelo, es probable que confíe en mí, y esa confianza me dará la oportunidad de llegar aún más lejos la próxima vez.

Se queda mirando el suelo. Otra vez. ¿Tanto se arrepiente que ni siquiera puede mirarme a la cara? Esto no me gusta un pelo.

No puede estar arrepintiéndose ya. Si no lo supera, estoy bien jodido, y Zed ganará.

—¿Te importaría que esto no saliera de aquí? —pregunta Tessa.

—Créeme, yo tampoco quiero que nadie se entere de esto. Deja de hablar de ello.

Hace una mueca al oír mis palabras y desearía poder retirarlas. Esto se me da de puta pena.

—Vaya, veo que vuelves a ser el de siempre. —Se le aguza la mirada, preparándose para la batalla. Quiero contestarle lo que se merece, pero me contengo.

No sabe nada de mí. Me cabrea que piense que, después de habernos visto tres veces, se crea que es la gran experta en Hardin Scott. Se cree mucho mejor que yo y la aterra que la gente se entere

de

que me ha besado porque... pues porque yo soy como soy y ella es doña Perfecta. No puedo contenerme más.

—Nunca he sido otra persona —le digo—. No vayas a pensar que porque me hayas besado, básicamente en contra de mi voluntad, ahora tenemos alguna especie de vínculo.

Puedo sentir cómo mis palabras le caen como un jarro de agua fría y se pone de pie. La ira brilla en sus enormes ojos. Una Juana de Arco contemporánea, lista para quemarme en la hoguera.

—Podrías haberme parado —masculla. Aprieta los puños, se creerá que están hechos de fuego. Mi boca reacciona antes de que pueda pensar en algo que decir, y replico:

—Habría sido difícil.

Tessa suspira y se cubre la cara con las manos. Miro hacia otro lado. Es muy visceral, y eso no es lo más raro. Supongo que ser visceral es normal, pero es que ella no se corta un pelo. No soy

amigo

suyo ni tampoco un pariente, y ahí está, exhibiendo sus emociones como si nos conociéramos de toda

la vida. No le da miedo mostrarme cómo se siente, no le importa quedar así de expuesta.

Theresa Young es un misterio que me vuelve loco. Es tan frágil y tan abierta..., y a la vez es reservada y aguda como un punzón. No logro entenderla. Es muy extraño. La facilidad con la que me permite verla así es un poco tierna pero, aun así, sigue siendo muy raro.

—Puedes pasar aquí la noche, ya que no tienes adónde ir —le ofrezco en voz baja.

Tessa meneaba la cabeza, con las manos en las caderas, y me lanza cuchillos con la mirada. Quiero decirle que tal vez sienta ser tan borde con ella, que puede que a veces diga chorradas que debería

callarme, pero ¿para qué malgastar fuerzas con una desconocida? Ni me conoce ni va a conocerme.

—No, gracias.

Cuando desaparece por el pasillo, me agarro al marco de la puerta y en silencio le deseo que duerma bien. Sé que yo no voy a pegar ojo.

—Tessa —digo en voz baja, sin estar muy seguro de si quiero que me oiga.

DIEZ

Él siempre fue un cabezota, desde el principio. Ella lo sacaba de quicio como nadie y le hacía ver el mundo de otra manera. Él no esperaba nada del juego que se traía entre manos ni supo nunca cómo cada vez que ella lo miraba, cada vez que le regalaba una sonrisa, lo estaba cambiando. No tardó en sentir la necesidad de protegerla. Intentó luchar contra ese sentimiento pero, para cuando reunió fuerzas suficientes, ya era demasiado tarde.

Han pasado veinte minutos desde que se ha marchado hecha una furia y no la encuentro por ninguna parte. ¿Por qué no puede ser como Molly o como cualquiera de las chicas a las que me he tirado y volver a por más? ¿Cómo es que tiene tanta fuerza de voluntad?

Conociéndola (lo poco que la conozco), creo que va a hacerme dudar de todo lo que creía saber sobre mujeres en general.

¡Que viva la madre que la parió! Va a ser divertido.

—Se ha ido, tío. —Logan entra en la cocina, botella de vodka en mano.

¿Se ha ido? Venga ya. Si ni siquiera sabe cómo volver al campus y, si se pierde, el móvil prehistórico que lleva no le servirá de nada.

—Qué va. —Meneo la cabeza y cojo una taza vacía.

Cuando abro el grifo, Nate me mira con una ceja enarcada y una sonrisa bobalicona en la cara.

—¿Qué miras, pringado? —le pregunto bebiéndome el agua de un trago.

—Nada, hombre. —Se echa a reír y comparte una sucia mirada con Logan.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Agito la mano entre los dos.

—Nada. —Logan me pone la mano en el hombro y me aparto—. ¿Por qué la estás buscando, exactamente?

—¿Tú qué crees? —respondo rápidamente, no muy seguro de si les estoy mintiendo o si vuelvo a entrar en la Apuesta. Sí, todavía estoy, pero en este momento sólo quiero saber adónde coño ha ido.

—Ya. —Nate le da codazos a Logan como mis amigos y yo solíamos hacer en el colegio—. Pues se ha largado. La he visto salir por la puerta principal.

—Y ¿la has dejado?

—¿Si la he dejado? ¿Y a mí qué más me da si viene o se va? A ti tampoco debería importarte...

Digo yo —replica Nate, e intercambia una mirada con Logan.

—¿Dónde está Zed? —les pregunto. Con suerte, la pregunta les hará pensar que lo que más me preocupa es que me saque ventaja.

Ambos menean la cabeza y se encogen de hombros, luego vuelven a charlar de sus mierdas como si hubieran perdido todo interés en el asunto.

Me alejo de ellos apretando los puños. ¿Habrá llamado a una amiga para que venga a recogerla?

Pero ¿tendrá amigas? Parece de las que miran a los demás por encima del hombro y por eso nadie

quiere ser amigo suyo. En eso es como yo. Sólo que ella es un poco menos desagradable. Sólo un poco.

Estoy seguro de que no es tan tonta como para volver andando a la residencia, que son cinco

kilómetros.

¿Es tonta? No.

¿Es cabezota? A más no poder.

Recorro los pasillos de la planta de arriba una vez más para asegurarme de que no está en la casa.

No hay nadie en mi cuarto. Esperaba que fuera un grano en el culo y volviera a colarse en mi habitación. Esperaba pillarla sentada en la cama con uno de mis libros en la mano.

Pero no, tiene que ser difícil y marcharse de casa. Sola.

Sola.

Joder, está vagando por las calles ella sola.

¿Qué clase de...? Joder, me pone de los nervios. ¿Podríamos haber escogido a una chica más difícil para la Apuesta? Ni de coña.

—¡Nate! —grito su nombre por encima de la música y bajo corriendo la escalera.

—¿Qué? ¿Tienes prisa? —me dice con una sonrisa burlona en los labios. Freno al llegar abajo.

—No, sólo... —Me aparto el pelo de la frente—. Estoy buscando a la morena, la de la camiseta negra de tirantes con un buen par de melones. —Pongo las manos delante del pecho para representar la anatomía de la mujer que me he inventado.

Nate baja la mirada y sonrío. Apenas puedo ver las palabras que lleva tatuadas en el interior del labio inferior cuando dice:

—Ah, lo pillo.

Le guiña el ojo a Logan y se ríe.

—Bueno, pues me voy a buscarla... —Me doy la vuelta rápidamente y los oigo despotricar mientras me alejo.

Salgo de la casa sin mirar atrás y me meto en el coche. Las calles están desiertas. No hay ni un alma, y ni rastro de ella.

Doy un par de vueltas más a la manzana y decido ir a su residencia. Ya debe de estar allí. Tiene que estar allí.

Cuando llego a la residencia me doy cuenta de que llevo dos horas en la calle. La puerta de su habitación se abre sin problemas y me encuentro a Steph y a Tristan en su cama. Ella no lleva camiseta y sus manos recorren el torso desnudo de él. Deja de besarlo y se sienta.

—¿Qué quieres? —Steph se relame y restriega por la boca los últimos restos de pintalabios.

—¿Dónde está Theresa? —les pregunto. Tristan alarga el brazo para coger su camiseta, pero Steph es más rápida y la tira al suelo—. ¿Y bien? —insisto.

—Aquí no está. La hemos adelantado por el camino. —Steph pega la boca al cuello de Tristan y yo hago como que voy a vomitar.

—¿La habéis adelantado? ¿La habéis visto volver andando y no habéis parado a recogerla? —Me agacho, recojo la camiseta de Tristan y se la tiro. Les cae en la cara.

Tristan se levanta de la cama y yo voy hacia la puerta.

—Steph me dijo que no parara —dice mientras se va vistiendo.

—¿Te parece bonito? —replico mirándola fijamente.

Ella se echa a reír.

—No le va a pasar nada, y le vendrá bien andar un poco.

—Eh. —Tristan le da un codazo y la mira con desaprobación.

Steph pone los ojos en blanco.

—Vestíos y largaos. No tardará en llegar —les digo.

—Ésta es mi habitación. No me voy a ninguna parte —replica Steph.

—Venga. —Me devano los sesos buscando una buena razón para que se vayan—. Necesito estar a solas con ella.

Steph se ríe a gusto.

—¿Para qué? ¿Para follártela?

—Estoy trabajando en ello, sí.

—Vamos a mi casa. Seguro que Nate no está —dice Tristan, y le recoge un mechón detrás de la oreja. Ella sonrío y asiente.

Cuando se van, me siento en la cama de Tessa. Intento decidir si debo curiosearle las cosas o no cuando aparece en el umbral de la puerta. Parece un poco más alta y tiene los puños apretados.

Echa

chispas por los ojos y trata de contener el cabreo que amenaza con reventarla. En cuanto le sonrío,

explota.

—¡Venga ya! —dice alto y con voz de pito, dando manotazos en el aire.

—¿Dónde estabas? —le pregunto tranquilamente, con un tono opuesto al fuego que arde en su interior—. He estado dando vueltas con el coche intentando encontrarte durante casi dos horas.

—¿Cómo? ¿Por qué? —me pregunta. Su expresión es una mezcla de exasperación y de confusión.

Tiene las mejillas sonrosadas por la brisa fresca del otoño, y el pelo alborotado por el viento no parece la melena de rizos perfectos a la que me tiene acostumbrado.

No consigo decir algo que lo explique todo, sino que suelto:

—Es que no me parece buena idea que andes por ahí de noche, sola.

Se echa a reír a carcajadas. Se está riendo. Nada más y nada menos; pero ¿qué le pasa? Es una risa salvaje, diametralmente opuesta a sus sonrisas modositas y su risa forzada. Parece una loca.

—Lárgate, Hardin. ¡Lárgate! —dice cuando su risa se torna más suave.

—Theresa, yo...

Pero me interrumpen los golpes en la puerta.

—¡Theresa! ¡Theresa Young, abre la puerta ahora mismo! —Los chillidos de una mujer cortan el aire.

—Joder, Hardin, métete en el armario —susurra Tessa cogiéndome del brazo y levantándose de la cama de un tirón.

—No pienso esconderme en el armario. Tienes dieciocho años —protesto.

Tessa se apresura hasta el espejo, se inspecciona la cara y se arregla el pelo alborotado. Corre a la otra punta de la habitación con el tubo de dentífrico en la mano, lo aprieta, saca un poco de

pasta y

de se la frota por la lengua. Es como ver a una adolescente a la que han pillado saliendo a hurtadillas

de casa de su mamá. Camina histérica hacia la puerta y abre con mano temblorosa.

—Hola. ¿Qué hacéis aquí? —le pregunta Tessa a su madre cuando ésta cruza el umbral.

La mujer domina la habitación un momento antes de que entre otra persona.

Es el pavo del otro día. Noah.

La madre de Tessa viene directa hacia mí, pero yo sólo tengo ojos para el chico. El novio de Tessa, el famoso Noah. Su pelo es un par de tonos más claro que el de ella, lleva una suave rebeca de punto y los pantalones sin una arruga. Es increíble que, con lo temprano que es, parezca un soldado de juguete pijo al que todavía no han sacado de la caja.

¿Qué hace aquí? ¿Va tan en serio lo suyo?

¿Ha sido él quien ha llamado a la madre, como si fuera el policía de la moral?

La mujer respira hondo y se lo saca todo del pecho.

—¿Ésta es la razón por la que no contestabas al teléfono? ¡¿Porque tienes a este... —gesticula

señalándome igual que hace su hija— a este... macarra... tatuado metido en tu habitación a las seis de la mañana?!

«¿Macarra tatuado?» ¿Qué les pasa a estas dos, que insultan como niñas de primaria?

Tessa se cuadra, se pone recta y se prepara para repartir leña.

Bueno, al menos ahora ya sé de dónde ha sacado sus aires de superioridad. Y el porte, las curvas

y

la chispa. Está lanzándole cuchillos a su madre con la mirada, pero la mujer parece no darse

cuenta

del modo en que su hija clava las uñas en las palmas de las manos. O de cómo la piel de su cuello

ha

adquirido un tono rosado. No parece darse cuenta de nada. Ni tampoco el señor Perfecto.

Esto me cabrea, que reprendan a Tessa por comportarse como una universitaria normal. Si en realidad es mucho más moderada que toda la gente que conozco. Su madre debería estar

orgullosa de

ella.

—¿Es esto lo que haces en la universidad, jovencita? ¿Pasarte la noche en vela y traer a chicos a tu habitación? —dice la mujer echando humo—. El pobre Noah estaba preocupadísimo por ti, y hemos conducido hasta aquí para sorprenderte relacionándote con estos extraños.

¿«Extraños»? Por la forma en que Noah se retira hacia la puerta sin darse ni cuenta mientras la mujer sube la voz..., me da la impresión de que le han lavado el cerebro aún más que a la pequeña

Tessa.

No puedo evitarlo. Abro la boca antes de que Tessa tenga ocasión de contestar.

—En realidad, acabo de llegar. Y Tessa no estaba haciendo nada malo.

Tessa me mira con la boca abierta como si estuviera mal de la cabeza por enfrentarme a su madre. Por su parte, la mujer tampoco sale de su asombro. Su incredulidad hace que me ría por dentro: esta gente no sabe de lo que soy capaz.

—¿Disculpa? No estaba hablando contigo. Ni siquiera sé qué hace alguien como tú cerca de mi hija.

El cretino del rincón permanece en silencio, como un niño bueno.

—Madre... —dice Tessa intentando sonar lo más amenazadora posible.

Me mira un instante, sus ojos más duros que de costumbre. No sé si el fuego que emanan es de vergüenza o de rabia.

Su madre ni se inmuta.

—Tessa, estás descontrolada —masculla—. Puedo oler el alcohol en tu aliento desde aquí, e imagino que eso ha sido gracias a la influencia de tu encantadora compañera de habitación y de

éste

—dice mirándome directamente, señalándome con el dedo.

Si me conociera, bajaría ese dedo.

—Tengo dieciocho años, mamá —empieza a decir Tessa, pero ya suena a vencida—. No he bebido nunca antes ni he hecho nada malo. Sólo estoy haciendo lo que hacen todos los demás estudiantes. Siento que se me agotara la batería del móvil y que hayáis conducido todo el camino hasta aquí, pero estoy bien.

Tessa se sienta en el borde de la silla. No me gusta lo incómoda que la hacen sentir. Me resulta una extraña ahí sentada, esperando el próximo golpe de la cabrona de su madre.

No me muevo. Ni siquiera cuando el huracán en los ojos de la mujer vuelve a caer sobre mí.

—Joven, ¿te importaría dejarnos a solas un minuto?

No me lo está pidiendo. Y lo de «joven» parece muy educado, pero en realidad está haciendo la

guarrada esa que consiste en ningunearme mientras aparenta ser razonable. He crecido entre niños bien. Me conozco la jugada.

Miro a Theresa y me aseguro de que entienda que no pienso irme a menos que se sienta capaz de enfrentarse a su madre y a su novio ella sola. Asiente, pero veo la confusión en sus ojos grises. Me voy, como me han pedido, con el pecho en llamas.

ONCE

Cuando empezó a verla en sueños, le dio miedo. Lo estaba engullendo por completo, centímetro a centímetro, llevándose todo.

Lo aterrorizaba pensar las cosas que le haría cuando estuviera dentro. No quería consentirlo, pero no tenía fuerzas para resistirse.

Siempre se había creído fuerte, el amo y señor de todo, hasta que llegó ella y le quitó la corona.

Espero y espero a que se abra la puerta de la habitación de Tessa y su madre y su compinche se marchen. Pasan los minutos y empiezo a dudar de mi cordura.

«¿Por qué la estoy esperando? ¿Qué voy a decirle cuando se vayan las visitas? ¿Querrá hablar conmigo?» Tal vez sí, si me disculpo por haber dejado que me bese. Con eso se solucionarían todos

los problemas.

Al fin, la puerta se abre y sale su madre, mirándome con arrogancia mientras yo sigo apoyado en la puerta de la habitación de enfrente. Detrás de ella, Tessa, cogida de la mano de Noah.

Me enderezo, no muy seguro de qué decir, pero sintiendo que he de decir, de hacer, algo.

—Vamos al centro —me dice Tessa.

¿Qué puedo hacer excepto asentir y dejar que se vayan?

No puedo apartar la vista de la mano de Tessa entrelazada con la de su novio. Ella se ruboriza y la retira, y su madre me dedica la sonrisa más falsa que he visto en mi vida.

—No me gusta nada ese tío —oigo que dice el señor Perfecto.

—A mí tampoco —responde Tessa en voz baja.

Mejor. Porque a mí ella tampoco me gusta.

Cuando vuelvo al coche, el móvil vibra en el salpicadero. Lo cojo para contestar en cuanto veo el nombre de Molly en la pantalla. Dice una sola frase: «Estoy tirándome de los pelos», y cuelga.

Cinco minutos después entro en el apartamento de Molly sin llamar a la puerta y su compañera de piso me mira mal. Le sale humo de la boca. El blanco de sus ojos parpadea bajo una densa capa de máscara de pestañas y le da otra calada al cigarrillo.

—Está en su cuarto.

Molly está en la cama, con la cabeza sobre una montaña de almohadas y las piernas desnudas abiertas. Su habitación es pequeña, las paredes azul claro están cubiertas de fotos de revistas de moda.

Casi todas son en blanco y negro. Las ha recortado y pegado con cinta adhesiva. La cama está en la

pared opuesta a la puerta y el dormitorio no tiene ventanas. Odiaría quedarme encerrado en un cuarto

sin ventanas. Normal que ella nunca esté aquí.

Me hace un gesto para que me tumbe con ella en la cama. Lleva el pelo rosa recogido en un moño desordenado en lo alto de la coronilla.

—Mira a quién tenemos aquí —dice cuando me siento a su lado.

Se levanta más la falda y deja al descubierto las bragas negras. Se pasa las manos por los muslos,

acariciando los bordes de encaje.

—Me has llamado tú —le recuerdo.

—Y tú has venido —contesta con sarcasmo y orgullo.

—No te emociones. Me aburría y te has ofrecido.

Me encojo de hombros y la miro. Tiene el ceño fruncido, finge sentirse ofendida.

—Eso es verdad. —Se ríe y meneo la cabeza ante su desvergüenza.

Molly tiene la mano fría cuando me rodea el brazo y me atrae hacia sí. Las cicatrices de su muñeca brillan a la media luz de la lámpara de la mesilla de noche.

Sus labios se cierran sobre mi cuello e intento no imaginarme los labios carnosos de Tessa.

Molly se encarama a mi cuerpo y sus manos buscan los botones de mis vaqueros. Los desabrocha con

soltura y me baja los pantalones y los calzoncillos. Me levanto para ayudarla a desvestirme mientras

intento convencerme de que esto me apetece. De que es divertido. De que es lo que hace la gente como yo para pasárselo bien. Gente como Molly y como yo, gente tarada. Yo tengo mis problemas y ella tiene los suyos, aunque, por fortuna, no ha intentado contármelos y no me importan lo suficiente

como para que me haya planteado preguntarle por ellos. Sé que ella es como yo. No necesito saber

más.

Su lengua lame la punta de mi polla, jugando conmigo. No me gusta que me provoquen, así que cojo la mata de pelo rosa y se la meto toda en la boca. Se atraganta y la suelto. Sé que le gusta duro,

de hecho, mucho más duro de lo que estoy dispuesto a hacer con ella.

Tiro de los mechones de Tessa que tengo en la mano. Su boca está caliente, húmeda. Su lengua es más agresiva de lo que imaginaba y sus manos se deslizan por mis muslos. No recordaba que llevara

las uñas tan largas.

—Hardin... —gime. Le da otro lametón y se la mete entre los labios. Su voz es demasiado aguda y me suena rara.

—Joder, Tessa.

En cuanto lo digo, los labios carnosos de Tessa se desinflan.

Molly se tensa y se aparta.

—¿En serio?

Me aclaro la garganta.

—¿Qué?

Pone los ojos en blanco.

—Te he oído.

—No has oído nada y, aunque así fuera, no hagas como que nunca me has llamado Log...

—Cállate. —Levanta una mano y la agita con gesto teatral—. ¿Quieres que acabe?

Y, sin más, su lengua vuelve a ser juguetona y me doy cuenta de que me está mirando con una extraña simpatía, como si necesitara sentir lástima de mí o alguna chorrada semejante.

Eso me cabrea. Está tan sola y tan jodida como yo... ¿Quién se cree que es para sentir lástima por mí?

—No.

Me subo los pantalones, me levanto y me meto el móvil en el bolsillo. Sigue mirándome con la misma cara. Mi enfado no significa nada para ella.

—No voy a acompañarte a la puerta —me suelta con una carcajada, de vuelta a su nihilismo

habitual por un instante. Pero luego añade—: Mucho cuidado con lo que haces. Las chicas como ella

nunca acaban con tarados como tú.

Me mira con más lástima aún que antes y me dan ganas de vomitar en su alfombra negra. Sé que ni siquiera está intentando insultarme, está siendo clara y sincera, pero no necesito sus consejos.

No quiero «acabar» con Tessa. Quiero follármela y punto.

Sin una palabra más, me largo de allí y vuelvo a casa.

DOCE

Los golpes en la puerta no cesan. El hombre al otro lado me llama por mi nombre e intento no hacer el menor ruido cuando abro el armario y me escondo dentro. Lo cierro y espero, tapándome los oídos mientras los golpes son cada vez más fuertes.

—¡Sal ahora mismo! —resuena su voz.

Mi padre está borracho de nuevo. Ahora se emborracha todas las noches.

Con un último golpe, tira al suelo la puerta de madera, y el crujido me produce un escalofrío que asciende por mi columna vertebral. Detesto tenerle miedo, no debería tenérselo. Tengo diez años y soy

bastante alto para mi edad. Debería ser capaz de defenderme.

¿Por qué tengo miedo? Porque soy patético.

Su voz se mezcla con las voces de otros hombres..., ¿están aquí? No estoy seguro. No deberían, porque está él, pero puede que, de todas formas, tampoco nos proteja.

La puerta del armario se abre y me pego a la pared hasta que no tengo dónde esconderme.

Me despierto con un alarido, gritando en el espacio vacío y solitario. Llevo tres días sin salir de la habitación y no me ha llamado ni una sola persona, nadie ha llamado a mi puerta. Sin embargo, he adelantado mucho trabajo que tenía pendiente. No quiero tropezármela. No quiero ver ni a Zed ni a los demás. Ellos tampoco han venido a verme.

Es lo que pasa cuando uno es invisible: no le importas a nadie una mierda y a ti tampoco te importa nadie nada.

Cojo la camiseta negra sucia que hay en el suelo junto a la cama y me seco el sudor de la frente.

Tengo el pelo empapado y la visión borrosa, mezcla del pasado y del presente, aunque por ahora mantengo fuera de este follón el hecho de que no tengo futuro.

Tampoco se puede decir que no tenga futuro. Seré uno de esos hombres que trabajan demasiado, follan demasiado y vuelven a una casa vacía todas las noches. Tendré éxito económico y me compraré una casa aún más grande que la de Ken y nunca lo invitaré a verla, como Don Draper de

Mad Men. Sólo para demostrarlo.

No sé muy bien qué quiero demostrar, pero ronda por ahí. En alguna parte.

Hoy me levanto de la puta cama.

Cuando llego al campus busco a Tessa de inmediato. Hace tiempo que no la veo. Me pregunto si Zed

la habrá visto... ¿Habrá ganado puntos mientras yo estaba recluido? Es media mañana, estará saliendo

de literatura. A menos que se haya fumado la clase...

Ni de coña. Entro en el edificio justo cuando acaba la clase y a tiempo de verla salir del aula. Se ha hecho algo en el pelo. Creo que sólo se lo ha cortado. Le queda bien, igual que antes, pero se lo ha

cambiado lo justo para que yo lo note. Me pregunto si alguien más lo habrá notado... Cuando veo a su

inseparable Landon a su lado, sé que él sí que lo ha notado. Cómo no.

Echo a andar detrás de ellos y digo:

—Te has cortado el pelo, Theresa.

La he pillado por sorpresa, pero se vuelve y me saluda rápidamente:

—Hola, Hardin —y echa a andar aún más deprisa.

Sus zapatos planos rechinan contra el suelo como si se deslizara sobre azulejos. ¿Por qué tiene tanta prisa por...?

Entonces lo pilló: no quiere que su angelical amigo sepa que me ha besado. Que prácticamente se arrojó a mis brazos.

Su incomodidad es un desafío que no puedo pasar por alto.

—¿Qué tal el fin de semana? —pregunto con una gran sonrisa.

Como respuesta, coge a Landon del brazo, se pega a él y huye de mí a toda velocidad.

—Bien. Bueno, ¡ya nos veremos! —dice sin mirar atrás.

Tira de Landon hacia la puerta principal y los dejo ir. Se me han pasado las ganas de verla.

Deambulo por las calles del campus, de camino al coche, despacio. Lo de ir a clase se me hace muy cuesta arriba.

A los pocos minutos me encuentro a Zed sentado en un banco en el exterior del edificio de ciencias, con un cigarrillo en la boca.

Alza la vista y me mira. Le sale humo de entre los labios.

—Hola.

—Hola. —No sé si debería sentarme o largarme.

—¿Has avanzado con la chica? —pregunta.

—Sí, un poco —miento—. ¿Y tú?

Espero impaciente a que termine de dar otra calada.

—No. Empiezo a sentirme un poco mal al respecto. ¿Tú no?

—No —digo repitiendo la palabra que él usa demasiado a menudo. Siempre es «no» esto y «no» lo otro, como si nada fuera lo bastante bueno para merecer su atención, demasiado poca cosa para

que se moleste en pronunciar una palabra de más de una sílaba.

Zed se encoge de hombros y decido ir a por Tessa ahora que él se está comportando como un cagueta que fuma demasiado. Detesto el olor a tabaco, me recuerda a casa de mi madre. De pequeño

apenas podía respirar por las densas nubes de humo, y casi puedo sentir las vetas amarillas y pegajosas de alquitrán que cubrían el papel descolorido de la sala de estar.

Para matar el tiempo me paro a tomar un café, pero me lo termino en menos de dos minutos. La garganta me escuece por lo caliente que estaba, y me pregunto por qué estoy tan nervioso.

Me levanto sin un objetivo a la vista y decido ir a la facultad de Steph, pero me tomo mi tiempo para llegar y observar a todos los que pasean por el campus. Parejas de la mano yorros de empollones que debaten con entusiasmo, un puñado de atletas presuntuosos que juegan con una pelota. Es demasiado para mí.

Por el pasillo de la residencia veo el pelo rojo de Steph.

—¡Hardin! ¿Estabas buscándome a mí? —pregunta saludándome con la mano.

—No exactamente. —Miro hacia la puerta de su habitación.

—Ah, ya entiendo. —Se ríe y se arregla el canalillo—. Vale, iré a buscar algo que hacer para que puedas pasar un rato con ella. —A medio camino de la salida, se vuelve y grita—: ¡De nada, gilipollas!

—No voy a darte las gracias —musito por lo bajo, y llamo a la puerta de su cuarto.

Oigo ruido de papeles y un libro que se cierra. Tessa da seis pasos hacia la puerta y echo una bocanada de aire por el cuello de la camiseta para comprobar que no me huele el aliento.

«¿De verdad acabo de...?»

—Steph aún no ha vuelto —dice ella nada más abrir la puerta.

Para mi sorpresa, ni siquiera me mira antes de acercarse a la cama, y tampoco me cierra la puerta en las narices. Empezamos bien.

—La esperaré. —Me siento en la cama de Steph y miro la mitad de la habitación que le corresponde a Tessa.

—Como quieras —contesta con un gruñido y, con gesto infantil, se tapa la cabeza con la manta. Me río y observo su cuerpo inmóvil, me pregunto en qué estará pensando. ¿Será una especie de cucú inverso que se supone que me hará desaparecer o algo así?

Tamborileo con los dedos en la cabecera de la cama de Steph con la esperanza de molestar a Tessa y que tenga que hablarme. No hay suerte. Pero a los pocos minutos suena la alarma de su móvil. Saca el brazo de debajo de la manta y la apaga.

¿Va a salir? ¿Con quién?

—¿Vas a alguna parte? —le pregunto.

—No. —Se incorpora, la manta cae y deja al descubierto su cara de pocos amigos—. Quería descansar veinte minutos.

—¿Te pones la alarma para asegurarte de que sólo te echas veinte minutos de siesta? —Me río, deseando mentalmente poder dormir de vez en cuando.

—Pues sí, pero ¿a ti qué más te da?

La observo ordenar los libros según el horario de clases. No debería percatarme de que eso es lo que está haciendo, pero lo hago. No sé cómo pero, por lo visto, sé mucho de ella. Coge un pequeño

archivador y lo coloca con pulcritud junto a la pila de libros. Le obsesiona el orden.

—¿Tienes un trastorno obsesivo-compulsivo o algo así? —le pregunto ligeramente divertido.

—No, Hardin. No todo el mundo está chiflado por querer hacer las cosas de una manera concreta. No tiene nada de malo ser organizado.

Es tan condescendiente... La verdad es que es una chica muy desagradable, a pesar de parecer dulce. Me echo a reír al pensar que se cree perfecta y refinada cuando en realidad tiene un mal genio

horrible y juzga a los demás como si fuera su trabajo.

Me acerco, intentando encontrar la manera de sacarla de sus casillas. Se pica con mucha facilidad, no hace falta recurrir a nada serio. Echo un vistazo rápido a la habitación en perfecto orden, la cama

hecha con esmero y los cuadriculados montones de libros y apuntes. Ya lo tengo.

Cojo un montón de papeles de la cama justo en el preciso instante en que nuestras miradas coinciden. Tessa baja la vista, intentando encontrar el modo de negociar conmigo. Intenta cogerlos,

pero juego con ella, los levanto todo lo alto que puedo para que no pueda hacerlo. Sopeso cuándo debo parar, respira con fuerza, su pecho sube y baja y le tiembla el labio de rabia. La verdad es que

me pone y quiero ir un poco más lejos. No tanto como para que se cabree de verdad, sólo lo justo para chincharla y tener que camelármela de nuevo. Lanzo los papeles al vuelo y contemplo cómo las

hojas blancas flotan por la habitación antes de caer desperdigadas por el suelo. La mandíbula le llega

al suelo y tiene las mejillas rojas de ira.

—¡Recógelos! —explota.

Me burlo de ella y me pregunto si de verdad cree que voy a hacer lo que me ordena. Tal vez, si accede a rodear mi polla con los labios... Subo las apuestas, cojo otro montón de papeles y lo tiro también al suelo.

—¡Hardin, para! —Su voz se quiebra en el aire, amenazándome.

Repito la jugada y entonces me sorprende: carga contra mí y me empuja lejos de la cama.

—Vaya, parece que a alguien no le gusta que le toqueteen sus cosas —canturreo con sorna, riéndome a su costa.

Está muy enfadada, mucho más de lo que una persona normal se enfadaría por una tontería así.

—¡Pues no! ¡No me gusta! —grita y me empuja nuevamente.

Me pone su cabreo. La energía que desprende me insufla vida. Estoy tan furioso como ella y necesito que sea mía. Ya mismo.

Doy un paso rápido hacia ella, la cojo de las muñecas y la acorralo contra la pared. Se me queda mirando, no se amilana, y veo cómo sus ojos pasan de la frustración a las ganas de comerme. Si algo

sé sobre mujeres es cuándo están cachondas, y Tessa está a punto de caramelo. La excita esta furia apasionada, igual que a mí. Me mira a los ojos antes de pasar rápidamente a la boca y es entonces cuando estoy seguro de que quiere que suceda. Me tiene muchas ganas. Puede que no le guste, pero la atraigo. «El sentimiento es mutuo», quiero decirle. Le devuelvo la mirada, con ganas de decirle que a mí ella tampoco me gusta, que lo que hay entre nosotros es sólo pura lujuria. Que estamos los dos igual. Que es sólo pasión animal, de alto voltaje, pero pasión sin más.

—Hardin, por favor —susurra.

Tiene la voz ronca, quiere a la vez que me vaya y que la bese. Lo sé porque yo quiero huir lo más lejos posible de esta chica y, sin embargo, aquí estoy, con la mirada pegada a su boca. Su pecho

sube

y baja acelerado. Estiro el brazo, necesito tocarla, y en cuanto mis dedos rozan su piel, suspira.

Me

mira fijamente, esperando. Le suelto la muñeca pero con una sola mano le sujeto las dos. Su

lengua

se asoma, cubre el labio inferior y pierdo el control. Es un sonido tan leve, tan débil, que no sé si

se

ha dado cuenta siquiera de haberlo emitido. Pero yo lo he oído. Lo he oído y me ha desarmado.

Aprieto el cuerpo contra el suyo, empotrándola con suavidad contra la pared. Gruñe en mi boca y

con los brazos me rodea los hombros. Su lengua sigue a la mía, perfectamente sincronizada con

mis

labios, que la reclaman. La agarro de las caderas y la levanto para tenerla a mi altura. La abrazo

con

fuerza y el corazón me late tan deprisa y me tiene tan caliente que no sé cómo seré capaz de

detener

esto. El cuerpo de Tessa sigue encaramado al mío y su boca no para de recibir a la mía mientras

la

llevo a la cama.

Tessa me tira del pelo y pierdo la razón. Siento como si cada centímetro de mi cuerpo estuviera esparcido por el pequeño dormitorio. Entonces gime. Respira entrecortadamente, deprisa, a

pequeñas

bocanadas. Me siento en la cama, con ella encima. La coloco en mi regazo sin despegar las manos de

sus generosas caderas. Sé que le estoy clavando las uñas, señal de que mi cuerpo está intentando comprender lo que está pasando. Lo he hecho antes, muchas veces; ¿por qué coño estoy perdiendo el control ahora? No puedo controlarlo.

—Joder —mascullo al notar que la polla me va a reventar los pantalones.

Llevo las manos a su cintura y tiro hacia arriba del dobladillo de su blusa. Gime y me aparto de ella para poder quitársela. Mis ojos van de sus pupilas a la boca hinchada y carnosa y luego al pecho.

Llevo un sujetador negro que le tapa las tetas. Sin encaje, sin brillos, nada especial. Tela negra gastada, eso es todo. Tan inocente, tan soso y tan normal que me resulta atractivo. Me muerdo el labio intentando recobrar el control necesario para no arrancarle el sostén del cuerpo suave y tibio. Tiene las tetas redondas, llenas, sobresalen por el borde negro. Y un lunar justo donde acaba el cuello.

Quiero besarlo. Quiero cubrir su cuerpo con la boca y saborear sus jugos cuando mi lengua la haga

correrse.

—Eres muy sexi, Tess —le susurro en la boca. Ella jadea y me trago el increíble sonido.

Mi control hace mutis por el foro cuando empieza a balancearse con más fuerza sobre mi cuerpo.

La abrazo para sentirla aún más cerca de mí...

Tessa baja de un brinco de mi regazo y recoge su blusa. Se ha despertado del trance en el que estábamos y se está vistiendo, y es en ese instante cuando oigo abrirse la puerta.

¿Cómo lo ha oído? ¿No estaba tan concentrada como yo? Yo no habría parado de ninguna manera, ni aunque por esa puerta entraran su madre la institutriz y el señor Perfecto.

Pero es Steph, con cara de fingida sorpresa. He visto antes esa cara, y me pregunto si Zed le habrá pagado para que viniera a interrumpirnos.

Espero que a Tessa no le caiga bien de verdad, ni que crea que son amigas. Steph es más falsa que su pelo teñido de polo de fresa.

—¿Qué coño me he perdido? —pregunta Steph con las manos en las caderas.

—No mucho —contesto levantándome.

Steph me guiña el ojo mientras Tessa contempla la pared, evitando mirarla a la cara.

Salgo de la habitación sin mirar atrás. No puedo decir nada o explotaré.

El pecho me está matando, tengo el corazón desbocado y siento que voy a enloquecer.

Como en trance, vuelvo a casa, a mi cuarto, y decido darme la ducha más larga de mi vida para intentar olvidar cómo me hace sentir esa chica tan rara y sobreprotegida. La cosa se complica. Se suponía que no iba a complicarse. Se suponía que no me iba a derretir por su mente y por su boca a partes iguales. Se suponía que no iba a pensar en lo prieta que la iba a sentir alrededor de mi polla mientras me la tiro suavemente. Se suponía que no iba a ponerme cachondo al imaginarnos cogidos

de la mano.

Se suponía que iba a conseguir lo que quería, ganar la Apuesta, y seguir con mi vida.

Después de no sé cuánto tiempo, el agua empieza a enfriarse y salgo al cuarto de baño. Abro el armario en busca de una toalla y me sonrío una botella de licor marrón que a saber quién ha escondido, lo que me recuerda el poder que ejerce sobre mí. Llevo mucho sin abrir el armario, ¿por

qué no puedo dejar de pensar en él ahora? Por un lado, esperaba que uno de los residentes de la casa se la hubiera bebido. Por otro, deseaba que nadie la hubiera tocado.

Tengo la mala costumbre de querer controlarlo todo en mi vida. Por ahora, desde que estoy sobrio, he sido capaz de ser plenamente consciente y de controlar mis pensamientos y mis actos, pero

los ojos grises de Tessa me miran con firmeza y su mente brillante no para de suplicarme que descubra todos sus secretos.

La botella me llama y cierro el armario de un portazo.

Todavía tengo el control.

No dejaré que ni Tessa ni la puta botella me controlen.

No lo permitiré.

Me quedo mirando al techo y, cuando por fin me meto en la cama, sé que me espera una larga noche.

Está oscuro, muy oscuro en el armario. Estoy cansado de estar aquí escondido, pero no tengo adónde ir. Los gritos de mi madre no cesan y, por mucho que la busque en la planta baja, no la encuentro. La oigo pero no la veo. Aunque a ellos sí que los veo, a los hombres. Los veo y oigo sus voces, que retumban en las paredes de la pequeña vivienda y de mi cabeza.

Se abre la puerta del armario y me acurruco en un rincón, rezando para que no me vean y deseando al mismo tiempo que cesen los gritos de mi madre.

Una mano se acerca por el reducido espacio y busco algo con lo que defenderme, algo más contundente que una percha.

—¿Hardin? —me llama una voz dulce en la oscuridad.

Divide en dos las prendas colgadas y se mete dentro del armario, mirándome a los ojos.

Tessa.

¿Está aquí? ¿Cómo es posible?

—No tengas miedo, Hardin.

Se sienta a mi lado. No tiene miedo y su cuerpo emana calor. Lleva una flor en la oreja y me ofrece las manos. Tiene tierra en las uñas y huele como a floristería, a invernadero.

Los gritos de mi madre ya no se oyen, y los latidos acelerados y aterrorizados de mi corazón cambian a un ritmo lento y calmado cuando su manita se entrelaza con la mía.

Para cuando llego al campus, la cafeína me corre por las venas, mejora mi vista y me ayuda a olvidar el sueño tan absurdo que he tenido.

«¿Qué hacía Tessa en mi sueño? ¿Por qué he soñado con ella?» Ni siquiera era Tessa tal y como es en el presente: era una versión de Tessa de pequeña, con los mofletes regordetes y los ojos brillantes y reconfortantes por la feminidad prematura. Ha sido raro, raro de cojones, y no me gusta un pelo.

Aunque me ha encantado poder dormir. Por una vez en la vida he podido dormir y hoy me siento... ¿descansado? Por lo menos, estoy más tranquilo.

En clase de literatura me siento en primera fila, junto a dos sillas vacías. Miro al frente, esperando que empiece la clase. Estoy luchando contra el deseo de mirar hacia la puerta, de esperarla.

Cuando por fin echo la vista atrás, Tessa y Landon entran en el aula. Ella sonrío y sólo tiene ojos para él. Se ha hecho mucho más amiga del chaval de lo que imaginaba.

No me sorprendió que se cayeran bien... Pero no esperaba que la amistad de Landon supusiera una amenaza mayor que Zed a la hora de ganar la Apuesta.

TRECE

—Hoy será el último día que hablaremos sobre *Orgullo y prejuicio* —nos informa el profesor—. Espero que hayan disfrutado y, puesto que todos han leído el final, creo conveniente dedicar el debate

de hoy al uso de la anticipación de Austen. Díganme, como lectores, ¿esperaban que Darcy y ella acabasen siendo pareja al final?

Tessa levanta la mano al instante y yo me pongo cómodo. No falla, es una sabelotodo. Igual que Landon... La pareja de americanitos perfectos.

—Señorita Young —dice el profesor dándole la palabra.

A Tessa se le ilumina la cara. Le encanta hacer felices a los demás, contentar a todo el mundo. Seguro que puedo sacarle partido.

Pongo fin a mi monólogo interior y aguardo pacientemente a que suelte un rollo sobre *Orgullo y prejuicio*. Si es tan inteligente como creo que es, puede ser interesante.

—Bueno, la primera vez que leí la novela, estaba en ascuas todo el tiempo, sin saber si acabarían juntos o no.

Sí, apostaría a que acaban juntos, igual que apuesto a que Tessa y el perfecto de Landon tendrán la relación perfecta.

—Incluso ahora que la he leído al menos diez veces, sigo sintiendo cierta ansiedad al principio de su relación. El señor Darcy es tan cruel y dice cosas tan terribles sobre Elizabeth y su familia que

al

leerlas nunca sé si ella será capaz de perdonarlo, y mucho menos de amarlo.

Tessa sonrío de oreja a oreja al acabar y coloca las manos con elegancia encima del libro. Está aguardando con emoción que el profesor le dé una palmadita en el hombro y le diga lo buena

alumna

que es. Landon la mira, esperando que se ilumine como un arcoíris y le salga purpurina de colores de

las puntas de los dedos.

Voy a fastidiarles el momento.

«Habla, Hardin.»

Se me hace un nudo en la garganta. Sólo necesito unas pocas palabras. Me acuerdo de mi madre:

«Respira hondo, Hardin. Eres capaz de hablar en público...». Siempre me decía que no me preocupara.

«Mucha gente tiene ansiedad social, Hardin. No es nada de lo que debas avergonzarte.»

No es que tenga ansiedad social. Es que no me gusta la gente.

—Qué chorrada —digo con una voz alta y clara que llena el silencio del aula.

—¿Señor Scott? ¿Le gustaría añadir algo? —pregunta el profesor, sorprendido de que participe en clase.

—Claro. —Me inclino hacia adelante. Tessa pone cara de póquer. Está flipando, pero lo disimula bien—. He dicho que eso es una chorrada. Las mujeres desean lo que no pueden tener. La actitud grosera del señor Darcy es lo que hace que Elizabeth se sienta atraída hacia él, de modo que era evidente que acabarían juntos.

Dicho lo cual, bajo la vista y me entretengo arrancándome las cutículas.

—No es cierto que las mujeres deseen lo que no pueden tener —contesta Tessa. La miro con toda la tranquilidad que soy capaz de aparentar—. El señor Darcy sólo era mezquino con ella porque era

demasiado orgulloso para admitir que la amaba. Cuando dejó de comportarse de esa forma tan detestable, Elizabeth se dio cuenta de que en realidad estaba enamorado de ella. —Y, para enfatizar sus apasionadas palabras, da un fuerte puñetazo sobre el pupitre.

Echo un vistazo a mi alrededor, toda la clase nos mira sin saber qué esperar. La hermana de mi amigo Dan está sentada en primera fila y me sonrío sin pudor.

Noto cómo se me clavan las miradas de los demás estudiantes. Tengo que contestarle. Tengo que hablar.

—No sé con qué clase de tíos te has relacionado, pero opino que, si él la amara, no habría sido mezquino con ella —digo. «Igual que sé que tu novio de ahora y tu futuro novio, el pelele de

Landon, no son malos contigo. No te plantan cara»—. La única razón por la que acabó pidiendo su mano en

matrimonio fue porque ella no paraba de lanzarse a sus brazos.

«¿Elizabeth iba detrás de Darcy?» No, todo lo contrario.

«¿Tessa va detrás de mí?» No, todo lo contrario.

Pero no voy a dejarla ganar sin más.

—¡Ella no se lanzaba a sus brazos! ¡Él la manipulaba, le hacía creer que era amable y se aprovechaba de su debilidad!

—¿Que él la manipulaba? Léetelo otra vez, es ella... —hago una pausa, tengo la cabeza hecha un lío y no hablo con coherencia—, quiero decir, que ella estaba tan aburrida con su vida aburrida

que tenía que buscar emociones en alguna parte, de modo que sí, ¡se lanzaba a sus brazos!

Me callo, sorprendido porque se lo he dicho gritando y porque mis manos amoratadas se agarran con fuerza a una esquina del pupitre gastado.

—¡Bueno, igual si él no hubiera sido tan mujeriego, lo habría dejado estar después de la primera vez en lugar de presentarse en su habitación!

Para cuando ha terminado, las risitas, los murmullos y las bocas abiertas indican que todo el mundo ha entendido de qué va nuestro pequeño espectáculo. «Lectura en vivo y en directo»,

deberían colgar un cartel así en la puerta del aula.

«¿Mujeriego?»

Es posible que me haya acostado con media facultad y que haya cometido más errores que ella (y se me hayan olvidado la mitad), pero al menos no soy una remilgada, una puritana y una esnob

que va por ahí juzgando a todo el mundo. ¿Qué cara pondría si yo la llamara lo mismo que ella me ha llamado a mí pero en femenino?

—Bien, es una discusión muy agitada —dice el profesor con cara de pánico, preocupado porque las emociones humanas han estropeado la lección que traía preparada—. Creo que ya hemos

hablado suficientemente del tema por hoy...

Tessa coge su bolsa, se la lleva al pecho y corre hacia la puerta. Landon permanece en su sitio, nunca sabe qué hacer cuando las cosas se ponen tensas. Tal vez sea porque su vida ha sido

siempre perfecta. Seguro que su madre lo esperaba todas las mañanas con magdalenas recién hechas y

glaseadas con amor antes de enviarlo al colegio.

Yo tenía que prepararme un cuenco de Cheerios reventados y me tocaba oler la leche para ver si estaba agria. No existe menú ni programa para lo que, por lo visto, estamos haciendo Tessa y yo. Salgo de la clase como un rayo. Tessa no va a escaparse de todos los conflictos que provoca. Se nota que está acostumbrada a eso, a salirse siempre con la suya.

—¡No vas a huir esta vez, Theresa! —le grito.

Todo el mundo me mira, pero ella sigue andando por el pasillo y tengo que correr para alcanzarla. Se vuelve para salir al exterior y la cojo del brazo para detenerla. Me aparta de un empujón.

—¿Por qué siempre me coges así? ¿Como vuelvas a agarrarme del brazo, te doy un tortazo! — Parece furiosa y está gritando.

Vuelvo a cogerla del brazo. Ni pestaña.

—¿Qué quieres, Hardin? ¿Decirme que estoy desesperada? ¿Reírte de mí por dejar que te me acerques otra vez? Estoy harta de este jueguito... —Da patadas mientras habla y manotazos al aire,

como siempre. Me hace gracia cómo habla con las manos.

No se calla ni debajo del agua. La verdad es que no sé qué está diciendo. Sólo está enfadada, furiosa conmigo, como si hubiera perdido la chaveta. Cuando está con Landon es toda sonrisas y tranquilidad. Conmigo, todo es rabia y electricidad. Le brillan los ojos, de ira o de tristeza, no estoy seguro. Pero al menos sé que todavía soy capaz de provocar una respuesta emocional.

—Es verdad que saco lo peor de ti, ¿eh? —Mis dedos hurgan un pequeño agujero, una quemadura, en el bajo de mi camiseta negra—. No estoy jugando a nada contigo.

Veo que se está formando un corro a nuestro alrededor y me paso las manos por el pelo. ¿Por qué con ella todo tiene que ser tan dramático?

Tessa se frota las sienes con los dedos.

—Entonces ¿qué estás haciendo? Porque tus cambios de humor me dan dolor de cabeza.

Intento cogerle los brazos con ternura, para captar su atención. No se resiste y la llevo a un pequeño callejón entre dos edificios mientras lanzo miradas asesinas para que nadie se nos acerque.

No quiero que nadie escuche la conversación, que nadie la presione para que ponga cara de ser la perfección absoluta.

La miro y admiro su compostura. Parece estar calmada, neutral, a pesar de lo cerca que están nuestros cuerpos. Veo una grieta en su coraza cuando sus ojos encuentran los míos y traga saliva con

labios temblorosos.

—Tess, yo... No sé lo que estoy haciendo. Tú me besaste primero, ¿no es así? —le digo.

No importa que haya estado pensando en el sabor de sus labios en los míos todos los días desde entonces. Ella dio el primer paso, es un argumento irrefutable.

—Sí..., estaba borracha, ¿recuerdas? —dice cabizbaja, avergonzada—. Y tú me besaste primero ayer.

Jamás admitirá que me deseaba. Siempre encontrará alguna excusa. Empieza a tocarme las narices su constante estado de negación.

Sentí cómo florecía con mi beso. Puede que ella me odie, pero su cuerpo no.

—Sí..., y tú no me detuviste. —Hago una pausa para darle dramatismo y ver cómo aparece la curiosidad en su mirada—. Debe de ser agotador.

—¿El qué? —pregunta con la barbilla levantada en un gesto casi desafiante.

—Fingir que no me deseas, cuando ambos sabemos que sí lo haces. —Doy un paso hacia ella a

propósito para que su espalda toque la pared que tiene detrás.

Se queda muy quieta, como si su cuerpo se hubiera dado cuenta de lo que ella quiere de verdad. Pero entonces su cabeza vuelve a tomar las riendas y me suelta:

—¿Qué? Yo no te deseo, Hardin. Tengo novio. —Le está costando mucho fingir que habla con calma.

Sonrío levemente.

—Un novio con el que te aburres. Admítelo, Tess. No me lo digas si no quieres, pero admítelo para ti misma. Te aburres con él. —Pronuncio cada palabra lo más lentamente posible, acercando

mi

cara a la suya.

Sus ojos van hacia mi boca, por supuesto. Está sopesando sus opciones. Debe de estar recordando cómo la besé, porque se acaricia los labios. Está atrapada, conmigo. Su deseo y la ardiente

curiosidad

sexual que siente hacia mí no le permiten salir corriendo. Esta vez no.

—¿Alguna vez te ha hecho sentir como te hago sentir yo? —Sé que es una exageración, pero tengo curiosidad por saberlo.

—¿Qué? Por supuesto que sí —replica, tratando de insistir.

No me lo trago. Sonaba más sincera hablando de una novela clásica que de la capacidad de su adorable novio para satisfacerla.

—No..., no es verdad. Es obvio que nunca te han tocado... que nunca te han tocado de verdad.

Entreabre los labios y casi puedo oír su corazón galopando en el pecho. Me pregunto cómo me verá ella. ¿No entiende que su respiración entrecortada y sus labios carnosos me vuelven loco?

¿Habrà algo en mis ojos que le diga que quiero cogerla del pelo, volverle la cara hacia mí y

besarla

en la boca?

Su cuerpo lo sabe. Su cuerpo lo sabe.

—Eso no es asunto tuyo.

No quiere admitirlo. Cuando uno se esconde detrás de una máscara durante tanto tiempo como lo ha hecho ella, es casi imposible quitársela. O eso, o es ella la que se siente invisible.

—No tienes ni idea de lo bien que puedo hacerte sentir. —Me acerco más. «Deja que te convenza, deja que te lo demuestre», quiero rogarle.

Vuelve a tocar la pared con la espalda y mira alrededor, tratando de encontrar un modo de alejarse de mí. Le cuesta respirar, está claro que le afecta. Por fin.

—No hace falta que lo admitas —digo—. Lo sé.

Deja escapar un grito quedo, un sonido aparentemente inocente, aunque yo sé que no lo es. Sé que quiere más, que su mente y su cuerpo ansían más.

—Se te ha acelerado el pulso, ¿verdad? Y tienes la boca seca. Piensas en mí y notas eso... ahí abajo. ¿Verdad, Theresa? —Imagino su cuerpo desnudo abierto de piernas debajo de mí, mi dedo vagando por la humedad de su coño empapado.

Coge aire e intenta desviar la mirada, pero fracasa miserablemente.

—Te equivocas. —Sabe que tengo razón.

—Yo nunca me equivoco. —Sonrío. Vacila y se recoge un mechón revoltoso detrás de la oreja—.

No en esto.

Respira hondo y sé que va a cantarme las cuarenta.

—¿Por qué no paras de decir que me lanzo a tus brazos si eres tú el que me arrincona ahora?

—Porque fuiste tú quien hizo el primer movimiento. No me malinterpretes —me río—, a mí me sorprendió tanto como a ti.

—Estaba borracha y había sido una noche muy larga, como bien sabes. Estaba confundida porque estabas siendo amable conmigo; bueno, tu versión de ser amable.

«¿Mi versión de ser amable?» Con ella suelo ser amable. Superamable, ahora que tengo una razón para serlo. Me viene a la cabeza la Apuesta y me obligo a pisar con menos fuerza de lo habitual.

Tessa se aleja de mí y se sienta en la acera de hormigón. Echo un vistazo para comprobar que no hay nadie mirándonos, parece que nadie ha notado nuestra presencia.

—Yo no soy mezquino contigo —digo, aunque empiezo a preguntarme si ella cree que sí.

—Sí que lo eres. Te pasas mucho conmigo. Bueno, en realidad te pasas con todo el mundo. Pero parece que conmigo te ensañas.

«¿Mezquino?» La trato tan bien como trataría a un gatito. He sido todo dulzura con ella.

—Eso no es verdad. No soy peor contigo que con el resto de la población —bromeo.

A Tessa no le hace gracia. Si pudiera, me mandaría a la luna de un puñetazo.

Se pone en pie de un salto.

—¡No sé por qué sigo malgastando el tiempo contigo!

Va a marcharse. No quiero que se vaya. ¿O sí?

No, no quiero. No se me da bien pedir disculpas, sobre todo cuando no veo necesidad de hacerlo, pero he de dejar de ser tan testarudo y decir que lo siento. Se calma enseguida con una disculpa,

lo he

aprendido pronto.

—Venga, perdona. Vuelve aquí —digo con el tono persuasivo que sé que les gusta a las chicas.

Se yergue y yo me siento en la acera, cerca de donde ella estaba sentada.

—Siéntate —le pido dando unas palmaditas a mi lado.

Ella resopla y obedece. Cruza las piernas y suspira. Me sorprende la tranquilidad que siento al saber que me ha concedido el perdón.

—Estás demasiado lejos —bromeo. Me mira y pone los ojos en blanco—. ¿No confías en mí? —

Ya me sé la respuesta.

Es evidente que no se fía, pero quiere hacerlo. Quiero que confíe en mí más de lo que me veo capaz de admitir.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? —replica. Sus palabras son rápidas y punzantes.

Retrocedo. Yo tampoco confío en ella, pero no hacía falta que contestara tan rápido. Es evidente que siente cierta atracción hacia mí, de lo contrario no estaríamos teniendo esta conversación.

Está aquí porque siente algo, por poco que sea.

—¿Podemos decidir ya si vamos a mantenernos alejados el uno del otro o a ser amigos? No quiero seguir peleándome contigo.

Tampoco es que nos peleemos tanto, sólo hablamos más de lo que ninguno de los dos esperaba.

Me peleo menos con ella, y hablo mucho más, que con Ken. Eso es mucho decir.

Nos hemos acostumbrado. Sería raro no volver a ver a Tessa. Me he acostumbrado a su impertinencia y a cómo sus ojos delatan lo enfadada que está conmigo. Su fuego es contagioso.

Se ha

convertido en una adicción, como si necesitara otra tentación en mi vida.

—Yo no quiero mantenerme alejado de ti —confieso.

Detesto tener que ser educado y comportarme lo mejor posible con ella: un solo desliz y sale corriendo. Me gustaría pensar que hoy estamos un poco más unidos, que puede que a partir de

ahora

no huya a la mínima. Espera que le diga lo que siento, que sea más abierto de lo que soy capaz sin estar incómodo, y a cambio apenas consigo nada. Es como estar casado sin las ventajas de que me

hagan la cena y follar todas las noches.

—Me refiero a que no creo que podamos mantenernos alejados el uno del otro, porque una de mis mejores amigas es tu compañera de habitación. Así que supongo que tendremos que intentar ser

amigos. —Tengo una apuesta que ganar, y ella no me está ayudando.

—Vale, entonces ¿amigos? —pregunta con una voz que imita a la de alguien que está cerrando un trato de negocios. Podría ofrecerle la mitad de las ganancias. Ése sí que sería el comienzo de una hermosa amistad.

¿Amigos? ¿Qué tal amigos que follan? Follamigos.

—Amigos. —Le ofrezco la mano para que la estreche.

Mi sonrisa es ladina, arrebatadora. Lo nota y menea la cabeza. Se da cuenta de que soy peligroso, pero no tanto como para salir corriendo.

—Pero amigos sin derecho a roce —insiste, aunque lo estropea ruborizándose. No me había dado cuenta de lo atractiva que podía resultarme su inocencia.

Jugueteo con el aro de metal que llevo en la ceja.

—¿Por qué dices eso?

—Como si no lo supieras... Steph me lo ha contado.

—¿Lo que pasó entre nosotros?

No estaba mal, era interesante estar con ella. Tiene sus movidas, como todos, pero las lleva auestas, las esconde del mundo, al contrario que Molly y yo. Me pregunto qué le habrá contado la pelirroja a Tessa sobre el tiempo que pasamos juntos. Seguro que ha exagerado nuestras escapadas.

Steph siempre quiso más de lo que yo podía darle y le ponía competir. No sabía aceptar un no por respuesta.

—Sí, y lo que pasa contigo y con todas las demás chicas —masculla.

—Bueno, lo mío con Steph... fue divertido. —Le sonrío y mira a otra parte.

»Y, sí, me acuesto con algunas chicas. Pero ¿por qué iba a importarte eso a ti, amiga?

He de confesar que imagino a Tessa como una de esas chicas, con las piernas separadas debajo de mí y la boca abierta de placer. Cierra los ojos y coge aire. Me la imagino sin aliento mientras se corre en mis dedos y mi boca a la vez. Estoy seguro de que nunca nadie le ha comido el clítoris con la lengua mientras lentamente desliza los dedos por...

—No me importa —dice entonces interrumpiendo mis pensamientos—. Sólo quiero dejar claro que yo no voy a ser una de esas chicas. —Me da un empujón.

Lo único que ha conseguido con eso es echar leña al fuego de la fantasía que tengo en mente.

—Vaya..., ¿estás celosa, Theresa?

Me da otro empujón.

—En absoluto. Siento lástima por esas chicas. —Menea la cabeza y me echo a reír. No le daría pena nada ni nadie, sólo sentiría placer, grandes cantidades de placer que no puede ni imaginarse.

—Pues no deberías —replico. No puedo dejar de pensar en su cuerpo desnudo. Necesito ver qué esconde bajo esos sacos que lleva puestos. Se olvidaría hasta de su nombre si me dejara ponerle las

manos encima—. Lo disfrutan, créeme.

—Vale, vale. Ya lo pillo. ¿Podemos cambiar de tema? —Tessa cierra los ojos otra vez y echa la cabeza atrás. Gruñe antes de decir—: Entonces ¿vas a ser más simpático conmigo a partir de ahora?

—Claro. Y ¿tú vas a intentar no ser tan estirada y tener tan mala leche todo el tiempo? —la provoco.

—Yo no tengo mala leche; es que tú eres ofensivo.

Nos reímos cuando termina la frase. Su risa es suave y me envuelve. Me siento ligero, es raro pero agradable.

«¿Ligero? ¿En serio, Hardin?»

Tengo que conseguir centrarme y encarrilar este tren de la amistad.

Me acerco un poco a mi nueva amiga.

—Míranos, siendo amigos.

Ella se echa un poco hacia atrás y se levanta. Se alisa la falda con las manos y yo me distraigo pensando en quitársela.

—Esa falda es terriblemente espantosa, Tess. Si vamos a ser amigos, vas a tener que dejar de ponértela. —No es tan fea, pero desde luego tampoco es bonita.

En sus ojos parpadea la vergüenza y le sonrío para tranquilizarla. No era mi intención insultarla. Sólo quería pincharla un poco. De verdad, si quiere llevar ropa que no le favorece, mejor para ella.

Yo siempre llevo los mismos vaqueros negros y las mismas camisetas manchadas.

El móvil de Tessa empieza a vibrar entonces y lo saca del bolso.

—Tengo que irme a estudiar —anuncia.

Miro la reliquia de plástico que lleva en la mano. ¿Eso es un Nokia?

—¿Te pones la alarma para estudiar? —le pregunto, pensando en que ése debe de ser el último móvil tipo concha que queda en el planeta. Es como si estuviera intentando estar pasada de moda

o algo así.

Se encoge de hombros.

—Me pongo la alarma para muchas cosas; es una costumbre que tengo.

La avergüenza ese comportamiento, como si debiera sentirse mal por hacer semejante cosa. ¿Por qué será? Alguien le ha hecho sentir que tiene que justificar su extraño comportamiento. Su madre,

seguro. Bueno, ahora mismo es lo que estoy haciendo yo, pero esa mujer tiene pinta de ser superquisquillosa. Con lo controladora que es, seguro que le ponía a Tessa una alarma para indicarle

cuándo tenía que mear.

—Vale, pues pónitela para que hagamos algo divertido mañana después de clase —le digo.

Quiero estar con ella. Lo necesito.

Me mira con el ceño fruncido, confusa.

—No creo que mi idea de «algo divertido» coincida con la tuya.

No se equivoca. Lo que yo considero divertido no tiene nada que ver con su forma de divertirse.

Para ella, «divertido» sería estudiar juntos con un montón de libros y papeles interponiéndose entre

los dos. Un cinturón de castidad académico.

Para mí, «divertido» sería estar sentado en la cama, apoyado en la cabecera, mientras la boca de Tessa sube y baja por mi polla. Me encantaría añadir un vaso de whisky con un cubito de hielo flotando en el líquido ambarino, tintineando contra el cristal mientras ella se la mete toda en la boca.

Aunque se supone que no debo beber, así que imagino que tomaré la mamada sin whisky.

En vez de decirle todo eso, replico:

—Bueno, sólo despellejaremos a unos cuantos gatos, prenderemos fuego a algunos edificios...

Tessa se ríe nerviosa y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Pero me distraigo un poco cuando pasa junto a nosotros una pareja. Van cogidos de la mano y se ríen de un chiste malo que ha hecho él.

No he oído lo que decían, pero debe de ser malo porque llevan los calcetines a rayas a juego, restregándoles su relación, con sutileza, a los inocentes viandantes. Menuda mierda, en serio. Tessa no parece haberlos visto, está mirando el asfalto.

—En serio, te vendrá bien divertírte, y ahora que somos amigos deberíamos hacer algo.

Antes de que Tessa me diga que no, le doy la espalda y echo a andar.

—Bien, me alegro de que te apuntes —añado—. Nos vemos mañana.

Cuando cruzo la calle, miro atrás y la veo sentada en la acera. No ha intentado rechazar la oferta, ha accedido a quedar mañana y ahora no sé qué cojones voy a hacer, porque mi plan era que se negara un par de veces antes de tener que organizar una cita con ella.

Cuando llego al coche trato de pensar en qué hacer con Tessa. Yo nunca salgo, salvo para ir a fiestas en casa de otros. Aparte de eso, suelo estar por el campus o en mi cuarto, solo.

Arranco el motor sin dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Al cine? ¿Qué clase de películas le gustan a Tessa? Las adaptaciones de las novelas de Nicholas Sparks, seguro. Podría pasarle el brazo por los hombros. Podría comprarle palomitas de maíz o chocolatinas a precio de oro para impresionarla. El problema de ir a ver una película es que no se puede hablar en el cine. Alguien protestaría y yo acabaría metido en un lío.

Los rituales de cortejo eran mucho menos complicados en el pasado. Si viviéramos en una novela de Jane Austen, la cortejaría y tendríamos citas con carabina en las que pasearíamos por el bosque y,

si fuera muy valiente, le rozaría la mano enguantada con la mía. Ella se ruborizaría y se llevaría un

dedo a los labios carnosos, mirando a la carabina con una advertencia en sus ojos grises.

Hoy en día las citas son muy distintas, y ahora, si me sintiera muy valiente, le sobaría los pezones por encima de la blusa y ella se metería mi mano entre la tibieza de sus muslos. Ni carabinas, ni reglas.

El móvil suena e interrumpe mis maquinaciones.

¿Tessa tiene mi número? Por cierto, tengo que pedirle su número a Steph.

El nombre de Ken aparece en la pantalla. Tuerzo el gesto, pero esta vez se lo cojo. Supongo que debería premiar su perseverancia.

—¿Sí? —digo entrando en la autopista con el móvil sujeto entre el hombro y la oreja. La única pega que le veo a mi precioso Ford Capri de 1970 es que no tiene Bluetooth.

—Eh, Hardin, hola —tartamudea.

No esperaba que se lo cogiera. A veces me llama, estoy convencido de que lo considera una buena

obra. Me llama para ver «qué tal estoy» porque sabe que no se lo voy a coger y porque así queda bien

por intentar entenderse con el rebelde de su hijo. Es probable que su nueva novia lo alabe, lo abrace

fuerte y lo consuele. Seguro que le promete que su hijo «cambiará algún día». «Sólo es que ahora está enfadado», le dirá.

Ella también estaría cabreada si tuviera la mierda de padre que tengo yo.

—Hola. —Conecto el altavoz y pongo el teléfono en el salpicadero.

—¿Cómo estás, hijo? —pregunta, y me pone de los nervios al instante.

—Bien.

Se aclara la garganta.

—Me alegra oír eso. Quería invitarte a cenar mañana por la noche. Karen va a hacer pollo y nos encantaría tenerte con nosotros.

¿Quiere invitarme a cenar? ¿Por qué demonios cree que voy a ir a su casa a comer pollo con su nueva familia y a hablar de lo bien que estamos todos en amor y compañía? No, gracias.

—Mañana tengo planes —le digo. Esta vez no es mentira.

—Ah. Vale, podrías venir cuando hayas acabado con tus planes. Karen también preparará postre.

—Estaré ocupado toda la noche —le digo.

Me pregunto qué tiempo hará mañana. El cielo siempre está gris en este estado de mierda. Al sol no debe de gustarle nada este sitio, por eso siempre está lloviendo y nublado.

—¿Va a llover mañana? —le pregunto a Ken. Es más fácil que consultar la previsión meteorológica.

—No, subirán las temperaturas durante la noche y dejará de llover hasta la semana que viene —dice.

Si tuviera una relación normal con el hombre que ayudó a crearme, podría pedirle sugerencias, cosas que hacer en una cita. Pero, como no la tengo, no puedo pedirselas.

Lo único que le pregunto a este hombre es qué formularios quiere la universidad que rellene. No tenemos nada en común y estamos a años luz de que le pida consejos amorosos.

A lo mejor a Vance se le ocurre algo. Prefiero preguntarle a él antes que a cualquiera. Creo.

—Tengo que dejarte —digo en voz alta.

Le cuelgo a Ken y busco el número de Vance en el teléfono.

Contesta a la primera.

—¿Qué hay, Hardin?

—¿Me recomiendas un sitio adonde llevar a alguien? —le pregunto. Mi voz suena rara y las palabras me han salido a borbotones.

—¿Te refieres a un cadáver? —Se oyen carcajadas, y sonrío. Es un payaso.

—Esta vez no. —Busco la manera de pedirle ayuda sin mencionar a Tessa—. Sitios donde pasar un rato con alguien.

—¿Una cita? —supone.

—No exactamente, pero parecido.

No sé cómo llamar a esta salida con Tessa. No es una cita. Somos amigos.

«Amigos hasta que me la folle», me recuerdo a mí mismo.

Es tan puritana... Se viste con ropa que le sienta mal y apenas dice tacos. ¿Adónde puedo llevarla para que se desmelene? Intento pensar cuál es mi recuerdo favorito desde que me mudé a

Washington.

El arroyo en la autopista 75 es divertido. Podría valer si hace buen tiempo. Es poco profundo y se ven las piedras bajo el agua. ¿Tessa se bañaría al aire libre en aguas medio cristalinas?

Probablemente no, pero puedo intentarlo.

—Los paseos por el campo a mí siempre me han dado resultado. Son una apuesta segura —dice Vance.

Y de repente me acuerdo de la Apuesta por primera vez en varias horas.

CATORCE

La primera vez que estuvo a solas con ella supo que algo se revolvía en su interior. Creía que podría controlarlo, que quizá simplemente se estuviera ablandando un poco. Y no sólo con ella, sino con todas las personas que había en su vida..., estaba convencido. Se había pasado toda la vida solo y había dominado el arte de evitar cualquier tipo de intimidad más allá del sexo. No necesitaba tener amigos, y no tuvo una familia funcional que lo enseñara a interactuar con las personas. Le gustaba esa parte dura de su personalidad, le hacía la vida fácil. Se sintió asfixiado durante su primer encuentro con ella, pero conforme fue pasando el tiempo y empezó a sentir algo más, algo que podía cambiarlo todo, se juró mantener su statu quo.

Estaba acostumbrado a una soledad estructurada, y ella estaba acabando con todo eso.

Ya es por la mañana y no he dormido una puta mierda esta noche. Y ni siquiera ha sido por las pesadillas que me mantienen despierto, sino por Tessa.

Aparecía ahí en cuanto cerraba los ojos, y no como me habría gustado que estuviera. En lugar de estar desnuda, gimiendo suavemente mientras se la metía, estaba furiosa y aburrida durante la excursión al arroyo que he decidido que vamos a hacer. En una de las escalofrantes escenas peliculeras que mi mente insomne y acosadora había ideado, se daba un golpe en el dedo y se pasaba

toda la tarde quejándose. En otra, estaba aburrida de la muerte y quería que el insulso de su novio viniera en coche desde su casa hasta el campus para recogerla. Y, cuando llegaba, era todo él un cárdigan. Un monstruoso cárdigan gigante, escalofriante y soso al mismo tiempo.

Resulta realmente frustrante la cantidad de tiempo que he malgastado pensando en esa chica. Nada de todo esto importará dentro de un mes o así. En caso de que esta «cita» salga bien, espero ganar la

Apuesta antes de dos semanas... Joder, si consigo camelármela lo suficiente, puede que en el arroyo...

La alarma de mi teléfono empieza a sonar desde el otro lado de la habitación y salto de la cama para apagarla.

Hoy es el día. Ya tengo la cabeza a punto de estallar, y me cabrea la presión que siento por hacer que el tiempo que pase con ella actúe en mi favor. Debería darme una ducha. Mientras me visto, me

pregunto brevemente qué estará haciendo en estos momentos... ¿Estará tan estresada como yo? Supongo que sí; está nerviosa todo el tiempo, y probablemente me anotara en su agenda en el momento en que me ofrecí a intentar esto de la amistad.

Tras la ducha, busco una camiseta negra limpia en el cajón. La que encuentro está arrugada, pero me vale. Fuera, cuando arranco el coche, oigo un crujido debajo de mi pie y encuentro una botella de

agua vacía bajo el pedal del acelerador. Medio dormido como estoy, el sonido me irrita tanto que salgo de nuevo del coche para buscar un sitio donde tirarla.

Ojalá durmiera mejor.

Llego al campus algo pronto y, sin querer, me dejo los libros de texto, unos apuntes y mi jersey negro en el asiento trasero. No me doy cuenta hasta que ya estoy a medio camino de clase, pero

no

pienso volver al coche a por ellos.

Ocupo mi asiento en el aula de literatura. Tessa y Landon todavía no han llegado, y una pequeña parte de mí se alegra con malicia. Va a llegar más tarde que yo, y sé que eso la sacará de quicio.

En

fin, hay que disfrutar de las pequeñas cosas.

Me paso el rato mirando sin parar hacia la puerta y la lista de llamadas perdidas y mensajes de texto de Molly, Jace y esa tía rara que nunca recuerdo cómo se llama. Cuando Tessa y Landon

entran

por fin por la puerta, están de cháchara, y ella parece alegre y descansada. No tiene ni rastro de

ojeras

ni nada que indique que algo le quitara el sueño anoche.

—¿Estás preparada para nuestra cita de esta noche? —le pregunto cuando su cadera roza mi pupitre.

La curva de esa cadera me resulta tremendamente atractiva. La parte delantera de los muslos de una mujer, en el lado de las caderas, es una de mis partes favoritas del cuerpo femenino..., es tan

sexí...

—No es una cita —me dice, y se vuelve hacia Landon para añadir—: Vamos a salir como amigos.

—Viene a ser lo mismo. —La miro y me fijo en su ropa de hoy.

Lleva puestos unos vaqueros lo suficientemente ajustados como para distinguir la forma de sus muslos y su culo. «Joder.»

Tessa me evita eficazmente durante el resto de la clase. Y yo tampoco miro en su dirección.

Cuando acaba la hora, no capto lo que Landon le dice..., el muy capullo habla demasiado bajo,

pero sí que oigo lo que ella le responde: —Sólo intentamos llevarnos bien porque mi compañera de cuarto es una buena amiga suya.

«Así que sólo intentamos llevarnos bien, ¿eh?»

Me acerco unos pasos a don Empollón y a su amigueta, la empollona sexi. Landon lleva el puto polo metido por dentro de sus pantalones grises de vestir. ¿Sabe este tío que se supone que es un estudiante universitario pelado? Ah, espera... Él no está pelado. Vive en un pedazo de casa a corta distancia de aquí con el hombre que técnicamente es mi padre, mientras que mi madre vive en Inglaterra en una cueva. Y lo que yo llamo *hogar* es una vieja casa de fraternidad llena de tíos desesperados por molar que no hacen nada por ayudar a esta maravillosa comunidad, tal y como anuncia su lema. Seguro que el novio de Tessa pertenece a una fraternidad. Pelo rubio, ojos azules, mocasines, cárdigan... Es el candidato ideal.

O al menos lo sería si aprendiera a beber como un cosaco.

Landon establece contacto visual conmigo y no baja la voz cuando dice:

—Lo sé, y de verdad que eres una amiga fantástica. Pero no acabo de estar seguro de que Hardin merezca tu simpatía.

«¿En serio?» Y ¿qué merezco, Landon? ¿Un nuevo papaíto que no prefiera el alcohol a su único hijo biológico?

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar aquí poniéndome de vuelta y media? Anda, lárgate, tío —digo lo más amablemente posible.

Si dijera lo que estoy pensando en realidad, Tessa cancelaría nuestra cita sin dudarlo.

Landon no me contesta; mira a Tessa de nuevo con el ceño fruncido y le dice algo en voz tan baja que no lo oigo. Cuando se marcha, ella se vuelve hacia mí.

—Oye, no hace falta que seas cruel con él... Sois prácticamente hermanos —me suelta sin que venga a cuento.

¿«Prácticamente hermanos»? ¿En qué clase de mundo vive esta tía en el que Landon y yo somos algo parecido a hermanos? Somos dos extraños que, casualmente, tienen un tercer extraño en común.

—¿Qué acabas de decir? —le pregunto con los dientes apretados.

Sólo porque el borrachuzo de mi padre se haya trasladado a vivir con él y con su mamaíta a una mansión repleta de galletas de chocolate... Un momento..., ¿cómo sabe Tessa todo esto? Me paso los

dedos por el pelo, nervioso.

—Bueno, tu padre y su madre... —responde.

Parece muy confundida. Asiente para sí y hace una mueca de dolor, como si acabara de revelar algún secreto que no debía.

Miro en la dirección en la que ha desaparecido Landon para ver si puedo alcanzar a ese capullo.

—Eso no es asunto tuyo.

¿Por qué cree que tiene derecho a hablar sobre mi familia?

—No sé por qué te ha contado nada ese gilipollas. Me parece que voy a tener que cerrarle el pico.

Hago crujir los nudillos y paso por alto la punzada de dolor de la piel desgarrándose en mis dedos eternamente reventados.

Tessa me fulmina con la mirada.

—Déjalo tranquilo, Hardin —dice con un convincente tono guerrero—. Ni siquiera quería contármelo, yo se lo sonsaqué.

¿Así que ahora sabe cosas sobre mi familia? ¿Con qué derecho? No tiene por qué saber nada sobre mí. Esto está yendo demasiado lejos, y con «esto» me refiero a toda la situación.

—Bueno, ¿adónde vamos a ir? —pregunta.

Se está acercando demasiado a mí; su manía por entrometerse en todo ha alcanzado un nivel personal, y no me hace ni puta gracia. Seguro que también ha estado sonsacándole respuestas a otras

preguntas sobre mí. Que por qué no vivo con Ken y su nueva familia, que por qué razón nunca hablo

con mi padre... Seguro que hasta le habrá preguntado cómo era de pequeño, y Landon le habrá soltado todo lo que ha oído acerca de mí. Ya me está juzgando, lo noto.

—No vamos a ir a ningún sitio, esto ha sido una mala idea —le digo, y me largo dejándola ahí plantada.

No tiene por qué acercarse más de lo que ya está. Es demasiado entrometida, demasiado sentenciosa. No quiero tener nada que ver con toda esta mierda. Debo mantenerme alejado de esta chica.

Cuando llego al coche, tengo la cabeza a punto de estallar y las manos sudorosas. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué le ha hablado Landon sobre mi familia? Eso debe de significar que ahora ella lo sabe todo. O al menos las cosas positivas que Landon le haya contado: que mi padre es el rector de la universidad y que le encantan los deportes.

Lo que no sabe es que era un borracho de la peor calaña, porque el maravilloso Landon no conoce esa parte de él.

Me pregunto si en realidad sabrá algo de él, algo auténtico. ¿O se ha dejado engañar por mi querido papaíto?

Me encantaría ser la persona que lo pusiera al corriente de quién es en realidad el pastelito de coco de su mamá.

De repente siento claustrofobia y bajo la ventanilla para poder respirar. La manivela se bloquea y

tiro de la barra metálica del piñón, frustrado por que este precioso coche sea tan viejo. Recobro el aliento al cabo de unos treinta segundos y por fin abandono la plaza de aparcamiento. No sé cómo habría reaccionado si Tessa me hubiera seguido.

No llevo en mi cuarto ni diez minutos cuando recibo un mensaje de Molly:

«Zed está con la Barbie Virgen en la resi. Será mejor q te des prisa, casanova».

«¿Qué? ¿Cómo lo sabes?», respondo, y me pregunto por qué estoy recibiendo consejos sobre Tessa precisamente de Molly.

«¿Se está quedando conmigo?»

No soy una chivata.

Casi puedo oír su tono burlón a través de la pantalla. Me levanto y vuelvo a ponerme las botas negras. Están tan gastadas por dentro que espero tocar el suelo con los pies cualquier día de éstos, pero las he llevado durante años y no encuentro ningunas que sean tan cómodas.

Sé que a Molly no le voy a sonsacar nada más, así que, antes de incorporarme al tráfico, le envío un mensaje a Steph:

¿Está Tessa con Zed?

Su respuesta es instantánea.

*No. Zed no está aquí

*

Sé de inmediato que está mintiendo, de modo que piso con fuerza el acelerador.

QUINCE

Cuando abro la puerta, Tessa está en la cama de Steph, con Zed, y la suya está vacía. En una cama pequeña. Con Zed. Y con Steph y Tristan también. Además, sólo está allí sentada, sin hacer nada, pero me da igual. Está con Zed. En una cama. En una cama con Zed.

Ni siquiera rima.

Y la furia me invade.

—Joder, tío, a ver si llamas a la puerta aunque sea por una vez —dice Steph haciéndose la tonta.

Sabía muy bien que iba a venir directamente aquí. Quería que lo hiciera, por eso ha informado a Molly, no me cabe la menor duda. Lo que me sorprende es que Molly me lo dijera. Steph me mira a los ojos y se echa a reír—. Podrías haberme pillado desnuda o algo.

¿Podría? Ya lo he hecho, y veo en sus ojos un ápice de terror. Sí, yo la he visto desnuda del todo, por eso sé que no tiene las tetas ni la mitad de grandes de lo que parece gracias a esos sujetadores con

relleno que lleva. No obstante, tiene uno de los culos más bonitos que he tocado jamás...

Me adentro en el dormitorio y suelto:

—No es nada que no haya visto ya.

Tanto Tessa como Tristan ponen cara de que alguien se haya echado una meada matutina en sus cereales.

—Cállate. —Steph se ríe y disfruta de la atención que tanto ansía siempre.

—¿Qué hacéis? —pregunto mientras me siento enfrente de ellos, en la cama de Tessa.

Al menos Zed no está en *su* cama. Supongo que eso es un consuelo..., más o menos.

Zed sonrío desde el otro lado de la minúscula habitación. «¿Por qué cojones sonrío?»

—Pues íbamos a ir al cine —dice—. Tessa, ¿te vienes?

Ella me mira, y después a él. Parece nerviosa. ¡Va a decir que sí!

—La verdad es que Tessa y yo tenemos planes —intervengo antes de que puedan quedar en nada.

Miro directamente a Zed lanzándole una advertencia. Él parpadea con lentitud, desafiándome.

Tristan no dice nada cuando lo miro. No quiere tener nada que ver con nuestro drama. La verdad es

que no es mal tío, si pasamos por alto que está saliendo con esa bruja.

—¿Qué? —exclaman Zed y Steph.

—Sí, sólo venía a recogerla.

Pero Tessa permanece quieta y no parece tener intención de moverse para marcharse conmigo.

—¿Estás lista o qué? —digo con aire despreocupado.

No sabe qué hacer, como si estuviera luchando contra sí misma. Justo cuando voy a intervenir para convencerla, asiente y se levanta de la cama.

—Bueno, nos vemos luego —digo en voz alta, y empujo a Tessa por la puerta tan rápido que parece que me haya tomado un speed o algo.

Una vez fuera, me sigue dando largas zancadas para alcanzarme. Tiene unas piernas bastante largas, y los muslos ligeramente gruesos. No puedo parar de fantasear que me aferro a ellos mientras

la poseo sobre el capó de mi coche. Intento no pensar en ella al tenerla tan cerca. Siento mi polla ansiosa, rogándome que imagine lo suave que sería, y lo mucho que me gustaría estrecharla...

Dejo de soñar despierto al darme cuenta de que hemos llegado a mi coche y que le he abierto la puerta del pasajero por acto reflejo. Sin embargo, cuando la miro, veo que por alguna razón no tiene

intención de entrar. Está cruzada de brazos, lo que hace que se le levanten las tetas.

Estoy seguro de que está intentando mostrarse furiosa, pero ahora mismo sólo me parece sexi.

—Vale, recordaré que nunca jamás tengo que volver a abrirte la puerta —le digo con tono sarcástico.

Ella sacude la cabeza y sé que está a punto de escupir fuego.

—¿A qué demonios ha venido eso? Sé perfectamente que no has ido a mi cuarto a recogerme.

¡Me

has dejado bastante claro que no querías salir conmigo!

Está chillando. Miro a nuestro alrededor y veo que hay gente en el aparcamiento. Tessa no parece percatarse de su presencia. No da la impresión de ser el tipo de chica a la que le gusta montar espectáculos, aunque ya hemos discutido dos veces en público.

Joder, me saca de quicio.

—Sí, es verdad, y ahora métete en el coche. —Le indico que entre.

He limpiado y todo, así que más le vale entrar.

—¡No! Si no admites que no has venido aquí a por mí, volveré ahí dentro y me iré al cine con Zed

—dice con aire desafiante.

¿Qué coño le pasa? Me llama a mí grosero y mira cómo me está hablando ella ahora. Una hipócrita sentenciosa, eso es lo que es.

«¿Qué cojones le respondo a eso?»

¿Debería confesarle que Molly me ha avisado? Joder, no. Si lo hago, la del pelo rosa no volverá a decirme nada más en la vida. Y ¿por qué me amenaza Tessa con salir con Zed? ¿Acaso sabe algo sobre la Apuesta? ¿Está compinchada con Steph?

Aunque apenas la conozco, sé que algo no va bien. Seguro que Steph se lo ha contado.

—Admítelo, Hardin, o me largo —dice.

No sé si se está quedando conmigo o no. Parece enfadada de verdad, y no para de dilatar las aletas de la nariz. Resulta bastante cómico. Me tragaré mi ego por esta vez.

—Vale, sí, lo admito. Y ahora sube al puto coche. No voy a volver a pedírtelo.

Quiero ganar la Apuesta, pero el reto se está convirtiendo en un desastre, y no pienso esforzarme mucho más. Si las cosas siguen así, le regalaré el trofeo a otro compañero. Me dirijo al lado del conductor de mi coche y dejo la puerta del pasajero abierta para que entre si quiere.

Y, cómo no, lo hace.

Salgo del aparcamiento cabreado como una mona. Había cancelado esto. No quería salir con ella.

Y, sin embargo, aquí estamos ahora. Me duele la cabeza y tengo pensamientos contradictorios.

Una

parte de mí quiere gritar y bajar las ventanillas para poder ahogarme con mi propia respiración, pero

la otra siente una extraña calma. Es una calma que me va inundando lentamente, pero que está cargada

de paz. Subo la música para desconectar; eso suele funcionar: unos cuantos hombres gritando, cantando sobre la muerte y su propia depresión en puentes que se repiten una y otra vez y con estruendosos solos de batería que intensifican la furia.

Tessa parece no coincidir con Slipknot, y acerca la mano al dial de la radio. ¿Cómo se atreve?

—No toques mi radio.

—Si vas a comportarte como un capullo todo el tiempo, no quiero salir contigo —me amenaza, y se deja caer contra el asiento de piel con dramatismo.

—No lo haré, pero no toques mi radio.

Apenas puedo respirar, y el ruido está ahogando mi pánico. Cuando me vuelvo hacia ella veo que está mirando la radio con una intensa expresión de odio. Eso me aligera el ánimo y me dan ganas

de

echarme a reír, aunque probablemente no sea el mejor momento para hacerlo.

—¿Qué más te da que vaya al cine con Zed? Steph y Tristan también iban a ir —dice Tessa, levantando la barbilla para subrayar la cuestión.

«Vaya, ¿como una doble cita? Por favor...»

—No me parece que Zed tenga muy buenas intenciones. —No sé qué más decir, así que mantengo la vista fija en la carretera.

Tras un tenso momento de silencio, Tessa se echa a reír. «Pero ¿qué cojones le pasa?»

—Ah, y ¿tú sí? Al menos Zed es agradable conmigo.

Continúa riéndose. ¿Que Zed es agradable con ella? ¿«Agradable»?

Pero «ha apostado a que va a arrebatarte la virginidad, querida» es algo que no puedo decir.

Porque supongo que yo también lo he hecho.

Me quedo callado, y Tessa mantiene la guardia alta.

—¿Te importaría bajar el volumen, por favor? —grita por encima de la música.

Asiento. Será mejor que contribuya a que se ponga de mejor humor.

—Esa música es espantosa —protesta.

Sabía que no le gustaría; por su aspecto, estoy seguro de que escucha una música determinada, totalmente opuesta a la mía.

Golpeteo el volante con los dedos y observo cómo ella hace lo mismo en sus muslos sin darse cuenta.

—No, no lo es. Aunque me encantaría saber qué consideras tú que es buena música.

Sonrío al imaginarme su reproductor de CD de adolescente: ‘N Sync, Jessica Simpson y seguro que alguna de esas horribles bandas femeninas que salen de Inglaterra completan el lote.

—Pues me gustan Bon Iver y The Fray —responde después de considerarlo durante unos segundos.

—Cómo no.

Una banda cristiana y otra megahipster. No me sorprende en absoluto.

Bueno, vale, las dos hacen música decente, pero no son lo mío. No exudan el suficiente dolor.

—¿Qué tienen de malo? Tienen muchísimo talento, y su música es maravillosa —responde con pasión.

Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, aparta la mirada y se vuelve hacia la ventana.

—Sí..., tienen talento. Talento para hacer que la gente se duerma.

Tessa alarga la mano y me da un golpecito juguetón en el brazo. Es algo extraño. Veo que las parejas lo hacen todo el tiempo, pero nunca nadie me lo había hecho a mí.

—Pues a mí me encantan —dice, y sonrío con orgullo. Parece estar pasándolo bien—. ¿Adónde vamos?

—A uno de mis lugares favoritos.

No le doy una respuesta exacta. Es demasiado curiosa.

—¿Que está...? —insiste, tal y como me lo había imaginado. Es superior a ella.

—Tienes que saberlo todo de antemano, ¿verdad? —le digo, pagándole con la misma moneda.

—Sí..., me gusta...

—¿Controlarlo todo?

Se queda callada.

Decido dejarlo estar de momento. No quiero que se cabree.

—Pues no voy a decírtelo hasta que hayamos llegado..., que será dentro de unos cinco minutos.

Mientras continuamos, Tessa echa un vistazo a los alrededores confundida. Sé que se está esforzando por no hacerme más preguntas. Intenta relajarse, y eso me pone las cosas más fáciles.

Al

cabo de un par de minutos veo que está mirando el asiento trasero.

—¿Ves algo que te guste ahí atrás? —bromeo, y ella niega con la cabeza.

Un tirabuzón de su largo pelo cae sobre su hombro, y lo aparta hacia atrás. Su cabello parece muy suave. Me pregunto si será rubia natural. Entonces recuerdo el aspecto de su madre y llego a la conclusión de que así es.

—¿Qué coche es éste? —pregunta con la mirada fija en sus zapatos de tela.

—Un Ford Capri. Es un clásico —contesto.

Amo mi coche más que a mí mismo, y estoy orgullísimo de tenerlo. Tessa se involucra ligeramente en la conversación mientras le hablo sobre el motor restaurado y el nuevo silenciador del tubo de escape. Sonríe y asiente una y otra vez y, aunque sé que no sabe de qué le hablo, es curiosamente agradable hablar con un ser humano. Al cabo de unos minutos, me vuelvo hacia ella y veo que me está mirando directamente. Siento una creciente presión en el cuello que

desciende por mi

columna. Demasiado personal. Se está convirtiendo en algo demasiado personal. «Es un juego, Hardin. Trátala como una parte de él.»

—No me gusta que me miren fijamente —digo intentando mantener una expresión seria.

Es demasiado curiosa, y de repente me doy cuenta de que me gusta más de lo que debería.

DIECISÉIS

Conduzco por una última carretera estrecha y aparco hacia el final del pequeño espacio de gravilla

que hay entre un grupo de árboles enormes. Me encanta este sitio; nunca viene nadie, y eso es ideal

para mí. Sobre todo en uno de los pocos días en los que no está lloviendo en la península Olímpica,

como hoy, que está soleado. Estoy acostumbrado al cielo gris desde mi infancia en Hampstead; el sol

apenas se deja ver en todo el otoño.

Tessa echa un vistazo a su alrededor y frunce el ceño.

—No te preocupes, no te he traído aquí para matarte —le digo intentando que se ría mientras salimos del coche.

Ella continúa observando el campo de flores silvestres amarillas y relaja la postura ligeramente.

«¿En qué estará pensando?»

—¿Qué vamos a hacer aquí? —me pregunta.

—Bueno, pues empezaremos caminando un poco.

Tessa suspira y me sigue por un camino de tierra que en su día era de hierba. Ya está poniendo mala cara. ¿En qué estaba pensando al traerla aquí?

—Será un paseo corto.

No se fía de mí, y hoy parece estar de mal humor. Aunque, de hecho, ¿cuándo no lo está? Centro la atención en la nube de polvo que levantan mis botas al impactar contra el seco y polvoriento

sendero. Los pasos de Tessa apenas se oyen, y camina tremendamente despacio.

—Bueno, si nos damos prisa, igual llegamos antes de que se ponga el sol —bromeo cuando nos acercamos a un árbol al que hay amarrada una vieja bicicleta abandonada. Es lo que marca la mitad

del camino, que tiene aproximadamente kilómetro y medio. No está mal.

Tessa reduce el paso, pero ver la cara que pone cuando llegamos al agua hace que haya merecido la pena cada segundo malgastado. Sofoca un grito de sorpresa, como si este sencillo arroyo en medio

del bosque fuera mágico. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y sus ojos se abren como platos.

¿Le gustará nadar? Debería habérselo preguntado. Me quedo callado y dejo que admire el paisaje antes de decir nada. Ahora que estamos solos, no se me ocurre nada de lo que hablar. ¿Y si me meto

directamente en el agua? Ella sigue sin moverse del sitio en el que estaba la última vez que la he mirado. Está empujando la tierra con el zapato para evitar mirarme.

Que le den por el culo a esta situación tan incómoda. Voy a meterme en el agua. Me quito la camiseta y oigo el inevitable gemido de Tessa. No habla mucho, pero es muy expresiva en lo que respecta a los sonidos que acompañan a sus gestos. Cuando sonrío suele suspirar; cuando se enfada, resopla y, cuando se excita, jadea.

—¿Por qué te estás desnudando? —pregunta.

No sé si es consciente de la intensidad con la que está observando mi pecho desnudo. Se aclara la garganta y continúa:

—¿Vas a nadar? ¿Ahí?

Señala el agua con cara de asco. Cómo no, doña Remilgada no quiere mojarse la ropa y el pelo.

—Sí, y tú también. Yo lo hago todo el tiempo.

Me desabrocho el botón de los vaqueros y Tessa continúa protestando mientras observa cómo me desnudo.

—No pienso nadar ahí.

El agua es más cristalina que la de la mayoría de los lagos que he visto en mi vida. Y es por eso por lo que no soporto a estas chicas tan estiradas y tan esnobs que tienen miedo de que se les meta tierra debajo de las uñas pintadas.

—Y ¿por qué no? El agua está tan limpia que puedes ver el fondo.

Señalo hacia el agua transparente. Creía que se emocionaría más al ver esto. Me enerva no saber nunca lo que está pensando.

—Porque... seguro que hay peces y Dios sabe qué más ahí dentro —exclama.

«¿Peces? ¿Eso es lo que le preocupa a esta tía tan rara?»

—Además, no me has dicho que íbamos a nadar, y no he traído ropa de baño.

—¿Me estás diciendo que eres de esa clase de chicas que no llevan ropa interior? —Le sonrío, desesperado por verla de esa guisa—. Venga, puedes quedarte en bragas y sujetador.

Sé que no piensa hacerlo por nada del mundo. Veo cómo su furia aumenta tras sus ojos grises y estoy deseando oír su respuesta.

—No pienso nadar en ropa interior, perverso. —Tessa se sienta en el césped a unos metros de la orilla—. Me quedaré aquí a mirarte.

Sonríe y se cruza de piernas.

Está observando mi cuerpo otra vez. Esta vez se centra en el contorno de mi polla bajo el bóxer.

Se ha puesto colorada, y se esfuerza por apartar la mirada y fingir estar concentrada en el montón

de

hojas de césped que tiene en la mano.

—Eres una sosa. Y tú te lo pierdes —le digo antes de lanzarme al agua fría.

«Jodddeerrr», está mucho más fría de lo que pensaba. Nado hacia la otra orilla, donde da el sol todo el día, y la temperatura cambia drásticamente.

—¡El agua está caliente, Tess! —le grito.

Levanta la mirada del montón de hojas de césped que está acumulando para distraerse. Se está aburriendo de la hostia y no tengo ni puta idea de qué hacer para entretenerla. Ni siquiera quiere meterse en el agua conmigo..., ¿qué hago?

—¡Esta amistad está resultando ser tremendamente aburrida!...

Pone los ojos en blanco e inclina la cabeza hacia atrás para que le dé el sol en la cara.

—Quítate al menos los zapatos y mójate los pies. Está increíble, y pronto estará demasiado fría para nadar.

Tessa accede, se quita los zapatos y los coloca de manera ordenada a su lado. Son unos zapatos muy raros, parecen retales de tela pegados a un trozo de cartón blando. Tienen pinta de ser superincómodos. Se enrolla las perneras de los vaqueros y se muerde el labio inferior mientras introduce los pies en el agua.

Espero una protesta por su parte pero, en lugar de eso, una amplia sonrisa ilumina su rostro.

—Está buena, ¿verdad? —le pregunto.

Asiente e inclina de nuevo la cabeza hacia atrás para tomar el sol.

—Venga, métete.

Echo la cabeza atrás y me mojo el pelo en un intento de convencerla.

Cuando vuelvo a levantarla, veo que está negando con la cabeza. No va a bañarse. «Joder, qué complicada es esta mujer.» La salpico con agua y ella grita y retrocede sobre la hierba. Nunca he estado en este lugar con nadie; se me hace un poco raro tener compañía.

¿Cómo puedo convencerla para que se meta? Tengo que negociar con ella. Pero ¿qué podría querer a cambio?

No parece el tipo de persona a la que le gusta comprometerse...

—Si te metes en el agua, contestaré a una de tus impertinentes preguntas. A la que quieras, pero sólo a una. —Manifiesto mi idea en voz alta conforme me viene a la cabeza.

Es tan cotilla que seguro que esto la tienta.

—La oferta expira dentro de un minuto.

Tengo que darle un tiempo límite, de lo contrario lo estará pensando durante todo el día. Me hundo en el agua y contengo la respiración mientras nado unos seis metros. Estoy seguro de que Tessa estará con el ceño fruncido. La imagen me hace reír y casi me ahogo.

—Tessa. —Joder, ojalá no pensara tanto—. Deja de cavilar tanto y salta.

Se mira la ropa.

—No tengo nada que ponerme. Si me meto con ropa, tendré que volver empapada.

—Ponte mi camiseta.

Al oír mi oferta, frunce el ceño y mira la prenda de ropa en cuestión, tirada cerca sobre la hierba.

—Venga, ponte mi camiseta. Será lo bastante larga como para que te cubra, y puedes dejarte las bragas y el sujetador puestos, si quieres —añado.

Me encantaría que no lo hiciera, pero eso depende de ella, por supuesto.

Tessa se vuelve de nuevo y observa el agua y mi cuerpo semidesnudo. Alarga el brazo y coge mi camiseta del suelo. Por fin.

—Está bien —responde como una niña mimada.

Se coloca la mano en la cadera y continúa la negociación:

—Pero date la vuelta y no me mires mientras me cambio. ¡En serio! —La gatita beligerante ha

vuelto.

Me río y ella hace un movimiento extraño con las caderas. Las mueve hacia atrás y hacia adelante mientras se coloca mi camiseta negra entre las piernas para sostenerla y quitarse la suya por la cabeza. Me vuelvo rápidamente. Soy un caballero. En serio, lo soy.

—Joder, date prisa o me doy la vuelta —amenazo con impaciencia después de haber contado hasta treinta para mis adentros.

Me vuelvo un momento y la veo agachada, colocando sus vaqueros perfectamente alineados con sus zapatos. Es una obsesa del orden. Durante unos instantes me pregunto cómo reaccionaría si le tirara los zapatos al agua. Se cabrearía muchísimo. Reprimo una sonrisa y por fin observo su cuerpo.

Sus piernas están bronceadas, eso es lo primero que veo. Mi camiseta le sienta como un guante. Joder, tiene las tetas tan grandes que la prenda apenas si le cubre la parte superior de los muslos. Atrapo entre los dientes mi aro del labio y disfruto de la vista que tengo delante.

—Esto..., métete ya en el agua, ¿vale? —Intento aclararme la garganta y dejar de mirarle los muslos—. ¡Tírate!

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

—Coge un poco de carrerilla.

—Vale.

Inspira hondo antes de correr hacia el agua algo rígida. Cuando llega al borde, grita, se tapa la cara y se detiene un paso antes de tocar la superficie.

—¡Venga! ¡Ibas bien! —Mi risa inunda el ambiente que nos separa, y observo a Tessa de nuevo.

Me está mirando, sonriendo y riéndose bajo la luz del sol, y eso me confunde. ¿Qué hacemos aquí, riéndonos juntos en un arroyo? ¿Qué es esto? ¿Una de esas películas de Nicholas Sparks en las

que las discusiones de las parejas son tan adorables que el tráiler corre como la pólvora por internet?

Mujeres aburridas que creen que el típico héroe literario llegará para salvarlas. Chorradas, y siempre, siempre acaban con un marido de mierda que no se preocupa ni se preocupará jamás de ella

o de su familia más que de sí mismo.

—¡No puedo hacerlo!

Parece bastante agobiada. ¿Tiene miedo al agua? Joder.

—¿Te da miedo? —le pregunto.

—No..., no lo sé. Supongo.

Camino por el agua para acercarme a ella y, en el proceso, me golpeo el dedo gordo del pie con una gran roca que hay en el fondo.

—Siéntate en el borde y yo te ayudaré a entrar —le sugiero.

Levanto las manos cuando se agacha. Intenta que no le vea las bragas cerrando con fuerza las piernas, y le agradezco el esfuerzo. Lo que menos necesito ahora son distracciones.

La agarro de los muslos y mi polla responde de inmediato.

Maldita sea por tener unos muslos tan suaves y apetecibles. Me muero de ganas de hundir el rostro entre ellos.

—¿Estás preparada? —Inspiro hondo y desplazo las manos hasta su cintura.

Sus caderas se amoldan a mi tacto y consigo controlarme de milagro. Me muero por estrechárselas, por darle la vuelta y tomarla aquí mismo.

¿Qué coño me pasa? Nunca antes me había comportado como el típico estudiante salido. ¿Son su inocencia y su cuerpo pecaminoso los que me provocan este estado o es el afán competitivo de conseguir su cuerpo para ganarle a Zed?

Disfruto de su cálida piel cuando se hunde en el agua, y la suelto. La superficie le llega justo por debajo del pecho. Extiende las manos por delante de sí y siente su frescura. Su piel se eriza bajo la luz del sol.

—No te quedes ahí parada.

«Necesito que te muevas para no quedarme aquí plantado mirándote todo el puto día.» Ella parece no escucharme, pero empieza a moverse por el arroyo. Conforme avanza a través del agua clara, la

camiseta se le levanta como si estuviera intentando echar a volar. Antes de que consiga apartar la mirada, Tessa tira de ella hacia abajo y se la pega al cuerpo todo lo que puede.

—Podrías quitártela y ya está —le digo. Desde luego, no seré yo quien se lo impida.

Arruga la nariz y desliza la mano a través del agua para salpicarme. ¿Acaba de salpicarme? Me cabrea estar divirtiéndome.

—¿Me has salpicado?

Tessa se ríe y me salpica de nuevo con las dos manos. Me sacudo el pelo y voy a por ella. La agarro de la cintura y me dispongo a hundirla bajo el agua. Veo cómo levanta la mano y se tapa la nariz. ¿Aún se tapa la nariz? Me echo a reír con ganas.

—No sé qué me hace más gracia, si el hecho de que te lo estés pasando bien o que tengas que taparte la nariz. —Casi no puedo hablar de la risa.

Nada hacia mí y puedo verle las intenciones. Levanta los brazos en el aire y trata de hundir mi cabeza debajo del agua. Resulta bastante cómico. Aunque intento pasar por alto el hecho de que mi camiseta está flotando de nuevo alrededor de su cuerpo, no cedo, y ella se ríe de sí misma. Me duele la barriga de hacer lo propio. Su risa es suave; me recuerda a las flores silvestres amarillas que he visto al principio de nuestra especie de cita.

—Creo que me debes la respuesta a una pregunta —dice.

Sabía que no se le iba a olvidar, pero pensaba que esperaría un poco más antes de formularla.

—Claro, pero sólo una.

Seguro que me pregunta alguna chorrada como «¿Te dolió hacerte los tatuajes?». Me quedo mirando la exuberante orilla del arroyo y aguardo su intromisión.

Su voz interrumpe el silencio.

—¿A quién quieres más en este mundo?

«No me jodas...»

¿Qué clase de pregunta es ésa? ¿Quién pregunta algo así? No quiero contestar. Ni siquiera tengo una respuesta para eso. Cada vez tengo más claro que habla con Landon sobre mí. ¿Que a quién quiero más en este mundo?

¿A quién quiero más? Bueno, supongo que quiero a mi madre. No se lo he dicho desde hace años, pero sigue siendo mi madre. Y ya está. Ah, y a mí mismo. A quien más quiero es a mí mismo.

Aunque

no creo que «a quien más quiero es a mí mismo» sea una buena respuesta.

Y sin embargo:

—A mí mismo —respondo con sinceridad.

No tuve ninguna novia durante la adolescencia, así que nunca he tenido que fingir ningún «te quiero» antes de saber lo que la palabra significaba en realidad. Me sumerjo en el agua y desaparezco

durante unos instantes mientras el cerebro de Tessa elabora sus conjeturas sobre mí.

—Eso no puede ser verdad —dice en el mismo instante en que siento que el aire fresco me golpea la piel—. ¿Qué me dices de tus padres? —Ha cruzado la línea.

Tessa Young no tiene límites en lo que respecta a sus putas preguntas personales e indiscretas. Su mirada es cálida, y tiene los labios entreabiertos como si estuviera esperando una respuesta por mi

parte. Detesto la expresión de sus ojos cuando están cargados de compasión.

«Basta, Theresa.»

—No vuelvas a mencionar a mis padres, ¿entiendes?

—Lo siento. Sólo tenía curiosidad —dice en voz baja—. Lo siento de verdad, Hardin, no volveré a mencionarlos —se disculpa.

No sé si creerla. Sé que trama algo. Es demasiado intuitiva y demasiado insistente. No la conozco, y desde luego ella no me conoce a mí. ¿Por qué cree que puede hacerme esas preguntas tan personales?

Esta tarde sólo puede terminar de dos maneras: peleándonos hasta que se vaya corriendo a su cuarto toda agitada o camelándola para que quiera estar conmigo.

Decido mantener las formas. Prefiero que no nos pasemos el trayecto de vuelta en un incómodo silencio. Alargo las manos hacia ella y rodeo su cintura con los brazos. Su cuerpo es ligero en el agua cuando la levanto en el aire y la lanzo a un lado. Ella suelta un chillido y agita los brazos en el aire como un pájaro. Caer de golpe al agua y emerge con el pelo mojado y los ojos cargados de furia fingida.

Está contenta.

Pensaba que a lo mejor se enfadaba, pero no sé por qué parece que le ha gustado.

—¡Vas a pagar por esto! —grita alegremente, y camina hacia mí.

¿De verdad cree que tiene alguna posibilidad de vengarse? Se acerca aún más a mí, con el rostro empapado. Tiene la piel mojada y reluciente. ¿Por qué sigue acercándose?

Se supone que soy yo quien está al mando aquí. Sofoco un grito de sorpresa cuando Tessa me envuelve la cintura con los muslos y eleva el cuerpo para estar a mi altura.

—Perdona.

Se pone tensa y relaja las piernas. «No, no.»

Se las agarro, y la insto a volver a rodearme con ellas. Me encanta sentirla contra mí, sentir su calor. Cuando enrosca los brazos alrededor de mi cuello, noto una punzada de pánico en la parte inferior de la espalda. La miro e intento leerle la mente, pero me resulta imposible.

—¿Por qué me haces esto, Tess? —pregunto mientras acaricio suavemente su tembloroso labio inferior con el pulgar.

Siento cómo su cálido aliento emana de su boca en bocanadas superficiales. El sabor de sus labios sigue fresco en mi memoria. Quiero volver a probarlos, lo necesito.

—No lo sé...

No lo sabe, y yo tampoco. Ninguno de los dos tiene control sobre esto, y la cosa podría ir a más rápidamente.

Ojalá.

¿Es consciente esta chica de lo sexi que es? ¿Tiene la menor idea de que la sola imagen de su boca me hace imaginar cosas muy muy obscenas relacionadas con ella? Imaginarme a Tessa de rodillas

ante mí, con sus carnosos labios bien abiertos, su lengua húmeda, ansiosa por recibirme, por satisfacerme... Quiero presionar mi polla contra sus labios y tentarla hasta la desesperación. Puedo hacer que se vuelva loca, como ella lo está haciendo conmigo. Su boca es de un color rosa claro, y la curva de su labio inferior es perfecta, como los labios de un personaje de dibujos animados. Pero uno sexi, como Jessica Rabbit.

Joder, estoy perdiendo la puta cabeza por ella. Esto no puede ser nada bueno. Supongo que es

algo positivo el hecho de no tener escrúpulos a la hora de ser malo.

—Estos labios... y las cosas que podrías hacer con ellos. —Me detengo un instante recordando su boca contra la mía en mi habitación, y después en la suya—. ¿Quieres que pare? —La miro para comprobar algún signo de nerviosismo por su parte.

Sus muslos me estrechan con más fuerza y me tomo el gesto como un «no», pero le concedo unos segundos para responder antes de actuar.

Se contonea y pega todavía más su cuerpo contra el mío debajo del agua.

—No podemos ser sólo amigos, lo sabes, ¿verdad?

Al oír mis palabras, inspira profundamente y me inclino sobre ella. Presiono los labios contra la suave piel de su mandíbula, cerca de su barbilla. Cierra los ojos con fuerza y deslizo los labios por su mentón, recorriendo su húmeda piel con afecto. Cuando mi boca alcanza ese punto del cuello que está

justo debajo de la oreja, exhala un gemido que me pilla por sorpresa.

—Hardin.

La palabra me atraviesa como un rayo. Su voz es grave, cargada de necesidad. Necesidad de mí. Es como plastilina en mis manos, y mi corazón late con fuerza ante la idea de modelar su placer a mi

alrededor. Nunca ha follado con nadie, pero estoy seguro de que alguna vez se habrá corrido masturbándose.

Quiero oír cómo gime mi nombre otra vez, del mismo modo en que necesito volver a saborear su boca.

—Quiero hacer que gimas mi nombre, Tessa, una y otra vez. Por favor, permítemelo. —Se me hace raro oírme suplicar.

Nos quedamos en silencio, excepto por el sonido de su intensa respiración y el leve susurro del agua, que forma tranquilas ondas a nuestro alrededor. Ella asiente.

—Dilo, Tessa —continúo.

Atrapo el lóbulo de su oreja entre mis dientes y lo mordisqueo con suavidad. Ella gime y se mece contra mí asintiendo frenéticamente.

«Con eso no me basta, Theresa. Sé que lo deseas, así que dímelo.»

—Necesito que lo digas, nena, bien alto, con palabras, para saber que de verdad quieres que lo haga.

Deslizo las manos hasta su vientre por debajo de la camiseta de mi propiedad que cubre su cuerpo.

—Quiero... —declara ella rápida y desesperadamente.

Sonrío contra la cálida piel de su cuello, y ella suspira. Con esa palabra me basta. Agarro su cuerpo y noto que se pone tensa, nerviosa de pensar que pueda apartarla. Empiezo a salir del agua con ella pegada a mí. Tiene los muslos separados y su cuerpo pegado a mi polla, que se me va poniendo más dura a cada paso que avanzo.

La suelto cuando llegamos a la orilla y gimotea. Literalmente. El sonido hace que se me concentre toda la sangre en la entrepierna. Me subo a la orilla y me vuelvo para ayudarla a salir del agua.

Extiende los brazos hacia mí con la mirada fija en mi torso desnudo. Observo cómo sus ojos recorren el tatuaje que tengo en el estómago, el árbol muerto grabado con tinta en mi piel.

Teniendo

en cuenta el remilgado lugar del que procede, seguro que detesta mis tatuajes. Probablemente la beata

de su madre le dijera que las personas con tatuajes eran malas y que se comían tu alma o algo así.

Debe de estar acostumbrada a ver la perfecta piel limpia del pecho de su novio. La observo con detenimiento mientras sigue mirando, tratando de entender su significado. Su novio no tiene ningún

tatuaje, de eso no me cabe la menor duda. Es muy posible que ni siquiera tenga la más mínima cicatriz, ni en la piel ni en la mente.

Me aparto de ella y se queda quieta, esperando mis instrucciones.

No estoy seguro de qué hacer con ella. Sigue mirándome la piel... ¿Por qué me mira tanto? Y, lo que es más importante, ¿por qué me preocupa? Me hice los tatuajes para mí, no para ninguna tía sentenciosa.

¿Por qué cojones me estoy justificando? Nunca me importa una mierda lo que las mujeres opinen de mí. Sólo pienso en follármelas y en cómo se deshacen con mis caricias mientras nos distraemos

mutuamente.

«Deja de pensar, Hardin.» Soy igual que ella, le doy mil vueltas a todo. ¿Por qué me influye tanto? Decido ir al grano:

—¿Quieres hacerlo aquí o en mi habitación?

¿Debería follármela aquí? Podría tumbarla sobre el césped, abrirla los muslos y obligarla a gritar mi nombre mientras trazo círculos en su clítoris con mi lengua.

Tessa se encoge de hombros mientras yo me ajusto el bóxer.

—Aquí —decide.

—¿Estás ansiosa? —le pregunto.

Siento la atracción que su cuerpo ejerce sobre el mío y me pregunto si ella también lo siente. Sé que la pongo cachonda, eso es evidente, pero ¿tiene una inmensa necesidad de tocarme, como me sucede a mí con ella?

—Ven aquí —le ordeno.

Ruborizada, obedece y se acerca lentamente. «Más rápido...», quiero decirle.

No estoy para juegucitos ahora. Necesito sentirla ya. Necesito que ella me sienta. Voy a follármela, aquí, sobre la hierba. Voy a tumbarla y a tocar cada milímetro de su magnífico y pecaminoso cuerpo. Mi camiseta negra está empapada y completamente ceñida a su torso como

un

guante de látex. Tengo que quitársela.

La agarro del dobladillo inferior y se la quito por la cabeza. No es tarea fácil librarla de la tela mojada; es como si quisiera seguir pegada a ella, al igual que yo.

Durante la primera parte de nuestra cita hemos hecho las cosas a su manera, pasando un rato agradable y tranquilo. Esta segunda parte las haremos a la mía. No estoy acostumbrado a entablar conversación ni a que me pregunten cosas como a quién quiero más en este mundo. A lo que estoy acostumbrado es a utilizar un cuerpo cálido y suave para proporcionarle placer al mío.

DIECISIETE

Estaba a punto de ganar. Estaba preparado para ganar.

Y entonces se dio cuenta de que no estaba preparado para ella en absoluto.

Extiendo la camiseta mojada sobre el césped a modo de manta improvisada para que se tumbe encima. Me tiemblan los dedos.

—Échate —le ordeno, y la ayudo a descender hasta el suelo conmigo.

Me tumbo de lado junto a ella y me apoyo sobre el codo para poder observarla bien. Su cuerpo está expuesto, exhibiendo sus generosos pechos; su piel, ligeramente bronceada, reluce bajo el sol. Es

como una jugosa manzana rojo brillante a la espera de que le dé un mordisco. He visto a muchas, muchísimas mujeres bastante más desnudas que ésta pero, joder, el cuerpo de Tessa está a otro nivel.

Mientras asciendo por sus caderas hasta sus firmes tetas con la mirada, sus dos manitas tratan de interrumpir mi recorrido visual. Me incorporo y siento la mullida hierba debajo de mí. Ésa es la parte positiva de que nunca pare de llover aquí.

La agarro de las muñecas y se las aparto a los costados.

—No te tapes delante de mí jamás —le digo, y me mira a los ojos.

—Es que... —Sus mejillas arden de rubor y desvía la mirada.

No permito que termine su ridículo comentario.

—No, no quiero que te cubras, no tienes nada de lo que avergonzarte, Tess.

No parece convencida. ¿Qué le pasó para que sea tan insegura?

—Lo digo en serio, mírate.

—Es que has estado con muchas chicas...

Cómo no, tenía que sacar eso a relucir. ¿Qué más le da que haya estado con otras chicas? No tenemos una relación, ni la vamos a tener jamás. Ninguna de las chicas con las que he estado eran como Tessa; algunas se le parecían algo, pero no suelo fijarme en las vírgenes inocentes. Me gusta que las mujeres con las que estoy tengan la suficiente experiencia como para follarme sabiendo lo que se hacen. No soy el profesor de nadie, y menos en lo que al sexo se refiere.

«Aparte de Natalie», me recuerda esa irritante vocecilla al fondo de mi mente. Natalie, esa dulce feligresa con el trasero demasiado grande como para no admirarlo y su cabello negro como el petróleo. Tenía tan poca experiencia que ni siquiera era capaz de ponerme el condón en la polla.

En

las catequesis de los domingos a las que acudía desde que salió del útero de su madre no le habían enseñado eso.

—Ninguna como tú —digo cuando vuelvo a mirarla.

Parece nerviosa, tan deliciosamente intacta, y quiero hundirme en ella.

—¿Tienes un condón? —El volumen de su voz disminuye cuando pronuncia la palabra *condón*.

¿Habrás visto alguno alguna vez? Natalie lo vio sólo en la oscuridad. «¿Por qué cojones no paro de pensar en Natalie en estos momentos?»

Puedo follarme a Tessa ya y ganar esa apuesta. Puedo hundirme en su cuerpo puro y tomar lo que he venido a buscar. Me está mirando expectante. Cree que soy el típico tío que trae aquí a las chicas

para follárselas en el bosque. Especialmente a aquellas que nunca lo han hecho antes.

—¿Un condón? —Me río, y justo en ese instante decido que no vamos a follar aquí—. No voy a follarte —le digo, aunque quiero hacerlo.

—Ah —replica Tessa con voz tímida, y se incorpora.

—¿Adónde vas?

¿Por qué da por hecho que tenemos que irnos sólo porque no voy a tirármela?

—Ah. No, Tess, no quería decir eso, es sólo que tú nunca has hecho nada... nada en absoluto, así que no pienso follarte. —Intento detectar si me cree, y añado—: Hoy.

Parte del rubor de sus mejillas desaparece.

—Hay muchas otras cosas que quiero hacer primero.

Joder si las hay. Voy a hacer que me suplique. Necesito que su cuerpo se rinda a mis caricias. Cada milímetro de su ser me pertenece en este momento. La tengo aquí tumbada, expuesta y dispuesta, y pienso aprovecharme de ello, de ella.

Me monto sobre su cuerpo y ella sacude un poco la cabeza cuando unas gotas del agua que empapa mi pelo le caen sobre el rostro. Sonrío y observo cómo cierra los ojos esperando a que caigan más.

—No puedo creer que nunca te haya follado nadie —digo con sinceridad.

Quiero presionar mi cuerpo cubierto contra el suyo para que se haga una pequeña idea de lo que sentiría si me la follara hoy. Me apoyo sobre uno de mis hombros, coloco la mano en la garganta de

Tessa y deslizo suavemente las puntas de los dedos entre sus abundantes pechos. Parecen tan suaves, y

son tan grandes que podría follármelos. Mi mano no llega a cubrirlos del todo, pero se mantienen perfectamente firmes. Sus pezones son como guijarros esperando a que mi boca los succione. Si me detengo aquí a admirarlos con el tacto, no seré capaz de mantener la polla en los calzoncillos. Menos mal que lleva puesto el sujetador.

Desciendo los dedos por su estómago, por la suave y modesta curva de su vientre. Su piel se eriza y la oigo suspirar. Deslizo la mano por debajo de sus bragas y me detengo brevemente en el borde de

la ropa interior. Continúo descendiendo por su coño y busco su clítoris a través de la humedad.

—¿Te gusta? —le pregunto mientras lo atrapo entre el índice y el pulgar.

No contesta. Está mojada e hinchada. Su cuerpo se ha rendido a mí con sólo una caricia. Tan sólo le he empezado a mostrar lo que puedo hacerle sentir. Me inclino sobre ella y rozo sus labios con los

míos.

—¿Te gusta más que cuando lo haces tú? —pregunto.

Libero su clítoris y deslizo un solo dedo por su hendidura. Me pregunto cómo se lo hará ella misma. ¿Se correrá frotándose el clítoris o metiéndose los dedos? Tengo la sensación de que es más de clítoris, que va directa al grano.

—Dime —insisto.

—¿Qué?...

—Cuando te tocas, ¿te gusta tanto como esto?

Sigue sin responder... ¿Por qué no me lo dice?

Joder, me pone tremendamente cachondo imaginármela tumbada en su cama de la residencia, abierta de piernas y acariciándose con esos deditos que tiene. Tendría que hacerlo en silencio porque

su compañera de habitación está durmiendo, pero se tocaría hasta llegar al orgasmo y se tataría

la

boca con la mano para no gritar. En algunas ocasiones, cuando el orgasmo es muy intenso, puede que

incluso se muerda el labio y se trague sus propios jadeos hasta volver a la realidad. Necesito saber

cómo lo hace, pero sigue mirándome como si me hubieran salido dos cabezas. Sólo le he preguntado

cómo se masturba.

«Vaya.»

De repente caigo en la cuenta de que doña Remilgada nunca se ha masturbado.

—Espera..., nunca has hecho eso tampoco, ¿verdad? —pregunto.

Continúo acariciándola, disfrutando del charco de excitación que cubre mi dedo.

—Tu cuerpo reacciona a mí de una manera tan exquisita, y estás tan húmeda...

Gime, y es un sonido delicioso de la hostia. Me centro en su clítoris de nuevo. Lo atrapo con suavidad entre mis dedos húmedos y dejo que se deslice suavemente.

—¿Qué... ha sido... eso? —dice, y su voz no es más que un cálido susurro. Toda su resistencia se ha rendido a mis caricias.

Repito el placentero pellizco y trazo pequeños círculos con el pulgar. Tessa jadea ahora. Sus piernas se tensan y sé que está cerca. Muy cerca. Me muero por ver cómo se deshace por mí. No puedo creer que nunca haya sentido la pura euforia del sexo. Joder, no sabe lo que se ha estado perdiendo.

Levanta la espalda del suelo, elevando las tetas hacia mi rostro. Un lametón no le hará daño a nadie.

Bueno, sí. Me distraería de mi objetivo. La beso de nuevo, esta vez reclamándola seriamente, y dándole justo lo que necesita. Le estoy proporcionando algo que nunca había sentido. Está cada vez más lejos de la realidad gracias a mis caricias. A mí.

Introduzco mi mano libre por debajo del sujetador y recojo su pecho perfecto. Lo masajeo y dejo que note más de una sensación a la vez. Le tiemblan las piernas.

—Eso es, Tessa, córrete para mí —la aliento.

Está tumbada sobre la hierba, mordiéndose el labio inferior con un intenso rubor en las mejillas, y su mirada..., joder, me encanta su mirada perdida.

—Mírame, nena —le ruego, y mordisqueo la carne que rebosa por fuera de su sujetador.

—Hardin —gime con voz densa, negándose a dejarme apartar la mirada.

Es tan sexi, tan erótica, sin pretenderlo lo más mínimo...

—Hardin... —Me atrae aún más hacia sí mientras pronuncia mi nombre.

Respira con dificultad al tiempo que intenta recobrar la compostura.

—Te daré un minuto para que te recuperes —digo y lentamente saco mi mano de sus bragas.

Un resbaladizo rastro de su orgasmo reluce en su vientre donde apoyo la mano. Suspira, y me llevo la mano al bóxer para secármela.

La tengo tan dura en estos momentos que ni siquiera puedo pensar. Ella sigue aquí tumbada, con expresión de acabar de vivir el mejor momento de su vida. Sé que quiere más. Y Dios sabe que se

lo

concedería sin dudar. Cada milímetro de mi cuerpo está deseando penetrarla. Quiero oír cómo

gime

y sentir cómo sus músculos se aferran a mi alrededor.

Pero hoy no. Hoy no puedo. Me levanto y recojo los vaqueros y las botas de la orilla.

Noto cómo Tessa me observa mientras me visto.

—¿Ya nos vamos? —pregunta con una voz baja cargada de duda.

¿Quiere que haga que se corra otra vez? ¿Quiere más ahora que sabe las maravillosas sensaciones que puede ofrecerle su cuerpo?

—Sí, ¿querías quedarte más rato?

—Es que pensaba... No sé. Creía que tal vez tú querías algo...

Parece humillada. ¿Por qué iba a sentirse así? ¿Se está arrepintiéndose ya de haber dejado que la masturbe?

Debería haberlo imaginado.

Tessa cambia de postura y se tapa. Ya está intentando huir de mí. Un momento... ha dicho que creía que yo quería algo...

—Ah, no. Estoy bien.

«Me encantaría sentir cómo tu lengua caliente juguetea con la punta de mi polla en este mismo instante, pero no forma parte del plan.»

Pero, en lugar de decir eso, añado «Por ahora», para asegurarme de que sepa que voy a disfrutarlo plenamente cuando suceda. Tessa asiente y se sube los vaqueros por las piernas y se coloca la camiseta por la cabeza.

Ver cómo se viste me está volviendo loco. Quiero abalanzarme sobre ella y desnudarla otra vez.

Se vuelve como si algo entre las piernas la incomodara. No puede dolerle; no la he penetrado de ninguna manera. Probablemente no esté acostumbrada a estar tan mojada. La idea me hace reír y me pone cachondo de la hostia a la vez.

—¿Te pasa algo? —le pregunto en el coche mientras conduzco por la carretera de gravilla. El sol se ha puesto ligeramente, y el aire es cada vez más húmedo. Pronto empezará a llover.

—No lo sé. ¿Por qué estás tan raro ahora?

«¿Raro? ¿Yo?»

—Yo no estoy raro, la que está rara eres tú.

—No, no me has dicho nada desde..., bueno, ya sabes. —Le da demasiada vergüenza ser más específica.

Lo digo yo por ella.

—Desde que te he provocado tu primer orgasmo.

—Eh..., sí. No has dicho nada desde eso. Te has vestido y nos hemos ido. Me hace pensar que me estás utilizando o algo.

¿Utilizándola? ¿Para qué?

Espera, es que la estoy utilizando. Mierda.

Pero ella eso no lo sabe. Es su inseguridad la que la hace pensar así.

—¿Qué? Es obvio que no te estoy utilizando. Para utilizar a alguien habría sacado algo a cambio —digo medio riéndome.

Pero ella no se ríe cuando la miro. Tiene los ojos rojos y una sola lágrima desciende por su mejilla. Joder.

«¿Está llorando?»

—¿Estás llorando? ¿Qué he dicho?

No la entiendo. ¿Por qué está tan sensible? Y ¿por qué me siento tan culpable? Siempre coge todo lo que digo y lo transforma en algo negativo. Tiene una muy mala opinión de mí, y no se lo reprocho. Es muy susceptible.

—No quería parecer insensible, lo siento. Es que no estoy acostumbrado a lo que se supone que tengo que hacer después de estar con alguien; además, no iba a dejarte en tu cuarto y largarme. Había

pensado que podíamos ir a cenar o algo, seguro que estás muerta de hambre. —Le doy un apretón en el muslo.

Ella me sonrío, y el pesar que sentía en el pecho disminuye de manera considerable.

—¿Qué clase de comida te gusta? —le pregunto.

No sé adónde llevarla. Nunca he salido a cenar a solas con ninguna mujer. Sí, ya sé que es triste, pero la mayor parte del tiempo que paso con las mujeres transcurre en otro sitio.

Ella se lleva las manos al pelo revuelto para recogerse. Creo que me gustará vérselo recogido..., así podré verle mejor la cara.

—La verdad es que me gusta todo, siempre que sepa lo que es y que no lleve kétchup.

—¿No te gusta el kétchup? ¿No se supone que a todos los estadounidenses los vuelve locos esa salsa?

Qué rara es esta chica.

—No tengo ni idea, pero es asquerosa.

Me hace gracia lo segura y orgullosa que se muestra con respecto a su firme odio por el kétchup. Se echa a reír conmigo.

—¿Te parece que sea una cena sencilla, entonces?

Cuando el ambiente en el coche se vuelve demasiado silencioso, le pregunto:

—¿Qué planes tienes para cuando termines la universidad?

Mierda, ya le había preguntado eso. Se me da fatal conversar.

—Tengo intención de mudarme a Seattle inmediatamente, y espero trabajar en una editorial o ser escritora. Sé que es una tontería. —Se mira las manos. No es ninguna tontería; yo tengo el mismo sueño—. Pero ya me lo preguntaste, ¿recuerdas?

—No, no lo es. Conozco a alguien que trabaja en la editorial Vance; está un poco lejos, pero a lo mejor podrían hacerte un contrato de formación. Si quieres, hablo con él. —Vance mataría por tener

a alguien tan brillante como Tessa trabajando allí.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí? —Se ha quedado pasmada, lo noto en su voz.

—Sí, no es para tanto. —Me encojo de hombros.

Odio recibir tanta atención en este momento. Siento el rebotante entusiasmo de Tessa en el asiento de al lado. Conseguirle a alguien un contrato de formación en Vance no es gran cosa. Lo haría por cualquiera. De verdad.

—Vaya, gracias. En serio. Necesito conseguir un trabajo o un contrato de prácticas pronto, y eso sería un sueño hecho realidad —dice, y junta las manos con entusiasmo.

Las junta literalmente, como una niña que acaba de ganar el oso gigante en la feria. Me entran ganas de sonreír.

Mientras aparco, Tessa parece algo insegura con respecto a la cena, y veo cómo observa el aspecto desfasado del local.

—La comida aquí es fantástica —le garantizo, y salgo del coche.

La cafetería está casi vacía cuando nos sentamos. Una anciana baja y rechoncha nos trae los menús, y yo intento mirar a cualquier parte menos a Tessa.

Una vez pedida la comida, inicia una conversación conmigo. Intenta sacarme algo sobre mi infancia, pero no se lo permito.

—Mi padre bebía mucho; nos abandonó cuando yo era pequeña —me suelta de repente.

Yo no digo nada. Me quedo mirando el plato con el ceño fruncido e intento no imaginármela de

niña escondiéndose de su versión del borracho de mi padre.

Permanezco sumido en mis pensamientos durante el trayecto de regreso. Centro la atención en usar los dedos para dibujar pequeñas figuras en la pierna de Tessa.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta cuando llegamos al campus.

Su frase está cargada de expectación.

Lo cierto es que sí lo he pasado bien. Me gustaría volver a «pasarlo bien» con ella y hacerla gemir mi nombre mientras la penetro con los dedos una y otra vez.

Pero, en lugar de eso, le digo:

—La verdad es que sí. Oye, te acompañaría a tu cuarto, pero no tengo energías para soportar el interrogatorio de Steph...

Me vuelvo hacia ella. Está decepcionada, aunque se esfuerza por mantener esa falsa sonrisa en su rostro.

—Tranquilo. Nos vemos mañana —dice con pesar.

Sé que no quiere marcharse, y la idea me complace. Se me queda mirando, esperando a que diga algo. No lo hago, pero alargo la mano y le coloco un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

No

tengo mucho que decir, pero quiero volver a tocarla. Quiero sentir esa inmensa calma que me infunde cuando me toca. Vuelve la mejilla y la apoya en la palma de mi mano. Parece una versión más joven de sí misma, abierta y aguardándome. Tiro de sus brazos para que se acerque. La necesito más cerca. Obedece, atraviesa la consola central y se coloca a horcajadas sobre mi regazo. Mi cuerpo está caliente tras haber recibido el sol vespertino, y las manos de ella recorren con avidez la tinta de

mi vientre por encima de la fina camiseta. Vibro al sentir las caricias de las puntas de sus dedos. Tiento su lengua con la mía y acepto todo lo que quiera darme. Le rodeo la espalda con los brazos y la aproximo a mí todo lo posible. Sigue sin ser suficiente. Necesito más. Nunca es suficiente

con ella. Mis manos ascienden por su cálido estómago y, de repente, nos interrumpe el tono de llamada más desagradable del mundo.

—¿Otra alarma? —le pregunto, y ella rebusca en su bolso.

La pantalla de su viejo móvil es pequeña, pero lo bastante grande como para que vea el nombre que aparece en ella: NOAH.

Su querido novio del instituto la está llamando mientras ella está en mi coche metiéndome la lengua hasta la garganta. Rechaza la llamada y me sonrío. ¿En serio? Supongo que no es tan inocente

como creía. Un buen orgasmo parece haber acabado con su sentido de la moralidad, gemido a gemido.

Caigo en la cuenta de que no va a contarle nada de lo que ha pasado hoy. Ni una palabra. Va a besarme, a salir de mi coche y a llamar al pijo de su novio en cuanto llegue a su cuarto. Le dirá que lo quiere. Él hará lo propio y ella sonreirá del mismo modo que cuando yo la besé.

Se lame los labios y se inclina por encima de la consola central para besarme de nuevo. «No, no...»

—Tengo que irme. —Suspiro y me quedo mirando hacia adelante a través del parabrisas.

—Hardin, he rechazado la llamada —dice a la defensiva—. Voy a hablar con él de esto. Aunque no sé cómo ni cuándo, pero será pronto, te lo prometo.

Vaya, parece que me equivocaba con respecto a lo de su pérdida de la moralidad, pero esto es peor de lo que pensaba. Se ha pasado la tarde conmigo, y ¿ahora va a romper con su novio de la

infancia y espera que yo lo sustituya?

«No, no.

»No.»

El ambiente del coche se está cargando, y siento que me asfixio mientras Tessa aguarda una respuesta.

—¿Que vas a hablar con él de qué? —le pregunto, consciente de que no debo seguir alimentando a este cachorro más de lo que lo he hecho ya.

—De todo esto —dice agitando la mano por el coche y meneando el aire denso, y estoy convencido de que voy a asfixiarme con él.

¿Cómo cojones se me ocurre hacer todo esto con ella? Debería habérmela follado, sin nada de cenitas debatiendo sobre el ketchup ni charlas sobre nuestros planes de futuro. Ahora quiere

formar

parte de mi vida, como hacen siempre las mujeres. Pues está bien loca si cree de verdad que eso

va a

suceder.

—De nosotros —añade.

Ha usado la palabra *nosotros*, y me aterra de la hostia.

—¿Nosotros? No estarás diciéndome que vas a romper con él... por mí, ¿verdad?

De repente siento todo su peso sobre mi regazo, como un firme recordatorio de por qué no me van las vírgenes. Ni siquiera para Natalie fue la primera vez; había perdido la virginidad con un

chico de su iglesia «experimentando».

—¿Es que... no quieres que lo haga? —dice arrugando el ceño con confusión.

«Joder, esto va de mal en peor.»

—No, ¿por qué ibas a hacerlo? A ver, si tú quieres dejarlo con él, hazlo, pero no lo hagas por mí.

—Pero... creía que...

—Ya te he dicho que yo no busco una relación, Theresa.

Se encoge, dolida por mis palabras. Esto es peor de lo que había imaginado. Una parte de mí quiere decirle que no pretendo ser un capullo, que llevo esta actitud en mis genes y que no es

culpa

mía. Ni suya. Aunque, en realidad, sí que es culpa mía. Es culpa mía no tener ni una pizca de lo

que

sea que haya que tener para que la gente quiera emparejarse y vivir felices para siempre mientras retozan en campos de flores silvestres. Sencillamente no soy capaz.

—Eres un gilipollas. —Se levanta de mi regazo y recoge apresuradamente su móvil y su bolso.

Su súbita ausencia sobre mi cuerpo me tortura, tanto como la tormenta gris que se ha formado en sus ojos.

—¡No quiero que vuelvas a acercarte a mí! ¡Lo digo en serio! —grita, y se dispone a marcharse.

La voz de Natalie dirigiéndome esas mismas palabras con los ojos llenos de lágrimas resuena en mi mente a través de un altavoz. Los ojos de Tessa están sólo vidriosos, pero sé que se está

aguantando el llanto por orgullo. Nos parecemos mucho en eso; el tremendo e irracional orgullo que tenemos podría llegar a ser peligroso.

Abre la puerta del coche y sale sin mirarme siquiera. Da un portazo deliberado y recorre el parking a paso acelerado. Arranco de inmediato y subo el volumen de la radio. Necesito que el

ruido

silencie el huracán que se está formando en mi mente. Me tiemblan las manos y no puedo parar de darle vueltas a la cabeza.

Natalie, Theresa, Natalie, Theresa.

Natalie está en el porche de la casa de mi madre en Hampstead con una mochila estudiantil de flores pegada al pecho y los ojos rojos inundados de lágrimas.

«Por favor, Hardin —lloraba—. No tengo adónde ir.»

Estaba suplicando. Una nube de vapor empañaba el aire frío delante de su rostro mientras hablaba.

No fui capaz de dejarla pasar. No pude hacerlo. Tenía entendido que su familia y la iglesia la habían

repudiado, que la habían echado de sus dos santuarios. Me parecía tan joven en ese momento...; sus

ojos azules brillaban a través de la oscuridad mientras esperaba, con la esperanza de que cambiara de

idea.

Pero no lo hice. Joder, no podía. No podía dejar que se quedara en mi casa. Mi madre casi nunca estaba allí, lo que significaba que estaría conmigo todo el tiempo. ¿Qué podía hacer yo por ella?

No

quería tener nada que ver con ella y, aunque así fuera, no podía hacer nada por ayudarla. Mi padre era

un borracho que la habría despertado al entrar tambaleándose en la húmeda casa. Las paredes tenían

manchas de humo y su olor se había filtrado de manera permanente en la tapicería de los muebles.

¿Dónde iba a dormir si él regresaba de repente? Llevaba años sin aparecer, pero mi mente infantil creía que volvería. Era un estúpido.

Ahora ha vuelto. Tiene una bonita familia y vive en una enorme casa, y detesto la cantidad de veces que ese pensamiento me viene a la mente. Ya me he trasladado a otro país para vivir más cerca de él, pero lo tengo grabado en la cabeza todo el puto día.

El ruido de un claxon me devuelve al presente y doy un volantazo, lo que provoca que el monovolumen me pite de nuevo. No veo con claridad; el mundo más allá del parabrisas es un borrón.

Parpadeo unas cuantas veces y alargo la mano hacia el dial de la radio. Necesito detenerme a un lado de la carretera. Me duele el pecho. Siento un constante martilleo muscular en mi interior. Es tan

intenso que me tiemblan los huesos. Unas gotas de sudor, o tal vez lágrimas, me empapan la piel. Me

las seco avergonzado.

—¡Joder! —grito al denso ambiente.

Necesito oxígeno. Tengo la sensación de que se me cierra la garganta y abro la ventanilla. El fresco aire otoñal se abre paso y relaja mi respiración.

Ve el rostro de Natalie en mi mente tan claro como si la tuviera delante. Junto a ella está Tessa, y ambas se ríen de mí a carcajadas. Se están burlando de la influencia que ejercen sobre mí. La omnisciente sonrisa de Tessa se ilumina, y Natalie desaparece. ¿Qué cojones me está pasando? Tengo que alejarme de Tessa. Me importa una mierda la Apuesta y quedar como un idiota cuando Zed gane. Zed.

Su nombre me hace vacilar. No soporto imaginarme su cuerpo sudoroso sobre el de ella mientras la penetra.

Cierro los ojos y apoyo mi mejilla ardiente contra el frío volante. En menudo lío de mierda me he metido.

Cuando llego a clase, Tessa no está en su sitio, que está vacío, como el de Landon. Me siento y saco el móvil. Hay un mensaje de Logan en el que me invita a tomar algo después de comer. Le respondo que no y vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo de los vaqueros negros. Me están un poco ceñidos, pero no importa. Tengo las piernas demasiado largas y parezco un payaso si me pongo pantalones anchos. Tengo una mancha de rotulador (o igual es de maquillaje) en la manga de mi camiseta blanca. No me apetecía hacer la colada, y algunas de las cosas que se ponen las mujeres en la cara deben de ser biopeligrosas como mínimo.

Estoy distraído pensando en mi desagradable falta de higiene cuando Tessa entra por la puerta. La miro directamente con la intención de que sus ojos se encuentren con los míos mientras avanza hacia la primera fila. Me sorprende que no se siente en otro sitio. Pensaba que su odio hacia mí sería tan fuerte que haría algo así.

—¿Tess? —susurro a través del reducido espacio que separa nuestros asientos.

Ella finge que no me oye, pero he notado el respingo de sus hombros cuando he pronunciado su nombre.

—¿Tess? —Traga saliva, y su pecho se hincha y se deshinchas con una lentitud antinatural.

La tensión que emana de nosotros es palpable.

—No me hables, Hardin —dice, y se pone firme para indicarme que no está de broma.

—Venga ya. —Intento engatusarla con una sonrisa, pero no cuela.

Se lame los labios y dice:

—Lo digo en serio, Hardin. Déjame en paz.

—Vale, como quieras. —Si quiere hacerse la difícil, yo también sé serlo.

Vaya si lo sé.

Landon interviene en la conversación como un cachorrillo preocupado.

—¿Estás bien? —le pregunta a Tessa.

—Sí, estoy bien. —Asiente ella, y se vuelve ligeramente para darme más la espalda.

La semana transcurre con noches en vela y tentadoras llamadas por parte de las botellas que están bajo la pila. Cada vez se me hace más difícil resistirme a ellas. Cuando llega el viernes estoy agotado de la hostia. Tengo un aspecto de mierda y me siento como tal. Cuando llego a literatura, Landon está sentado en su sitio y me mira inmediatamente.

—Tengo que hablar contigo —dice.

Echo un vistazo a mi alrededor para ver a quién más podría estar dirigiéndose. No puede estar hablándome a mí, pero Tessa acaba de entrar por la puerta, así que podría ser.

—Sí, es a ti —dice, y parece aún más cabreado que antes.

Ocupo mi sitio y paso de él. Cruzo las piernas por debajo de la mesa, me inclino hacia atrás y me apoyo contra el duro respaldo de plástico de la silla.

—Quería transmitirte una invitación para que vengas a cenar dentro de unos días. Nuestros padres tienen algo que decirte. —Parece percatarse de su propia estupidez, porque se corrige—: Mi madre y tu padre.

¿«Nuestros padres»? ¿Es que ha perdido la puta cabeza?

—¡No vuelvas a decir nada parecido, gilipollas!

Landon se dispone a levantarse presionando las manos contra la superficie del pupitre. No se atreverá.

—¡Déjalo en paz! —grita Tessa, y me agarra de los brazos para evitar que me abalance sobre Landon.

Tiene que aprender a meterse en sus putos asuntos. Bajo los brazos. «A la mierda con esto.» ¿Por qué ha tenido que aparecer?

—Métete en tus asuntos, Theresa.

Ella se inclina sobre su mejor amigo y le susurra algo. «Mejor amigo» es una expresión absurda, pero seguro que estos dos petardos la utilizan.

—Nada. Es que es un capullo, básicamente —dice Landon en voz alta mientras esboza su sonrisa más encantadora.

La risita de Tessa me irrita mucho.

Se vuelve hacia Landon.

—¡Tengo buenas noticias!

Vaya. Está actuando delante de mí. Seguro que piensa que no me doy cuenta de su comportamiento infantil.

—¿En serio? ¿El qué?

—¡Noah va a venir a visitarme hoy, y pasará aquí el fin de semana!

Una punzada de celos se apodera de mí y me crispa todos y cada uno de mis nervios. Con cada palmada que da Tessa, siento cómo mi abrasadora mirada calienta su piel, y cada vatio de luminosidad que emana de su sonrisa aumenta los vehementes temblores de mis manos sobre el pupitre.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —exclama Landon con sinceridad, y ninguno de los dos me presta atención cuando finjo tener arcadas.

DIECIOCHO

Ahora que había conocido a la chica, empezaron a aumentar sus temores. Nunca había tenido demasiada competencia en lo que al afecto de las mujeres se refería. Ningún otro hombre se había interpuesto jamás en sus breves encuentros con ellas.

Hasta que apareció aquel chico perfecto de cabello dorado, con un libro que contenía todos sus secretos. Sabía que aquel chico la había visto crecer; había estado a su lado durante la mayor parte de su vida, y probablemente la conocía mejor que nadie. Era fácilmente detestable, pero al final se dio cuenta de que él no era la competencia en absoluto.

Mientras recorro el vestíbulo de la residencia de Tessa, intento quitarme esos pensamientos de la cabeza. No hago más que imaginármela desnuda debajo del cuerpo de ese niño bonito. Lleva el cárdigan atado alrededor de los hombros mientras se la folla.

Si no fuera porque me da náuseas, la imagen me resultaría chistosa.

Llamo a la puerta de Tessa una vez antes de girar el pomo y entrar. No está cerrada con llave, lo que significa que su novio y ella no tienen planeado nada demasiado salvaje. Noah y ella están sentados en la cama a oscuras, y Tessa da un respingo al verme y se aparta un poco de él.

—¿Qué haces tú aquí? —ladra, y eleva la voz al darse cuenta de quién acaba de llegar—. ¡No puedes irrumpir en mi cuarto de esta manera!

Sonrío a la adorable pareja.

—He quedado con Steph. —Me siento en el borde de la cama de Steph, sabiendo que es una mentira descarada.

Me vuelvo hacia Noah para evaluar su nivel de cabreo. ¿Será un tío majo o un estirado como Tessa? Seguro que se cabrea como una mona en cuanto pronuncie su nombre.

—Hola, Noah, me alegro de volver a verte. —Me planteo estrecharle la mano.

Seguro que está acostumbrado a hacerlo en el club de campo al que pertenece.

—Está con Tristan, probablemente en tu casa —dice Tessa escupiendo las palabras como si intentara insinuarle que me largue.

«Todavía no, rubita.»

—¿Ah, sí? —digo para sacarla de quicio—. ¿Vais a venir a la fiesta?

Eso sería mucho más divertido. El tipo encajaría en la casa de la fraternidad, el resto de los pijos rubios lo obligarían a beber cerveza del barril haciendo el pino en cuanto entrara por la puerta.

Su

alma pura se vería mancillada, y Theresa tendría que buscarse otro guaperas rubio. Pobrecita.

—No..., no vamos a ir. Estamos intentando ver una película —me contesta.

Noah mueve la mano en la oscuridad y me horrorizo al ver que la coloca sobre la de ella. Percibo lo incómoda que está incluso a través de la penumbra.

—Qué pena. Será mejor que me marche... —Al volverme, parte de la presión que siento en el pecho desaparece—. Ah, Noah... —Hago una pausa entre mis palabras y espero para ver cómo

Tessa

se echa a temblar—. Llevas una chaqueta preciosa.

Parece aliviada al comprobar que no voy a montar una escena.

—Gracias, es de GAP —me responde él.

El pobre no tiene ni idea de que me estoy burlando.

—Me lo imaginaba. Que os divirtáis —digo, y salgo de la habitación.

Me arde el pecho mientras cierro la puerta. Menudo pelele.

DIECINUEVE

Justo cuando su vida empezaba a cobrar un poco de sentido, algo la sacudió de nuevo. Creía que tenía el control absoluto de sí mismo, de ella, de todo. Se estaba resistiendo a la dulce tentación del amargo licor. No quería necesitarlo del modo en que lo había necesitado hasta que se vio al teléfono hablando con su padre, escuchando los detalles de su nueva (y mejor) vida.

Después de colgar, no tuvo otra opción.

Estaba completamente solo con su única amiga. La botella de whisky estaba casi vacía, como él.

Cuando llego a casa de los Scott, aparco justo en medio del acceso. Detesto esta preciosa casa, que

descansa sobre un perfecto césped verde. Ken y Karen pagan una buena pasta para que les arreglen el

jardín; fijo que también pagan una buena pasta para que los arreglen a ellos. Seguro que a la recién

prometida de Ken le encanta vivir aquí. Probablemente disfrute gastándose su dinero en emperifollarse.

Estoy que echo humo.

Estoy cabreado y no lo suficientemente borracho como para aguantar gilipolleces. ¿Qué clase de padre de mierda le anuncia a su único hijo que va a casarse con otra mujer justo cuando estás empezando a conocerlo? Ésa es justamente la razón por la que no quería saber nada de él. Me jode mogollón que sólo quedara un cuarto de licor en esa botella. Me va a estallar la cabeza, tengo la garganta seca y me muero por un trago de whisky. Ken Scott tiene guardadas muchas botellas caras.

Siempre que alguno de sus pijos colegas de suéter sin mangas regresan de sus vacaciones a Escocia

le regalan una. El cabrón de mi padre va a volver a casarse, y me lo suelta así: «Karen y yo vamos a

contraer matrimonio. Pronto, muy pronto».

«¿A contraer matrimonio?» ¿No había una expresión menos natural que ésa? ¿Y durante una puta conversación telefónica?

—Vamos a contraer matrimonio —repito mientras subo los escalones del porche de dos en dos.

El hombre tiene tantos arbustos podados con formas ornamentales que tengo la sensación de estar en la puta selva de Willy Wonka o en la puta fábrica, o como cojones se llamara. Es horrible.

Antes que nada, necesito más whisky.

—Estoy aquí —exclamo en la oscuridad.

Me encuentro en un aprieto. Estoy borracho, pero no tanto como me gustaría. Necesito más alcohol. Ken tiene más alcohol. Siempre lo tiene.

Llamo a la puerta y nadie abre. Esta estúpida y ostentosa casa modelo de ladrillo es demasiado grande.

—¿Hola? —grito hacia el oscuro patio, pero sólo me responde el intenso chirriar de los grillos.

Todos los vecinos tienen las luces del porche encendidas, y en cada casa hay aparcado un todoterreno con el parachoques repleto de pegatinas de la WCU. Todos los académicos de sueldo excesivo de la universidad viven en esta calle. Me bajo el gorro de lana gris un poco más con el

fin

de que los vecinos me vean con un aspecto aún más peligroso que el que tengo de costumbre. Landon abre la puerta antes de que me dé cuenta de que estoy aporreando la madera con el puño. Tengo los nudillos hechos mierda. Nunca le doy tiempo a la piel de que sane antes de desgarrármela de nuevo.

—¿Hardin? —dice con voz grave, como si acabara de despertarlo.

—No —contesto, y paso por su lado hacia el recibidor.

Voy directamente a la cocina y levanto la voz para que me oiga mientras me sigue. De camino, reparo un instante en el enorme y recargado sofá repleto de volantes en el que parece que alguien haya vomitado flores sobre él.

—Es otra persona idéntica a él, sólo que a este modelo aún le pareces más capullo que al modelo anterior.

Abro el armario de la cocina e inicio mi búsqueda. Desde que se desintoxicó, mi donante de esperma, es decir, Ken, se ha deshecho de casi todo el alcohol, pero sé que conserva al menos una botella de whisky escocés especial. Puede que sea un recordatorio, o tal vez una tentación, pero sé que la adora, la guarda como si fuera un tesoro. En el tiempo que llevo aquí, lo he oído hablar más de esa estúpida botella y con más placer que de su propio hijo. Cada vez la guarda en un sitio diferente;

no

sé si la esconde de sí mismo o si la utiliza como un recordatorio constante de su abstinencia. Sea como sea, ahora es mía.

—No están aquí. Mi madre y Ken están pasando el fin de semana fuera de la ciudad —me explica Landon, aunque yo ya lo sabía.

Me quedo callado. No tengo ganas de conversar con mi futuro hermanastro. La idea me da ganas de vomitar. No quiero tener una familia, ni hermanos de los que estar pendiente y viceversa.

Quiero

estar solo y ocuparme de mí mismo.

Sigo buscando, esta vez en la habitación de Ken y Karen. Es un cuarto enorme, lo suficientemente amplio como para albergar tres camas *king-size* como la cama con dosel que tienen en el centro

del

dormitorio. Tanto la cómoda, como las mesillas de noche y la cama son de oscura madera de cerezo,

al igual que la mesa del despacho de Ken.

Menudo capullo obsesivo.

Es una habitación espantosa y fea de cojones, así que espero que Ken y Karen sean felices aquí con sus muebles a juego y su vida perfecta. Tiro de la cadena del armario para encender la luz y

paso

las manos por los estantes. Después de palpar algo de polvo y una caja, mis dedos tocan cristal.

Bingo.

Bajo la botella con cuidado y limpio la fina capa de polvo que se ha acumulado sobre ella desde la última vez que Ken la mostró en público. Giro el tapón inmediatamente y siento una tremenda satisfacción cuando el plástico se rompe y desgarrar el perfecto sello.

El whisky me quema la lengua y me escuece en un pequeño corte que tengo en el interior de la mejilla. Disfruto del sabor y el denso y lento ardor del fino licor. A Ken Scott siempre le ha gustado

el *scotch*, es un auténtico aficionado a esta bebida. Tiene un sabor increíble, muy suave, pero a la vez muy intenso. Personalmente opino que es un poco pretenciosa, y me decepcionó descubrir que es

el único whisky que procede de Escocia. Cabrones presuntuosos. A mí también me encanta el sabor, es

algo que heredé de la corta lista de contribuciones de Ken a mi existencia.

Ya llevo media botella, todo me da vueltas, y creo que debería acabármela. ¿Por qué no? Mi padre no se la merece; ni siquiera merece volver a beber. Cuando decidió dejar de caer en la tentación, perdió el derecho a poseer una botella tan exquisita.

Además, él ya tiene bastantes cosas buenas y perfectas. Como su nuevo hijo, por ejemplo, que ahora mismo parece creer que puede evitar mi objetivo de hacer que su nuevo papaíto se sienta tan

desgraciado como yo. Ken tiene una prometida perfecta que mantiene siempre la despensa y su estómago llenos. Ella no debe trabajar turnos de ocho horas para después acudir corriendo a otro trabajo. No tiene que alinear las facturas sobre la mesa de la cocina, a la que le falta una pata, para escoger la que no va a poder pagar este mes. Por las veces que he hablado con él, parece creer que todo nos iba bien en Hampstead, y yo culpo de parte de esa ilusión a mi madre, que tenía más orgullo

que cerebro.

Su casa está impoluta, hasta el frigorífico lo está, sin marcas de huellas en el acero inoxidable. Me lamo los dedos y los paso por el metal.

Landon resopla y maldice a mis espaldas.

—¿Te has bebido la botella entera? —pregunta mirando con unos ojos como platos la botella que se balancea en mi mano.

—No, todavía queda la mitad. ¿Quieres un poco? —le pregunto.

Retrocede hacia el comedor con las manos levantadas, y lo sigo.

—No.

El hijo perfecto que no bebe. Qué mono.

—Creía que ya no bebías —dice.

Me vuelvo hacia él y me aferro a una enorme vitrina llena de relucientes platos caros para no caerme. ¿Qué cojones sabe de mis problemas con la bebida?

Clavo los dedos en la madera.

—¿A cuento de qué dices eso?

Al instante se da cuenta de que se suponía que no debía decir nada de eso delante del pobre chico traumatizado y abre mucho los ojos.

—Sólo decía que... —Intenta venderme la burra.

—Déjalo. —Levanto la mano con la botella y él retrocede desde el comedor hasta el salón.

No va a dejar de hablar. Va a insistir y a insistir. No tengo ningún control sobre él, sobre nada de lo que está pasando en este momento. Joder, el capullo de mi padre va a casarse, estoy borracho y cabreado, y este gilipollas no sabe cuándo dejar de agobiarme.

Agarro la esquina de la vitrina que tengo al lado con toda la vajilla de porcelana dentro.

Se está pasando.

—Tu padre dijo...

Y ahora ha llegado mi turno de pasarme. Antes de que termine la frase, tiro la vitrina al suelo, y lo hago con tanta fuerza que se me cae la botella en el proceso. Landon grita algo, pero con el ruido

de la porcelana haciéndose añicos no consigo oír el qué.

—¡Largo de aquí! ¡Quiero que te marches! —me chilló.

Me agacho y recojo la botella de entre el revoltijo de cristales rotos, madera astillada y fragmentos de platos de color blanco y azul. Me corto la punta del dedo y me lamo la sangre

mientras

me aseguro de que la botella de whisky esté perfectamente cerrada.

—Seguro que a Tessa le encantaría ver esto —lo oigo gritar cuando abro la puerta trasera.

«¿Tessa?» Quiero preguntarle qué cojones pinta Tessa en todo esto, pero no quiero darle la satisfacción de saber que puede utilizarla en mi contra. Por el motivo que sea, cree que

soltándome su

nombre va a conseguir que me calme y que deje de beber, y no pienso permitir que sepa que está

en

lo cierto. Paso de él, aunque no quiero hacerlo, y salgo al patio trasero.

El ambiente es cálido pero tranquilo. Está empezando el otoño; las calurosas noches de verano pronto se tornarán frescas, y esas noches frescas pronto se tornarán gélidas. La próxima vez que

la

cague pienso trasladarme a algún sitio donde haga más calor.

—«Seguro que a Tessa le encantaría ver esto» —digo en voz alta imitando el tono de Landon.

Estaba intentando hacerse el listillo informándome de que ella no aprobaría mi destructiva pataleta.

—¡Tessa, Tessa, Tessa! —grito a la oscuridad.

Incluso este patio es perfecto. Es casi tan grande como un campo de fútbol americano y está repleto de altos árboles que dan buena sombra durante el día y forman un negro manto de

oscuridad

de noche.

Todo me da vueltas, y el silencio no ayuda. Bebo otro trago.

Unos minutos más tarde, el chirrido de la puerta mosquitera hace que me levante de un brinco.

Tessa está en el umbral, delante de Landon. Se dirige hacia mí y siento que el peso de la botella

que

tengo en la mano aumenta a cada paso que da. Tiene sus ojos claros fijos en mí.

¿Es real? Su pelo rubio brilla tanto bajo las luces del patio... Está resplandeciente. Enfadada, pero radiante.

¿De verdad está aquí? Creo que sí... debe de estarlo, a menos que el whisky contuviera algún alucinógeno.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?! —le pregunto.

Sigo su línea de visión hasta Landon y me quedo helado. Qué cabrón.

—Landon me ha... —empieza a responder.

—Joder, ¿la has llamado?!

Landon pasa de mí, entra en casa y cierra la puerta.

Tessa me señala.

—Déjalo en paz, Hardin. Está preocupado por ti —defiende a su amigo.

El hermano perfecto con su amiga perfecta.

Suele hablar siempre con suavidad, excepto cuando está cabreada. Tiene unos ojos muy bonitos, demasiado perfectos para esa cara tan dulce. No puedo seguir mirándola, me está dando dolor de

cabeza. Tengo que adivinar qué está pensando, y ya he tenido una noche bastante larga de por sí. Me siento a la mesa del patio y la invito a sentarse enfrente de mí.

Cuando lo hace, bebo otro trago y ella me observa. Siento cómo me juzga con la mirada. Golpeo

la mesa de cristal con el culo de la pesada botella y Tessa da un brinco. Debería marcharse. No

debería estar aquí. Landon no debería haberla llamado ni haberle pedido que viniera. Además, ¿qué hace aquí? Su novio ha venido a verla este fin de semana, y seguro que a estas horas tocaban abrazos

según su agenda.

La idea me da escalofríos. Landon no tenía ningún puto derecho a pedirle que viniera.

—Menuda pareja. Qué predecibles sois. El pobrecito Hardin está enfadado, ¡así que os aliáis contra mí para intentar hacer que me sienta mal por haber destrozado una puta vajilla! —Le

sonrío

para que sepa que en la función de esta noche soy el villano.

—¿No decías que no bebías? —inquire.

Está intentando entender quién soy. La tengo confundida, y no lo soporta.

—Y no lo hacía. Hasta ahora, supongo. No seas condescendiente conmigo; tú no eres mejor que yo. —La señalo con el dedo, usando su propia técnica de reprimenda contra ella.

No parece impresionarle mi gesto. Bebo otro trago.

—No he dicho que sea mejor que tú. Sólo quiero saber por qué estás bebiendo.

Nunca entenderé qué le hace pensar a esta chica que puede preguntarme lo que le viene en gana.

¿Sabe lo que son los límites? No tiene ninguno.

—Y ¿a ti qué te importa? ¿Dónde está tu «novio»? —le suelto mirándola directamente a los ojos.

Aparta la mirada, incapaz de mantener la mía.

—Está en mi habitación. Sólo quiero ayudarte, Hardin. —Alarga la mano para tocarme, y yo aparto la mía antes de que lo haga.

¿Qué hace? Esto debe de ser alguna broma macabra. Landon debe de haberle pedido que venga y que se muestre amable conmigo para domar al león. ¿Por qué iba a tocarme, si no?

—¿Ayudarme? —Me echo a reír—. Si de verdad quieres ayudarme, lárgate. —Agito la botella y mi mano en dirección a la puerta.

—¿Por qué no me cuentas qué te pasa? —insiste.

Sabía que lo haría. Los rizos de su pelo suelto descansan sobre sus hombros. Lleva ropa casual, y parece más joven que nunca. Aparta los ojos de los míos y se mira las manos sobre su regazo.

Por inercia, me quito el gorro y me paso la mano por el pelo. Huelo el whisky que emana por mis poros, y puedo oír la larga y pesada respiración de Tessa. Empiezo a respirar a su ritmo, y de

repente

me pregunto qué cojones estoy haciendo.

Prefiero que hablemos a que estemos aquí callados en este tenso silencio.

—Mi padre ha decidido contarme, precisamente ahora, que va a casarse con Karen, y que la boda es el mes que viene. Debería habérmelo dicho hace tiempo, y desde luego no por teléfono. Estoy

convencido de que Landon el perfecto lo sabe desde hace tiempo.

Tessa me mira al instante, y parece algo sorprendida de que me haya prestado a hablar con tanta franqueza.

No pretendía entrar en tantos detalles.

Culpo de ello al whisky.

—Seguro que tenía sus motivos para no decírtelo —lo defiende.

Cómo no. Ken Scott es como ella: guapo, refinado..., y siempre el bueno de la película.

—Tú no lo conoces. No le importo una mierda. ¿Sabes cuántas veces hemos hablado en el último año? ¡Unas diez! Lo único que le importa es su enorme casa, su ahora futura esposa y su nuevo

hijito

perfecto. —Doy otro trago de la botella y me seco los labios con el dorso de la mano—. Deberías

ver

el cuchitril en el que vive mi madre en Inglaterra. Ella dice que le gusta, pero sé que no es verdad.

¡Toda la casa es más pequeña que el dormitorio que tiene mi padre aquí! Mi madre prácticamente

me

obligó a venir a estudiar a Estados Unidos, para que estuviera más cerca de él, ¡y mira cómo ha salido todo!

—¿Cuántos años tenías cuando se marchó? —pregunta Tessa.

No sé si siente curiosidad, compasión o si sólo es una simple pregunta.

Vacilo antes de responder.

—Diez. Pero incluso antes de que se marchara, nunca estaba en casa. Se pasaba cada noche en un bar diferente. Y ahora es don Perfecto y posee toda esta mierda... —Señalo hacia la casa.

Unas macetas con coloridas flores decoran el escalón de la terraza de madera, para acabar de completar el decorado.

—Siento que os abandonara, pero...

—No, no necesito tu compasión —la interrumpo.

Siempre está excusando a todos los que la rodean. Es frustrante de la hostia. No conoce a mi padre. Ella no tuvo que soportar toda su mierda hasta que desapareció, ni echó de menos después tener que hacerlo.

—No es compasión. Sólo intento...

«¿Juzgarme?»

—¿Qué intentas? —la presiono para que responda.

—Ayudarte. Estar aquí para ti.

Lo dice en tono amable. Es una lástima que no sepa nada sobre mí. No sabe a quién está intentando ayudar. Debe entender que no soy reparable y que está perdiendo el tiempo aquí. Tiene que largarse y

no volver a hablarme jamás.

—Eres patética. ¿No ves que no te quiero aquí? No quiero que estés aquí para mí. Sólo porque me haya enrollado contigo no significa que quiera nada de ti. Pero aquí estás, y dejas al «majo» de tu novio, que sorprendentemente soporta estar contigo, para venir a verme e intentar «ayudarme». Eso, Theresa, es la pura definición de la palabra *patética* —digo, y observo cómo sus ojos grises se transforman en piedra.

—Sé que no has querido decir eso. —No me conoce, pero sabe interpretarme perfectamente.

Decido asestar el golpe final.

—Claro que sí. Lárgate. —Levanto la botella con aire victorioso y abro la boca.

De repente, desaparece de mi mano y sale volando a través del patio.

—¡¿Qué cojones haces?! —le grito.

¿Está loca? ¿Cómo se le ocurre lanzar una botella de whisky tan valiosa por los aires? Mi mirada oscila entre su figura dirigiéndose hacia la puerta del patio y la botella. Después la sigo tras recoger

la botella y dejarla a un lado del suelo de madera de la terraza, cerca de la mesa. Me cuesta mantener

el equilibrio, pero consigo plantarme delante de ella.

—¿Adónde vas? —La miro e impido que entre en casa.

La luz de la terraza proyecta la sombra de sus pestañas sobre sus pómulos. Me quedo observándola mientras ella se mira los pies.

—A ayudar a Landon a limpiar el desastre que has montado, y después me voy a casa —responde con convicción y sin dar lugar a una discusión.

Sin embargo, soy un experto en el arte de encontrar el más mínimo hueco, la más mínima grieta, por minúscula que sea, que dé pie a discutir.

—Y ¿por qué vas a ayudarlo? —Me ha traicionado llamándola, y ¿ahora va a dejarme para ir a ayudarlo?

—Porque, a diferencia de ti, él merece que alguien lo ayude —responde con voz grave, firme y cargada de determinación.

Siento cómo el impacto de sus palabras se hunde en mi pecho mientras me mira a los ojos desafiante.

Tiene razón. Es el típico tío con el que da gusto estar. No rompe nada ni monta espectáculos cuando recibe malas noticias. Merece su tiempo y su atención, y merece entrar en esa enorme casa y que lo reciban con cariño y poder irse a su propia habitación. Merece una comida casera; no debería comer comida para llevar en una habitación vacía en una casa repleta de desconocidos que lo odian en secreto.

En eso tiene razón, y por eso dejo que pase y entre en la casa sin mediar palabra.

El modo en que me ha mirado al pasar se me ha clavado en la mente y la imagen se reproduce sin cesar. Saco mi móvil y observo las pocas fotos que le he hecho. Una cuando caminábamos hacia el arroyo...; su pelo parecía aún más rubio bajo la luz del sol y tenía la piel radiante. Estaba tranquila.

Bueno, puede que estuviera nerviosa, pero parece relajada en la foto. Es muy bonita. ¿Por qué iba a querer ayudarme? ¿Qué le ha contado Landon sobre mis problemas con la bebida?

Vuelvo a ponerme el gorro y, al cabo de unos minutos, no puedo evitar entrar. Abro la puerta. Los ojos me arden y me va a estallar la cabeza.

—Tessa, ¿podemos hablar, por favor? —pregunto inmediatamente.

Landon está en cuclillas, metiendo pedazos rotos de vajilla en un cubo de plástico. Ella asiente y la miro a la cara. Después mis ojos descienden por su figura y se detienen en su dedo ensangrentado,

que sostiene debajo del grifo de la pila.

Atravieso la cocina en sólo unos pocos pasos.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—No es nada, me he clavado un cristalito —dice.

El corte parece pequeño, pero no lo veo bien. Le agarro la mano y se la aparto del agua. Mide alrededor de un centímetro y medio de largo y medio centímetro de hondo. Sobrevivirá; sólo necesita un apósito. Su mano es ligera y cálida, y siento cómo mi respiración se relaja mientras la sostengo. Se la suelto y ella exhala un profundo suspiro.

—¿Dónde están las tiritas? —le pregunto a Landon.

—En el baño. —Está cabreado conmigo. Lo noto en su tono.

Localizo sin problemas la pequeña caja de apósitos en el armarito. Cojo la pomada antibacteriana del fondo del estante y vuelvo a la cocina.

Tomo la mano de Tessa por segunda vez y le echo un poco de crema en la punta del dedo. Ella me observa detenidamente. Supongo que no sabe qué pensar. Las tiritas me recuerdan a mi madre y a aquella puta noche de hace tanto tiempo. Aparto la imagen de mi mente y envuelvo el apósito alrededor del dedo de Tessa.

—¿Podemos hablar, por favor? —le pregunto por segunda vez.

Asiente. La agarro de la muñeca y la guío hasta el patio de nuevo. Allí tendremos más intimidad; Landon no nos escuchará.

Cuando llegamos a la mesa, le suelto la muñeca y retiro la silla para que se siente. Supongo que es lo menos que puedo hacer. Tengo la mano fría, y ya no percibo el bombeo de la sangre detrás de

mis orejas. Me siento tranquilo y bien.

Saco otra silla y la arrastro por el lado del suelo de piedra del patio. Cuando me siento frente a ella, mis rodillas casi rozan las suyas.

—¿Y bien?, ¿de qué quieres hablar, Hardin? —pregunta con absoluto desinterés.

Me quito el gorro y lo tiro sobre la mesa que nos separa. Me llevo la mano al pelo. Me siento como un gilipollas por haberme comportado como un auténtico capullo hace unos minutos. Quiero que sepa que no soy su obra benéfica, su muñeco roto, pero ahora que me ha bajado el subidón de adrenalina, empiezo a darme cuenta de lo imbécil que soy.

—Lo siento —digo en voz tan baja que las palabras se asientan en el ruido estático que nos separa.

No dice nada.

—¿Me has oído?

—Sí, te he oído —me ladra.

Tiene el mentón levantado con aire desafiante. Está cabreada.

¿Ella está cabreada? ¡Yo estoy cabreado! Aparece aquí, se entromete en mi drama familiar y encima no acepta mis disculpas?

Recojo la botella y le quito el tapón. Ella me fulmina con la mirada mientras el licor desciende por mi garganta.

—Eres una persona muy difícil.

—¿Que yo soy difícil? ¡¿No hablarás en serio?!... ¿Qué esperas que haga, Hardin? Eres cruel conmigo. Tremendamente cruel. —Le tiemblan los labios y sus ojos se humedecen.

Trata de mantener una postura firme, pero no lo consigue; está muy dolida.

—No lo pretendo —susurro.

—Sí lo pretendes, y lo sabes. Lo haces a propósito. Nunca nadie me había tratado tan mal en toda mi vida.

Eso no puede ser cierto. Tampoco me he portado tan mal con ella; no ha vivido nada si esto es lo peor que alguien la ha tratado.

—Y ¿por qué sigues relacionándote conmigo? ¿Por qué no pasas? —le pregunto.

Si soy tan malo, ¿por qué no deja de intentar estar conmigo?

Desoigo a la parte de mi cerebro que se pregunta cómo me sentiría si dejara de intentarlo.

—Porque... no lo sé. Pero te aseguro que, después de lo de esta noche, se terminó. Voy a dejar la clase de literatura. Ya la haré el semestre que viene —me dice.

Tiene los brazos cruzados sobre el regazo, y el viento le mece el pelo por detrás de los hombros.

¿Tendrá frío?

No quiero que deje la clase; es la única que comparto con ella.

—Por favor, no hagas eso.

—¿A ti qué más te da? No querrás verte obligado a estar cerca de alguien tan patético como yo, ¿verdad? —Siento el dolor que se esconde tras sus palabras, pero no la conozco lo suficiente como

para saber si es auténtico.

Ojalá la conociera. Me pregunto cuántas personas la conocen de verdad, a la auténtica Tessa. Me refiero a esa que arruga el ceño antes de sonreír, a esa que tal vez no tenga sus problemas tan resueltos como su madre piensa.

—No quería decir eso... Yo soy el patético aquí. —Suspiro, y me reclino contra el respaldo de la silla.

Me atraviesa con la mirada.

—No voy a discutirte lo —dice, y sus labios forman una severa línea.

Hace un intento de quitarme la botella, pero esta vez yo soy más rápido.

—¿Qué pasa? ¿Eres el único que puede emborracharse? —Me mira, y sus ojos se centran en el aro que llevo en la ceja.

—Pensaba que ibas a tirarla otra vez. —Se la paso.

No me gusta que beba, pero sé que está dispuesta a discutir al respecto, y yo no tengo ganas. Sólo quiero que se quede aquí. Me gusta la paz que siento cuando está conmigo.

Le entra una arcada en cuanto cata el whisky.

—¿Con qué frecuencia bebes? Me dijiste que no bebías nunca. —Me está interrogando.

—Antes de esta noche habían pasado seis meses.

Seis meses tirados por el retrete. «De puta madre, Hardin.»

—Pues no deberías beber nada. Te hace ser peor persona que de costumbre —dice en tono de broma, pero sé que habla en serio.

—¿Crees que soy mala persona? —Espero su respuesta sin levantar la vista del suelo.

Va a decir que sí, como lo haría cualquiera que estuviera en su sano juicio.

—Sí.

Su respuesta no me sorprende, pero una parte de mí esperaba que dijera que no.

—No lo soy. Bueno, puede que lo sea. Quiero que tú... —empiezo.

No soy tan mala persona, ¿no? Podría ser mejor, por ella, si ella me lo pidiera. La miro y veo que le tiemblan los labios mientras espera a que termine mi difuso pensamiento. Quiero ser bueno, y quiero que ella piense que lo soy.

—¿Quieres que yo qué? —pregunta con impaciencia.

Me devuelve la botella y yo la dejo sobre la mesa sin beber un trago.

¿Cómo respondo a eso sin sonar patético? Puedo dejar de beber, puedo ser más amable con la gente, o sólo con ella.

—Nada. —No encuentro las palabras adecuadas.

—Tengo que irme. —Se levanta y se dispone a marcharse.

Camina muy deprisa, y no quiero que se vaya. Voy a esforzarme más.

—No te vayas. —La sigo.

Cuando se detiene, su rostro está tan cerca del mío que puedo percibir el leve rastro del whisky en su aliento.

—¿Por qué no? ¡¿Aún no has terminado de insultarme?! —chilla, y sus palabras me afectan más que de costumbre.

Me da la espalda otra vez y alargo la mano. La agarro del brazo y la obligo a volverse de nuevo.

—¡No me des la espalda! —le grito.

No puede venir aquí, revolver toda la mierda y largarse sin más. Estoy harto de que la gente me haga eso.

—¡Debería habértela dado hace mucho tiempo! —Me golpea el pecho—. ¡Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí! ¡He venido corriendo en cuanto Landon me ha llamado! —Está chillando. Tiene la cara roja y sus labios se mueven a gran velocidad. Los humedece con la lengua un instante para poder

proseguir con su furioso discurso—: ¡He dejado a mi novio, que, como tú mismo has dicho, es el único que soporta estar conmigo, porque estaba preocupada por ti!

Sus palabras se me clavan en el alma, una por una. Ha dejado a su novio para venir aquí. No tiene ningún otro motivo para estar aquí aparte de mí. A lo mejor no soy tan malo como yo creía, y quizá

ella sea capaz de verlo.

—¿Sabes qué? Tienes razón, Hardin: soy patética. Soy patética por venir aquí, y también soy patética por intentar siquiera...

Elimino el espacio que nos separa sin otro pensamiento que pegar mi boca a la suya. Ella me empuja y se resiste, pero siento cómo su cuerpo se relaja en mis brazos.

—Bésame, Tessa —le ruego.

La necesito.

—Por favor, bésame. Te necesito. —Intento una vez más, por última vez, que me bese.

Mi lengua roza sus labios cerrados y éstos se separan. Cede ante mí de inmediato, de manera voluntaria y absoluta. Se inclina hacia mí, suspirando contra mi aliento, y yo agarro su rostro con las

dos manos y devoro su sabor.

Recorro su labio inferior con la lengua y ella se estremece. La envuelvo con los brazos y me aferro a su estabilidad. Oigo un ruido que procede de la casa, y Tessa se aparta. No vuelvo a besarla, pero continúo abrazándola.

—Hardin, de verdad, tengo que irme. No podemos seguir haciendo esto; no nos hace ningún bien —dice.

Se está mintiendo a sí misma. Podemos hacer que funcione.

—Sí que podemos —le garantizo.

No sé de dónde ha surgido esa repentina esperanza, pero me hace sentir bien.

—No, no podemos. Tú me detestas, y yo no quiero seguir siendo tu saco de boxeo. Me confundes.

Me dices que no me soportas o me humillas después de que haya compartido contigo la experiencia más íntima de mi vida.

Tiene razón. La he cagado del todo. Tengo que explicarle lo que sucedió y que a veces jodo las cosas a propósito. Siempre he sido igual. En mi duodécimo cumpleaños, mi abuela intentó prepararme una fiesta. Envió invitaciones y encargó una tarta especial. El día de la fiesta, le dije a todo el mundo que se cancelaba y me pasé la jornada completa encerrado en mi cuarto. Ni siquiera toqué la tarta. A veces fastidio las cosas..., pero puedo encontrar la manera de dejar de hacerlo. Si eso significa poder besar a Tessa, poder sentir cómo se deja llevar conmigo otra vez, haré lo que sea. Trato de interrumpirla, pero ella me lo impide pegando su dedo índice a mis labios. Si no tuviera una tirita puesta, le besaría el corte.

—Y al momento siguiente me besas y me dices que me necesitas. No me gusta la clase de persona en la que me convierto cuando estoy contigo, y odio sentirme como me siento cuando me dices cosas

horribles.

—¿En qué clase de persona te conviertes cuando estás conmigo? —le pregunto.

Me gusta cómo es. Es mejor persona que la mayoría.

—En alguien que no quiero ser, alguien que engaña a su novio y que llora constantemente. —Se le quiebra la voz.

Se avergüenza de la persona en la que se transforma cuando está conmigo. Y eso hace que me sienta fatal. Quiero que sea feliz cuando está conmigo. Quiero que me desee con la misma irresistible

intensidad que yo a ella.

—¿Sabes quién creo que eres cuando estás conmigo? —le pregunto.

Recorro con el pulgar la línea de su mandíbula y ella cierra los ojos para sentir mi caricia.

—¿Quién? —susurra sin apenas mover los labios.

El ambiente entre nosotros es calmado mientras aguarda mi respuesta.

Respondo con sinceridad:

—Tú misma. Creo que eres la verdadera Tessa, y que sólo estás demasiado ocupada preocupándote por lo que los demás puedan pensar de ti como para darte cuenta.

»Y sé lo que te hice después de masturbarte... —Veo cómo la incomoda que lo diga de manera tan directa—. Siento... lo de nuestra experiencia, sé que no estuvo bien. Me sentí fatal cuando bajaste

del

coche.

—Lo dudo. —Pone los ojos en blanco, incrédula.

—Es verdad, te lo juro. Sé que crees que soy una mala persona..., pero tú haces que... —No puedo terminar la frase. Está ahondando cada vez más en mi interior, y me aterra que lo haga—.

Olvídalo.

—Termina la frase, Hardin, o me voy ahora mismo. —Sé que lo dice totalmente en serio.

Espera a que prosiga con la mano en la cadera y mirándome con frialdad.

—Tú... haces que quiera ser buena persona. Quiero ser bueno por ti, Tess —digo, y ella sofoca un grito.

VEINTE

Cuando ella empezó a presionarlo con etiquetas y pruebas de compromiso, le entró el pánico. Se sintió como un animal salvaje arrinconado y atrapado. Su jaula era la honestidad, y ella amenazaba con encerrarlo sin llave. No podía perderla, pero cada día se le hacía más difícil conservarla. Ella le había dado la vuelta a la situación, y cuestionaba cosas que él pensaba que jamás entendería. Cuando ella quería más, lo exigía, y no aceptaba otra cosa más que un sí por respuesta, pero cuando él quería más, ella se resistía, excusa tras excusa.

—Esto no funcionaría, Hardin, somos muy diferentes. Y, para empezar, tú no buscas una relación, ¿recuerdas? —me suelta.

Se aleja de mí y espero que no intente marcharse de la casa de mi padre. Es como si sólo habláramos del futuro. De casarnos, de vivir juntos, de romper, de no romper. Ella siente la necesidad de planear toda su vida, pero yo no. A estas alturas, todo el mundo sabe que no soporto muy bien esa clase de presión. Y, a pesar de todo, Tessa sigue presionándome para que me convierta en mejor persona por ella.

—No somos tan diferentes, nos gustan las mismas cosas; a los dos nos apasiona leer, por ejemplo —le digo.

Siempre intento defenderme ante ella.

—Tú no buscas una relación —dice imitándome de manera burlona.

—Lo sé, pero podríamos... ¿ser amigos?

«¿Amigos? Venga ya, Hardin.»

Veo la frustración reflejada en su mirada.

—Tú mismo dijiste que no podíamos ser amigos. Y no quiero ser amiga tuya, sé lo que quieres decir con eso. Quieres todas las ventajas de un novio sin tener que comprometerte.

Suelto su cuerpo y me tambaleo, pero pronto recupero el equilibrio.

—¿Qué tiene eso de malo? ¿Por qué necesitas una etiqueta?

Agradezco el espacio que nos separa y el aire fresco sin olor a whisky.

—Porque, aunque últimamente no lo he demostrado, tengo amor propio. No pienso ser tu juguete, y menos si eso implica que me trates como un trapo. —Exasperada, eleva los brazos en el aire—.

Y,

además, ya estoy con alguien, Hardin.

¿Está usando a ese tío como excusa? ¡Venga ya! ¿A quién pretende engañar?

—Sí, pero mira dónde estás ahora —digo con frialdad.

Está utilizando a su novio para provocarme y luego se queja de que yo haga lo mismo con Molly.

Está midiendo las cosas con un doble rasero, y el alcohol hace que todo parezca peor de lo que es.

Soy lo bastante inteligente como para ser consciente de eso, pero lo bastante tonto como para no dejar de comportarme como un gilipollas. Y también estoy lo bastante borracho como para que no me importe nada una mierda. He destrozado el salón de mi padre.

Como una fiera, se pone a la defensiva y me enseña los dientes:

—Yo lo quiero, y él me quiere a mí.

Sus palabras se me clavan en el pecho. La última toca hueso. Me aparto de ella y me doy contra la silla. Maldita sea mi puta falta de equilibrio.

—No me digas eso. —Levanto la mano como si mi gesto pudiera protegerme de sus palabras.

Ella no lo retira; está muy cabreada, y piensa ir directa a la yugular.

—Sólo dices esas cosas porque estás borracho; mañana volverás a odiarme.

¿A odiarla? ¿Odiarla? Como si eso fuera posible.

Retrocedo frustrado e intento concentrarme en lo verdes que son los árboles aquí gracias a la lluvia.

—No te odio —digo por fin—. Si eres capaz de mirarme a los ojos y decirme que quieres que te deje en paz y que no vuelva a hablarte nunca, lo haré. —No quiero que pronuncie esas palabras,

me

mataría oírlas, pero si de verdad es lo que desea, que me aleje de ella, lo haré—. Te juro que

desde

hoy mismo no volveré a acercarme a ti. Sólo tienes que decirlo.

Trato de imaginar mi vida sin ella; se llevaría consigo todo el color que he estado intentando darle.

Antes de que responda, continúo:

—Dímelo, Tessa. Dime que no quieres volver a verme nunca.

No puedo ni pensarlo. Me aproximo más a ella y acaricio la piel desnuda de sus brazos. Se le eriza el vello y sus labios se separan.

Me inclino sobre ella y le susurro:

—Dime que no quieres volver a sentir mi tacto. —La cojo del cuello y deslizo las puntas de los dedos a lo largo de su clavícula.

Prácticamente está jadeando, incapaz de hablar. Me inclino todavía más, dejando sólo un centímetro de espacio entre su rostro y el mío. Siento la electricidad que recorre su piel; su leve zumbido nos distrae a ambos.

—Dime que no quieres que vuelva a besarte... —susurro, y se estremece—. Dímelo, Theresa —la insto a pronunciar las palabras que no quiero oír saliendo de sus labios.

Apenas la oigo cuando musita mi nombre, pero siento su aliento contra mis labios.

—No puedes resistirte a mí, Tessa, del mismo modo que yo no puedo resistirme a ti. —Parece que vacila, pero no se horroriza ante mi afirmación—. Quédate conmigo esta noche —le pido pegado a sus labios.

Ella aparta los ojos de los míos, mira hacia la casa y se separa. Me vuelvo para ver qué ha provocado esa reacción en ella. No veo nada. Dice que tiene que irse.

No, no puede irse. No estoy preparado para quedarme solo en esta casa todavía. No puedo creer que vaya a quedarme aquí.

—Joder —farfullo, y me paso la mano por el pelo—. Por favor, quédate. Quédate conmigo sólo esta noche, y si por la mañana decides que no quieres volver a verme... Por favor, quédate. Te lo estoy

suplicando, y yo no suplico, Theresa.

No he suplicado nada a nadie en toda mi vida. ¿Es el alcohol o es ella la que me trastorna tanto?

No lo tengo claro.

Tessa asiente, y sus ojos brillan bajo la luz.

—Y ¿qué voy a decirle a Noah? —Noto una puñalada en el costado cuando su nombre me recuerda que sólo es mía temporalmente. Necesito más tiempo con ella—. Me está esperando, y

yo

tengo su coche —me explica.

¿Lo ha dejado solo en su cuarto? ¿Por mí?

No sé qué pensar de todo esto. ¿Han roto? ¿Sabe él que ella está aquí conmigo? ¿Sabe el tipo cómo me llamo? Me saca de quicio no saber hasta qué punto está emocionalmente unida a él. Steph no me ha contado una mierda, y Tessa menos todavía.

¿Tanto le preocupa lo que su novio pueda pensar? Me quedo observando la parte trasera de la casa. La verde enredadera está apoderándose de la pared de ladrillo. Las luces son muy brillantes. Supongo que acaba de caer en la cuenta de lo que ha hecho.

—Dile que tienes que quedarte porque... No sé. No le digas nada. ¿Qué es lo peor que puede hacer?

Tengo curiosidad por saber por qué Noah parece ejercer control sobre ella. Suspira, y empieza a soplar. Parece preocupada de verdad. ¿Qué puede pasar?, ¿que se chive a su mamaíta de ella?

Tiene

dieciocho años, por si no lo sabía.

—Además, probablemente ya esté durmiendo —añado.

Es verdad, aún está sometido al toque de queda del instituto.

Tessa niega con la cabeza y me apoyo contra la barandilla de madera de la terraza.

—No, no tiene manera de volver a su hotel.

¿A su hotel? ¿El tío se queda un puto *hotel*? ¿Ya es lo bastante mayor como para reservar una habitación solito?

—¿Su hotel? ¿Es que no se queda a dormir contigo? —Estoy flipando.

—No, ha reservado una habitación en un hotel cercano.

Tessa fija la vista en el suelo de madera y juguetea con los pies. Se siente incómoda.

—Y ¿tú te quedas allí con él?

—No, él duerme allí —responde con un hilo de voz, con vergüenza—, y yo en mi habitación.

No me jodas. ¿De verdad le gusta Tessa? ¿Le gustan las mujeres? Venga ya, ¿no ha visto cómo está?

—¿Seguro que es hetero? —No puedo evitar la pregunta.

No puede serlo. A menos que le esté poniendo los cuernos, lo que sería una putada, pero ayudaría tremendamente a mi causa.

Aunque ella le está haciendo lo mismo a él.

Tessa abre la boca horrorizada.

—¡Por supuesto que sí!

No entiendo que no le parezca raro que su novio no quiera dormir con ella.

—Perdona, pero es que hay algo que no me cuadra. Si fueras mía, no sería capaz de mantenerme alejado de ti. Te follaría a cada ocasión que tuviera.

Es la verdad. La despertaría todas las mañanas con el rostro sumergido entre sus muslos. La haría enloquecer cada noche y la haría gritar mi nombre.

Ella se pone colorada y aparta la mirada. Me encanta el modo en que le afectan mis palabras. La oscuridad me está dando dolor de cabeza. Los árboles se mueven demasiado, y sus troncos se

mecen

de manera antinatural. Además, quiero estar dentro, a solas con ella. Y más después de la

nochecita

que he tenido.

Me vuelvo hacia Tessa y no puedo apartar los ojos de sus labios entreabiertos.

—Vayamos adentro. Los árboles no paran de balancearse, y creo que eso es un indicio de que he

bebido demasiado.

Ella mira hacia la casa y de nuevo a mí.

—¿Vas a dormir aquí?

Asiento y la cojo de la mano. Ella también va a quedarse. Aún no puedo creer que vaya a quedarme en casa de Ken después de todo lo que me ha hecho.

—Sí, y tú también. Vamos. —La cojo de la mano antes de que pueda resistirse de nuevo.

Entramos en la casa y ella intenta soltarse caminando más rápido que yo. Doy un paso más largo cuando pasamos por la cocina.

Parte del desastre sigue en el suelo. Muchos de los fragmentos de porcelana sobresalen ahora del cubo de la basura, y la mayor parte de los cristales ya se han barrido. Bien, que lo recoja Landon.

A

fin de cuentas, va a quedarse con mi padre. Lo cierto es que ya lo tiene. Ken Scott siempre ha sido de

alguien o algo que no soy yo. Del whisky, de los bares, de Karen, de Landon, de esta inmensa casa.

Abarca muchas cosas, pero en su vida no había sitio para mí hasta hace un año, y ¿cree que voy a hacer como si nada? Y una mierda.

Agarro la mano de Tessa con más fuerza conforme recorremos la casa y subimos la escalera. Si no recuerdo mal, la habitación a la que vamos es la última del pasillo superior. Joder, aquí hay un millón de puertas. Espero que no entremos en el cuarto de Landon por error y nos lo encontremos pajeándose.

Por fin llegamos a la última puerta. Tessa no ha abierto la boca en todo este rato, pero no pasa nada. No quiero presionarla demasiado, y yo sigo intentando dejar de pensar en el cabrón de mi donante de esperma.

La habitación que hay al otro lado de la puerta está a oscuras. Busco a tientas el interruptor.

—¿Hardin? —susurra Tessa en la penumbra.

La luz de la luna penetra a través de la cortina ligeramente abierta. Suelto su mano y me adentro en el dormitorio. No consigo encontrar el puto interruptor. Sigo pasando la mano por la pared, pero

no doy con él.

¿Dónde coño está?

Veo el contorno de una mesa y puedo que el de una lámpara al otro extremo del cuarto, así que avanzo a ciegas en esa dirección. Me golpeo el dedo gordo del pie contra algo sólido y casi me caigo

de bruces.

—¡Joder! —exclamo.

Seguro que no hay ni luz en la habitación; que Ken y Karen sólo me estaban tomando el pelo.

Cuando alcanzo la mesa, palpo en busca de una pantalla. ¡Bingo!

—Estoy aquí —le digo a Tessa mientras tiro de la cadenita.

La bombilla se enciende y, aunque se trata de una lámpara pequeña, su sorprendente luminosidad me ciega. Parpadeo unas cuantas veces y echo un vistazo al dormitorio. Mi dormitorio.

El dormitorio que nunca he usado. Nunca.

El cuarto me recuerda a las habitaciones de un sofisticado hotel. Las paredes están pintadas de gris claro, con una moldura y un rodapié blancos. Incluso la moqueta tiene esas líneas que quedan después de haber pasado el aspirador. La cama, que está contra la pared trasera, es asquerosamente grande y está repleta de cojines decorativos a la altura de la cabecera de madera de cerezo. Una cama así de grande sólo sería necesaria en el caso de que Tessa estuviera tumbada desnuda en el centro

del

edredón gris oscuro. Para mi desgracia, no es el caso. Está de pie junto a una mesa de escritorio a juego con la cama que tiene un Mac nuevo encima. Son unos presuntuosos de mierda.

Me froto el cuello con la mano.

—Éste es mi... cuarto. —No sé qué otra cosa decir.

Tessa se muerde el labio inferior y pregunta:

—¿Tienes un cuarto aquí?

No lo siento como mío en absoluto, pero técnicamente lo es. Ken me ha dicho mil veces que tengo una habitación aquí sólo para mí. Como si fueran a impresionarme la cama con dosel o la gigantesca pantalla de ordenador.

—Sí... Nunca he dormido aquí... hasta esta noche —explico algo incómodo.

Espero que no me haga más preguntas, pero sé que sí va a hacerlas.

A los pies de la cama hay un enorme baúl que imagino sólo tiene un único propósito: almacenar la excesiva abundancia de cojines. Le doy un uso más útil sentándome sobre él para quitarme las botas. Tessa me observa. Seguramente estará recopilando una lista de preguntas que hacer, como la buena cotilla que es. Me quito los calcetines y los meto dentro de las botas. Tengo unos cuantos cortes en el tobillo. Al parecer, algunas esquiras se me han metido dentro del calzado. De puta madre.

Tessa debe de haber completado su lista. Se aproxima y abre la boca.

—Vaya, ¿y eso por qué?

Inspiro hondo y decido contestarle en lugar de reprenderla por entrometida.

—Porque no quiero. Odio esta casa —respondo con honestidad.

Detesto este sitio. Detesto que mi cama en casa de mi madre en Inglaterra tenga un colchón lleno de manchas y las mismas sábanas y el mismo edredón que cuando era pequeño.

Mientras Tessa procesa mi sincera respuesta y confecciona su siguiente pregunta, me desabrocho los pantalones y me los bajo. Su expresión pasa de ser distante a atenta y alerta en el momento en que

me pongo de pie en calzoncillos delante de ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Desnudarme —digo enarcando mi ceja perforada.

Sé que le gusta hacer preguntas, pero ¿por qué hace tantas tan innecesarias?

—Pero ¿por qué? —Mira hacia mi entrepierna.

Si está intentando ser disimulada y fingir que no está pensando en mi polla en este mismo instante, está fracasando estrepitosamente.

La miro a los ojos.

—No querrás que duerma con vaqueros y botas. —El pelo me cae sobre la frente y me lo aparto con la mano.

—Ah —responde en voz baja.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. La miro a los ojos mientras me quito la camiseta. Su mirada desciende desde mi cuello hasta mi estómago, admirando cada línea de tinta negra. Se centra

principalmente en el árbol que tengo tatuado ahí. Me pregunto si le gusta o si esa parte de mí le desagrada. Su insistente mirada me incomoda. No sé qué hacer mientras me inspecciona en busca de daños. Allá donde pone la mirada, mi piel se eriza sin remedio. En lugar de la ardiente sensación que describen en los libros, lo que yo siento es el lento soplo de un aire gélido.

Tessa continúa mirándome, concentrada todavía sólo en mi cuerpo. La sorprendo lanzándole mi camiseta. Está demasiado abstraída conmigo como para atraparla a tiempo. Me pregunto cómo puedo

conseguir que se desnude para poder inspeccionar su cuerpo, con la mirada fija en ella, admirando cada milímetro, cada imperfección de la que se sienta insegura y que, sin embargo, sea invisible a mis ojos.

Ojalá supiera lo que está pensando. Ojalá la conociera mejor. Me sorprende deseando haberla conocido en otras circunstancias. Podría haber sido la vecina que viene a casa a pedir cosas prestadas, de ese modo podría haberle hecho todas las preguntas que quisiera. Por ejemplo, por qué hace tantas preguntas, por qué arruga el entrecejo cuando está confundida, o enfadada. También qué quiere hacer con su vida. O cómo se sentiría si no volviera a verme jamás. Le preguntaría si podría hallar el perdón y concedérmelo.

Pero esto es la vida real, y en la vida real soy un desconocido para ella. Apenas sabe nada sobre mí, y si supiera la mitad de mis cagadas, no tendría tanta curiosidad. Mis tatuajes, o su reacción frente a ellos, dejarían de interesarle, y su respuesta a mi actitud pasaría de ser sarcástica a venenosa.

Tengo que ir con cuidado porque, si mi misterio desaparece, ella también lo hará. Joder, me estoy mareando con todo esto. Se me está pasando el pedo y la cabeza empieza a darme por el culo. Necesito hacer algo para relajar el ambiente.

—Póntela para dormir. Supongo que no querrás meterte en la cama sólo en ropa interior. Aunque, por supuesto, a mí no me importaría en absoluto que lo hicieras.

—Dormiré con lo que llevo puesto —dice con el tono menos convincente que he oído en mi vida. No quiere dormir con esa falda voluminosa y su blusa ancha. Me gusta bastante esa blusa; el color azul claro le resalta los ojos. Nunca había pensado algo así... ¿«Le resalta los ojos»? ¿Qué cojones significa eso?

Se me está subiendo a la cabeza aún más que el whisky.

—Vale, como quieras; si prefieres estar incómoda, adelante.

Me aproximo a la cama, cojo el primer cojín y lo tiro al suelo. Mi gesto parece ofenderla. O igual está ofendida porque estoy desnudo. No lo sé. Se acerca a los pies de la cama y abre el baúl.

—No los tires al suelo. Van aquí —me dice, como si yo no lo supiera.

¿Se cree que nunca he visto este tipo de cojines? ¿Se cree que porque me críe con una madre soltera no sé cómo guardar montones de cojines excesivamente caros en un baúl?

«No, Hardin, sólo intenta ayudar...», me digo a mí mismo. Mi mente siempre tiende a pensar lo peor de los demás, y detesto que así sea. Mis inseguridades se me están comiendo vivo. Cojo otro cojín todavía más cursi y lo tiro sobre la moqueta. Ella vuelve a gruñir, protesta y se agacha para recogerlo.

Mientras Tessa juega a hacer de chacha, retiro el edredón y me meto en la cama. Se nota que nunca ha dormido nadie en ella. Es como tumbarse en las nubes. Es incluso mejor que la cama de un hotel. Miro cómo Tessa me observa mientras paso los brazos por detrás de la cabeza. Siempre me está observando. Y yo a ella.

Cruzo los tobillos al tiempo que ella guarda el último cojín en el baúl y baja la tapa. Es una maníaca del orden.

¿Se va a pasar toda la noche ahí de pie? Preferiría que se despojara de esa ropa ancha y se metiera en la cama conmigo.

—No irás a lloriquear por tener que dormir en la cama conmigo, ¿verdad?

—No, la cama es lo bastante grande para los dos. —Sonríe y finge no estar nerviosa, pero no para de toquetearse las uñas.

Está juguetona. Me encanta.

—Ésa es la Tessa que a mí me gusta —bromeo.

Abre un poco los ojos y decido apartar de mi mente el motivo que la ha llevado a hacerlo. Esta noche no. Ese pensamiento no va a llevarme a ninguna parte.

Con aire incómodo, Tessa se desprende de sus zapatos, se mete en la cama totalmente vestida y se queda en una esquina, todo lo lejos de mí que puede. Se tumba y se me pasa por la cabeza

acercarme a

ella, pero seguro que se cae del colchón del susto. Me entra la risa al imaginarme la situación y

ella

se vuelve hacia mí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Ya está haciendo otra vez eso que hace con las cejas.

Joder, qué mona es.

—Nada —miento.

No creo que confesarle que me estaba imaginando que se daba un leñazo me ayudara mucho esta noche. No obstante, no puedo evitar echarme a reír al verla hacer pucheros.

—¡Dímelo! —Mira hacia arriba durante un segundo y saca el labio inferior a propósito.

A pesar de sus fingidos pucheros, o quizá precisamente por ellos, sus labios son muy follables.

Me muero por sentir cómo absorben mi polla poco a poco. Me muerdo el piercing del labio al imaginarme el movimiento de su cabeza mientras me la chupa. Siento el metal frío en mi lengua

caliente.

Me pongo de lado para mirarla y le digo:

—Nunca has dormido con un chico, ¿verdad?

En realidad, yo tampoco he dormido en una cama con ninguna chica. Esas cosas no me iban. No sé si me van ahora, aunque parece que sí.

Noto alivio cuando responde:

—No.

Sonrío para demostrarle lo que siento al ser el primer chico con el que va a dormir. Me encanta que haya tantas cosas que reclamar en ella. En cierta manera, yo también tengo muchas cosas que ofrecerle que no he hecho con nadie.

Tessa está tumbada frente a mí, a tan sólo unos centímetros de distancia. Continúa con toda la ropa puesta, y eso me está sacando de quicio. De repente, alarga la mano y acaricia el hoyuelo de mi mejilla derecha. Es un gesto sencillo y tierno. Nadie, ni siquiera mi madre, me había tocado la cara desde hacía por lo menos diez años. Incluso follando, a veces beso a algunas chicas, pero no dejo que me acaricien.

La miro a los ojos y advierto su expresión de pánico. Aparta la vista, pero la agarro de la mano y vuelvo a colocársela en mi mejilla. Me gusta que me toque. Es agradable sentir su tacto. Quiero

que

me toque por todas partes.

—No entiendo por qué nadie te ha follado todavía; con toda esa planificación que haces, debes de oponer una buena resistencia —la provoco.

Debe de haber algún motivo para que tenga tan poca experiencia. No tiene ningún sentido que no haya experimentado nada sin una buena razón para ello.

—Nunca he tenido que resistirme con nadie —dice.

No me creo sus palabras, pero sí lo que dicen sus ojos, aunque sigue pareciéndome muy extraño. —O estás mintiendo o fuiste a un instituto de ciegos. —Admiro su preciosa boca—. Sólo con mirarte los labios se me pone dura.

Es verdad. Y, si no se lo cree, puede bajar la mano y comprobarlo. Casi le digo eso mismo, pero no quiero fastidiar el momento.

Tessa me deleita sofocando un grito al oír mis sucias palabras. Me río y pienso en todas las maneras en las que puedo volverla loca. Es como conducir un coche nuevo, la emoción que se siente al oír su suave ronroneo por primera vez. Quiero que ronronee por mí; si Landon no estuviera aquí la haría gritar. Deseo ir despacio esta noche, pero quiero enseñarle más cosas que las que le hice en el arroyo. Aquello fue sólo uno de mis muchos trucos.

Me lamo los labios, atrapo su mano con la mía y las acerco ambas a mi boca. Ella inspira súbitamente y deslizo su mano por mis húmedos labios. Le tiembla cuando separo su dedo índice del resto y le mordisqueo con suavidad la yema. Gime por acto reflejo y, en cuanto lo hace, siento cómo

mi polla da una sacudida contra el bóxer. Guío sus cálidas manos por mi cuello. Su tacto me resulta

tan agradable que me nubla los sentidos. El licor se ha evaporado casi por completo; lo único que me

embriaga ahora es esta chica rubia, sexi y testaruda. Libera su mano y yo deslizo la mía hasta mi regazo. Las puntas de sus dedos recorren la enredadera que tengo tatuada en la base del cuello. En lo único que puedo concentrarme es en la fresca y lenta huella que está dejando en mi piel.

Al cabo de unos segundos de silencio decido hablar. Tengo curiosidad y estoy cachondo, y pienso divertirme con ella. Vuelvo a cogerle la mano.

—Te gusta cómo te hablo, ¿verdad?

Me quedo mirándola hasta que su pecho está cada vez más agitado. Interrumpe el contacto visual conmigo y prosigo:

—Veo cómo te sonrojas, y oigo cómo se altera tu respiración. Contéstame, Tessa, utiliza esos labios carnosos que tienes.

Me gustaría que los utilizara también para otra cosa. Permanece callada. Joder, y yo creía que yo era testarudo. Me aproximo más a ella y la cojo de la muñeca. Parece muy nerviosa y el color rosa se

ha apoderado de su piel. Es adictiva.

Justo cuando creía que iba a hablar sobre su atracción hacia mí, dice:

—¿Puedes encender el ventilador?

Venga, Theresa. ¿Ya se cree que soy su esclavo? ¿Que voy a levantarme de esta cama tan cómoda donde la tengo tumbada tan cerca?

La miro a sus ojos grises.

—Por favor —susurra aún mirándome.

Antes de caer en la cuenta de lo que estoy haciendo, me levanto del colchón. Joder, es muy buena. Parece bastante satisfecha cuando me vuelvo hacia la cama. Y también parece tremendamente incómoda con toda esa ropa puesta. Su falda está confeccionada con la misma cantidad de tela que el edredón.

—Si tienes calor, ¿por qué no te quitas toda esa ropa tan pesada? Además, esa falda tiene pinta de

picar.

Ella me sonríe y pone los ojos en blanco.

Pero lo digo en serio..., viste fatal.

—Deberías vestirme acorde a tu figura, Tessa. Esa ropa esconde todas tus curvas. —Miro lo que puedo ver de su pecho, que es prácticamente nada—. Si no te hubiese visto en ropa interior, jams habría imaginado lo sexi que eres y las magníficas curvas que tienes. Esa falda parece un saco de patatas.

Se echa a reír. Ha ido mejor de lo que esperaba.

— Qu  sugieres que me ponga?  Medias de rejilla y tops palabra de honor? —Enarca una ceja y aguarda una respuesta.

Me imagino a Tessa con un top palabra de honor y unos shorts vaqueros cortos.

—No. Bueno, me encantaría verte con eso, pero no. Puedes taparte, pero llevar ropa de tu talla. Esa blusa también esconde tu pecho, y tienes unas tetas preciosas que no deberías ocultar.

— Deja de usar esas palabras!

Sacude la cabeza y me echo a reír mientras vuelvo a meterme en la cama con ella. No s  hasta dónde acercarme, así que lo voy haciendo centímetro a centímetro hasta que estoy prácticamente tocándola. De repente, se incorpora y se levanta de la cama. Me arde el pecho.

— Ad nde vas? —pregunto, y espero que no se haya cabreado tanto como para largarse.

Cruza la habitación dando pasitos rápidos.

—A cambiarme. —Se agacha y recoge mi camiseta sucia del suelo.

Sonrío al ver que le gusta llevarla tanto como a mí que la lleve.

—Date la vuelta y no mires —me dice como si fuera un crío.

Sabe perfectamente que voy a mirar.

—No.

Me encojo de hombros y me fulmina con la mirada.

— C mo que no? —pregunta frustrada.

—No pienso volverme. Quiero verte —le respondo con sinceridad.

Cede, pero me traiciona apagando la luz.  Ya le vale! Gru o en protesta. Me encanta el flirteo que se trae. Lloriqueo en voz alta para que sepa que no voy a jugar limpio si ella no lo hace. Oigo el sonido de la tela al caer al suelo. Es la falda. Tiro de la cadenita de la lámpara, y Tessa da un brinco al ver la luz. Exclama mi nombre como si fuese un insulto:

— Hardin!

Continúo observándola, desde las piernas hasta los ojos, y otra vez hacia abajo. Inspira hondo y levanta los brazos para ponerse mi camiseta. Su sujetador es sencillo, de algodón blanco con muy poco relleno. No lo necesita. Sus bragas van a juego; el corte le cubre casi todo el culo. Tiene un culo perfecto. Redondo y resping n... Me encantaría met rsela por ahí también.

—Ven aquí —susurro.

No puedo esperar ni un segundo más para tocar su cuerpo. Cuando camina hacia la cama, transforma esta habitación en un puto espectáculo *burlesque*, y me encanta. Necesito verla mejor.

Me incorporo y apoyo la espalda contra la cabecera. Tessa se pone colorada bajo el ardor de mi mirada y

eso aumenta mi deleite.

Cuando llega a mi lado, apoya su manita en la mía y tiro de ella hacia mí. Se monta a horcajadas sobre mí, con las rodillas a ambos lados de mi cuerpo. Me encanta tenerla así. Doy rienda suelta a mi

imaginación. Tessa se mantiene erguida, apoyada en las rodillas para que nuestros cuerpos no se

toquen. «De eso nada.» La agarro de las caderas y la guío hacia mi cuerpo. Se muerde el labio inferior y me mira a los ojos. Aparto la vista al principio porque siento cómo me empalmo al instante. Sus piernas son muy suaves, y el modo en que se le levanta la camiseta hasta las caderas es tremendamente sexi.

Le sonrío y disfruto de su piel y de su aspecto.

—Mucho mejor.

Espero a que me devuelva la sonrisa, pero no lo hace.

—¿Qué pasa? —Le acaricio la mejilla con suavidad, y entonces sonrío.

Cierra los ojos y me pregunto si esto es romper las reglas de la Apuesta de algún modo. Aunque creo que eso ya lo hice hace bastante tiempo.

—Nada..., es que no sé qué hacer —dice Tessa.

Al comprobar que no me mira a los ojos, sé que está avergonzada.

No quiero que se sienta presionada. Me toque como me toque, lo voy a disfrutar. No sé cómo explicar esto sin demostrárselo directamente.

—Haz lo que quieras, Tess. No te comas la cabeza.

Ella levanta la mano y parece estar a punto de tocar mi pecho desnudo. Al ver que no lo hace, la miro. Me está mirando a los ojos mientras espera mi permiso. Nadie ha hecho eso nunca antes tampoco. Asiento, nervioso pero excitado, y la observo. Desliza su dedo índice lentamente por mi vientre hasta la goma de mi bóxer. Intento mantenerme quieto, aunque quiero agarrarla de la muñeca, darle la vuelta y empotrarla contra el colchón. Cierro los ojos y siento cómo su dedo recorre mis tatuajes. Me gusta que haga eso.

Cuando retira la mano, abro los ojos. Necesito más. Soy adicto a ella.

—¿Puedo... eh... tocarte? —Tessa vacila mientras observa el bulto bajo mis calzoncillos.

«¡Joder, sí!», quiero gritar, pero intento mantener la calma.

—Por favor —le ruego asintiendo.

Parece nerviosa cuando desciende la mano hasta mi entrepierna. La mantiene suspendida por encima de mi creciente erección antes de llegar a rozarla. Luego baja la mano un poco más y continúa palpándola. Desliza los dedos con suavidad hacia arriba y hacia abajo por mi polla, que aumenta de tamaño con sus atenciones.

—¿Quieres que te enseñe lo que tienes que hacer? —sugiero.

Quiero que se sienta cómoda.

Cuando dice que sí, coloco con suavidad mi mano sobre la suya. Como la mía es mucho más grande, las puntas de sus dedos sólo pasan un poco de mis nudillos. Desciendo ambas manos hasta mi

cuerpo y entonces me detengo por encima del bóxer. La ayudo a agarrarme la polla. Me la aprieta con suavidad y yo gimo y la suelto. Ya lo tiene. La expresión de su rostro cuando se da cuenta de que tiene el control absoluto es tremendamente obscena, sin embargo intenta hacerse la inocente. Tiene las pupilas dilatadas por completo, la boca entreabierta y las mejillas sonrosadas.

—Joder, Tessa, no hagas eso —farfullo.

Creo que voy a estallar como vuelva a poner esa cara.

De repente detiene la mano. Joder, se me había olvidado lo literal que puede llegar a ser.

—No, no, eso no. Sigue haciendo *eso*. Me refería a que no me miraras de esa manera —específico.

Ella pestañea con toda la ingenuidad de la que es capaz.

—¿De qué manera?

—De esa manera tan inocente, porque me dan ganas de hacerte un montón de perversiones.

«No te haces una idea de cuántas, Theresa.»

Nerviosa, coloca de nuevo la mano sobre mí. No me agarra con tanta firmeza como me gustaría, pero no quiero decírselo. Lo acabará descubriendo. Ya me encargaré yo de que lo haga. Se muerde el

labio mientras sus lentas caricias me hacen gemir su nombre entre dientes. Si pudiera pedir disfrutar

de algo para siempre, sería esto.

—Joder, Tess, me encanta sentir tu mano alrededor de mí —gimo.

Mis palabras la alientan, quizá demasiado. Me estruja y siento una suave punzada de dolor.

—No tan fuerte, nena —le indico sin reproche para no abochornarla.

Me besa y continúa con sus lentas caricias.

—Perdona —susurra contra mi cuello mientras roza mi piel con los labios.

Desliza la lengua hasta la base de la oreja. «Jjjooooddeerrr», qué gusto. Necesito tocarla; no voy a durar mucho más.

Apoyo las manos en sus tetas y su sujetador se me antoja un muro que separa su cuerpo de mí.

—¿Puedo... quitarte... el... sujetador? —le ruego.

Quiero sentir su magnífico cuerpo. Cuelo las manos por debajo de la camiseta y noto sus preciosos senos: redondos y generosos. Ella asiente sin aliento. Me tiemblan las manos mientras le desengancho rápidamente los corchetes y libero sus pechos. Deslizo los tirantes por sus hombros y sus brazos. Me está costando un mundo no arrancárselo de un tirón. Aparta las manos de mí para que pueda quitarle el sujetador por completo. Lo dejo caer al suelo y vuelvo a colocar las manos en sus

pechos al tiempo que cubro su boca con la mía. Pellizco suavemente sus duros pezones y ella gime en

mi boca. Me gusta su manera de besar, suave pero frenética. Envuelve con su pequeña mano mi sexo

y empieza a deslizarla hacia arriba y hacia abajo sin parar. Me está proporcionando placer, en mi cama, con mi ropa puesta.

—Joder, Tessa, voy a correrme —exhalo.

He dejado de ser dueño de mi cuerpo. Ahora es ella quien me controla y tira de todas mis sensaciones como si fueran los hilos de una marioneta. Estoy ardiendo y en un océano de hielo al mismo tiempo. Me cuesta un mundo controlarme para no gritar su nombre. Me concentro en besarla, en masajear su dulce lengua con la mía. Le froto los pechos. Tessa gime para mostrarme cuánto le gusta que lo haga. En el momento en que me corro, aparto las manos de sus tetas y las dejo caer.

El calor de mi semen expandiéndose por el interior de mi bóxer me alivia tanto como mil suspiros. Cuando el subidón empieza a disminuir, dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Tessa permanece sentada sobre mis muslos, y me alegro de que lo haga. A pesar de la creencia popular, he

muerto y he subido al cielo, estoy convencido de ello. Siento que empieza a ponerse nerviosa, de modo que abro los ojos y la miro. Me preocupa un poco lo rápido que capto sus más mínimos gestos.

Me sonrío, y mi preocupación se disipa. Le devuelvo la sonrisa y me inclino hacia ella para besarle la

frente. Cuando lo hago, suspira. Adoro ese sonido.

—Nunca me había corrido así —le confieso.

Me gusta vivir cosas nuevas con ella.

—¿No lo he hecho bien? —pregunta avergonzada sacando conclusiones precipitadas.

—¿Qué? No, lo has hecho de maravilla. Normalmente necesito algo más aparte de que alguien me

toque por encima de los calzoncillos.

Se queda con la mirada perdida y no responde. Algo no va bien. Intento reproducir los últimos treinta minutos en mi mente para ver si la he ofendido de alguna manera. Creo que no, así que decido preguntar:

—¿En qué estás pensando?

No contesta. Me echa en cara que no me comunico, pero ella tampoco lo hace conmigo.

—Vamos, Tessa, dímelo —protesto.

Siempre trata de ocultarme cosas, pero luego espera que yo le dé explicaciones todo el tiempo.

Decido hacerle cosquillas. Las viejas telenovelas que veía de pequeño me enseñaron que la manera más fácil de conseguir que las mujeres hablen es haciéndoles cosquillas. Además, se suman puntos de flirteo, y necesito todos los que pueda conseguir.

—¡Vale, vale! ¡Te lo diré! —chilla pataleando como un caballo.

Está muy graciosa con toda la cara arrugada, enseñando los dientes y dándome patadas para que deje de hacerle cosquillas. Me duele la barriga de tanto reírme.

—Buena decisión —digo, y siento la humedad en mi bóxer—. Pero espera un momento. Tengo que cambiarme los calzoncillos.

No he traído ninguna muda, y ahora mismo sólo llevo camisetas en el maletero. Me levanto y miro por la habitación para ver si se me ocurre algo. La cómoda está llena de ropa; o eso me dijo Karen. He intentado no pensar demasiado en el hecho de que haya llenado un mueble con ropa para

una persona que no quiere tener nada que ver con ella. Me resulta escalofriante.

A la mierda. No me queda otro remedio, y lo cierto es que Karen no me cae tan mal. Le he destrozado la vajilla; supongo que lo menos que puedo hacer es ponerme sus donaciones de caridad.

Cruzo los dedos cuando abro el cajón. Mis esperanzas se ven sesgadas cuando, al hacerlo, mis ojos

contemplan un mar de calzoncillos de cuadros. Azules y blancos, rojos y blancos, verdes y rojos, rojos y azules, blancos y verdes... Es interminable. Quiero cerrarlo de golpe, pero estoy desesperado.

Cojo los menos horribles, unos azules y blancos, y los sostengo entre el pulgar y el índice como si

estuvieran contaminados.

—¿Qué pasa? —pregunta Tessa.

Se incorpora, se apoya sobre los codos y me mira. Se lo está pasando en grande mirándome. Lo veo en sus ojos. Cada minuto que paso con ella la conozco mejor.

—Esto es horrible —refunfuño.

¿Cuadros? ¿Algodón? ¿Talla XL? ¿Para quién compra esa mujer?

—No están tan mal —miente.

Sostengo la monstruosidad azul y blanca en el aire y sacudo la cabeza.

—En fin, a caballo regalado... Vuelvo enseguida. —Cojo el espantoso bóxer y salgo de la habitación sin volverme para mirar a Tessa en la cama.

De camino al baño, paso por delante del cuarto de Landon y pego la oreja a la puerta. No me sorprende cuando oigo a algún personaje de una película decir algo sobre elfos. Llamo despacito para que Tessa no me oiga hacerlo. Espero su respuesta, pero es tarde. Probablemente se haya quedado dormido viendo *Crepúsculo*. Llamo de nuevo y la puerta se abre. Su expresión es relajada,

hasta que ve que soy yo. Doy un paso hacia él y levanta las manos por delante de su cuerpo a modo de

defensa.

—No he venido buscando pelea —susurro.

Es un capullo por dar por hecho que sí.

Salta a la vista que no me cree en absoluto.

—Y ¿qué quieres? —pregunta con aire escéptico.

—¿Puedo? —digo señalando con la mano hacia la habitación.

Miro dentro del cuarto a oscuras y me fijo en el tamaño del televisor que tiene en la pared. Debe de ser por lo menos de sesenta pulgadas. Cómo no. También hay una pared entera llena de camisetas

firmadas colgadas en marcos relucientes. Seguro que las hizo a mano alguna dulce señora de la tienda de manualidades. Probablemente pegó las piezas con su sudor, sólo para Landon. Parece que

siempre obtiene todo lo que quiere. Mide sólo unos cinco centímetros menos que yo, pero tiene más

músculos. Mientras que yo soy alto y delgado, él es más bajo y está más en forma. Es como una versión joven y empollona de David Beckham. Lleva puestos una camiseta de la WCU y unos pantalones de franela. No tiene remedio.

Me mira de arriba abajo y levanta las cejas al ver los calzoncillos.

—Vete a la mierda, esto lo compró tu madre —le espeto.

Levanta la mano para taparse la boca y fingir que no se está riendo.

—Lo sé, por eso me hace gracia.

Se ríe para sus adentros a mi costa y eso me recuerda lo insoportable que es.

—En fin, da lo mismo. —Paso por delante de él y me dispongo a ir al cuarto de baño.

Landon levanta las manos.

—Espera, perdona. Me ha hecho gracia porque a mí también me los compra a pesar de que le he dicho mil veces que son espantosos.

No me uno a sus risas, pero la verdad es que la idea es un poco graciosa.

—Quería hablar contigo de Tessa.

Se pone a la defensiva. Veo cómo se yergue ligeramente y aprieta los labios.

—¿Qué pasa con ella?

Me aparto el pelo de la cara.

—Quería asegurarme de que supieras que está...

Levanta las manos de nuevo, esta vez para hacerme callar.

—Tessa sabe lo que se hace; no necesita que me comporte como si no supiera cuidarse solita —dice.

Su tono es severo pero carente de malicia.

No sé qué responder a eso. Pensaba que reaccionaría como el típico gilipollas protector que le diría que huyera todo lo lejos de mí que pudiese.

—Bien... —balbuceo en el pasillo—. Me voy a la cama.

Me vuelvo de nuevo hacia él y veo que tiene una sonrisa en el rostro mientras cierra la puerta.

Vaya, ha sido bastante incómodo, pero ha ido mejor de lo que esperaba.

Después de ducharme, vuelvo a la habitación y me encuentro a Tessa en la cama, acurrucada como un gatito. Dirige la vista inmediatamente hacia los calzoncillos. Qué espanto.

—Me gustan —miente.

Joder, más feos no pueden ser. Ni siquiera insinúan el gran tamaño de mi polla. La fulmino con la mirada, tiro de la cadenita de la lámpara y cojo el mando de la tele. Me sorprende que el acaudalado

señor Scott no instalara una puta tele holográfica aquí. Pongo un canal cualquiera para que haya algo

de ruido de fondo y bajo el volumen casi del todo. Me meto en la cama y me tumbo de cara a Tessa, a su lado.

—Bueno, ¿qué ibas a decirme? —le pregunto.

Se muerde el labio inferior.

—No te hagas la tímida ahora. Acabas de hacer que me corra en los calzoncillos. —Me río ante lo absurdo de su turbación.

La rodeo con los brazos y la acerco más a mí.

Espero a que su dramático espectáculo termine. Me encanta lo despreocupada que es a veces.

Parece que yo consigo tener ese efecto en ella, y me siento muy orgulloso. Cuando vuelve a la normalidad, tiene el pelo alborotado. Unos rizos sueltos le caen sobre el rostro. Sin pensar, le toco el pelo y se lo coloco detrás de la oreja. Lleva unos pendientes superpequeños. Me recuerdan a aquella época que me dio por querer dilatarme el agujero de las orejas, hasta que mi amigo Mark cogió una

infección. Era asqueroso y emanaba una peste nauseabunda.

Tengo que pensar en otra cosa.

Beso suavemente sus labios y Tessa inunda toda mi mente.

—¿Todavía estás borracho? —Su pregunta es otro ejemplo más de su carácter entrometido y avasallador.

—No, creo que nuestra competición de gritos en el patio me ha despejado.

—Bueno, al menos, de nuestra discusión ha salido algo positivo.

No sé dónde meter el brazo. ¿Debería ponerlo sobre su espalda? No estoy seguro. Giro la cabeza hacia ella.

—Sí, supongo. —Apoyo el brazo y centro la atención en el modo en que su cabeza descansa sobre mi pecho.

Se mueve al ritmo de mi respiración como si ya se hubiera acostumbrado a la postura. Eso me gusta.

Está sonriendo ampliamente, por mí.

—Creo que en realidad me gusta más el Hardin ebrio —dice.

El Hardin ebrio...

«¡No eres más que un borracho, Ken!» Casi puedo oír la voz de mi madre gritando por nuestra pequeña casa.

Aparto de mi cabeza los recuerdos que amenazan con abrirse camino en mi mente y echar a perder este rato con ella. Probablemente sólo esté de broma. Debo aprender a pensar antes de hablar.

Estar con Tessa me sirve para practicar.

—¿En serio?

—Puede —dice, y saca el labio inferior.

Si cree que con esta tontería se me va a olvidar que me debe una respuesta, lo lleva claro.

Volviendo al tema que teníamos entre manos, digo:

—Se te da fatal desviar la atención de las cosas. Y ahora, habla.

—Estaba pensando en todas las chicas con las que has..., ya sabes, hecho cosas. —En cuanto termina la frase esconde el rostro contra mi pecho.

¿Era en eso en lo que estaba pensando? En lo único que puedo pensar yo es en lo mucho que me

gusta el modo en que su pelo me hace cosquillas en la nariz y que huelga como si se hubiera echado

litros de perfume de vainilla antes de venir.

—¿Por qué estabas pensando en eso?

Suspira como si yo tuviera que saber de antemano de qué está hablando. No tengo ni idea.

—No lo sé..., porque no tengo ninguna experiencia, y tú tienes mucha. Steph incluida —dice con una amargura más que evidente.

Supongo que yo estaría igual si ella se hubiera follado a Zed. La idea se me pasa brevemente por la cabeza y me provoca una angustia que no esperaba.

Aparto eso de mi mente de momento. Zed no tiene lugar en esta cama con ella. Aunque ojalá pudiera ver el modo en que me mira, ansiosa por tener mi atención.

No sé si está enfadada o celosa, o si sólo tiene curiosidad. A veces sé perfectamente lo que está pensando, y otras es como un libro cerrado.

De modo que, como no lo tengo claro, decido preguntar:

—¿Estás celosa, Tess?

Espero que sí.

—No, claro que no —miente con descaro.

Voy a tomarle el pelo. Se lo ha buscado. Siento su cuerpo cálido contra el mío. Nunca he estado tumbado así en una cama, abrazado a una chica después de haberme corrido en los calzoncillos.

Nunca he hecho eso antes, y tampoco había conectado con nadie durante ningún tipo de actividad sexual y, desde luego, nunca he dormido en la cama con nadie.

—Entonces, no te importará que te dé detalles, ¿verdad?

—¡No! ¡Por favor, no lo hagas! —chilla inmediatamente.

La abrazo con más fuerza y me río un poco. Me gusta que no quiera ni oírlo. Yo preferiría perforarme los tímpanos antes que oír cómo se ha follado a otra persona. Me quedo mirando al techo

e intento recordar si alguna vez he llegado a plantearme siquiera cómo sería pasar las noches con otra persona en la cama. Creo que no. Puede que lo hiciera un par de veces estando borracho. Tessa está callada, demasiado callada. Igual se ha quedado dormida. Cojo mi teléfono de la mesilla y miro qué hora es. No son más que las doce de la noche.

—No te estarás durmiendo, ¿verdad? Aún es pronto —le digo.

—¿En serio? —dice somnolienta.

Iba a quedarse dormida encima de mí. La verdad es que no me vendría mal dormir también, pero quiero pasar más tiempo con ella. Bosteza y pongo los ojos en blanco.

Casi le miento y le digo que sólo son las diez.

—Sí, sólo es medianoche.

Seguro que duerme las ocho horas diarias que recomiendan los médicos. Por eso está siempre feliz y sonriente.

—Eso no es pronto. —Bosteza otra vez, y me parece aún más adorable que la primera.

Suele ser fácil de persuadir, así que voy a ver qué puedo hacer.

—Para mí, sí. Además, quiero devolverte el favor.

Tessa se tensa en mis brazos. Puedo imaginarme el rubor en sus mejillas. Seguro que no para de darle vueltas a la cabeza, mientras imagina mi lengua caliente y húmeda deslizándose por su sexo

y dibujando pequeños círculos en su clítoris.

—Te apetece que lo haga, ¿verdad? —pregunto con la voz más sugerente que puedo poner.

Se estremece a mi lado, y me lo tomo como un sí. Me mira y sus labios se transforman en una

sonrisa. La rodeo con mi otro brazo y giro suavemente su cuerpo y el mío hasta colocarme encima

de ella. En mis fantasías tiene la boca abierta de deseo. Me tira del pelo y su dulzura roza mi lengua.

En la realidad, Tessa me rodea la espalda con la pierna y me aproxima a ella. Rozo con los dedos su

muslo y asciendo hasta la rodilla.

Me encanta tenerla debajo. Su cuerpo es irresistible. Estoy convencido de que alguien la ha enviado aquí sólo para torturarme, para poner a prueba mi capacidad de autocontrol. Una vocecita en

mi cabeza me recuerda que tal vez, sólo tal vez, la han enviado para todo lo contrario. Quizá estoy

destinado a estar con ella, a mostrarle otro punto de vista de la vida. Probablemente sea una auténtica

estupidez, pero quizá no esté aquí para castigarme..., sino para *salvarme*.

—Eres tan suave...

Deslizo la mano por sus exquisitas piernas de nuevo. Al recordar lo que hay donde terminan esas piernas se me nubla la mente y siento una inmensa presión en los calzoncillos. Tessa se estremece de

nuevo y se le eriza todo el vello. Me encanta el modo en que su organismo reacciona ante mí. Su libido parece no flaquear nunca; su cuerpo responde a cada una de mis caricias.

Me lamo los labios y la beso en un lado de la rodilla. Su suave piel sabe a vainilla. Podría devorarla entera en cuestión de segundos. «Autocontrol..., autocontrol...»

—Quiero saborearte, Tessa.

La miro a los ojos y espero su reacción. No tiene ni idea del placer que puedo proporcionarle. Mi lengua la volverá loca..., no querrá que pare nunca.

Separa sus carnosos labios y se inclina hacia mí esperando que la bese en la boca. Su falta de experiencia me resulta tan renovadora como frustrante.

—No. Aquí abajo. —Le doy unos toquitos en el sexo por encima de las bragas y ella inspira súbitamente.

Su pecho se agita con frenesí y casi puedo sentir cómo las hormonas recorren su cuerpo con violencia. La tiento con suaves caricias, y noto cómo la humedad en la tela aumenta bajo mis dedos.

Está empapada, y se lo digo. Es tan bonita, y su belleza es aún más radiante cuando está así, hinchada y mojada por mí.

—Háblame, Tessa. Dime cuánto lo deseas —la insto.

Oír cómo suplica mis atenciones se ha convertido en una nueva obsesión para mí.

Continúo acariciándola con los dedos y centro la atención en el clítoris.

—No quería que pararas —implora.

Me encanta.

—No has dicho nada —respondo—. No sabía si te estaba gustando.

—¿Es que no era evidente?

Me incorporo y me siento sobre sus muslos. No puedo apartar las manos de ella. Recorro con los dedos la suave piel de sus piernas y hago que su cuerpo tiemble debajo del mío.

—Dilo —le ordeno—. Nada de asentir. Dime que quieres que lo haga, nena —la animo.

Me encanta oírla decir lo mucho que me desea.

—Quiero que lo hagas... —Inclina el cuerpo hacia el mío ligeramente.

Me esfuerzo por contenerme y no tocarla para obligarla a decirme lo que quiere.

Enarco una ceja.

—¿Quieres que haga qué, Theresa? —le pregunto.

—Pues eso..., besarme.

La beso dos veces en los labios. Frunce el ceño.

—¿Era esto lo que querías? —le digo con una sonrisa traviesa.

Me da una palmadita en el brazo. Quiero que me suplique que use la lengua.

—Bésame... ahí.

Justo cuando me dispongo a obedecer, se cubre la cara y niega con la cabeza. Me echo a reír y le aparto las manos. Me mira con el ceño fruncido.

—Me estás haciendo pasar vergüenza a propósito. —Está enfadada de verdad.

¿En qué momento ha sucedido esto?

Pone los ojos en blanco cuando intento explicarle que no puedo evitarlo, que quería oírsele decir.

—Olvídalo, Hardin.

Se tapa con el edredón de un tirón para ocultarse de mi vista. Mierda. Se ha tumbado de lado, de cara a la pared.

Detesto haber hecho que algo sexual le haya resultado una mala experiencia. Quiero que estar en la cama conmigo suponga un refugio para ella, que sea el lugar en el que puede desconectar y olvidarse de todo excepto del placer que yo le esté provocando. La he cagado, y ahora cada vez que piense en esto lo recordará con desagrado. No debería haberla presionado tanto. Todo esto es nuevo para ella. Soy un imbécil.

—Oye, lo siento —le digo pegado a su pelo.

Odio pelearme con ella. Sólo estaba de broma, pero no he sabido parar a tiempo. A veces puedo ser un auténtico idiota, por si no lo ha notado.

—Buenas noches —me dice con frialdad.

No está de humor para tonterías, así que, muy a mi pesar, decido dejarla estar. Lo último que quiero es presionarla todavía más.

«¿Lo ves? Estoy aprendiendo», quiero decirle.

—Vale, cabezota —refunfuño.

Observo cómo su respiración se ralentiza. Entonces la rodeo con el brazo e intento quedarme dormido. Ella suspira unas cuantas veces y farfulla cosas sin sentido. Cuando se queda dormida,

me incorporo y la contemplo durante un rato. Me pregunto cuánto le durará el enfado y si seré capaz de

aprender alguna vez a ser un buen novio.

VEINTIUNO

Su vida estaba cambiando a tal velocidad que apenas podía seguirle el ritmo. Era feliz... Por fin había descubierto el significado de esa palabra. Los días pasaban volando, demasiado deprisa para que pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Cuando ella se abrió a él, entró sin dudarle y se hizo un hogar en su interior. Ella le regaló lo más profundo de su inocencia y él lo tomó sabiendo que no le pertenecía, pero mentiría si dijera que no deseaba que ella jamás se enterara de eso. La amaba y la estaba utilizando y sabía con certeza cómo conciliar ambas cosas. La amaba y sabía que eso no excusaba todos los errores que estaba cometiendo, uno detrás de otro, pero esperaba poder disfrutar del tiempo que le quedara con ella y, a ser posible, convencerla de que era merecedor de su perdón.

Estoy entrando en el aparcamiento de la residencia de Tessa y me pregunto cuál es mi plan. Lo tenía

muy claro cuando salí de casa. Iba a venir a su residencia, contárselo todo y suplicarle que me perdonara. No era el mejor plan del mundo, pero era todo lo que se me ocurría. Me reconcome la culpa, me retuerce por dentro, me ruega que me libre de ella. Me aterra lo que sucederá cuando se lo cuente, pero me cere saberlo. Ha de saberlo.

Sólo he bebido un poco. Un par de tragos para calmar los nervios.

No puedo engañarla a besos ni distraerla con caricias. En la zona del edificio B siempre hay plazas vacías, y aparco en la que está más cerca de la acera. Su residencia me recuerda a un antiguo

bloque de apartamentos con muchas ventanas, pero el ladrillo rojo oscuro le da un aire a institución siniestra.

Es el que los empleados de la universidad supervisan menos. Lo sé muy bien: me han echado tanto del edificio A como del D.

Le mando un mensaje rápido a Steph para que no vuelva a la habitación si es que ha salido. Como al cabo de un minuto no me ha respondido, bajo del coche y espero que no esté en su cuarto. A continuación hay un mensaje de Tessa en el que me desea buenas noches. Debería haberle respondido.

¿Por qué soy tan imbécil?

El pasillo está vacío y, nervioso, me planto ante la puerta de la habitación B20 en vez de en la B22.

Tardo cinco minutos en darme cuenta de mi error. No sé si llamar o no. No me está esperando, pero

estoy seguro de que está dentro. No, no debería llamar. No hay razones para hacerlo. Me tiemblan las

manos cuando giro el pomo. La puerta de madera cruje cuando la abro y entro, rezando para no encontrarme con un zapato en la cabeza o con una polla en la boca de Steph.

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad justo en el momento en que se enciende una lámpara.

—¿Qué haces? —pregunta Tessa. Está sentada, con los ojos entreabiertos para protegerlos de la luz.

Paso junto a la cama de Steph y me detengo a treinta centímetros de la de ella.

—He venido a verte —digo, y ahora que la veo algo cambia en mi interior, se tranquiliza.

Se vuelve para echarse de lado con una mano apoyada en la cadera. Cuando se incorpora, los pies

descalzos cuelgan del borde del colchón y el pelo ondulado le cubre casi toda la espalda. La camiseta

de algodón que lleva puesta parece muy suave. Quiero tocar la tela que acaricia su piel. Quiero pasarle el pulgar por la frente y apartarle el pelo de la cara. Necesito tocar el mohín de sus labios. Frunce el ceño, las cejas le tiran de la frente. Parece un gatito enfurruñado.

—¿Por qué? —pregunta con voz aguda y llorona.

No sé qué hacer. Me siento en la silla de su ordenado escritorio de madera. Tras unos instantes de duda, contesto con sinceridad:

—Porque te echaba de menos.

Veo en sus ojos enfado e incredulidad cuando los pone en blanco. ¿Ella me habrá echado de menos?

¿La consuelo cuando duerme como ella hace conmigo o la atormento en sueños? No tengo ni idea.

Suspira y deja caer los hombros.

—Entonces ¿por qué te has ido?

Sus palabras son dulces. Me tomo un momento para mirar bien la habitación. Tiene la cama revuelta, cosa rara. El edredón está hecho un ovillo y una de las almohadas cuelga del pequeño colchón. El lado de Steph está tan desastre como de costumbre, y tengo que contener una carcajada cuando pienso en lo nerviosa que ese desorden debe de poner a Tess. Me sorprende que no le limpie la habitación cuando su compañera no está. Aunque, si no me equivoco, seguro que lo hace.

Me encojo de hombros y ella se cruza de brazos.

«Tengo mucho que contarte, Tessa, por favor, por una vez, no hables...»

—Porque me estabas dando la tabarra.

Resopla y patalea como una niña pequeña.

—Vale. Voy a seguir durmiendo. Estás borracho y es evidente que vas a volver a tratarme mal. — Menea la cabeza y cierra los ojos.

El pecho me arde con su rabia, y la mía me enciende los puños.

Intento convencerla de que no la trato mal, de que sólo estoy ligeramente bebido y de que quería verla. Trato desesperadamente de no sentarme en la cama con ella. Quiero que se tumbe boca arriba y

me deje tocarla. Sigo regalándole la oreja e intento hacerla sonreír.

No se lo traga.

—Será mejor que te vayas —replica.

Se acuesta dándome la espalda y mirando a la pared. Es una mocosa cabezota. Es medio adorable y medio odiosa.

Si quiere comportarse como una cría, la trataré como si lo fuera.

—Venga, nena... No te enfades conmigo. —Sus hombros se tensan y desearía poder verle la cara.

Aunque mi intención era pincharla, me gusta llamarla *nena*—. ¿Quieres que me vaya de verdad?

Ya

sabes lo que pasa cuando no duermo contigo. —Espero que mi vulnerabilidad la conmueva.

Suspira con gesto dramático y contengo la respiración. No quiero irme. No quiero que quiera que me marche.

—Bien. Quédate. Yo me voy a dormir. —No se da la vuelta. Me pregunto si me llevaría un bofetón por tumbarme a su lado o por cogerla del hombro y volverla hacia mí.

No me importa que duerma, pero preferiría poder disfrutar de su compañía. Lo tenía medio planeado cuando he venido y ahora está fuera de cuestión. Está enfadada, si le suelto la bomba no

se

conformará con palabras.

—¿Por qué? ¿No quieres estar un rato conmigo? —le pregunto.

Una vez más, me dice que soy un borde y un borracho. Le digo que no soy ninguna de las dos cosas y que está actuando como una niña.

—Es muy borde decir eso de alguien, sobre todo cuando lo único que he hecho ha sido preguntarte por tu trabajo —replica.

Me duele la cabeza. No hace más que volver a lo mismo.

—Dios, otra vez no. Vamos, Tessa, déjalo ya. No me apetece hablar del tema.

Me doy cuenta de que, si se lo contara todo, la mayoría de nuestras dificultades desaparecerían. El problema es que ella también se esfumaría.

—¿Por qué has bebido esta noche? —me interroga.

Parecía buena idea. Estaba tenso y triste y me era imposible pensar con claridad. Que el aliento me huela a alcohol resta importancia a mis confesiones, las hace menos ofensivas. Puedo soltar bobadas de borracho y, si se escandaliza, negarlo todo a la mañana siguiente.

Joder, no puedo parar de mentir.

—Yo... No lo sé... Me apetecía tomarme una copa... o varias. Deja de estar enfadada conmigo, por favor... Te quiero.

La quiero de verdad y necesito estar junto a ella. Detesto que se enfade conmigo pero, de un modo enfermizo, el hecho de que se preocupe por mí me reconforta.

Se le está pasando el cabreo bastante deprisa.

—No estoy enfadada contigo, sólo es que no quiero que nuestra relación vaya hacia atrás. No me gusta cuando la pagas conmigo sin motivo y desapareces. Si estás enfadado por algo, quiero que me

lo digas y lo hablemos.

«¿De qué va ahora? ¿De psiquiatra?» Tardo un momento en darme cuenta de que me está hablando como si estuviéramos saliendo juntos. Ni de lejos somos una pareja al uso. Se pone a

hablar de comunicación cuando lo único que hace es dar media vuelta en la cama y no dirigirme la palabra.

He estado dejándome el pellejo por esta chica y ni con eso le basta. Estoy intentando ser razonable,

no permitir que me cabree, pero es muy difícil con alguien como Tessa, que me toca todas las teclas.

—No te gusta no tenerlo todo bajo control —contraataco.

No puedo creer que me esté dando consejos sobre cómo vivir mi vida. Como si ella lo supiera todo, que es lo que se cree.

—¿Perdona? —Le tiembla la voz. Se incorpora y apoya los codos en las rodillas.

Le digo que es muy controladora. Lo niega.

Me pregunta si tengo algún otro insulto guardado en la manga y le pido que se venga a vivir conmigo. Se queda tan pasmada como imaginaba que se quedaría. Estoy aquí con ella, sorprendido de que mi boca haya elegido precisamente este momento para sacar el tema. Estudia mi cara con

detenimiento, como si estuviera memorizando lo que le digo sobre el sitio. Está emocionada, lo noto.

Pero no está del todo segura y no lo disimula muy bien. Le demostraré que no tiene nada que temer.

Puedo seguir portándome mejor por ella y hacerla feliz. Sé que puedo. La energía entre nosotros ha

cambiado por completo. Se está mordiendo el interior del labio, provocándome, y yo no puedo esperar más a vivir con ella.

El huracán de verdades que flota sobre nuestras cabezas, haciendo remolinos y cogiendo fuerza, se desplomará sobre nosotros en cualquier momento. Finjo que estamos en una novela y que me perdonará igual que Elizabeth perdonó a Darcy. Si fuéramos palabras en una página, volvería a

mis

brazos por muy graves que fueran mis errores, igual que Catherine. Anhelaría la aventura que

aporto

a su vida y a mí me sería imposible separarme de ella, igual que Daisy. El desastre no nos afectará

si

estamos a salvo en nuestro propio mundo, en nuestro propio apartamento, en nuestra propia novela.

Ese lugar será una fortaleza, no una prisión, le prometo en silencio. Las palabras mueren en mi lengua y me vuelvo hacia ella otra vez. Me mira con los ojos brillantes, llenos de controlada emoción.

—¿Qué me dices? ¿Te vienes a vivir conmigo?

«Di que sí. Di que sí, por favor.»

Tessa mueve los hombros hacia adelante y hacia atrás para aliviar la tensión y veo un tirante de sujetador de color rosa. Creía que toda su ropa interior era de algodón blanco o de algodón

negro.

Mantengo la mirada fija en su hombro, esperando a que el tirante vuelva a asomar.

—Jesús, un paso detrás de otro. De momento voy a dejar de estar enfadada contigo —me dice; es su versión de llegar a un acuerdo—. Ahora ven a la cama.

Se tumba sobre el colchón y con la mano me indica que me eche a su lado. De repente soy feliz como un cachorro cuyo dueño lo deja subirse a la cama. Me desabrocho los vaqueros, me los

quito y

los tiro sobre un montón de libros de texto que hay junto a la cama de Steph. Miro a Tessa, que

sólo

tiene ojos para mi camiseta y me está diciendo sin hablar que me la quite. La fina camiseta de

algodón

que lleva es bastante sexi, pero no hay nada como verla con la mía puesta. Me encanta que duerma con ellas.

Me la quito y la dejo delante de ella. Me regala una sonrisa preciosa y se dispone a sacarse la suya. Su piel suave es muy sexi, así como el modo en que su estómago se curva bajo sus generosos pechos. Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando veo el sostén de encaje. Estoy acostumbrado a que un sujetador de algodón sin forma le contenga las tetas, no a un *push-up* de encaje.

—Joder —se me escapa sin querer—. ¿Qué llevas puesto?

La chica es sexi a más no poder y no es consciente de serlo. Le arden las mejillas, rojo grana.

—Me he comprado ropa interior nueva —responde en un susurro.

Le da vergüenza a pesar de que parece una diosa con el pelo rubio, las piernas suaves y los labios carnosos listos para recibir a mi polla...

Me pregunto de inmediato qué más se habrá comprado hoy y si me sería muy difícil convencerla de que se lo pruebe todo para mí, como un pequeño espectáculo privado.

Nunca me había puesto tanto una mujer. Es tan absolutamente sexual sin pretenderlo y no tiene ni idea de la cantidad de mujeres que darían lo que fuera por ser como ella, por tener unas curvas así

de

sexis.

—Ya lo veo... Joder.

Tessa menea la cabeza.

—Eso ya lo has dicho.

Pero le encanta oírlo. Florece con mis cumplidos, lo cual es muy muy satisfactorio. Me alucina que no se vea como es en realidad. Le repito lo guapa que está y sonrío más. No puedo apartar la

vista

de sus tetas, que amenazan con reventar las copas, y no puedo evitar que mi polla intente escapar

de

mi bóxer. Tessa lo está mirando, está mirando el bulto de mi polla erecta contra la tela de algodón negro.

Con ojos hambrientos, se relame el labio superior y lo muerde suavemente. Me dice algo pero no sabría decir qué ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Mmm... —Estoy de acuerdo con lo que sea que esté diciendo.

No puedo pensar en nada salvo en que su cuerpo está llamando al mío. Es como si estuviera hecho para mí. Apoyo mi peso en la rodilla y me tumbo sobre Tessa, apresando su boca húmeda y carnosa con la mía. Su lengua es como el terciopelo y el whisky, suave y dura, y acaricia la mía,

atravesándome y sanándome a la vez.

Estoy jugando con fuego. Camino sobre una línea muy fina pero he desarrollado un talento especial para el funambulismo. Si acepta vivir conmigo, verá que estoy listo para ser mejor

persona

por ella.

Verá que un error no importa gran cosa comparado con lo mucho que la quiero, comparado con lo mucho que puedo significar para ella.

Su boca se muere por la mía. Es una experta en esto: su lengua se mueve con la mía, y con cada uno de sus sonidos que me trago me enamoro más de ella. Hundo la mano en sus suaves cabellos, desesperado por sentirla aún más cerca. Aprieto mi cuerpo contra el suyo, mi polla necesita fricción antes de entrar en combustión. El alivio que me recorre el cuerpo cuando me restriego contra ella me aterra. Controla mi mente y mi cuerpo y no sé qué hará con ellos.

Me recuesto sobre un codo para admirar su belleza. Ahora su boca es rosa oscuro, y mentalmente repaso un libro entero de cosas que me muero por hacerle. Con la otra mano acaricio el encaje

rosa

pálido que cruza su pecho; la delgada tela apenas puede contenerla.

Con paciencia y toda la dulzura del mundo, mis dedos ascienden por la copa, bajo el tirante, y hundo los dedos bajo la tela para sentir sus pezones duros como guijarros. Es el puto cielo.

—No consigo decidir si quiero que te dejes esto puesto...

Podría pasarme todas las horas de todos los días aquí tumbado, con ella esperando mis caricias. Aplico una mínima presión a sus pezones y gime sorprendida. Quiero sus tetas desnudas en mis manos.

—Va, fuera —gruño. Estoy cachondo e impaciente y, cuando arquea la espalda para que le desabroche los pequeños corchetes, casi me corro en los calzoncillos. Cojo sus tetas con la mano, levantándolas y dejándolas caer para admirar la perfección con la que se mueven. Tiene unas tetas perfectas, es mi fetiche viviente—. ¿Qué quieres hacer, Tess?

Quiero hacerle de todo. Quiero hacerle cosas que nunca he hecho y experimentar cosas de mi pasado como si fuera la primera vez.

—Ya te lo dije —protesta empujando su pecho contra mi mano. Esta rarita es una calentorra.

¿Estamos preparados? ¿Está preparada? Creo que lo está. Está jadeando, y la entrepierna de sus bragas brilla a la luz de la lámpara. Mi mano desciende por su vientre hacia el bajo de encaje.

Trato

de controlarme, pero gime mi nombre y necesito que emita más de mis sonidos favoritos. Joder, me tiene comiendo de su mano.

Mis dedos llegan a su coño y tamborileo suavemente sobre el montículo hinchado. Hay que ver cómo ha mojado las bragas. Su dulce aroma se respira en el aire, y quiero saborearla. Le meto

los

dedos hasta los nudillos. Grita, y sus jadeos calan en mí mientras me abraza para contener su cuerpo

tembloroso. A mis dedos les falta espacio, está prieta, y jadea cada vez que se los meto.

Las manos de Tessa encuentran enloquecidas mi polla, la miden con la mano, la estrujan y la acarician a través del bóxer.

—¿Estás segura? —le pregunto.

Necesito que esté absolutamente segura. Necesito que sea tan perfecto para ella como lo será para mí.

Tessa tarda un momento en darse cuenta de que le estoy hablando a ella. Tiene la boca abierta y la mirada salvaje.

—Sí, estoy segura. ¡No le des más vueltas!

Agacho la cabeza y me río contra su cuello. La ironía me mata. Normalmente es ella quien le da vueltas a todo. Pero esta vez soy yo. Estoy tan cerca de tenerla, y la estúpida Apuesta va a

estropearlo.

La culpa que siento desde que empecé a enamorarme de ella es superior a mí. Se está librando una batalla campal en mi interior: el chico bueno que ama a la chica buena y el chico malo con demasiadas taras para ser capaz de amar a nadie se batan en un duelo con espadas. Cada uno

quiere

una cosa de la princesa. El chico malo cae derribado a tierra.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad? —digo en su boca.

¿Será capaz de notar el sabor de mi pánico?

Si lo ha notado, no lo demuestra.

—Sí... —Me besa, lentamente, con dulzura—. Te quiero, Hardin.

Sus piernas tiemblan levemente, como si su cuerpo no pudiera soportar el placer de mis dedos entrando y saliendo de su apretado interior. Me espera suplicante mientras invaden mi mente imágenes de su cuerpo retorciéndose bajo el mío cuando rasgue su piel y la haga mía. No hasta

que

ella dé el primer paso... Es una frontera que voy a respetar. Mi boca se cierra sobre su cuello para hacerla mía de otro modo. Chupo la fina piel y siento el calor de la sangre que corre bajo la superficie. Es mía.

—Hardin..., voy a... —jadea cuando la dejo vacía.

Es como una fruta madura lista para que la devoren. De repente, soy un hombre hambriento.

Necesito comérmela. Retrocedo sobre la cama, le quito las bragas y le separo las piernas. Es un aroma dulce, embriagador. Nunca he sentido nada parecido al hambre que ruge en mi interior. Mis labios trazan a besos un sendero por su vientre. Está empapada. No puedo evitar soplar y deleitarme con sus gemidos. La levanto por las nalgas. Allá voy.

Su sabor inunda mis sentidos y mi lengua reparte lametones arriba y abajo. Con cada gemido, mis lametones son más fuertes, más precisos, y se agarra a las sábanas con todas sus fuerzas para no

gritar.

—Dime lo mucho que te gusta —digo asegurándome de echarle el aliento con cada palabra. No puede ni hablar.

—Me...

La chupo y la lamo hasta que tiembla y gime sin parar.

Quiero darle el empujoncito que necesita.

—Eso es, nena. Córrete para mí. Necesito sentirlo en la lengua.

Obedece. Alcanza el orgasmo y me emborracho de ella. Ya no tengo sed de licor, ahora tengo sed de poder.

Asciendo por su cuerpo, mi polla late contra su vientre, y la beso. Sale de su estado de satisfacción y me besa apasionadamente. Está lista para recibirme. Estoy impresionado.

—¿Estás...? —pregunto para asegurarme.

Asiente con frenesí y empuja las caderas contra las mías.

—Calla... Sí, estoy segura —me suplica.

Me clava las uñas en la espalda y se apodera de mi boca de nuevo. Sus labios chupan, su lengua se abre paso entre los míos. Vuelvo a emborracharme. Me baja el bóxer por el culo y las piernas, y

la

sensación de estar desnudo y duro contra su piel me enloquece.

Necesito estar dentro de ella. He de hacer mío su cuerpo.

Esto lo cambiará todo. Ninguno de los dos volverá a ser el mismo. Ya no será una chica inocente, será una mujer con una vida sexual. Tendrá que marcar la casilla de persona sexualmente activa

cuando vaya al médico. Un día se casará y tendrá que decirle al tipo que folló conmigo. Cuando hable de sus experiencias sexuales pasadas, sólo podrá hablar de mí. Siento una culpabilidad inmensa y una satisfacción extrema. Es una experiencia liberadora pero aterradora a la vez.

—Tessa, yo... —Tengo que decírselo. Me está partiendo el cuerpo en dos.

—Calla... —susurra. No sabe lo que dice.

Siento el peso de mi cuerpo sobre el suyo, encajan a la perfección. La miro a la cara, intentando guardar este momento para siempre.

—Pero, Tessa, tengo que contarte...

—Calla ya, Hardin, por favor.

Me lo está suplicando. Sus ojos son todo amor y emoción. Mi vida está cambiando y, ahora mismo, voy a darle la vuelta a todo. Toma el control antes de que pueda decir una palabra y

aprieta

los labios contra mi boca. Su mano envuelve mi polla dura y me masturba, provocándome y haciéndome callar. Cojo una rápida bocanada de aire cuando, con una pasada del pulgar, limpia la gota que brilla en la punta.

—Si vuelves a hacer eso, me corro —protesto. Quiero sentir las delicadas yemas de sus dedos en la punta de mi nabo, incitándome, haciéndome suplicar.

Pero, más que nada, siento la imperiosa necesidad de enterrarme dentro de ella. Ya.

Imagino que no tiene condones y me avergüenzo un poco de llevar siempre uno en la cartera, pero yo nunca follo sin condón.

Tessa observa desde la cama cómo recojo los vaqueros del suelo y rebusco en los bolsillos. Me siento como un perverso de esos que siempre llevan un chubasquero en la cartera en previsión

de

echar un polvo.

Pero se me olvida con una sola mirada a los ojos hambrientos de ella. Vuelvo a la cama, condón en mano. Espero un segundo para que me lo arrebatte de las manos, pero no lo hace. Joder, seguro

que sólo los ha visto en clase de educación sexual.

—¿Estás...? —No sé cómo preguntarle si quiere intentar ponérmelo ella. A algunas les gusta, a otras no.

Levanta la voz.

—Si me lo preguntas otra vez, te mato.

La creo.

Me decido por la segunda opción, que es saborear este momento mientras la tengo. Meneo la cabeza y agito el condón delante de sus narices.

—Iba a preguntarte si quieres ayudarme a ponérmelo o lo hago yo solo...

Yo acabaría antes, seguro.

Tessa parece nerviosa y se muerde el labio. Mi polla se muere por ella. Siento la tentación de follármela a pelo.

Y he de recordarme que eso sería una estupidez.

—Ah. Me gustaría hacerlo yo, pero... vas a tener que enseñarme cómo se hace.

Es muy tímida y sexi a rabiar. Sus tetas grandes, llenas y redondas me distraen. Tengo que meterle prisa.

—Bien —accedo.

Tessa se acerca y se sienta con las piernas cruzadas. Me alegra poder enseñarle cómo se hace, pero no estoy al cien por cien en el mundo real: me imagino ya encima de ella, metiéndome en su interior. Me imagino cómo gime y jadea y cómo se agarra a mi espalda y a mis brazos. Me imagino que me pide más, que se corre y que ya es mía.

—No ha estado mal para una virgen y un borracho —bromea Tessa cuando está hecho y ya llevo el condón puesto.

Le recuerdo que no estoy borracho y que esa boquita insolente me ha despejado.

—Y ¿ahora qué? —pregunta sin poder contenerse.

Guío su mano hasta mi polla.

—¿Me tienes ganas? —pregunto.

Asiente.

—Yo también te tengo ganas —digo. Me estoy muriendo. Nunca he tenido tantas ganas de nada. Sigue meneándomela, la tiene en la mano. Me coloco entre sus piernas y las abro con la rodilla. De nuevo tiene el coño brillante y empapado por mí.

—Estás muy mojada, eso lo hará más fácil.

Puedo olerla. Su cuerpo es muy agradecido y eso me vuelve loco. La beso en la boca, salpicando con mis labios traviosos las comisuras, su nariz y otra vez su boca. Tessa me abraza y respiro hondo

cuando se aprieta contra mí. Rozo su humedad y casi explota. Es muy impaciente y se pega a mí. Se lo advierto:

—Despacio, nena. Tenemos que ir despacio. —La beso en la sien. No quiero hacerle daño. No lo haría si no tuviera que hacerlo—. Al principio te va a doler. Si quieres que pare, dímelo. Lo digo en

serio.

La miro fijamente. Tiene las pupilas dilatadas, las mejillas encendidas y el pelo revuelto sobre la almohada.

—Vale.

Traga saliva nerviosa. La observo y le recuerdo en silencio lo mucho que la quiero, que la

necesito y que la deseo. Con un hondo suspiro encuentro lo que busco y entro con delicadeza.

Noto lo

apretada que está cada centímetro que avanzo y me detengo cuando cierra los ojos con fuerza.

—¿Estás bien? —pregunto sin aliento.

Asiente, pero está apretando los labios. Está tan caliente, tan prieta a mi alrededor...

—¡Joder! —gimo cuando ella jadea y me aprieta otra vez—. ¿Puedo moverme?

Joder, necesito moverme. Sabía que iba a ser como estar en el cielo, pero no me imaginaba que el puto cielo iba a ser así de divino.

Tessa respira hondo un par de veces antes de contestar.

—Sí...

Me da permiso.

Voy despacio, no quiero hacerle daño. Siento que no se agarra ya tan fuerte a mis brazos y que se relaja con cada beso que le dispenso. Su cuello, su preciosa boca, su nariz. Amo hasta el último milímetro de su cuerpo. De *mi* cuerpo.

Le repito lo mucho que la quiero mientras entro y salgo lentamente de ella. Sigue con los ojos cerrados pero no da muestras de estar incómoda. Cuando pasan veinte segundos y noto que su cuerpo no responde, me detengo.

—¿Quieres...? Joder... ¿Quieres que pare?

Niega con la cabeza y vuelvo a cerrar los ojos. Me imagino cada centímetro de ella debajo de mí.

Su piel suave, su cuerpo conformándose al mío. Es mía, ahora y para siempre, incluso cuando nos

hayamos levantado de la cama. Mantengo el ritmo y ella no me suelta. Noto que el corazón me late en

el pecho, que vuelve a la vida a medida que me acerco al borde del abismo. Nunca antes había sentido

nada con el sexo.

Me siento vivo y brillante y, cuando miro a mi amor, ella me devuelve la mirada con una admiración radiante y ahora sé que, de alguna manera, todo acabará bien.

La fortaleza de Tess me sorprende una vez más cuando una lágrima cae silenciosa sobre la almohada. La beso para borrarla y la alabo como se merece:

—Lo estás haciendo muy bien, nena. Te quiero mucho.

Hundo los dedos en su pelo y lamo el sudor que baña la piel de su cuello.

—Te quiero, Hardin —afirma ella. No me hace falta nada más. Ya estoy.

La beso en la boca, le chupo los labios y la lengua con una voracidad insaciable.

—Voy a correrme, nena. ¿Te parece bien? —Mi espina dorsal está que arde, el sudor resplandece en su piel, estamos enloquecidos.

Tessa asiente, me anima a que me derrame en su interior. En este momento detesto la barrera que nos separa. Quiero colmarla, quiero hacerla mía de todas las maneras posibles. Me chupa el cuello y

me tenso. Mi cuerpo cede al placer y mascullo su nombre con los dientes apretados mientras alcanzo

el clímax. Me desplomo sobre su pecho, sin aliento, y ella me acaricia perezosamente la piel.

Ahora todo ha cambiado. Lo he cambiado todo entre nosotros. La reconforto e ignoro la presión de la verdad que intenta escapar y que amenaza con quemarme vivo. Mientras la reconforto, rezo

a

quien me esté escuchando para que mi mundo no sea reducido a cenizas.

VEINTIDÓS

Todo empezó a desmoronarse y el pequeño castillo de naipes que se había construido se tornaba más y más frágil cada día que pasaba. Le entraba el pánico a la más mínima mención de sus mentiras y le estaba costando fraguar un plan. Estaba convencido de que, cuando era niño, le habían lanzado una maldición... No había otra explicación para el sufrimiento que había tenido que soportar.

Empezaba a preguntarse si Tessa era su salvación o la peor maldición posible. La había hecho suya, a toda ella, pero se le escurría de entre los dedos como los granos de un reloj de arena.

Tessa está en su trabajo de becaria cuando me paso unos días después por su habitación. Molly me ha estado contando que a Steph se le está yendo la pinza. Deja caer que es posible que esté perdiendo la puta cabeza, y necesito hablar con ella antes de que ella hable.

Cuando llego a la habitación, Steph está tirada en la cama, con el pelo rojo hecho un desastre. Lleva mechones recogidos con horquillas por toda la cabeza. Su maquillaje es oscuro, la sombra de ojos de color humo le cubre los párpados y parece la versión fantasmagórica de una niña pija.

Tiene

la piel blanca y los labios rojo oscuro.

—No está —anuncia, y cierra el portátil de Tessa. ¿Qué hace aquí su portátil?—. Estoy viendo una película. Relájate, psicópata.

Cojo el ordenador de su cama y me lo pongo debajo del brazo.

—Ya sé que no está. Quería hablar contigo —le digo.

Se incorpora sobre un codo y las tetas amenazan con romper el vestido ajustado que lleva puesto y quedar más a la vista de lo que ya están.

—¿Hablar conmigo de qué?

Me mira con frialdad mientras espera mi respuesta. Siempre he sabido que algo no iba del todo bien en su cabeza, pero no soy capaz de calcular cuán peligroso es. Todos tenemos sueltos uno o

dos

tornillos, pero en el caso de Steph a veces juraría que tiene unos cuantos más. Solía pensar que era

una chica maja, pero ha acabado resultando la versión pelirroja de la loca de Amy Dunne, la protagonista de *Perdida*.

—Ya lo sabes —digo.

Me siento en la cama de Tessa y me vuelvo hacia Steph.

—Molly te ha llamado —replica, sumando dos y dos—. Está de un pesado que no veas. —Echa la cabeza atrás y se sienta—. No voy a contarle nada a Tessa. Sé que la única razón por la que estás aquí

es para rogarme que no abra el pico. No voy a hacerlo.

—Y ¿tengo que creérmelo? —le pregunto, y ella se pasa la lengua por los dientes.

—Si quieres... y, si no, pues no. Yo ya me he divertido bastante. Ahora todo el asunto me aburre y empiezo a sentirme un poco mal por ella.

Para ser sincero, esto sí que no me lo esperaba.

—¿De verdad? —Me siento justo en el borde de la cama de Tessa, con los codos apoyados en las rodillas.

Steph se echa a reír, con una risa aguda y animal. Suspiro. Qué tonto soy.

—No, claro que no. Pero sí que me aburre todo esto.

Le da un tirón al vestido para enseñar aún más canalillo. Desvió la mirada.

Estoy aquí por Tessa. No he venido a montar un numerito.

—A estas alturas, seguro que ya casi has terminado con ella.

«¿Que casi he terminado con ella?» ¿Está loca?

—¿No? Ahora que te la has follado, te habrás hartado de ella. Es lo que suele pasar contigo.

Lo más raro de Steph es que no me lo está echando en cara, sino que lo afirma sin más. Dado mi historial, su evaluación debería ser correcta, pero he pasado mucho más tiempo currándome a

Tessa

que a cualquiera de las otras.

Tess me hizo luchar por ella porque lo valía. Qué pena que yo lo haya estropeado todo.

—No... —Me aclaro la garganta—. No he acabado con ella.

Steph pone los ojos en blanco y se relame.

—Ya lo sabía yo. ¿Cuántas veces te la has tirado ya? ¿Sigue estrechita? Porque tú siempre lo estropeas todo...

Creo que mis ojos deben de estar a punto de salirseme de las órbitas, porque me mira y se aleja de mí.

—¿Y bien? —insiste—. Seguro que es maja y ya has hecho con ella lo que querías. Ahora ya puedes seguir con tu vida y que ella se largue. Ya la veo más que de sobra.

—No te cae nada bien. —Me froto la nuca.

Tessa piensa que Steph es su amiga y no quiero entrometerme a menos que sea necesario. Aunque si Steph intenta jugársela, tendré que tomar medidas.

—No, no me cae bien. Pasemos a otra cosa. A ver si la dejas ya y vuelves a que Molly te la chupe día sí, día no.

—Voy a seguir con Tessa. —No sé cómo decírselo. No quiero darle más poder sobre mí del que ya tiene, pero tampoco quiero darle la impresión de que Tessa es un rollete pasajero.

No es un rollete, y sigo rezando para encontrar el modo de que lo nuestro funcione.

Pero eso no es asunto de Steph. Joder, qué desastre. Es un puto desastre.

—¿Para qué has venido, Hardin? Sé que no era sólo para comprobar que no soy una bocazas. — Se relame los labios otra vez y se aprieta las tetas con los codos con la menor sutileza posible.

Mi mal genio amenaza con jugármela, y me levanto.

—¡Tía, estás mal de la cabeza si piensas que voy a tocarte!

—Tessa no es nada del otro mundo. No sé por qué Zed y tú estáis tan obsesionados con ella.

—Zed no pinta nada en esto. —Me tiemblan las manos y veo que Steph está encantada de haberse conocido y con cómo he reaccionado al oír el nombre de Zed.

«No dejes que se salga con la suya, Hardin.»

Me está cabreando a propósito y yo se lo estoy consintiendo. ¿Qué solía decir mi abuela?

Mierda, no me acuerdo.

—Zed es muy importante...

—Basta. —Me llevo las manos a la cara. Me pellizco el puente de la nariz, inspiro y exhalo.

He venido a decirle que tiene a Molly muy preocupada y a asegurarme de que Tessa no saldrá malparada a causa de alguna de sus locuras o maldades. Pero ahora que estoy aquí y que ella se

está

comportando como una desgraciada, me apetece ser un cabrón, la verdad. Que Steph actúe como

la

reina de los gilipollas me hace sentir que no soy distinto de como era antes de conocer a Tessa.

Pensaba que, en cierto sentido, era mejor que Steph y compañía, pero aquí estoy. Compartiremos

mesa en el infierno.

No puedo evitar empujarla. Me encanta hacer que se sienta tan mal como yo. La miro y sonrío de oreja a oreja.

—Mejor preocúpate de tu novio y de cómo mira a Molly. Los he visto a solas un par de veces...

Suelto un par de perlas más sobre ellos, no sé ni lo que digo, pero para cuando he terminado,

Steph tiene los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas para celebrar mi triunfo.

—Eso es mentira —replica intentando contener el llanto.

«Te pillé.»

—No. Lo siento por ti —le digo.

Meto el portátil de Tessa en el primer cajón de su cómoda. Necesito salir de esta residencia cuanto antes.

Sin darle a Steph tiempo para responder, salgo de la habitación. Cuando subo al coche recobro el sentido común y me doy cuenta de que he dado otro paso en falso. Steph no es como la mayoría

de

las chicas. No se va a quedar de brazos cruzados, esperando el momento oportuno para vengarse.

Es

irracional y ya la estoy viendo contándole todos los detalles de la Apuesta, corregidos y

aumentados,

a Tessa. Debería enterarse por mí. Debería ser yo quien le contara la cochina verdad antes de que

lo

descubra. Esto acabará conmigo.

Salgo del coche y camino de vuelta a la habitación de la residencia para probar un enfoque distinto con Steph.

Pero oigo la voz de Tessa en cuanto llego a la puerta. «Joder.»

Me apoyo en el umbral y escucho la conversación de las chicas.

—No creo que Tristan pique, he visto cómo te mira. Le importas de verdad. Creo que deberías llamarlo y hablar del tema —le dice Tessa.

Pego la oreja a la puerta y rezo para que nadie me vea.

—¿Y si está con ella? —pregunta Steph.

«¿Se lo ha tragado?»

—No está con ella —consuela Tessa a su compañera de habitación.

—¿Cómo lo sabes? A veces uno cree que conoce a las personas, pero no es así —empieza a decir Steph. Mierda. Se lo va a contar. Va a soltárselo todo ahora mismo—. Har...

Abro la puerta.

—Hola —digo entrando en la habitación. Parece que se están haciendo muy amigas. A otro igual lo engañan—. Uy..., ¿mejor vuelvo dentro de un rato?

—No, voy a ver si encuentro a Tristan y hacemos las paces —dice Steph levantándose—. Muchas gracias, Tessa.

La abraza y me mira, dejándome claro de ese modo que esto no ha terminado.

Necesito distraerme.

—¿Tienes hambre? —le pregunto a Tess mientras Steph se prepara para salir.

—Sí, la verdad es que sí —dice llevándose la mano al estómago.

Está distraída y no parece notar la mirada de odio que me lanza Steph.

VEINTITRÉS

La paranoia se apoderó de él y fue arrastrándolo más y más lejos de ella. Intentó aferrarse a la pequeña esperanza de que podía tener la vida que quería a su lado. Trató de idear una infinidad de

planes para salvar la única cosa buena que le había pasado jamás.

Suplicó a sus enemigos y rogó a sus amigos que guardaran silencio. Pero ninguno de sus planes funcionaría, ninguno de ellos podría ocultar lo que le había hecho, y era consciente de que todo iba a estallarle en la cara.

Llevo a Tessa al centro comercial y mi mala suerte continúa cuando nos sentamos en la zona de restauración antes de decidir a qué tiendas vamos a ir. La paranoia me atormenta y me persigue allá adonde voy. No puedo dejar de pensar en lo que podría haberle contado Steph. ¿Sabe todo lo que le hemos estado ocultando? ¿Acabará descubriendo que no soy digno de ella?

Jugueteo con la comida sumido en mis pensamientos mientras Tessa come despacio y me observa todo el tiempo. ¿Qué está buscando? ¿Algún signo que delate mis mentiras?

—¿Y si compramos lo tuyo primero? —digo.

Aún no puedo creer que haya accedido a ir a la boda. Voy a estar incómodo de la hostia, y mi único plan en estos momentos es centrar la atención en Tessa y olvidar toda la puta mierda anterior a los últimos tres meses.

—Yo tampoco sé qué ponerme —replica ella.

—Bueno, tienes la suerte de que estarás preciosa te pongas lo que te pongas.

Mi cumplido hace que se le ilumine la cara.

—Eso no es verdad. Tú llevas como nadie el estilo ese de «Me importa una mierda mi aspecto pero siempre voy perfecto». —Se echa a reír, y la presión que siento en el pecho disminuye ligeramente cuando la veo hacerlo.

—¿Tú también te has dado cuenta? —Sonrío.

Aunque ella también luce ese *look*. Mucho más que yo, y ni siquiera se esfuerza en hacerlo. Su teléfono empieza a vibrar en la mesa. Actúa de un modo bastante normal para tratarse de alguien que sabe que están jugando con ella de esta manera. Igual lo está haciendo a propósito para

distraerme hasta poder devolvérmela y vengarse.

¿O quizá es que en realidad no sabe nada?

—Es Landon —dice mientras leo su nombre en la pantalla.

Mi corazón deja de martillear de manera descontrolada. Contesta la llamada y me quedo observando cómo mueve la boca mientras habla. Succiona su labio inferior durante unos segundos y

me mira de arriba abajo.

Se me ha ocurrido una manera de impedir que se quede a solas con Steph. Tengo que mantenerme pegado a ella de ahora en adelante. He estado demasiado relajado respecto a todo esto. Debería estar

con ella a todas horas.

—Vale, haré lo que pueda para que se ponga corbata —dice Tessa al aparato, y está claro a quién se está refiriendo.

Pega la mano a la mejilla y apoya el codo sobre la mesa. Está adorable, pero ¿una corbata?

«Buena suerte.»

Empieza a decirle algo más a Landon, pero mi atención se dirige hacia el centro de la zona de restauración, donde veo a Zed, a Jace y a Logan. Cada uno va vestido de una manera diferente; un claro esfuerzo por demostrar quiénes son a través del vestuario. Logan es el típico punk pijito con cara de niña, y es el que menos pinta de agresivo tiene de los tres. Zed, alto y moreno, parece estar en un desfile de modelos de prendas de cuero, a pesar de encontrarse en un centro comercial de clase media. Está totalmente fuera de lugar. Y Jace parece el típico malote al que las adolescentes no

deberían acercarse.

—Vuelvo enseguida. —Me levanto de la mesa dejando toda mi comida en el plato.

Menos mal que Tess está al teléfono, así no me seguirá, o al menos no de inmediato.

Cuando llego hasta ellos, Logan se está aplicando un protector labial. Jace tiene una puta expresión de suficiencia en la cara y Zed parece bastante agobiado.

—Yo también me alegro de verte —dice Logan, y golpetea el suelo de linóleo con el pie mientras Jace se ríe, colocado.

Los tres tienen las pupilas dilatadas y los ojos rojos. Huelen a maría y a tabaco rancio. Si Zed y Tessa se besaron, ¿le gustaría a ella el sabor a tabaco en su lengua?

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunto, y vigilo a Tessa con el rabillo del ojo.

—¿Dónde? ¿En un centro comercial público? —responde Jace.

Inspiro hondo a modo de amenaza silenciosa. Como me joda esto hoy, no tendré reparos en hacerle daño.

—Andábamos por la zona —explica Logan.

Se encoge de hombros y me mira con una expresión parecida a la comprensión. Sabe qué me preocupa, y me está indicando de alguna manera que no han venido aquí para eso.

—Es verdad —añade, y me relajo ligeramente.

—¿Dónde está tu mascota? —pregunta Jace, y chasquea la lengua de un modo muy desagradable.

Zed se encoge, avergonzado por su gesto, y Logan pasa de nosotros y mira la pantalla rajada de su iPhone.

—¡Vaya, si está ahí! —dice Jace alzando la voz, lo que provoca que casi me abalance sobre él.

Es el típico canalla despreciable, como mi viejo amigo Mark, que jugaba con la gente como si fueran juguetes y no sentía ningún tipo de remordimiento por sus actos. «Aunque supongo que yo

soy

igual», pienso, en lo que respecta a la Apuesta, y al final del juego al que jugamos todos, fui yo

quien

alzó el trofeo.

—Ya basta —digo avanzando hacia él.

Jace sonrío con malicia. Le encanta crísparme. Sabe que me está sacando de quicio. Él lo sabe, yo lo sé, y pronto Tessa lo sabrá también.

—Viene hacia aquí. —Logan sigue mirando su teléfono, pero nos advierte de la llegada de Tessa. Me sudan las manos y me duele la piel de los nudillos cada vez que me clavo las uñas en la palma.

Van a joderme la vida en este mismo instante, aquí, en este centro comercial de alguna puta ciudad estadounidense.

—Hola, Tessa, ¿cómo estás? —Zed avanza hacia ella, y doy un paso adelante.

La rodea con los brazos y me dan ganas de arrancárselos del cuerpo al instante.

—Hardin, ¿no vas a presentarme a tu amiga? —Jace me mira, y en sus ojos rojos puedo ver lo mucho que está disfrutando con esto.

—Sí. —Meneo la mano entre ambos y cuento los segundos que hemos alargado esto—. Ésta es mi amiga Tessa; Tessa, te presento a Jace.

Ella frunce el ceño furiosa, y yo miro a nuestro alrededor confundido. ¿Por qué se enfada?

Analizo su rostro y espero a que me mire. No lo hace.

—¿Estudias en la WCU? —le pregunta a Jace.

¿Por qué tiene que ser amable con la gente y entablar conversación? Salta a la vista que no tiene mucha experiencia socialmente hablando; no parece tener ni el más mínimo sentido de la etiqueta.

—No, por Dios. Yo paso de la universidad. —Jace se echa a reír y Tessa se relaja un poco—. Pero si todas las universitarias son tan guapas como tú, voy a tener que replantérmelo.

Tessa parece un poco asustada, y cuento mentalmente los tonos de azul que podría ver en la cara de Jace al estrangularlo.

—Vamos a ir a los muelles esta noche. Deberíais pasaros —dice Zed.

«¿Pasarnos? Vete a la mierda, Zed.»

—No podemos. La próxima vez será —contesto para zanjar la conversación.

—¿Por qué no? —insiste Jace.

Está claro que me está desafiando delante de Tessa y de Zed.

—Mañana trabaja. Supongo que yo podría pasarme más tarde. Solo —digo para dejárselo bien claro a todo el mundo.

No pienso vivir esta situación nunca más. Va a ser difícil, pero estoy lo bastante loco como para creer que puedo continuar ocultando esto. Yo he ganado la Apuesta, es mía, y por mi parte pueden darle por el culo a Zed.

—Qué lástima. —Jace sonrío a Tessa y me esfuerzo por mantener la compostura.

Me está provocando. Me está restregando por las narices este puto juego de mierda al que accedí a participar como si fuera un ratón y él tuviera un sabroso trozo de queso.

—Ya. Bueno, os llamo cuando esté de camino —les miento.

Tengo que pensar en qué cojones voy a hacer con él. Está deseando encontrar el momento para hablarle a Tessa de la Apuesta..., es así de cabrón. Pero sé que sacar el tema sólo lo incitará aún más a

abrir su enorme boca, o le daré la idea en caso de que todavía no se le haya ocurrido.

Los tres se marchan y Tessa los apuñala por la espalda con la mirada. Me quedo callado y la sigo, a ella y a su mal genio, por Macy's. Camina de un modo acelerado y con la cabeza alta, como una niña que quiere demostrar que está enfadada.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

Siempre parece estar enfadada por algo: porque he dicho algo, porque he hecho algo, porque el gato de alguien la ha mirado mal... Siempre le pasa algo.

—¡Ah, pues no sé, Hardin!

—¡Yo tampoco! ¡Tú eres la que ha abrazado a Zed! —le grito.

En lo único que puedo pensar en este momento es en sus brazos rodeando a Zed, ¿y encima se mosquea conmigo?

—¿Es que te avergüenzas de mí? Vamos, que lo entiendo, no soy precisamente la chica más molona, pero pensé que...

No comprendo adónde quiere ir a parar. ¿Cree que me avergüenzo de estar con ella? ¿Por qué siempre acaba pensando eso?

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que no me avergüenzo de ti. ¿Estás loca?

Menuda pregunta. Claro que está loca. Ambos lo estamos.

—¿Por qué me has presentado como si fuera una amiga? No te cansas de repetirme que nos vayamos a vivir juntos... ¿y luego vas y les dices que somos amigos? —me suelta subiendo el tono de

voz con cada palabra—. ¿Qué intentas hacer?, ¿ocultarme? No seré el secreto de nadie. Si no soy lo

bastante buena para que tus amigos sepan que estamos juntos, puede que no me apetezca seguir contigo.

¿Cómo voy a decir que es algo más que una amiga? Me odiará más que a cualquier enemigo cuando mi tiempo se agote con ella. Es mucho más que un secreto para mí. No pretendo ocultarla.

Joder, no quiero seguir manteniéndola escondida. Quiero presumir de ella y que todo el puto

mundo

sepa que es mía. Sólo mía. Pero soy demasiado idiota como para conseguir que todo funcione entre

nosotros, por eso tengo que ocultar a la cosa más preciosa, al único tesoro que he tenido en toda mi

vida. Tengo que ocultarla en lugar de dejar que reluzca al sol, y eso me está matando por dentro. —¡Tessa! Maldita sea... —No termino la frase, y entonces veo que ella mira hacia los probadores de la sección de ropa femenina de la tienda—. Me meteré contigo —le advierto, y lo digo en serio.

Me encantaría entrar con ella en ese probador y follármela contra el espejo de cuerpo entero. Tess levanta las cejas y frunce los labios. Sabe perfectamente que lo haré. La seguiría hasta la parte más profunda del infierno si ella me lo pidiera.

—Llévame a casa —me ordena.

¿Que la lleve a casa? ¿Por una absurda pelea? Para dejarme bien claro que está enfadada, camina varios pasos por delante de mí mientras sale de la tienda y se dirige de vuelta al coche. Una vez fuera,

hago ademán de abrirle la puerta, pero ella me fulmina con la mirada impidiendo que lo haga.

—¿Se te ha pasado la pataleta?

—¿La pataleta? ¿Me tomas el pelo? —chilla con rabia.

—No sé por qué le das tanta importancia a que haya dicho que eras mi amiga. Sabes que no era eso lo que quería decir. Sólo es que me han pillado por sorpresa. —Es una verdad a medias.

—Si te avergüenzas de mí, creo que no quiero volver a verte —dice con voz temblorosa.

Está haciendo un esfuerzo por no llorar. Ya estoy lo bastante familiarizado con sus reacciones como para saber que se está clavando las uñas en los muslos y sus ojos grises se están inundando de

lágrimas. Más lágrimas que derrama por mi culpa.

—No me digas eso. —Me paso la mano por el pelo grasiento y me dan ganas de arrancármelo a tirones—. Tessa, ¿por qué supones que me avergüenzo de ti? Eso es absurdo.

No tengo ningún motivo para avergonzarme de ella; más bien sería al contrario. Para mis amigos, ella no es más que un juguete; cada puto momento que he compartido con esta chica ha quedado reducido a la nada. He convertido todo en nada y no tardará en descubrirlo, y no hay nada que pueda hacer para evitar que este tren de mercancías me destruya la vida de nuevo. Acababa de empezar a reconstruirla, pero la he cagado.

—Que te diviertas esta noche en la fiesta —dice haciendo un puchero desde el asiento del pasajero.

—Por favor, no voy a ir. Sólo lo he dicho para librarme de Jace.

Es la verdad. No quiero ir a ninguna puta fiesta. Quiero pasarme toda la noche sumergido entre los muslos de Tessa.

—Si no te avergüenzas de mí, llévame a la fiesta.

Debería haber imaginado que me saldría con ésas. Para ella todo es siempre un juego, todo.

Y mira quién fue a hablar.

—Eso sí que no —mascullo.

Evidentemente, fuimos a la puta fiesta porque, una vez más, Theresa Young se salió con la suya. Conforme van pasando los días, cada vez me siento más cómodo en mi propia mentira de lo que me gusta admitir. Hago como si nada se estuviera desmoronando poco a poco, como si los minúsculos fragmentos de todo lo que nos mantiene unidos no se estuvieran despegando a cada

minuto que pasa sin que se lo cuente. No puedo hacerlo. No puedo abrir esa lata de gusanos y dejar

que nos destruya. La verdad nos ahogaría sin remedio. Es inevitable, como lo es mi amor por Tessa.

—Pues... ¿Bienvenida a casa? —digo cuando el agente inmobiliario nos deja por fin solos en el apartamento.

Pensaba que no iba a pirarse nunca. Tessa se ríe, se cubre la boca con el dorso de la mano y se acerca. La abrazo y doy gracias a quien sea que la pusiera en mi camino por permitirme seguir con

ella un poco más antes de que la arranquen de mi vida. Merezco disfrutar de un poco de felicidad mientras dure, ¿no?

—Es increíble que ahora vivamos aquí. No parece de verdad.

Sus ojos curiosos examinan la sala de estar, y brillan con una emoción que jamás le había visto.

Con este gesto le he dado libertad. Le he dado un bonito apartamento en el que puede ser ella misma,

la versión a la que nadie puede juzgar ni exigirle cosas. Su madre no está para decirle que se cepille

el pelo, y Steph no está para calcular maneras de hacernos daño.

—Si alguien me hubiera dicho que iba a vivir contigo, o a salir contigo, hace dos meses, me habría partido de risa en su cara... O se la habría partido de una hostia... Cualquiera de las dos cosas.

—Me río y le cojo la cara entre las manos.

Su rostro está caliente y radiante de emoción.

—Eres un amor. —Pone las manos sobre mis caderas y se apoya en mí.

Siento el peso de su cabeza sobre mi pecho. Mi vida es perfecta por primera vez desde que me alcanza la memoria. He decidido no pensar en la catástrofe que se avecina. Por ahora, mi vida es perfecta.

—Aunque es un gran alivio tener un sitio sólo para nosotros. No más fiestas, ni compañeros de habitación, ni duchas comunitarias —añade.

Mi corazón bombea con fuerza contra su mejilla, y me pregunto si sentirá mi creciente paranoia.

—Y nuestra propia cama —digo, y enmascaro mis temores con humor—. Tendremos que comprar cosas, como platos y demás.

Cuantas más cosas tenga aquí, más difícil será cuando llegue la hora de marcharse. Joder, estoy atrapado en esta mentira y rodeándola con la soga conforme hablamos. Esta chica tan maravillosa nunca me perdonará.

Sin embargo, ya pensaré en eso más adelante. Algo se me ocurrirá.

Me coloca la mano en la frente y presiona un poco.

—¿Te encuentras bien? —Sonríe—. Hoy estás de lo más colaborador.

Sus sarcasmos hacen que la adore aún más.

Acerco su mano a mis labios y se la cubro de besos.

—Sólo quiero estar seguro de que estás contenta aquí. Quiero que te sientas como en casa... conmigo.

No hay nada que desee más. Nunca he sentido que tenía un hogar hasta que Tessa ha firmado sobre esa línea de puntos para trasladarse a vivir conmigo. Despertarme con la insufrible alarma de

su móvil todos los días se ha convertido en una necesidad para mí, en algo que echaba de menos

sin

saberlo.

—Y ¿qué hay de ti? ¿Te sientes en casa? —pregunta con la voz cargada de esperanza.

Aunque es una esperanza tenue. Está aguardando a que exprese alguna opinión desagradable sobre nuestra convivencia. Lo veo en sus ojos. Está ilusionada, pero espera lo peor por mi parte porque es lo que recibe siempre.

—Para mi sorpresa, sí —respondo con honestidad y esforzándome por que mi voz suene lo más convincente posible.

Me encanta estar aquí, con ella.

—Deberíamos ir a por mis cosas —sugiere, y me habla de los libros y la ropa de los que ya me he ocupado.

—Ya está hecho. —Sonrío.

Ladea la cabeza, confundida.

—¿Qué?

—Te he traído tus cosas de tu habitación. Está todo en el maletero de tu coche.

No podía esperar. Quería verla aquí y que no se marchara nunca. Necesito que no se marche jamás, así que tengo que hacer todo lo posible para que se sienta cómoda.

—¿Cómo sabías que iba a firmar? ¿Y si no me hubiera gustado el apartamento? —Levanta el rostro hacia el mío y me mira con una expresión medio curiosa, medio desafiante.

—Si éste no te hubiera gustado, habría buscado otro —le contesto.

Asiente. Sabe que lo digo completamente en serio.

—Vale... Y ¿qué hay de tus cosas? —me pregunta.

—Podemos ir a recogerlas mañana. Tengo ropa en el maletero.

—Y ¿eso por qué?

—La verdad es que no lo sé. Pero uno nunca sabe cuándo va a necesitar ropa.

¿Por qué tiene que ser tan cotilla? Tengo ropa en el maletero del coche por muchos motivos, y probablemente la mayoría de ellos no le gustarían.

—Vayamos a comprar lo que nos hace falta para la cocina y comida —sugiero.

Tessa se vuelve hacia mí cuando llegamos al vestíbulo.

—Vale. ¿Puedo conducir yo?

—No lo sé... —bromeo, pero por supuesto que puede conducir mi coche.

Parte tres

DESPUÉS

Al fin se estaba convirtiendo en el hombre que jamás imaginó que pudiera ser. Canalizó su ira en la escritura y estaba empezando a sentirse orgulloso de la persona que era. Ella era la única razón por la que su vida era así y, si fuera posible, se arrodillaría y le daría las gracias por cada segundo. Ella se quedó con él hasta que dejó de ser bueno para ambos y luego le dio tiempo para que pusiera orden en su vida él solo. Apoyó sus decisiones un mes tras otro y nunca dejó de hacerle sentir que tenía que aspirar a más.

Durante ese tiempo, cada mes que pasaba sobrio, recibía una postal por correo, a la antigua usanza, con el nombre de ella y un corazón. Él la conocía lo suficiente para estar seguro de que los dos años que pasaron separados no debieron de ser fáciles para ella. Para ella fue un infierno; para él, un purgatorio eterno.

Cuando las palabras manuscritas de su archivador se convirtieron en líneas en una página impresa, ella tardó una semana en llamar.

Él sabía que había leído el libro y estaba seguro de que se había pasado la semana dando vueltas por el pequeño apartamento que compartía con su hermano. Él acababa de trasladarse a un lugar nuevo, se estaba adaptando a una ciudad donde siempre hacía viento, con edificios altos y un exceso de perritos calientes y béisbol. No se sentía en casa a pesar de que ella lo visitaba más a menudo de lo que él merecía. Así pasaba los días, trabajando, esperando una llamada o un correo electrónico de ella, haciendo planes para cuando volviera a verla de nuevo. A medida que se hacía digno de ella, empezó a gustarle el hombre que veía por las mañanas en el espejo.

Cuando transcurrió la semana y ella por fin llamó, la voz se le quebró al pronunciar la primera palabra, y a él le costó encontrar la frase adecuada. Quería hacerle entender que no había dos personas en el mundo que estuvieran tan hechas la una para la otra como ellos dos. Ella lo felicitó por su libro, aunque con una comedia distancia. Él empezó a cansarse, a preguntarse si aquella iba a ser su vida: solo en un apartamento de un edificio residencial, alimentándose de comida para llevar mientras veía reposiciones de «Friends».

Semanas después, el corazón casi se le salió del pecho cuando ella llamó para decirle que iba a visitar la ciudad en la que él vivía, que iba a asistir a una boda y necesitaba acompañante. Bailó con él toda la noche y yació debajo de él, en su cama, durante tres días...

Hasta que se marchó, llevándose su corazón consigo.

La vez siguiente fue él quien la visitó, en la caótica ciudad de Nueva York, y se quedó impresionado con su nueva vida. Aunque echaba de menos un sitio en ella. A ella le iban bien las cosas: tenía amigos y familia. Él tenía una vida imaginaria con ella y estaba esperando a que ella cambiara de parecer para poder hacerla realidad. Él creía que era su única oportunidad de tener una vida plena y siguió demostrándole que era mejor persona de lo que solía ser. Mucho mejor. Mucho más vivo.

En cierto momento, su desarrollo como ser humano y cómo se traslucía éste en su comportamiento con los demás empezaron a hacerlo sentir valioso, y con eso llegaron responsabilidades mayores. A su hermano le rompieron el corazón y él se aseguró de estar disponible para hablar y para ayudarlo a superarlo. De repente le era útil a su familia, en las cosas grandes y en las pequeñas.

Fue el padrino en la boda de su hermano. Ella estaba allí, resplandeciente por el amor que sentía

por él y, de algún modo, los dos se dieron cuenta, afortunadamente, de que la separación había llegado a su fin. Ambos eran ya adultos capaces de enfrentarse juntos al mundo. Él había dejado de ser egoísta; ella al fin sabía quién era. Les había hecho mucho bien pasar un tiempo el uno sin el otro, pero estaban listos para comenzar su vida en compañía mutua.

Juntos sufrieron una devastación mayor de la que se habían causado entre sí en años anteriores, y a veces no sabían si conseguirían salir adelante. El día más triste de todos, cuando él desmontó la habitación del hijo que habían perdido, se preguntó si era un castigo, si sus pecados pasados eran la razón por la que tenían que afrontar semejante pérdida.

El día que nació su primer hijo, también lo hizo él. Había vuelto a nacer, a estar vivo. Había recorrido un largo camino y había cambiado. Le fue posible alcanzar un nivel más profundo y más elevado de amor y comprensión. Los dedos de la pequeña eran diminutos, pero se le clavaron en el corazón. Había visto transformarse, primero en mujer y después en la madre de su hija, a la chica a la que había amado durante años. No había nada más hermoso...

Hasta que fue madre por segunda vez, la madre de su pequeño.

A medida que sus hijos se hacían mayores, este hombre nuevo y esta mujer se sentían, de algún modo, más jóvenes y volvían a enamorarse el uno del otro a diario.

Él se sentía afortunado, dichoso, tremendamente orgulloso de la vida que habían construido juntos. Le costaba creer la suerte que había tenido.

ZED

Toda novela representa al héroe romántico a su manera. La mayoría emplea el clásico recurso del que todos estamos ya cansados: el triángulo amoroso. Wickham mintió sobre el padre de Darcy para granjearse el afecto de Elizabeth. Jay Gatsby invitó a cenar y a beber a Daisy Buchanan, ofreciéndole una vida que Tom, su marido, no podía proporcionarle. Linton era la opción más segura para mi heroína favorita, Catherine Earnshaw, quien lo prefirió antes que una vida de pasión destructiva con Heathcliff. Incluso un hombre lobo de piel bronceada intentó ganarse el corazón de la ingeniosa Bella Swan, pese al vampiro centenario y conquistador de ojos azules.

Está más visto que el tebeo y, como lo había vivido en tantas historias, le hizo gracia verse inmerso en un triángulo amoroso de verdad. En su historia, el chico malo con aspiraciones de santo y problemas con su padre intenta mantener a la virgen, inocente y testaruda, lejos del chico moderno y emocional que quiere salvar las flores y el planeta en un solo día. En los clásicos, estos personajes casi siempre acaban muertos, o trayendo al mundo bebés que son mitad vampiro, pero todos tienen un tema común: uno de los dos rivales nunca tiene la menor oportunidad y, en lo que a su relación respecta, él nunca supo si ser importante para ella significaba que al final alcanzaría la victoria.

Aun así, cumplen su papel. Son los otros, los chicos que vuelven al ruedo después de haber perdido ante el evidente ganador.

Otra fiesta. Otra fiesta donde hay demasiada gente que hace exactamente lo mismo en días distintos.

La bebida se sirve en vasos de plástico rojo y la música retumba en todas las habitaciones. Cada persona junto a la que paso parece más aburrida que la anterior, por eso se me hace raro que a esta fiesta de vuelta a las clases haya aún más gente que en la del año pasado. ¿De dónde han salido? ¿Es que están todos tan aburridos de mirarse el ombligo que tienen que aferrarse a un grupo y fingir que tienen una vida social fabulosa? Comienzo a entender que la universidad consiste en eso.

Washington

es muy diferente de Florida, el lugar en el que me crie, pero las universidades parecen ser iguales en todas partes.

—Tengo que mear —me quejo al aire mientras me apoyo en la pared que hay junto a la puerta del cuarto de baño.

Momentos después, una chica bajita con el cabello rubio por los hombros sale del servicio. Lleva una blusa de manga larga que le envuelve las sinuosas curvas de sus caderas a la perfección, a pesar

de que lleva unos vaqueros demasiado grandes, tipo árabe.

—Disculpa —dice, y sonrío mirando a la moqueta mientras maniobra para salir al pasillo.

Entro en el baño y cierro la puerta. Huele a ambientador de vainilla. Me marea un poco, así que me doy prisa en mear, lavarme las manos y abrir la puerta... y encontrarme con una muchedumbre de

chicas. Una de ellas me mira de arriba abajo con ojos golosos, admirando mis facciones. Casi puedo

leerle la mente. Abre la boca para hablar, pero detrás de ella veo a la rubia de las caderas de vértigo,

de pie en lo alto de la escalera. Se lleva la mano al bolsillo de atrás pero la saca vacía, se pasa la lengua por los labios y pone los ojos en blanco. Tiene carácter, se nota desde aquí. Me he prometido no intentar nada con nadie durante un tiempo después de lo de Tessa, pero de repente estoy andando en dirección a la rubia. No busco nada serio, aunque me vendría bien un poco de conversación.

Mientras me acerco, observo cómo su pequeña mano rodea el poste de metal con delicadeza. Doy un par de pasos más hacia ella para poder verla mejor y ella baja la escalera despacio y con cuidado

pese a que lleva zapatillas deportivas. Tiene una buena mata de pelo que le llega hasta la cintura. Está

buscando algo entre la multitud. Es consciente de dónde está, lo sé por cómo examina una a una todas

las caras. ¿Estará buscando a alguien? Se muerde el labio superior y decido hablarle. Lleva el dobladillo de los vaqueros remangado, dejando a la vista una estrella en su tobillo.

—¿Buscas a alguien? —le pregunto.

Cuando se vuelve veo que tiene unos ojazos marrones enormes, casi demasiado grandes para su cara, ya que hacen que parezca un poco asustada.

—Estaba buscando a mis amigos, pero creo que se han ido. —Frunce el ceño.

—¿Quieres que te ayude a buscarlos? —me ofrezco.

Sin dejar de examinar la estancia, levanta la mano y le quita la gorra de béisbol a un tío que pasa junto a nosotros. Él gruñe y ella sonrío, sólo un pelín avergonzada y un tanto desesperada.

La miro preguntándome por qué habrá hecho eso.

—Mi amigo John lleva una gorra como ésa —explica.

No sé si es tímida o agresiva, pero quiero averiguarlo.

—Y ¿no puedes llamarlos? —le pregunto.

—No, mi móvil va en el bolso de mi amiga —dice con un suspiro—. No quería llevar bolso hoy.

Sabía que no debería haber venido. No me van las fiestas —añade un poco más alto, y empieza a gesticular con las manos—. Pero Macy no paraba de insistir y de suplicarme que viniera. «Lo pasaremos bien», dijo. «Nos quedaremos sólo una hora», dijo.

Con un pequeño bufido, arruga la nariz y tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada.

Ella se ruboriza avergonzada.

—¿Qué?

—Nada —miento. Es muy mona—. ¿Te apetece una copa?

—No suelo beber —dice en voz baja.

—¿Nunca?

—Bebo alguna vez, pero desde luego no con extraños en fiestas multitudinarias.

—Parece sensato. —Sonrío para que sepa que me parece genial que no sienta la necesidad de emborracharse como las demás chicas que hay en la fiesta. Ni como los chicos, que también van finos.

—Puedo divertirme sin tener que pillar un ciego.

—Muy bien —asiento. Cada vez la encuentro más atractiva—. Oye, si quieres puedo traerte un vaso de agua, o un refresco, y puedes quedarte conmigo y con mis amigos hasta que encuentres a los

tuyos.

—No sé, yo... —Echa un vistazo al salón lleno de desconocidos—. No conozco a nadie, y en las

fiestas como ésta no suele pasar nada bueno.

Se queda mirando a dos borrachos que rodean a un grupo de chicas con vestidos minúsculos. No va desencaminada.

Nate me saluda desde la otra punta de la estancia y yo miro de nuevo a esta chica tan misteriosa.

—Bueno, si te cansas de estar aquí sola, eres bienvenida en nuestro grupo. —Señalo a mis amigos y observo cómo abre los ojos al ver la cantidad de tatuajes que llevamos todos—. Son más simpáticos de lo que parece —insisto. Cuando sonrío con incredulidad, añado—: Bueno, la mayoría.

Me sorprende al soltar una pequeña carcajada y seguirme a donde están ellos. Tristan se levanta para dejarle sitio en el sofá y ella le da las gracias con educación. Hacía tiempo que no lo veía, pero

me alegro de que haya vuelto de Luisiana, soltero y oficialmente libre de las mentiras de Steph.

—¡Por el último año de universidad! —Alza la copa.

—Qué suerte tenéis. A mí aún me faltan dos —refunfuña Nate.

La chica con la que está saliendo (Briana, creo que se llama) pone los ojos en blanco y masculla algo así como «Qué exagerado», coge el vaso de Nate y le da un trago.

—Tendría que haber hecho un ciclo formativo. —Echa la cabeza atrás y la chica lo mira divertida—. La universidad es una puta mierda.

—Ya te dije que deberías haber aceptado el puesto de aprendiz en el local de tatuajes —lo regaña. Él pone cara de estar harto y le baja el fino tirante del vestido. Lleva descubierta la mitad de su piel morena, pero estoy segura de que a Nate no le molesta.

—Lo estoy pensando —dice él. La verdad es que parece una buena opción, porque le está costando un mundo acabar la universidad.

—En fin, ya basta de pensar en el futuro. ¿Quién es? —Molly señala a la chica que he conocido en el pasillo.

—Os presento a... —La miro pidiendo ayuda. Se me ha olvidado preguntarle su nombre.

—Therise —dice, y detecto un leve acento del que no me había percatado antes.

Maldita sea.

—Dime que es una broma. —Molly se echa a reír y se reclina contra Logan.

—Bonito nombre —se burla Jace lamiendo el borde del papel de fumar que tiene en las manos.

—¿Te apetece jugar a una cosa, Therise? —dice Molly con un tono de voz que conozco muy bien

—. ¿Verdad o desafío? —Me mira y yo niego con la cabeza.

—No, nadie quiere jugar a esa tontería. —Le lanzo a Molly una mirada asesina.

Therise no entiende lo que ocurre, y parece nerviosa y un tanto incómoda.

—Venga... Apuesto a que será divertido —dice Jace.

Molly asiente.

—Sí, y por cómo te mira, a lo mejor ganas esta vez...

Logan le tapa la boca a su novia con la mano. Me cuesta creer que estos dos hayan acabado juntos.

—Corta el rollo —le dice a Molly.

Ella tuerce el gesto pero permanece callada cuando él retira la mano de su boca.

—No pienso repetir lo del año pasado. Demasiadas emociones. —Logan besa el hombro desnudo de Molly y ella sonrío, esta vez es una sonrisa sincera que la hace parecer menos pérfida.

Therise me observa con el ceño fruncido, luego mira a los demás; nota la extraña energía que flota en el aire.

—¿Qué sucedió el año pasado? —pregunta.

—Nada —sentencio, y miro a mis amigos mientras rezo para que no abran el pico.

Acabo de conocer a esta chica, es demasiado pronto para bombardearla con toda aquella mierda.

—Pues que un chico, Hard... —Molly no sabe estarse calladita.

—¡No vamos a hablar más de Hessa! —gruñe Logan—. Son como la pareja de ese *reality* que nadie debe mencionar.

—¿Qué coño es eso de Hessa? —pregunta la chica de Nate.

Molly levanta la mano con orgullo.

—¡Se me ocurrió a mí! —grita—. El mérito es todo mío. Yo les puse nombre a ese par de locos de atar, y espero que me inviten a la boda. —Se ríe.

Lleva el pelo rosa apagado, ha perdido casi todo el color y hace mucho que no se lo tiñe. Ya se le ve casi todo rubio, corto y asimétrico.

—No van a casarse —le suelto.

Estoy hasta las narices de oír hablar de esos dos. Estoy harto de ver las actualizaciones de Tessa en Facebook. Es superfeliz en Nueva York. Hardin es superfeliz también. Todo el mundo es asquerosamente feliz.

Bien por ellos.

—No será mañana mismo, pero me jugaría un buen pellizco a que acabará en boda. —Sonríe—.

Y ganaría yo. —Se ha dibujado círculos negros alrededor de los ojos y, cuando me guiña el ojo, parece un gato.

Logan echa más sal a mi herida cuando asiente. Da la impresión de que a todos les parece obvio. Molly hace aspavientos con la mano para que todo el grupo se calle.

—En fin, antes de que llegarais, estábamos recordando la fabulosa historia de la exnovia de Zed.

—No era mi novia —protesto apretando los dientes.

—Mierda —dice alguien; ¿Jace, tal vez?

—En fin... —Therise se levanta y se cruje los nudillos, es un gesto raro—. Aquí es cuando yo me voy. —Sonríe vacilante y se marcha.

Se ve que he puesto mala cara, o cara de pena, o de enfado (desde luego, he sentido todo eso), porque Logan me dice: —Es mejor que la dejes marchar. Sólo conseguirías ganarte otro enemigo.

Seguro que tiene un

novio que te rajaría los neumáticos del coche.

Por lo visto, mis amigos han decidido restregarme esta semana todos mis errores pasados.

La expectativa de que mi vida amorosa acabe por ser un desastre tras otro hace que se me pase un poco el enfado. No tengo fuerzas para estar cabreado, de verdad, cuando siempre pasa lo mismo.

—No sabía que la chica estaba prometida —digo, y me avergüenzo al recordar lo que Jonah Soto le hizo a mi coche. Ese tipejo no debería ser profesor en esta universidad. Está mal de la chaveta.

Nate se encoge de hombros y le pega un trago a su bebida.

—Entonces deja de acostarte con cualquiera.

—Eso fue hace un año. Y ¿cómo iba a saber yo que su prometido era profesor en esta universidad?

Aquel fin de semana fue digno de olvidar. Si hubiera sabido que la chica estaba en el club para celebrar su despedida de soltera, no me la habría llevado a casa. La tradición esa de que la novia lleve uno de esos fulares de plumas, tiaras y una banda que dice LA SOLTERA existe por algo. Es una advertencia para que los tíos, o ella, no cometan ninguna estupidez. La banda es lo primero que tienes que quitarte; es un recordatorio de que «anda, mira, va a casarse». En este caso, al día siguiente.

Pero, con mi mala suerte, el único polvo de una noche que he echado en mi vida tuvo que acabar en drama. (Es posible que haya permitido que mis amigos crean que mi vida sexual es más de lo que

es, pero no tengo por qué darles explicaciones.) El tío se lo tomó bastante bien, yo habría

reaccionado peor, hasta que intentó que me expulsaran de la facultad de ciencias y luchó para evitar la expulsión de Hardin. Nadie pareció cuestionar por qué se puso de parte de un macarra problemático al que ni siquiera conocía. Fue una jugada muy sucia, pero he de reconocer que me alegré de que no echaran a Hardin.

—Le dijo la sartén al cazo... Porque Molly se ha tirado a la mitad de los presentes.

—Esa boca —me advierte Logan, y todos se ponen tensos.

Sin embargo, en lugar de discutir con él, decido ir detrás de la nueva.

No la conozco, pero parece buena gente y es preciosa. Sí, me recuerda a Tessa y, sí, he tardado mucho en olvidarla y puede que esto no sea buena idea. Pero casi nada lo es.

Tengo la cabeza como un bombo, pero me levanto a buscarla.

No esperaba que la situación con Tessa acabara así. Me importaba, sí, pero me superaron los celos y la estúpida necesidad de vengarme de Hardin por haberse acostado con Samantha. Tessa me gustaba mucho, pero mis sentimientos no eran nada comparados con lo que Hardin sentía por ella.

Samantha era fantástica. Era divertida y unos años mayor que yo. Eso me ponía mucho, pero estaba loca. Desde que lo de Tessa acabó, he pensado a menudo que su relación con Hardin era similar a la que yo tenía con Samantha. Pero Samantha se acostó con Hardin y no le supuso ningún problema. Lo veía como lo más normal del mundo. Acostarse con mi amigo. Él tampoco le dio la menor importancia, cómo no.

Para mí la tuvo. Me partió el corazón, y estaba furioso y dejé que me consumiera por dentro a la espera de poder devolvérsela a Hardin. Tessa confiaba en mí, pese a mi papel en la Apuesta. Fui yo quien le contó los detalles, y siempre acudía a mí cuando me necesitaba. Ése era el problema: sólo me llamaba cuando él pasaba de ella. Eso a mí no me va. No soy plato de segunda mesa. Además, eran demasiadas emociones y, tras la victoria pírrica de poder fastidiar a Hardin, empezó a ser agotador tener que acudir en su rescate y estar al corriente de su relación de mocosos inmaduros.

Debería haberla dejado en paz después de que su novio me partiera la cara. Pero no, su cabreo me llevó a seguir intentando ganarlo. ¿Por qué iba a dejar que Hardin se fuera de rositas después de haberse acostado con Samantha y de haber participado en la Apuesta? ¿Y encima él decide cuándo estamos en paz, pone fin al juego y cuándo yo he de dejar a un lado mis sentimientos por Tessa?...

Fue todo muy infantil. Ahora lo veo claro. No debería haber intentado nada aquella noche en casa de su madre y no debería haber dicho la mitad de las sandeces que dije. Mi estupidez me ha mantenido soltero desde entonces, y hace más de un año que no sé nada de Tessa. Lo triste es que echo de menos hablar con ella.

Me han dicho que se ha ido a vivir a Nueva York con su amigo Landon, pero sé que Hardin no tardará en seguirla. Detesto admitirlo, pero lo suyo es muy especial. Por muy disfuncionales que sean, nunca he visto a nadie pelear por su relación con tanto empeño. Hardin no se la merece, ni de coña, pero no me corresponde a mí interponerme entre esos dos. Ya no.

Salgo afuera y busco a Therise en el jardín. Está sentada en lo alto del muro de piedra, cosa que me trae recuerdos, rascando la piedra agrietada. Cuando ve que me acerco, se dispone a saltar.

—Espera. —Levanto las manos en son de paz—. Puedo ayudarte a buscar a tus amigos o a encontrar a alguien que te lleve a casa.

—No sé... —Me mira con recelo, buscando pistas que le indiquen si soy un asesino en serie.

—Sólo te llevarán a casa. A mis amigos les gusta mucho hablar, pero ninguno te haría daño. Yo te acompaño, si quieres. Aunque, como he bebido, no puedo conducir.

Enarco una ceja y ella menea la cabeza.

—Vaya, el punki mono tiene sentido común. —Sonríe, burlándose de mí con dulzura.

—A veces —confieso encogiéndome de hombros. Le ofrezco la mano—. Me llamo Zed.

Ella titubea un instante antes de estrecharla.

—Encantada de conocerte, Z-ed. —Pronuncia mi nombre como si le diera miedo tragárselo.

—El placer es mío, Therise.

LANDON

Odiaba al chico perfecto incluso antes de conocerlo. Cuando su padre le dijo que iba a tener un hermano, esperaba que la noticia lo hiciera feliz. Esperaba que de repente le importaran la familia, las cenas y la bollería para llevarse bien con el nuevo hijo de su padre.

Cuando conoció a este otro chico su odio no hizo más que acrecentarse. Sabía que sólo lo detestaba por celos, pero no podía evitarlo. No sabía hablar de deportes ni de deportistas, como el nuevo hijo de su padre, ni era capaz de encandilar a todos los comensales, como el hijo nuevo de su padre. Sabía que no podía competir con el chico pero, a medida que su vida cambiaba, se dio cuenta de que tampoco hacía falta. Luchó duro, muy duro, para guardar las distancias con el Hijo Predilecto, que al final se convertiría en su mejor amigo.

Todos los días, las tres primeras cosas que me vienen a la cabeza son:

«No está tan masificado como creía».

«Espero que Tessa salga pronto del trabajo para que podamos pasar un rato juntos.»

«Echo de menos a mi madre.»

Sí, estoy en segundo de la universidad, en Nueva York, pero mi madre es una de mis mejores amigas.

Añoro mi hogar. Aunque me ayuda que Tessa esté aquí; ella es lo más parecido a una familia que tengo.

Sé que lo hacen todos los universitarios: se van de casa y se mueren de ganas de perder de vista su ciudad natal. A mí eso no me sucede. A mí me gustaba mi casa, aunque no me hubiera criado en ella.

Cuando me matriculé en la Universidad de Nueva York tenía un plan, sólo que la cosa no salió como

yo esperaba. Me trasladé aquí para empezar mi vida con Dakota, mi novia del instituto. No tenía ni idea de que ella fuera a cambiar de opinión y a decidir que prefería pasar su primer año en la universidad soltera.

Me destrozó. Aún no estoy bien del todo, pero quiero que sea feliz, aunque sea sin mí.

En septiembre aquí hace un frío que pela, pero no llueve apenas en comparación con Washington.

Ya es algo.

De camino al trabajo, miro el móvil. Lo hago como cincuenta veces al día. Mi madre está embarazada, voy a tener una hermanita, y quiero estar al tanto de las novedades para poder coger el

primer avión si pasa cualquier cosa y así poder estar allí con ella. Por ahora, lo único que me envía

son fotos de las cosas tan increíbles que prepara en la cocina.

Ni una emergencia, pero hay que ver cómo echo de menos su comida.

En la calle no hay tanta gente como imaginaba. Estoy esperando en un paso de cebra, rodeado de extraños; casi todo son turistas con enormes cámaras colgando del cuello. Me río para mis adentros

cuando un adolescente saca un iPad gigante para hacerse un *selfie*.

Nunca entenderé lo de los *selfies*.

Cuando el semáforo se pone en ámbar y los peatones podemos cruzar, subo el volumen de los auriculares.

Aquí siempre llevo los auriculares puestos. La ciudad es mucho más ruidosa de lo que yo me esperaba y me ayuda tener algo que bloquea parte del ruido y añade un toque de color a los sonidos

que aun así me llegan.

Hoy toca Hozier.

Llevo los cascos puestos incluso mientras trabajo (al menos en una oreja, con la otra escucho a los clientes que me piden café). Me distraigo mirando a dos hombres que van vestidos de pirata y se

gritan el uno al otro. Entro en la cafetería y me tropiezo con Aiden, el compañero de trabajo que peor

me cae.

Es alto, mucho más alto que yo. El pelo rubio platino le da un aire a Draco Malfoy y me da repelús. Además de parecerse a Draco, a veces es un poco maleducado. Conmigo es amable, pero veo cómo mira a las universitarias que vienen a Grind. Se comporta como si la cafetería fuera un club, y no un sitio donde sólo se sirve café.

Les sonrío a todas, coquetea y las hace reír con su «arrebatadora» mirada. Es repelente. Encima, no es tan guapo. Aunque a lo mejor, si fuera mejor persona, me lo parecería.

—Mira por dónde vas —masculla dándome una palmada en el hombro como si estuviéramos paseando por un campo de fútbol vestidos con camisetas a juego.

Hoy empieza pronto a tocarme las narices.

Me olvido del asunto, me pongo el delantal amarillo y miro el móvil otra vez. Después de fichar busco a Posey, la chica a la que tengo que formar durante un par de semanas. Es simpática.

Tímida

pero muy trabajadora, eso me gusta. Se toma la galleta que le regalamos todos los días durante el período de formación como un incentivo para estar un poco más contenta durante el turno de trabajo.

Casi todos los novatos la rechazan, pero ella se ha comido una al día esta semana, cada día una distinta: chocolate, chocolate con nueces de macadamia, vainilla y una misteriosa de color verde que creo que es una especialidad local sin gluten.

—Hola —la saludo con una sonrisa mientras ella está apoyada en la máquina de hacer hielo.

Lleva el pelo detrás de las orejas y está leyendo la etiqueta de uno de los paquetes de café molido.

Alza la vista, me saluda con una sonrisa rápida y sigue leyendo.

—No entiendo cómo pueden cobrar quince dólares por un paquete de café tan pequeño como éste

—dice lanzándome la bolsa.

La atrapo al vuelo y casi se me resbala de entre los dedos, pero la sujeto con fuerza.

— *Podemos* —la corrijo con una sonrisa, y dejo el paquete en el expositor—. Eso es lo que cobramos.

—No llevo trabajando aquí lo suficiente para usar la primera persona del plural —replica.

Se saca una goma de la muñeca y levanta sus rizos cobrizos en el aire. Tiene mucho pelo y se lo recoge pulcramente con la goma. Luego me hace un gesto para indicarme que está lista para trabajar.

Posey me sigue a la sala y espera junto a la caja. Esta semana está aprendiendo a tomar las comandas de los clientes. La semana que viene empezará a prepararlas. A mí lo que más me gusta es coger comandas porque puedo hablar con los clientes en vez de quemarme los dedos con la máquina de café, como me pasa siempre.

Estoy preparando mi zona de trabajo cuando suena la campanilla de la puerta. Miro a Posey para ver si está lista. Lo está, sonriente y dispuesta para recibir a los adictos a la cafeína de esta mañana.

Dos chicas se acercan a la barra cacareando como gallinas. Una de las voces se me clava en el alma:

es Dakota. Va vestida con un sujetador deportivo, pantalón corto y ancho y zapatillas de colores chillones. Habrá salido a correr, no se pondría eso para una clase de baile. Para bailar prefiere maillot y pantalones cortos ajustados. Estaría igual de guapa. Siempre está preciosa.

Lleva varias semanas sin aparecer por aquí y me sorprende volver a verla. Me pone nervioso. Me tiemblan las manos y estoy pulsando la pantalla del ordenador sin motivo. Su amiga Maggy me ve primero, toca a Dakota en el hombro y ésta se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa en la cara.

Una fina capa de sudor le cubre el cuerpo y lleva los rizos negros recogidos en un moño despeinado.

—Esperaba encontrarte aquí. —Nos saluda con la mano primero a mí y luego a Posey.

«¿Ah, sí?» No sé cómo tomármelo. Sé que acordamos ser amigos, pero no sé si esto no es más que una conversación cordial o algo más.

—Hola, Landon. —Maggy también me saluda con la mano.

Les sonrío a las dos y les pregunto qué van a tomar.

—Café helado con extra de nata —dicen ambas al unísono. Van vestidas casi igual, sólo que Maggy es prácticamente invisible al lado del cutis radiante de color caramelo y los ojos brillantes

y
marrones de Dakota.

Entro en piloto automático. Cojo dos vasos de plástico y los lleno de hielo de una sola palada, luego añado el café de una jarra que ya tenemos preparada. Dakota me observa, puedo sentir su mirada. Por alguna razón me incomoda, así que cuando noto que Posey también me está mirando, me doy cuenta de que podría (de que debería) explicarle qué demonios estoy haciendo.

—Simplemente hay que servirlo después de poner el hielo. Los del turno de noche lo preparan el día antes para que se enfríe y no derrita el hielo —digo.

No es en absoluto complicado, y me siento un poco tonto explicándolo delante de Dakota. No es que nos llevemos mal, sólo es que ya no estamos juntos a todas horas. Está en Nueva York, una ciudad nueva donde ha hecho nuevas amistades, y yo he cumplido mi promesa y seguimos siendo amigos. La conozco desde hace años y siempre será muy importante para mí. Fue mi segunda novia pero la primera relación de verdad que he tenido hasta ahora. He estado viendo a So, una mujer tres

años mayor que yo, aunque sólo somos amigos. Se ha portado muy bien con Tessa y la ha ayudado a

conseguir trabajo en el restaurante en el que trabaja.

—¿Dakota? —La voz de Aiden ahoga la mía cuando empiezo a preguntarles si prefieren que la nata sea montada, que es la que me gusta echarle a mí al café.

Confundido, observo cómo Aiden alarga el brazo y coge la mano de Dakota. Ella la levanta y, con una enorme sonrisa, hace una pirueta delante de él.

Entonces me mira de reojo y se aleja un poco de él.

—No tenía ni idea de que trabajaras aquí —dice en tono neutro.

Miro a Posey para intentar no escuchar lo que dicen y finjo que estoy mirando el horario que está colgado de la pared que tiene detrás. Sus amistades no son asunto mío.

—Creo que te lo dije anoche —replica Aiden, y toso para que nadie se dé cuenta del sonido que he emitido.

Por suerte, sólo Posey parece haberlo notado. Hace todo lo posible por no sonreír.

No miro a Dakota pese a que percibo que está incómoda. Como respuesta a Aiden, se ríe. Es la misma risa que cuando abrió el regalo que le hizo mi abuela las Navidades pasadas. Una risa encantadora... Dakota hizo feliz a mi abuela al reírse del horrible pez cantarín pegado a un tocón

de

madera de imitación. Cuando vuelve a reírse sé que está incómoda a más no poder. Para que la situación no sea tan rara, le paso los dos cafés con una sonrisa y le digo que espero volver a verla pronto.

Antes de que pueda responder, sonrío de nuevo, me voy a la trastienda y subo el volumen de los cascos.

Aguardo a que suene otra vez la campanilla de la puerta, así sabré que Dakota y Maggy se han ido. Entonces me doy cuenta de que no oiré nada porque tengo muy alta la repetición del partido de hockey de ayer. Sólo llevo un casco puesto, pero la multitud grita y aplaude mucho más alto de lo que suena la campanilla de metal. Vuelvo a la sala; Posey pone los ojos en blanco mientras Aiden le explica cómo se prepara la crema de leche para el café. Aún parece más raro con el pelo rubio platino envuelto en una nube de vapor.

—Dice que son compañeros de clase en la academia de danza —me susurra Posey cuando me acerco.

Me quedo de piedra y miro a Aiden, que no se ha dado cuenta de nada de tan enfrascado como está en su maravilloso mundo.

—¿Se lo has preguntado? —digo impresionado y a la vez preocupado por la respuesta que haya dado a otras preguntas acerca de Dakota.

Posey asiente y coge una taza de metal que está para enjuagar. La sigo al fregadero y ella abre el grifo.

—He visto cómo te has puesto cuando la ha cogido de la mano. Así que le he preguntado qué hay entre ellos.

Se encoge de hombros y sus rizos se mueven con ella.

Tiene las pecas más imperceptibles que he visto, repartidas entre las mejillas y el puente de la nariz. La boca grande, con los labios carnosos, y es casi tan alta como yo. De eso me di cuenta el tercer día que la vi, cuando imagino que despertó mi interés durante un segundo.

—Salíamos juntos —le confieso a mi nueva amiga, y le doy un paño para que seque la taza.

—No creo que estén juntos. Hay que estar loca para salir con un Slytherin.

—¿Tú también lo has notado? —pregunto.

Cojo una galleta de menta y pistacho y se la ofrezco.

Ella sonrío, toma la galleta y, para cuando he terminado de cerrar el bote, ya casi se la ha comido entera.

CHRISTIAN

Los lazos que nos unen a la familia supuestamente trascienden a nuestra alma. Se supone que debemos amar a nuestros padres, hermanos y demás simplemente porque por nuestras venas corre la misma sangre. De niño lo dudaba. ¿Tenía que amar al borracho cuyos gritos lo despertaban en plena noche durante la semana? ¿El hombre al que se encontraba apoyado en la repisa de la chimenea del salón intentando quitarse las botas? El niño se escondía detrás de la pared mientras observaba al hombre luchar por mantener el equilibrio y acabar en el suelo. Luego subía corriendo a su habitación mientras una de sus botas le rozaba la oreja y chocaba contra la pared.

Odiaba aquellas noches y contaba los días que faltaban para que el amigo de su madre, que siempre sonreía, volviera. Deseaba que el amigo de su madre fuera su padre. Tal vez el otro hombre lo llevara de paseo, solía pensar. Recordaba que aquel hombre siempre llevaba un libro bajo el brazo. Hablaba de los libros con el niño, le explicaba la trama, el tema, lo hacía sentir inteligente y mayor.

Siempre recordaría el primer libro que el hombre le regaló. Aquel libro se convirtió en el primer amigo del niño. Con el tiempo, a medida que él crecía, el amigo de mamá empezó a visitarlos con menor frecuencia. Recordaba lo mucho que lo echaba de menos, a él y a los libros, durante los largos intervalos entre visita y visita. Aun así, incluso a lo largo de la adolescencia rebelde del muchacho, el hombre siempre llevaba libros consigo. El chico sabía que su madre quería mucho a su amigo, pero no tenía ni idea de que a consecuencia de ello gran parte de su vida era mentira.

La casa está en silencio. Miro a Kim, está dormida con la pequeña Karina tumbada en su vientre. Las manos de la niña se aferran al suéter de su madre. Kim se ha quedado dormida hablándole de mí y de mi acento, diciéndole a nuestra hija que tendrá una voz adorable, mezcla del tono dulce de su mamá y del acento diabólico de papá. «Diabólico», ha dicho. Mira quién habla. Es la mujer más cabezota y endiablada sobre la faz de la Tierra, e iría de cabeza al infierno con tal de demostrarle lo mucho que la quiero.

Kimberly ha pasado de ser mi secretaria a ser mi socia, y tiene buen ojo para ver el potencial de las personas y de las cosas. Tal vez por eso se casó conmigo. O puede que sea porque adora a mi hijo, Smith. Es imposible no quererlo.

Tengo delante un montón de papeles: el contrato para el restaurante que abriremos el año que viene en Nueva York. Es muy emocionante, pero nada comparado con mi bebé. He ampliado mis inversiones a restaurantes en Washington, Nueva York y Los Ángeles, pero no me dan ni la mitad de

la felicidad que el hecho de ver crecer a mi pequeña, cosa que no he tenido la suerte de poder hacer con mis otros hijos.

Vuelvo a mirar a mi mujer. Está roncando más que de costumbre. Hago lo que haría un buen marido: saco el móvil para grabarla. El contrato puede esperar a mañana. Echo de menos a mi mujer.

Hace un ruido espantoso.

Comienzo a grabar y me acerco sigilosamente al sofá. A los cinco segundos abre los ojos, ve el móvil y me siento fatal por haberla despertado con lo poco que duerme últimamente.

—¿No deberías estar trabajando? —susurra mi amor con voz dulce y soñolienta. Se despereza sin perder de vista a Karina.

—Sí, mi vida, pero hacerte la puñeta es mucho más divertido. —Me echo a reír y me lanza una patada.

Karina se revuelve en su pecho, abre los ojitos y mira con gesto de desaprobación a sus padres.

—Ahora sí que la has hecho buena —me regaña Kimberly con una sonrisa.

Se sienta y me ofrece a Karina al mismo tiempo. Cuando extendiendo los brazos para cogerla, deposita cuidadosamente en ellos a nuestra pequeña bola de felicidad.

—Mi chiquitina —le digo a Karina y le acaricio la mejilla con la nariz. Ella bosteza. Ha heredado mi sonrisa. Smith y Hardin también tienen los mismos hoyuelos.

Me acuerdo de Anne y de Ken intentando decidir qué nombre ponerle a su hijo una noche en la que todos estábamos de pie en la cocina de su casa. Trish estaba tan hinchada que ni siquiera podía abrocharse los zapatos.

—Me gusta Nicholas. O Harold —sugirió Ken.

«¿Harold?» No.

«Nicholas.» Ni hablar.

Trish sonrió con ternura, acariciándose el vientre.

—Harold... Me gusta cómo suena.

No detestaba el nombre, pero no acababa de convencerme. El chico le hizo pasar un infierno al cuerpo de su madre. Se pasaba las noches dando patadas y le había estirado la piel del vientre más allá

de lo humanamente posible. El niño era peleón... El nombre de Harold (Harry) era demasiado blando,

demasiado tranquilo.

—Muy del montón —intervine antes de que Ken pudiera decir nada—. ¿Qué os parece Hardin? Era el nombre que había elegido para mi primer hijo siendo un adolescente, cuando no era más que un crío en Hampstead y pensaba que un día escribiría una gran novela y el protagonista se llamaría de ese modo. No es un nombre muy común, pero sonaba muy convincente en la vieja Inglaterra.

Entonces Trish lo pronunció en voz alta para sentirlo en la lengua.

—Hardin. No estoy segura...

Sin embargo, a continuación miró a su marido, de quien yo sentía unos celos terribles en aquel momento. Él se encogió de hombros, sin el menor interés pero intentando ser educado.

—No suena mal —dijo sin entusiasmo.

Volvió a encogerse de hombros y Trish esbozó una tímida sonrisa.

—¿Hardin?... Hardin.

—Ya está. Decidido —proclamó Ken muy aliviado.

Trish no parecía sorprendida ni molesta ante lo poco interesado que parecía Ken por elegir el nombre de su primogénito. A mí sí que me interesaba, y sabía que a Trish también.

Me gustaría pensar que en otras circunstancias a Ken también le habría importado. Pero estaba en la universidad y demasiado ocupado. O eso me dije entonces. Estudiaba mucho y corrían rumores de

que esnifaba lo que no debía mientras se preparaba para los exámenes de Derecho. Solía tener las pupilas dilatadas, pero tenía mucho que estudiar y yo lo entendía. No era quién para juzgarlo, pero

sabía que se estaba probando la fachada de padre perfecto, probándosela no muy convencido, antes incluso de que el pequeño hubiera nacido. Eso me molestaba más de lo debido, dada la situación en la que me había metido.

Dos décadas antes...

El sol cae sin piedad sobre Hampstead en abril y hace calor. Trish está tumbada a mi lado sobre la hierba, el viento juega con su melena castaña, que me da latigazos en la cara. A ella le parece lo más

divertido que ha visto en sus dieciséis años de vida. En general, es muy madura para su edad, habla y

habla durante horas sobre sus teorías acerca del mundo y de sus líderes, pero en este momento ha elegido comportarse como si tuviera once años.

Aparto su pelo de mi cara por enésima vez.

—¿No ibas a cortarte esa melena de león? —le pregunto medio en broma mientras me distancio unos centímetros de ella. La semana pasada proclamó a los cuatro vientos que iba a cortarse la melena para demostrar algo, no recuerdo el qué.

Hampstead Towne Park está hoy casi desierto, y el eco de la risa de Trish resuena entre los árboles que rodean la explanada. Venimos a menudo, pero Ken se pierde casi todas nuestras citas porque está siempre muy ocupado.

—Eso iba a hacer, pero esto es mucho más divertido —replica.

Trish rueda hacia mí y me echa el pelo en la cara otra vez. Huele a flores y un poco a menta. Es un aroma que me atrae. Su cuerpo está pegado a mi costado y me pone la pierna encima.

Debería apartarla, pero no. Me gusta.

—¿Y si los bebés nacieran con el pelo largo?

Es una pregunta aleatoria pero que no me sorprende. Trish es famosa por sus preguntas. «¿Y si esto? ¿Y si lo otro?...» Lo hace siempre y es genial y un poco raro al mismo tiempo. Es muy distinta

de las chicas de mi colegio, ni siquiera las chicas que van a la universidad del pueblo son como ella.

Su melena rebelde es lo primero que me llamó la atención de ella, y en este martes por la tarde se ha convertido en mi principal problema.

—¿De verdad hemos faltado a clase para hablar de si los bebés salen del cuerpo de su madre con pelo de roquero? —pregunto.

Abro los ojos y me tumbo boca abajo para verla bien. Tiene muchas pecas. Quiero unir las con la punta de los dedos y ver cómo cierra los ojos encantada.

—No, supongo que no. —Se ríe y sigo su mirada hacia la sombra que se aproxima.

Ken se sienta en la hierba y se le iluminan los ojos observando a Trish.

Ella le devuelve la sonrisa y es como si a Ken le hubiera tocado la lotería. No sé si ella se ha dado cuenta de cómo la mira él. Yo siempre lo he notado y me he acostumbrado a fingir que no me quema

como si me corriera ácido por las venas.

Todo el mundo sabe que él es el que más vale de los dos.

El sol me pica en la piel, me levanto y coloco la mano a modo de visera ante mis ojos.

—Creo que yo me voy. Tengo una cita —digo, y me aliso los vaqueros cortos con las manos. Me

maravilla el contraste de la piel bronceada contra el vaquero gastado, no sé cómo me he puesto tan

moreno este verano. Trish lo menciona casi a diario. Debe de ser de pasar tanto tiempo con ella. Trish pone los ojos en blanco y nos dice alguna ordinarietà. Las manzanas que Ken tiene por mejillas se ruborizan lo justo. Se está dejando el pelo largo y las greñas empiezan a taparle la nuca.

Tiene ojeras bajo los ojos marrones de estudiar como un loco para el examen de acceso a la Facultad

de Derecho. Ken Scott es el mejor estudiante de nuestro curso, no sé cómo alguien así ha acabado siendo nuestro mejor amigo. Trish es un poco mejor estudiante que yo. Es como la dinamita y el sol, pero también puede ser tan fría como el mármol o la marea. Sabe cuándo desmelenarse y cuándo ser cautelosa e inteligente. Siempre me ha gustado eso de ella.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —dice Ken cuando me levanto.

Se me acerca un poco más. Es unos centímetros más alto que yo. Asiento y espero a que empiece, pero está mirando fijamente a Trish y comprendo que quiere que hablemos a solas. Le hago un gesto

para que decida adónde quiere ir. Lo sigo y caminamos unos veinte metros antes de que se detenga

junto a un viejo banco de metal. Se sienta y da unas palmadas en el espacio vacío a su lado para que

yo haga lo mismo.

Está muy serio. ¿Debería preocuparme? Una joven pareja pasa junto a nosotros, van cogidos de la mano. Ken espera a que se alejen y mi preocupación va en aumento hasta que por fin habla.

—Quería hablarte de una cosa —dice con el ceño fruncido. No parece que sólo tenga diecisiete años.

—No te estarás muriendo, ¿no? —Lo empujo con el hombro y se relaja un poco.

Niega con la cabeza.

—No, no. No es eso. —Medio se ríe. Es una risa nerviosa.

¿Qué lo tendrá tan tenso? Que lo diga de una vez.

—Quiero pedirle a Trish que sea mía —suelta a borbotones.

Ahora me gustaría que se tragara las palabras, o que se estuviera muriendo. Bueno, tampoco tanto, pero algo así. Cualquier cosa.

—¿Que sea... qué? —Me cuesta mantener la compostura.

Ken pone los ojos en blanco.

—Que sea mi novia, so tonto.

Quiero decirle que no puede tenerla, que no es justo que él se lo pida primero. «Que elija ella», quiero decirle. «Se suponía que iba a ser mía», querría argumentar.

—Y ¿a mí qué me cuentas? —es lo que sale de mi boca.

Mi amigo se reclina contra el respaldo del banco y se lleva las manos a las mejillas.

—Quería estar seguro de... —comienza a decir, pero su lengua se come las palabras.

Y de repente me doy cuenta de que estoy atrapado entre ser sincero con mi mejor amigo o hacerlo feliz. Las dos cosas son imposibles.

Sonrío y antepongo su felicidad a la mía.

No me sorprende que finalmente Trish acepte la oferta de Ken, pero mentiría si dijera que no me aferro a la esperanza de que también me quiere a mí. Sin embargo, prefiere la estabilidad, y durante

un año hago lo posible por ver a Trish únicamente como la novia de mi mejor amigo. En

ocasiones,

cuando se besan delante de mí, la pillo mirándome, buscando mi aprobación una vez concluido el beso. Mantengo viva esa pequeña llama de esperanza, lo cual hace que sea un año muy duro para mí.

Cuando follo, pienso en ella. Cuando beso, la saboreo a ella.

Tiene que parar.

Al principio es fácil. Dejo de comparar a todas las chicas con las que salgo con Trish. Ella deja de cogerme de la mano mientras charlamos. Empiezo a ver las cosas de otra manera ahora que ella ya

no me ata a este lugar. Ya no me retiene aquí. Nada me retiene.

Hampstead se me ha quedado pequeño, lo sé. Trish lo sabe. Incluso los de la panadería se han dado cuenta de mi comportamiento y de que ya no voy a comprar dulces una vez a la semana.

De repente quiero más del mundo de lo que esta ciudad puede ofrecerme. Quiero irme a Estados Unidos, lejos de las mentes obtusas de mis amigos, que no tienen planes de futuro, y aún más lejos de

mi pareja de amantes favorita. Me he convertido en el aguantavelas de Ken, Max y sus respectivas parejas. Quiero ver mundo, aprender de la gente, y no puedo asentarme aquí. En mi círculo todos han echado raíces. Han abierto cuentas bancarias y han elegido una universidad de la zona. Veo cómo acabarán sus aspiraciones en cuanto acepten su primer trabajo, haciendo lo mismo que uno de sus progenitores. Se conformarán con ese papel y nunca intentarán conseguir otro.

Trish se ha convertido en una de ellos. Ha pasado de ser una ambiciosa estudiante de Humanidades a no asistir apenas a clase. Ken y ella se han ido a vivir a un pequeño apartamento junto

al campus universitario de él para ahorrar tiempo. Ken se está dejando la piel. Cuando lo vemos siempre tiene la cabeza enterrada en una pila de libros de texto. Trish es más su madre que su amante.

Se asegura de que tiene ropa limpia todas las mañanas. Le prepara el café, el desayuno y una bolsa con el almuerzo. Espera a que vuelva a casa y le sirve una comida caliente, y él prefiere estar con sus

libros antes que con ella. Ya no es la chica salvaje y divertida que era. Es la mujer que trabaja demasiado, no duerme lo suficiente y vive esperando a que su hombre regrese a casa. Gracias a ella, el pequeño apartamento está como los chorros del oro y ha conseguido que tenga cierto encanto.

Incluso ha adoptado a un gatito callejero y lo ha llamado *Gat* en honor de uno de mis personajes favoritos. Sospecho que a Ken el gato le da igual. El gato y el nombre.

Ella casi nunca juega ya a sus queridos «¿Y si...?», y sus conversaciones sólo reflejan ansiedad. Ya no deja volar la imaginación para entretenernos a los dos, sino que se preocupa por las cosas cotidianas. Ya no soy un compañero de juegos en una explanada cubierta de hierba, sino alguien que la anima y le da fuerzas, pese a que no tengo cabida en su corazón.

Aun así, conserva el sentido del humor, y todas las noches le ruego a Dios que no permita que lo pierda del todo. Cuanto más la visito, más contenta se la ve. Me propongo visitarla una vez a la semana, luego dos, tal y como ella me pide. Ken pasa cada vez más tiempo fuera y la casa está cada vez más vacía. Ella comparte conmigo sus preocupaciones y susurra cuestiones sombrías en el cuarto oscuro. Yo finjo tener todas las respuestas y, como buen amigo de ambos, la animo a compartir sus

miedos con su amante.

No tardo en arrepentirme de esa decisión. Una noche, una de las raras noches en las que Ken está en casa y no estudiando, estamos todos sentados junto a la mesa de la cocina, con una copa de whisky

en la mano. En un momento tranquilo de la extraña conversación en la que intentamos ponernos

al

día de nuestra vida, Ken vuelve a llenarse el vaso. No se molesta en echarle hielo, ahora lo toma solo.

Trish suspira en alto y se levanta, va a la pequeña sala de estar y se sienta en el brazo del sofá.

—¿Y si el mundo existiera en una urna de cristal dentro del dormitorio de un niño extraterrestre, como si fuera una granja de hormigas o algo así? —Juro que el acento de Trish es más marcado cada

vez que bebe.

—Qué pregunta tan rara —comento con sorna, el whisky quemándome las fosas nasales.

Ken no sonrío, ni siquiera mueve los labios. Me levanto para estirarme y no ser el único sentado a la mesa con él.

—Está bien. ¿Y si el mundo acabara mañana y nos demostrara que trabajar tanto y dormir tan poco es una pérdida de tiempo? —Le brillan los ojos en la estancia poco iluminada.

Gat se sienta en su regazo y ella le acaricia el lomo naranja.

Empiezo a pensar en su pregunta. Si me muriera mañana, ¿sabría lo mucho que sufro por ella? ¿Lo mucho que la quiero?

Ken se echa a reír, pero su comentario no es lo que esperaba.

—¿Trabajar tanto? —replica—. Tú no sabes lo que es eso.

Está sonriendo, con la cabeza inclinada de un modo siniestro sobre la mesa. *Gat* parece sentir la amenaza y Trish respira hondo. Nunca los he visto pelearse pero, si lo hacen, apuesto por Trish.

El

gato baja al suelo de un salto y se va por el pasillo. Debería irme con él, debería marcharme y no meterme en esto. Pero no puedo.

Ken se lleva el vaso a los labios y se bebe lo que queda del licor ambarino.

—Perdona, creo que no te he oído bien —masculla Trish.

No hago caso de cómo me tiemblan las manos bajo la mesa cuando él se pone de pie y comienza a levantarle la voz. No hago caso de mi instinto, que me dice que lo tire al suelo y lo sacuda hasta que

lo saque del sopor en el que ha estado viviendo últimamente, un estado en el que le está gritando, insultándola y diciéndole cosas horribles. No hago caso de mi estómago, que está a punto de vomitar lava cuando él le cruza la cara de un bofetón. No hago caso de cómo sus lágrimas me quemán los brazos mientras la abrazo en el sofá, cuando él hace media hora que se ha largado, borracho como una cuba y en coche a pesar de que hace eses al andar. Aunque después de cómo se ha ido de aquí hecho una furia, sin mirar atrás siquiera cuando lo he llamado, me alegro de que no esté.

—¿Y si no vuelve? —A Trish le tiembla el labio, pero está más calmada y apoya la cabeza en mi pecho.

—¿Y si vuelve? —pregunto a mi vez.

Suspira y me aprieta la mano entre las suyas. La miro y se me parte el corazón. Es preciosa incluso cuando tiene los labios rojos de tanto mordérselos y los ojos hinchados de llorar. Ahora que se ha tranquilizado, sus ojos miran fijamente mis labios.

—¿Y si ya no veo al hombre al que creía conocer? —Su pregunta es rápida, y la siguiente todavía lo es más—: ¿Y si prefiriera que me prestaran atención a la estabilidad?

Parece histérica y se pasa los dedos por la densa mata de pelo castaño. Me mira y se cuadra.

—¿Y si confundí la amistad con el amor? ¿Crees que es lo que nos ha pasado a Ken y a mí? Me mira las manos, extendidas hacia ella sin que yo me haya dado ni cuenta.

—No lo sé —digo retirándolas y pasándomelas por el pelo.

Me reclino contra el respaldo del sofá. Yo confundí la amistad con el amor cuando elegí la

amistad por encima de lo que sentía por Trish, pero ahora mis mejores amigos tienen una vida juntos.

El problema al que se enfrentan no es la falta de amor, sino de tiempo. Eso es todo. Él la quiere y, si

ella me amara a mí y no a él, me lo habría dicho hace mucho.

Trish se arrodilla en el sofá para acercarse a mí y me aparta un mechón de la cara.

—¿Y si no fuera tan sencillo?

¿Notará lo que siento por ella? ¿Por eso se acerca cada vez más?

Cuando su rostro está apenas a unos centímetros del mío, me mira directamente a los ojos.

—¿Alguna vez piensas en mí?

El aliento nos huele a whisky, a pesar de que hemos bebido menos que Ken. Ya estoy pensando en Ken otra vez. Es como si su presencia llenara todo el apartamento. Ha marcado el cuerpo de Trish, es

suyo, se acuesta con ella todas las noches. Acaricia sus pechos con las manos, la piel suave de su vientre, de sus muslos. Los labios de Trish son suyos y él es quien los disfruta...

Y yo nunca podré hacerlo.

—No debería... —digo.

Pero sería un imbécil si no pensara en sus esbeltas caderas y en su piel perfecta. La he visto crecer, y fantasear sobre ella ha sido la constante de mi vida.

A Trish la complace mi respuesta. Lo veo en cómo se pasa la lengua por los labios mientras mira los míos, en cómo entreabre la boca. ¿Significa eso que ella ha estado... pensando en mí? De lo contrario, ¿por qué iba a preguntarlo?

Cuando me mira a los ojos un instante y luego otra vez a los labios, el sentido común y el autocontrol desaparecen de mi vocabulario, hundo los dedos en su pelo y atraigo su boca hacia la mía. La saboreo despacio, reclamando cada milímetro de su lengua, de sus labios. En este momento es mía y los dos lo estamos aprovechando al máximo. Se impacienta, sus movimientos son más agresivos, me tira al suelo y se encarama a mi cuerpo. Su expresión es de profundo alivio cuando desliza de nuevo la lengua en mi boca. Jadeo, alzo las caderas en busca de las suyas. Me ha puesto como una piedra y quiero que lo sienta.

Entrelaza los dedos con los míos y se los lleva a la entrepierna. Parece encantada de mostrarme lo mojada que está, está lista para confesar que me necesita. Yo también lo estoy, y se lo enseño cuando

presiono mis caderas contra las suyas. Blasfema y me suplica que siga.

«¿Podemos...?»

—¿Y si nos pilla? —pregunta echándose atrás un instante.

No sé si me importa tanto como pensaba.

—¿Y si no nos pilla? —dice entonces para sí, y silencia cualquier pregunta que pudiéramos hacer metiéndome la lengua en la boca y desabrochándome los pantalones.

Desliza la mano dentro y me coge, y yo me derrito. El miedo a que un Ken furioso nos descubra, el saber que ella no es mía y no debería tomarla, la ansiedad que me consume cuando pienso en marcharme de aquí... Todo se desvanece. Lo único en lo que puedo pensar es en hundirme en su interior, en que la necesito en cuerpo y alma.

Me bajo los pantalones y el bóxer a tirones. Su boca me disfruta, me saborea y lame la vena protuberante que asciende hasta la punta. Cierra los ojos, deleitándose con el modo en que se me traga hasta la garganta para soltarme de nuevo. Su cautela desaparece mientras me devora con rapidez y eficiencia. Me está complaciendo como si no fuera a volver a catarme. No volverá a hacerlo.

—Túmbate boca arriba con las piernas abiertas. Quiero verte —le digo.

Quiero mirarla mientras por fin tengo lo que deseo debajo de mí. Trish se sitúa en el centro de la alfombra y aparta la mesita de café de madera de cerezo. Se desnuda rápidamente. No me importa, porque poder verla no tiene precio. El vestido largo de algodón cae a sus pies, y ya se está bajando los tirantes del sostén blanco y sencillo. Sigo con los ojos los contornos de su cuerpo, los pezones se le endurecen como guijarros bajo mi atenta mirada. Tiene el vientre terso y los músculos de su torso

se curvan en sus caderas.

Cuando llego a su lado, estoy duro y palpitante. Está tumbada en la alfombra, abierta de piernas para mí. Mi polla cuelga entre los dos y puedo oler lo mojada que está. Juro que puedo sentir lo prieta que va a estar. Me acerco más, empujando hasta llenarla lentamente. Es como un guante empapado, y entro y salgo de ella. No creo que pueda parar, nunca. Necesito más de ella. Trish ha cerrado los ojos, y sé que no voy a aguantar mucho. Meneo las caderas y ella me abraza con los muslos. Se corre, dice. Gime y me clava las uñas cuando la penetro con más fuerza.

Me derramo en ella deseando que no sea la primera y la última vez que pueda disfrutar así de su cuerpo. Jadea con fuerza en mi hombro y beso las marcas húmedas que han dejado mis lametones en su cuello.

Minutos más tarde los dos estamos de vuelta en el mundo real, con los brazos y las piernas doloridos, sudorosos y totalmente agotados. Trish está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas,

y yo en el sofá, lo más lejos de ella que soy capaz.

—¿Y si no podemos parar? —dice mirándome primero a mí y luego en dirección a la mesa de la cocina.

No sé qué decir. No sé lo que quiero ni lo que ella quiere. No sé qué es posible.

—Hemos de hacerlo —digo como atontado—. Me voy el mes que viene.

Aunque ya lo sabe, aunque me ayudó a reservar el billete de avión, se vuelve hacia mí de repente como si acabara de enterarse.

Entonces, sin una palabra, asiente. Ambos sentimos una tormenta de culpa, de alivio y de pena por algo que en realidad nunca tuvimos.

El maravilloso presente...

Ken era mi amigo, yo diría que mi mejor amigo, y yo estaba obsesionado, loco por su mujer.

Amaba

a esa diablesa y el fuego que ardía en su presencia. Era desafiante e inteligente, mi debilidad. Lo que

estábamos haciendo era inaceptable, y ella lo sabía. Lo sabía pero ninguno de los dos pudimos evitarlo. Estábamos atrapados, víctimas de un mal momento y de elecciones aún peores. No fue culpa

nuestra, o de eso intentaba convencerme cada vez que me dejaba caer agotado y jadeante sobre su cuerpo desnudo. Simplemente no podíamos evitarlo, no era culpa nuestra. Era el universo, las circunstancias de nuestra situación.

Me criaron así. De niño me enseñaron que nada era culpa mía. Mi padre siempre tenía razón, incluso cuando no la tenía, y enseñó a su hijo mayor a pensar del mismo modo. Fui un crío mimado,

pero no en el sentido económico. El tiempo que pasé con mi padre me enseñó a ser tan arrogante

como él. Aprendí que en la vida siempre se podía culpar a otro. Como padre, intenté no parecerme a él, intenté ser mejor.

Kimberly dice que se me da muy bien. Me alaba mucho más de lo que merezco, pero lo acepto encantado. También me pone en mi sitio, tiene una boquita mucho peor que la de mis compañeros de universidad después de doce cervezas baratas.

—Acuesta a Karina. Te estaré esperando. —Kimberly me da un beso en la mejilla y un azote en el trasero. Me guiña el ojo, me sonrío y se marcha al dormitorio meneando las caderas.

Amo a esa mujer.

Karina eructa en sueños y le froto la espalda con delicadeza. Levanta una manita diminuta y coge la mía.

No me puedo creer que haya vuelto a ser padre. Ahora soy viejo. No paran de salirme canas aquí y allá.

Tras la muerte de Rose, Smith y yo nos quedamos solos, y no esperaba tener otro bebé. O descubrir que tenía otro hijo. Ni mucho menos, teniendo en cuenta cómo empezaron las cosas, que

dicho hijo tuviera veintiún años y formara parte de mi vida como amigo y como hombre. Hardin pasó de ser mi mayor remordimiento a ser mi mayor alegría. Temía tanto por su futuro que lo contraté en Vance sólo para asegurarme de que tuviera trabajo.

Lo que no esperaba es que fuera un genio. Lo pasó tan mal en la adolescencia que pensaba que iba a arruinarse la vida o a acabar con ella mucho antes de que empezara de verdad. Siempre estaba cabreado con el mundo y cometiendo estupideces. Hizo pasar a su madre un infierno en vida.

He visto cómo Hardin pasaba de ser un joven solitario y atormentado a convertirse en un autor superventas y un defensor de los jóvenes con problemas. Es todo lo que podía soñar que fuera. Smith

aspira a ser como él, pero sin tatuajes. Les encanta discutir sobre los tatuajes. Smith dice que le parecen de mal gusto, y Hardin disfruta enseñándole los nuevos que consigue hacerse en la poca piel que le queda libre.

Miro a la bella durmiente que descansa en su cuna y apago la lamparilla de la cómoda mientras le prometo a mi dulce y preciosa niña que seré el mejor padre que pueda llegar a ser.

SMITH

De joven no sabía cómo ser un modelo a seguir. No tenía ni puñetera idea de por qué nadie querría ser como él. Pero eso era lo que quería el pequeño. El crío con hoyuelos lo seguía a todas partes cuando iba de visita y se hacía mayor a medida que él crecía. El pequeño acabó siendo uno de sus mejores amigos y, para cuando fue tan alto como él, ya eran verdaderos hermanos.

Hoy viene Hardin y estoy más emocionado que de costumbre porque hace meses que no lo vemos.

Temía que no fuera a volver. Cuando se trasladó, prometió que nos visitaría de vez en cuando, todo

lo que pudiera, dijo. Me gusta que, hasta ahora, haya cumplido su promesa.

Estos últimos días mi padre me tiene ocupado para distraerme con cosas como los deberes de matemáticas, sacar los platos del lavavajillas y pasear al perro de Kim. Me gusta pasear a *Teddy*, es muy bueno y muy pequeño, así que puedo llevarlo en brazos cuando le da pereza caminar. Pero, aun así, estoy en las nubes pensando en la visita de Hardin.

Hoy se me ha hecho el día muy largo: colegio, clase de piano, y ahora tengo que hacer los deberes. Kimberly está cantando en otra habitación. Es muy ruidosa. A veces creo que piensa que canta bien, por eso no le digo que lo hace de pena. Cuando llega a una nota alta, el perro a veces se asusta.

Siempre que Hardin viene a casa me trae un libro. Me los leo todos y luego hablamos o nos escribimos para comentarlos. A veces me da libros difíciles escritos de un modo que no entiendo,

o libros que mi padre me quita porque dice que soy demasiado joven para leerlos. Con éstos, mi padre

siempre le pega a Hardin en la cabeza antes de guardarlo para «cuando tenga edad».

Me da risa siempre que Hardin maldice a mi padre. Normalmente después de recibir uno de esos cachetes.

Tessa me ha dicho que Hardin solía enseñarme tacos cuando era pequeño, pero no me acuerdo de eso. Ella siempre me habla de cuando era pequeño. No conozco a nadie que hable tanto como ella, salvo Kimberly. Nadie habla más, ni más alto, que Kim. Aunque Tessa tampoco se queda corta.

Al pasar junto a la puerta principal, la alarma suena un par de veces y veo que la pantalla de la tele del salón se ha encendido. La cara de Hardin y su nupia llenan todo el pequeño rectángulo. Ahora

se le ve el cuello, los tatuajes parecen garabatos. Me echo a reír y pulso el botón del altavoz.

—¿Tu padre ha vuelto a cambiar el código? —pregunta. Lo más gracioso es que la pantalla muestra sus labios en movimiento mucho antes de que llegue el sonido por el altavoz.

Su voz es casi idéntica a la de mi padre, aunque habla más despacio. Mi abuela y mi abuelo también hablan como ellos, porque nacieron todos en Inglaterra. Mi padre dice que he estado allí cuatro veces, pero yo sólo recuerdo la visita del año pasado, cuando fuimos a la boda de una amiga.

Mi padre se lastimó durante el viaje. Recuerdo que su pierna parecía carne de ternera picada y lista para guisar. Me recordó a «The Walking Dead» (pero que no se entere de que he encontrado el

modo de verla). Ayudé a Kim a cambiarle las vendas. Daba bastante asco, pero le han quedado unas cicatrices muy chulas. Kim tuvo que empujarlo en una silla de ruedas durante un mes. Dice que lo hizo porque lo quiere. Si alguna vez me lastimo y necesito que me empujen en silla de ruedas, seguro que ella lo haría.

Le abro la puerta a Hardin y entro en la cocina en cuanto oigo sus pasos en la sala de estar.

—Smith, cariño —dice Kim entrando a su vez en la cocina—, ¿te apetece comer algo?

Hoy lleva el pelo rizado alrededor de la cara. Se parece a su perro, *Teddy*, que suelta pelo por todas partes.

Niego con la cabeza y entonces aparece Hardin.

—A mí sí —dice—. Tengo hambre.

—A ti no te he preguntado, se lo he preguntado a Smith —replica ella, y se limpia las manos en el vestido azul.

Hardin se echa a reír con una sonora carcajada. Menea la cabeza y me mira:

—¿Ves cómo me trata? Es terrible.

Yo también me río. Kim dice que Hardin se mete con ella. Son muy graciosos.

Ella abre la nevera y saca una jarra de zumo.

—Mira quién fue a hablar.

Hardin vuelve a reírse y se sienta a mi lado. Lleva en la mano dos pequeños paquetes envueltos en papel blanco. Sin lazos, sin florituras. Sé que son para mí, pero no quiero ser maleducado.

Me quedo mirándolos e intento leer el título de los libros a través del papel, pero nada. Me vuelvo hacia la ventana y finjo contemplar el paisaje para no parecer un malcriado.

Hardin deja los paquetes en la encimera y Kim me sirve una taza de zumo; luego vuelve al armario a por patatas fritas.

Mi padre siempre le dice que no me deje comer muchas, pero ella no le hace caso. Mi padre dice que nunca le hace caso.

Intento coger la bolsa, pero Hardin se me adelanta y la sostiene por encima de mi cabeza un momento.

Me sonrío:

—Creía que no tenías hambre.

El agujero del labio parece como un punto que alguien le hubiera pintado en la cara. Antes llevaba un piercing, de eso me acuerdo. Siempre le digo que vuelva a ponérselo. Él me dice que

no

haga caso a Tessa.

—Ahora sí. —De un salto, le quito la bolsa de patatas, que crujen con estruendo en mis manos.

Hardin se encoge de hombros, parece feliz. Cree que soy muy gracioso, me lo dice a todas horas.

Cuando abro la bolsa, él coge un puñado de patatas y se las mete en la boca.

—¿No vas a abrir tus regalos antes de pringarte las manos con las patatas fritas? —Escupe migas al hablar, y Kim pone cara de asco.

—¡Christian! —grita ella llamando a mi padre.

Me da la risa y Hardin finge tener miedo.

Aparto la bolsa de patatas.

—Bueno, ya que me lo preguntas, prefiero abrir los libros primero.

Hardin se lleva los dos paquetes al pecho.

—Libros, ¿eh? Y ¿qué te hace pensar que te he traído libros? —dice.

—Porque es lo que haces siempre.

Señalo el más grueso y él lo desliza por la encimera.

— *Touché* —responde, aunque no sé lo que significa.

Me olvido de mis modales y rasgo el papel hasta que aparece una cubierta muy colorida. Es un chico con sombrero de mago.

— *Harry Potter y la cámara secreta*. —Leo el título en voz alta. Me va a gustar este libro. Acabo de leerme el anterior.

Cuando miro a Hardin, se está apartando un mechón de la cara. Estoy de acuerdo con mi padre: necesita un corte de pelo. Lo lleva casi tan largo como Kim.

Señala el libro:

—De parte de Landon, como el anterior. Le gusta el pequeño mago.

Mi padre entra entonces en la cocina y suelta una palabrota al ver a Hardin. Éste le da una palmada en el hombro y Kim les dice que son como críos. Asegura que yo me comporto con más madurez que ellos.

—Qué cosas más bonitas me dices —comenta mi padre—. Smith, no te olvides de darle las gracias al amigo de Tessa.

Hardin arruga la nariz.

—¿El amigo de Tessa? ¡Es mi hermano! —Sonríe y se rasca los tatuajes de los brazos.

Quiero hacerme tatuajes como los suyos cuando sea mayor. Mi padre dice que de eso nada, pero Kim asegura que, una vez me independice, papá no podrá impedírmelo.

Podré hacer lo que me dé la gana cuando sea mayor.

—No es tu hermano de verdad —le digo. Papá me ha contado que Landon y Hardin no llevan la misma sangre.

La sonrisa de Hardin se desvanece y asiente.

—Ya, pero aun así sigue siendo mi hermano.

Mientras pienso qué quiere decir con eso, Kim le pregunta a mi padre si tiene hambre, y Hardin examina la cocina. De repente parece estar triste.

—Tu padre es mi padre. ¿Significa eso que la madre de Landon es también la tuya? —le pregunto. Hardin niega con la cabeza y mi padre le da un beso a Kim en el hombro, cosa que, cómo no, la hace sonreír. Papá tiene ese efecto en ella.

—A veces la gente puede ser familia aunque no tengan los mismos padres.

Hardin me mira como esperando respuesta. No sé qué ha querido decir con eso, pero si desea que Landon también sea su hermano, a mí me parece bien. Landon es muy simpático. Vive en Nueva York, por eso no lo veo mucho. Tessa también vive allí. Mi padre tiene una oficina en esa ciudad.

Es

pequeña y huele como a hospital.

Hardin me acaricia la mano y lo miro.

—Que Landon sea mi hermano no significa que tú dejes de serlo. Lo sabes, ¿no?

Me siento un poco mal porque Kim ha puesto cara de que va a echarse a llorar y mi padre parece asustado.

—Lo sé —le digo, y miro el libro de Harry Potter—. Landon también puede ser mi hermano.

Él parece feliz cuando sonrío y yo alzo la vista para ver si Kim vuelve a poner la cara de antes.

—Claro que puede. —Hardin mira a Kim y dice—: ¡Pare ya, señora! Por cómo se ha puesto, cualquiera diría que esto es un velatorio.

Mi padre insulta a Hardin y Kim se aparta cuando él le tira una manzana a mi padre, que parece un jugador de béisbol por cómo la coge al vuelo... y le da un mordisco. Todos reímos.

Hardin desliza el segundo libro por la encimera y lo atrapo. El papel de éste cuesta más de romper, y me hago un corte en el dedo con uno de los bordes. Hago una mueca pero ojalá nadie

se dé

cuenta. Si lo digo, Kim hará que me lo lave con agua y jabón y me pondrá una tiritita. Yo quiero ver

qué libro me ha traído.

Cuando cae el último trozo de papel, veo una cruz enorme en la cubierta.

—¿*Drácula*? —digo en voz alta. He oído hablar de este libro. Es de vampiros.

Mi padre deja a Kim y rodea la encimera.

—¿*Drácula*? ¿Es una broma? ¡Si sólo tiene nueve años! —Estira el brazo para que le entregue el libro.

Le lanzo a Kim una mirada suplicante. Ella aprieta los labios y le pone mala cara a Hardin.

—Normalmente me pondría de tu parte —dice. Hardin la llama embustera, pero ella sigue hablando—: Pero ¿*Drácula*? ¿En qué estabas pensando? *Harry Potter* y *Drácula*... Menuda combinación.

Mi padre asiente y continúa en la misma posición que antes, como una estatua gigante. Lo hace siempre que quiere demostrar que tiene razón.

Transcurren unos instantes y luego Hardin pone los ojos en blanco y le da un tirón al cuello de su camiseta negra.

—Lo siento, amigo. Tu padre es un muermo. Empieza con *La cámara secreta* y en mi próxima visita te traeré otro...

—Uno en el que no haya violencia —lo interrumpe mi padre.

Hardin suspira.

—Vale, vale. Sin violencia —dice burlándose de él.

Me río. Mi padre sonrío también y Kim lo abraza.

Me pregunto cuándo volveré a ver a Hardin.

—¿Tardarás mucho en regresar? —le pregunto.

Él se rasca la barbilla.

—No estoy seguro; ¿un mes, tal vez?

Un mes es mucho tiempo, pero el libro de *Harry Potter* es bastante largo...

Hardin se me acerca.

—Pero volveré, y siempre que venga te traeré un libro —me susurra.

—¿Como mi padre hacía contigo? —le pregunto, y él mira a mi padre. A nuestro padre. Aunque Hardin no lo llama así. Él lo llama Vance, que es nuestro apellido, pero no el de Hardin. Él se apellida

Scott. Ése es el apellido de su padre de mentira.

Cuando intenté llamar a mi papá Vance, me dijo que si volvía a hacerlo me castigaría hasta los treinta. No quiero estar castigado tanto tiempo, así que lo llamo papá.

Hardin se revuelve en la silla.

—Sí, como él hacía conmigo.

De nuevo se ha puesto triste, creo. Hardin se pone triste, luego se enfada, a continuación se ríe... Así es él.

Más raro que un perro verde.

—Y ¿tú cómo sabes eso, Smith? —pregunta mi padre.

Hardin se ruboriza y con los labios, pero sin hablar, dice: «No se lo digas».

Levanto las manos y cojo más patatas fritas.

—Hardin dice que no te lo cuente.

Hardin se da una palmada en la frente y luego me da un cachete. Kim nos sonrío. Se pasa la vida la mar de sonriente. También me gusta cuando se ríe, tiene una risa bonita.

Mi padre se acerca a nosotros.

—Aquí el que manda no es Hardin —dice, y comienza a masajearme los hombros. Me gusta cuando hace eso, es muy agradable—. Dime qué te ha contado Hardin y te llevaré a comer helado

y a

comprar raíles nuevos para el tren de juguete.

El tren es mi juguete favorito. Mi padre siempre me está comprando raíles, y el mes pasado Kim me ayudó a trasladarlo a una habitación vacía. Ahora tengo un cuarto entero para mis trenes.

Hardin está sudando la gota gorda, pero no parece enfadado. Decido que se lo puedo contar a mi padre.

Además, conseguiré más cosas para mi tren.

—Me dijo que le llevabas libros, como hace él. —Levanto los dos pesados libros—. Y que eso lo hacía muy feliz cuando era un niño pequeño como yo.

Hardin vuelve la cabeza y mi padre parece sorprendido al oírlo. Le brillan los ojos y me mira fijamente.

—¿Eso te dijo? —Su voz suena rara.

—Sí —digo asintiendo con la cabeza.

Hardin permanece en silencio, pero me está mirando otra vez. Se ha puesto rojo como un tomate y le brillan los ojos igual que a mi padre. Kim se ha tapado la boca con la mano.

—¿He dicho algo malo? —les pregunto.

Mi padre y Hardin dicen que no a la vez.

—No has dicho nada malo, hombrecito. —Papá pone una mano en mis hombros y la otra en los de Hardin.

Normalmente, cuando intenta hacer eso, él se aparta. Hoy no se mueve.

HESSA

Nueva York está pasando uno de los veranos más calurosos de la historia cuando Tessa tiene a Auden.

Es martes, el día en que sale a la venta mi última novela, y Tessa y yo estamos tirados en la alfombra, mirando el ventilador de techo que instalamos la semana pasada.

No hacemos más que redecorar nuestro pequeño apartamento como locos. Sabemos que no vamos a vivir aquí siempre, y aun así no paramos de invertir en él. Por impulso, decidimos redecorar

por completo la habitación del niño cuando éste sólo tenía ocho semanas, y ha resultado ser una tarea

mucho más compleja de lo que creíamos. Por culpa de la renovación, la cuna de Auden está en nuestro dormitorio, a los pies de la cama. Lo encuentro abarrotado y feo, como si fuéramos refugiados en un barco enano que han decidido cederle a su hija de cinco años, Emery, el camarote

principal mientras ellos se instalan en el bote salvavidas.

A Tess le encanta.

Hay noches en las que se queda dormida con los pies en la cabecera, cogida de la mano del bebé mientras ambos duermen. La mitad de las veces le muerdo la oreja o le doy un masaje en los hombros para que se despierte y se acueste en la posición correcta. Las demás noches me abrazo a sus piernas y dormimos así. Pero tengo que tocarla. Por las mañanas siempre se despierta a mi

lado y

me muerde la oreja o me frota las lumbares.

Me siento como un anciano. Me duele la espalda porque escribo con muy mala postura: sentado en el sofá o a lo indio en el suelo, con el portátil sobre el regazo.

Tessa señala el ventilador de techo.

—Está torcido. Deberíamos volver a pintar.

En este momento, la habitación del bebé está pintada de amarillo pastel, un tono neutro para chico o para chica. Queríamos que fuera un color claro, hemos aprendido que es un error (y un tostón)

dar

por sentado que a las niñas les gusta el rosa algodón de azúcar. De ese color pintamos su habitación

antes de que naciera nuestra hija, pero en cuanto Emery descubrió que no le gustaba el rosa nos costó

tres tardes, y tres capas de pintura verde, cubrirlo. Aprendimos la lección, y Tessa aprendió de mí un

par de tacos nuevos. El amarillo pastel era el color de moda, y todos sabemos que he de seguir las últimas tendencias y complacer a mi señora. También es porque resultará fácil pintar encima de ese

ese

color el día que Auden empiece a expresar sus preferencias.

La habitación del bebé contiene distintos tonos de amarillo. No sabía que hubiera tantos tonos de

amarillo o que pudieran llevarse tan mal. Todos proceden de las visitas de Tessa a IKEA y a Pottery

Barn. Juro que va por lo menos tres veces a la semana. Encuentra toda clase de tonterías que adora y

las abraza contra su pecho y exclama: «Esta almohada decorativa es taaaaaaaan suave...» o «¡Es tan mono que me lo comería!». Y luego mete dicha tontería debajo de un cojín del sofá o de cualquier otro rincón de la habitación del bebé que no haya llenado ya.

El cuarto ha acabado siendo como una enorme bola de ondulantes rayos de sol en la que Tessa no aguanta ni diez minutos sin marearse. Me hizo prometer que nunca más la dejaría volver a decorar

una habitación, especialmente una de bebé. Y ahora quiere que vuelva a pintarla.

Lo que hago por esta mujer.

Y más que haría. Hago todo lo que puedo.

Una cosa que podría hacer por ella es conseguir que dejara más trabajo en la oficina, aunque para eso tendría que recurrir a la magia. Últimamente está agotada, y eso me pone malo. No quiere bajar

el ritmo, pero yo sé lo mucho que le gusta su trabajo. Su carrera es su tercer hijo. Se deja la piel para

conseguir las bodas más bonitas que uno pueda imaginar. Acaba de empezar en la industria, pero se

le da de cine.

Cuando me habló de cambiar la dirección de su carrera estaba aterrorizada. No paraba de dar vueltas por la diminuta cocina. Yo acababa de poner el lavavajillas y de pintarle las uñas a Emery. Creía haberlo hecho muy bien, pero Emery hizo que Tessa me despachara cuando declaré con orgullo que la chapuza que le había hecho en sus uñitas estaba bien, que el color rojo le daba un aire

de haber matado a alguien.

No sabía que una hija mía pudiera ser tan delicada y tener tan poco sentido del humor.

—Quiero rechazar el ascenso en Vance y retomar los estudios —dijo Tessa como si nada. O a mí me pareció que lo decía como si no tuviera importancia.

Emery estaba sentada y en silencio, sin comprender el impacto que ese tipo de decisiones tienen en las vidas de la gente.

—¿De verdad? —pregunté mientras secaba un plato con un paño de cocina.

Tessa se mordió el labio inferior y abrió mucho los ojos.

—Lo he estado pensando y, si no lo hago, me volveré loca.

A mí no hacía falta que me lo explicara. Todos necesitamos un cambio de vez en cuando. Incluso yo me aburro entre libro y libro, y a Tessa se le ocurrió que fuera profesor sustituto dos o tres días al

mes en Valsar, el colegio donde estudia Emery y en el que trabaja Landon. Ciertamente, dimítí al cabo de

tres días, pero fue una experiencia entretenida y gané puntos con mi chica.

Como siempre, animé a Tessa a hacer lo que quería. Deseaba que fuera feliz y no necesitábamos el dinero. Yo acababa de firmar un nuevo contrato con Vance, el tercero en dos años. El dinero de *After* fue directo a una cuenta para los niños. Bueno, después de comprarle a Tessa una pulsera de *charms*: la antigua no estaba hecha para durar. Se había desgastado con el paso del tiempo, pero Tessa conservó los amuletos y le encantó ver que podía colgárselos a la nueva, podía cambiarlos para variar, podía quitar y poner a su gusto. A mí me parecía una chorrada, pero a ella la hacía muy feliz.

A la mañana siguiente Tessa se sentó a hablar con Vance y, con mucha educación, rechazó el ascenso. Al volver a casa se pasó una hora llorando. Yo sabía que se sentiría culpable por dejar su empleo, pero se le pasaría pronto. Era consciente de que Kim y Vance la animarían a mantenerse firme en su decisión durante las dos últimas semanas que trabajó en la editorial.

Cuando consiguió su primer cliente como organizadora de bodas gritó de felicidad, y la vi más viva que nunca. Aún no sabía por qué la muy loca seguía conmigo pese a todas las gilipolleces que

había hecho de joven, pero me alegré mucho de que no me dejara sólo por tener el privilegio de verla tan ilusionada.

Por descontado, Tessa bordó la primera boda y empezaron a lloverle recomendaciones. A los pocos meses ya tenía dos empleados. Me sentía muy orgulloso de ella y ella estaba muy orgullosa de

sí misma. En retrospectiva, no tenía nada de que preocuparse. Tessa es una de esas personas repelentes que tocan un montón de mierda y lo convierten en oro.

Es básicamente lo que hizo conmigo.

Trabajaba sin parar y se estaba matando a trabajar otra vez después de dar a luz a Auden.

Le doy un achuchón.

—Necesitas una noche libre. Te estás quedando dormida delante del ordenador, mirando el ventilador de techo.

Me clava un codo juguetón en la cadera.

—Estoy bien. Tú eres el que apenas duerme de noche —me susurra en el cuello.

Sé que tiene razón, pero tengo fechas de entrega que cumplir y me faltan horas. Además, cuando se me atasca un párrafo, le doy vueltas sin parar y no me deja dormir. Aun así, detesto que se haya dado cuenta de que ando falto de sueño porque siempre se preocupa más por mí que por ella.

—Lo digo en serio. Necesitas descansar. Todavía te estás recuperando de haber traído al mundo a ese monstruito —digo deslizando la mano bajo su blusa y acariciándole el vientre.

Tuerce el gesto.

—Déjame —gruñe intentando zafarse de mis manos.

No me gusta nada lo insegura que se siente desde que tuvo a nuestro hijo. El nacimiento de Auden fue mucho más duro con su cuerpo que el de Emery, pero yo la encuentro más sexi que nunca.

Odio

que mis caricias la incomoden.

—Nena... —Retiro la mano pero sólo para poder apoyarme en el codo. La miro y meneo la cabeza.

Tessa me hace callar tapándome la boca con dos dedos y sonrío.

—Me sé esa parte de la novela: es cuando me sueltas el discurso del buen marido acerca de cómo me he ganado mis cicatrices, que me hacen todavía más bonita de lo que ya era —dice con aire teatral.

Siempre ha sido una sabelotodo.

—No, Tess. Es cuando te demuestro cómo me siento cuando te miro.

Le cojo el pecho con la mano y aprieto lo justo para que entre en ignición, para que su cuerpo empiece a precalentar para recibir al mío. Jadea sin darse ni cuenta y gime cuando encuentro un pezón bien duro y lo pellizco por debajo de la ropa.

Ha perdido. Yo lo sé y ella también. Acepta su derrota sin condiciones y me apresuro a reaccionar. Rápidamente, mis manos encuentran las perneras de sus pantalones cortos y se cuelan bajo la tela. Como imaginaba, ya ha mojado las bragas. Me encanta notar cómo chorrea, y me muero

por saborearla en mi boca. Saco los dedos y me los llevo a los labios. Tessa gime, se lleva mi dedo índice a la boca y lo chupa.

Mierda, esta mujer acabará conmigo.

Me mira fijamente a los ojos y mordisquea la punta de mis dedos. Presiono mi cuerpo contra el suyo para que sienta lo dura que me la ha puesto con su pequeño festival del mordisco. A continuación, tiro de la cinturilla de sus pantalones cortos de algodón y se los bajo. Me quiere ya, me necesita ya. Le lamo el cuello y ella me agarra la polla con firmeza. Está tan desesperada como yo, y me desnuda en un abrir y cerrar los ojos. Para cuando se encarama sobre mí, sólo llevo puestos los calcetines. Las inseguridades de Tessa parecen desvanecerse cuando deja descender su cuerpo sobre el mío y sus labios húmedos engullen mi piel dura. Su cálida lengua traza círculos en la punta y se gana una gotita. El ritmo de su boca es constante, me devora hasta el fondo y jadeo su nombre. Me tumbo en el suelo y le cojo las tetas. Las tiene enormes de dar el pecho (es el único cambio que le gusta), y yo no voy a quejarme por tener más teta con la que jugar.

—Joder, me encantan tus peras —le digo mientras su boca sube y baja.

Tessa me abraza, succiona cada vez más fuerte, y la presión aumenta en mi abdomen. Hundo las manos en su pelo y ella me suelta, me mira a los ojos y se relame. Se apoya en los codos y acerca su pecho a mi entrepierna. Jadeo como un perro que espera una caricia de su amo después de haberse pasado todo el día encerrado en una jaula. Tessa junta sus hermosos melones y desliza mi polla entre ellos. Basta con que lo haga tres veces para que me corra en su piel. Mientras recobro el aliento, ella se pasa la lengua por los labios y me sonrío tímidamente, con las mejillas ruborizadas por cómo su cuerpo responde a darme placer.

Se levanta, se mira las tetas y dice:

—Necesito darme una ducha.

Jadeante, cojo la camiseta negra y la llevo hasta su pecho, pero ella me aparta la mano, me mira mal y empieza a andar hacia la puerta. Con el paso de los años, cada vez le gusta menos que limpie fluidos corporales con mis camisetas. Por lo visto, no es apropiado y para eso están las toallas, me dice siempre.

La sigo al baño y tomo nota mental de devolverle el favor en la ducha. Sus tetas están espectaculares contra la mampara de cristal. El espejo de la pared del baño es lo mejor que tiene este apartamento.

HESSA

Pascua

—Hardin, Auden se ha despertado. —La voz de Tessa traspasa las nubes de mi sueño—. Tenemos que

despertar a Emery para que busquen sus cestas de Pascua.

Me sacude del hombro, suplicándome que me levante.

—Venga, Hardin —dice en voz baja, pero la emoción contenida resuena en sus susurros.

Seré el hombre más afortunado del mundo si me despiertan así todas las mañanas de mi vida.

Gruño y, sin apenas abrir los ojos, la estrecho contra mi pecho.

—¿A qué viene tanto jaleo? —pregunto mientras le beso la sien.

Su pelo se me pega a la cara y aparto los mechones de un soplido. No lleva camisón, y noto sus suaves tetas contra mi costado.

Suspira y entrelaza una pierna sin afeitar con las mías. Pongo cara de que raspa y ella me da un empujón.

—Los niños tienen que encontrar sus cestas y yo he de ponerme con el desayuno. Tienes que levantarte.

Como si nada, como si no me estuviera poniendo como una moto, se aparta de mi cuerpo, rueda por la cama y se levanta.

—Nena, vuelve aquí —protesto. Echo de menos el calor de su piel.

Abre la cómoda y contemplo su torso desnudo. Un quejido escapa de mi garganta. Ojalá me hubiera despertado antes para tenerla un rato más en la cama conmigo. Ya estaría dentro de ella, enterrado en sus profundidades, en su cálido y húmedo...

Una almohada me golpea la cara.

—¡Levanta! Hoy tenemos mucho que hacer.

Suspiro, salgo de nuestra cama de matrimonio y a continuación me pongo una camiseta antes de que me tire otra cosa a la cara. Se ha pasado meses redecorando el apartamento, seguro que no le apetece mucho romper ninguna de las exquisitas piezas que compró con el decorador demente que ella me convenció que nos hacía falta contratar. El tío estaba fatal de lo suyo. Pintó todo el salón de rosa salmón y una semana después volvió a pintarlo de un color menos nauseabundo.

—Lo sé, cielo. Cestas, conejos, huevos y toda esa mierda.

Me miro en el espejo que cuelga de la pared y me peino con los dedos. Me recojo el pelo con la goma que llevo en la muñeca y le lanzo a Tessa miradas asesinas de reojo. Intenta no sonreír, pero sé

que le está costando.

—Sí, y toda esa mierda. —No aguanta más y se echa a reír. Coge el cepillo del pelo—. Tenemos que estar en casa de Landon a las dos. Karen y Ken ya han llegado y todavía no he preparado la ensalada de patata que íbamos a llevar.

Termina de peinarse la melena y me pasa el cepillo con una sonrisa burlona.

No lo necesito. Prefiero hacerlo con los dedos.

—Haré las patatas mientras tú te arreglas —ofrezco—. Vamos a ver cómo los niños buscan sus cestas.

Hace una mueca y se plantea si es una buena oferta porque no sabe si soy capaz de preparar las patatas. La cocina se me da de maravilla... Excepto cuando quemé el pollo las Navidades pasadas. Tessa va vestida con un pantalón blanco de algodón y una camiseta azul marino. Se ha puesto un poco morena gracias al tiempo que pasa en el patio cuidando de su pequeño jardín. Le encanta tener

un jardín en Brooklyn. Es lo que más le gusta de la casa que le he comprado para celebrar la venta de mi última novela.

En el pasillo, se detiene ante la habitación de Emery.

—Despiértala y nos vemos en el salón —dice. Me da un beso en la mejilla y grita el nombre de nuestro hijo. Le doy un azote en el culo y ella me pone los ojos en blanco. Lo de siempre.

Cuando entro en el cuarto de Emery, me la encuentro durmiendo con la mitad del cuerpo fuera de la cama. Tiene las piernas destapadas, colgando del borde del colchón, lejos de su edredón de Disney.

—Em... —La sacudo del brazo con delicadeza.

Se mueve, aunque no abre los ojos.

Vuelvo a intentarlo, pero protesta:

—Noooo.

Se da la vuelta y hunde la cabeza en la almohada. Me ha salido teatrera.

—Cariño, es hora de levantarse. Auden se va a comer todos los dulces de Pascua si no...

Y de un brinco está fuera de la cama, el pelo hecho una maraña rubia. Lo tiene ondulado como yo y denso como su madre.

—¡No se atreverá! —proclama poniéndose las zapatillas de andar por casa antes de salir disparada de la habitación.

Cuando la alcanzo, está abriendo todos los armarios de la cocina.

—¿¿Dónde está mi cesta?! —chilla.

Tessa se ríe y Auden desenvuelve con dedos torpes un huevo de chocolate, que se mete entero en la boca. Mastica un instante y luego la abre del todo.

Tessa se acerca y le quita un pequeño trozo de papel de aluminio de la lengua. Él sonrío, desdentado y lleno de chocolate. Se le cayó un incisivo la semana pasada y está para comérselo

con patatas. Me burlo de su ceceo, es una de las ventajas de ser padre: puedo meterme con mis hijos

todo lo que me apetezca. Es un rito de iniciación.

—¡Mamá! —lloriquea Emery desde el armario del pasillo—. Papá ha escondido mi cesta, ¿verdad? ¡Por eso no consigo encontrarla!

Me río de lo exagerada que es.

—Sí, la he escondido yo.

Es una niña muy dulce, pero también muy insolente y con opiniones para todo a la tierna edad de once años. Por eso no tiene muchos amigos.

Emery sigue rebuscando por la casa mientras Auden devora la mitad de su cesta de dulces y esparce briznas de césped artificial por el suelo.

—También te han puesto un tambor —le digo.

Él asiente con la boca llena de caramelos. No parece que le interese nada que no esté hecho de chocolate.

—Papá. —Emery entra en la cocina con las manos vacías—. Por favor, ¿podrías decirme dónde

has escondido mi cesta? Me lo has puesto muy difícil, mucho más que el año pasado.

Se acerca al taburete en el que estoy sentado y se abraza a mi cintura. Es muy alta para su edad, y me toma por tonto.

—Por favor... —me suplica.

—No engañas a nadie, jovencita. Te daré una pista, pero que sepas que un abrazo y una voz dulce no bastan para sobornarme. Tienes que trabajar para ganarte las cosas, ¿recuerdas?

Hace un mohín y me abraza con más fuerza.

—Ya lo sé, papá —dice contra mi pecho.

Sonríó ante la nueva táctica y miro a Tessa, que observa a Emery con recelo.

—Está en un sitio al que nunca nunca vas. A donde va la ropa que siempre te niegas a ayudarnos a doblar. —Le acaricio la espalda y ella se suelta de mi cuello.

—¡La lavadora! —grita Auden, y Emery chilla de emoción. Corre junto a su hermano y le acaricia el pelo.

Él sonrío, feliz como un perrito, por el gesto cariñoso de su hermana mayor.

Antes de un minuto, Emery vuelve corriendo a la cocina con su cesta, de la que caen pequeños huevos de chocolate. No les hace ni caso, está muy ocupada hurgando dentro. Tessa se levanta para recogerlos y Emery no parece muy interesada en ayudar a su madre.

Mi hija se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas y la cesta en el regazo, y se echa a la boca un puñado de gominolas de colores. Me vuelvo hacia Tessa y Auden. Su madre lo ha cogido en brazos, parece casi tan grande como ella. Los años han pasado volando y no sé cómo yo, un gamberro de medio pelo, he traído al mundo dos niños tan empáticos y tranquilos.

Bueno, Emery tiene sus rabietas. Como cuando arrojó una planta contra la pared. Pero no fue una situación difícil de resolver: le quité la puerta de su habitación. Yo no juego a la chorrada esa del niño

mimado enfadado con todo. No hay razones por las que deba estar enfadada con tan sólo once años,

no ha tenido la vida que tuve yo. Tiene unos padres que la adoran y que siempre están cuando los necesita.

Mis hijos son maravillosos.

Tessa y yo siempre estamos ahí para ellos. No han vivido un solo día sin un beso, un abrazo y al menos dos «te quiero» bien cursis. Emery tiene algunas de las cosas que se ponen de moda entre los

niños populares del colegio. No quiero que mis hijos sean como yo, el niño con los zapatos llenos de

agujeros. Quiero que sepan qué se siente al desear cosas como juguetes y demás, y luego enseñarles

el modo de ganárselas haciendo gestos sencillos, como dar besos en la mejilla, abrazos y regalar palabras amables. De eso nunca falta en esta casa. Cuando nacieron decidimos que no iba a ser como mi padre, como ninguno de mis padres. Mis hijos iban a saberse queridos, jamás iban a pensar que estaban solos en el mundo. El mundo es demasiado grande para estar solo, especialmente para dos pequeños Scott.

He puesto fin a la saga de padres penosos para no arruinar dos pequeñas vidas.

Antes de una hora, Emery está K.O. en el sofá, con una pierna en el respaldo y un brazo colgando del asiento. Auden está en su sofá favorito. Se supone que es una «miniatura», aunque ocupa mucho

espacio. Pero aun así Tessa insistió en quedárselo e hizo oídos sordos a mis protestas. El sofá tenía

una otomana carísima a juego, que también ocupa demasiado espacio para el tamaño del que goza una sala de estar en Brooklyn. No tuve ni voz ni voto con los muebles, así que, aquí estoy, contemplando a mi pequeño de seis años, comatoso de tanto comer dulces, con la barbilla manchada de chocolate. Se parece mucho más a mí que a su madre.

—Mira qué monos son —dice Tessa detrás de mí. Parece agotada, con la mirada apagada y la tez pálida.

Le rozo la mejilla con los labios, esperando devolverle el color a besos. Suspira, me abraza y sus manos se cierran en mi vientre.

—¿Qué planes tienes para la siesta? —pregunto. Siempre se las apaña para aprovechar hasta el último minuto de las siestas (cada vez más cortas) de los niños para hacer cosas productivas. Está demasiado ocupada y no me hace ni caso, así que no hay nada que hacer. Sé que mentalmente está tachando elementos de la lista de tareas pendientes.

—Bueno... —dice con lentitud, y luego suelta a chorro—, llamar a Fee por lo de la tarta, decirle a Posey que compruebe los ramos... —y más cosas que no escucho porque le estoy metiendo la mano en los pantalones.

Ella me mira con atención mientras deshago el nudo del cordel que los mantiene en su sitio y hundo los dedos en sus bragas.

—No me distraigas —protesta, pero su cuerpo se pega al mío para sentir más presión.

—Trabajas demasiado —le digo por enésima vez esta semana.

Ella pone los ojos en blanco por enésima vez también. Luego me coge por la muñeca y se lleva la mano al pecho.

—Dice el hombre que se pasa días enteros sin dormir cuando tiene una fecha de entrega.

Hoy parece receptiva a que la distraiga, no es lo normal, pero por mí estupendo. Le sobo las tetas, que suben y bajan en su pecho. Gime, quiere más de mí. Y se lo voy a dar.

La cojo de la mano y entonces la llevo al pasillo. Camina deprisa, ansiosa por llegar a nuestro dormitorio. En el momento en que cruzamos el umbral, cierra la puerta maciza con tanta fuerza que casi se cae el gigantesco retrato de los niños que cuelga de la pared. Cuando dijo que deberíamos hacerlo me pareció un poco fuera de lugar, pero a Tessa le encantaba la idea de tener una imagen de nuestros hijos aquí del tamaño de un cartel publicitario. Al menos me hizo caso en una cosa: lo colgó en la pared opuesta a la cama. Ni de coña voy a estar mirando una versión abstracta en colores neón

de mis hijos mientras me follo a mi mujer. Ni hablar.

—Ven aquí —le digo atrayéndola a mi regazo.

Estoy sentado en el borde de nuestra cama de matrimonio. En los últimos meses la hemos tenido que compartir de vez en cuando con nuestros hijos. Auden atravesó una etapa en la que tenía pesadillas y yo me pasaba las noches en vela preguntándome si lo había heredado de mí. Más tarde le

tocó a Emery, que sintió celos de su hermano y comenzó a venir pidiendo en voz baja que la protegiéramos de los «sueños feos», aunque yo sabía que era mentira. Hasta se frotaba los ojos igual

que cuando tenía seis años y todo.

Les gustaba dormir con mamá a un lado y papá al otro.

Era la leche, en serio.

—¿Hardin? —La voz de Tessa es dulce y grave, y sus ojos me miran fijamente—. ¿En qué estás pensando? —pregunta. Sus dedos suben y bajan por mi abdomen y me araña un poco.

—En los niños, en cuando venían a dormir con nosotros. —Me encojo de hombros y sonrío.

—Eso es un poco raro —dice meneando la cabeza. Pero sus labios sonrían.

—Sólo porque esta vez el que está distraído soy yo, mi vida.

Le muerdo los pezones como piedras, y gime. Le quito la blusa. La prenda cae al suelo y ella se aparta el pelo de la cara con un movimiento de la cabeza. Parece una salvaje con las mejillas encendidas y los labios de color rosa, la melena rubia y la mirada hambrienta. Recorro el encaje de su sujetador negro con los dedos. Esta mujer siempre lleva los sostenes de encaje más sexis del planeta. Meto un dedo bajo la copa y le pellizco un pezón.

—Acuéstate, nena —le ordeno.

Ella se quita los pantalones y las bragas, los deja en el suelo y se tumba en la cama. Coge una almohada y se la pone debajo de la cabeza. Sus ojos me dicen lo que quiere con exactitud. Quiere que se lo coma. Últimamente es lo que más le gusta.

Está cansada, agotada y le duelen los pies, así que sólo quiere que la mimen. Por supuesto, siempre me corresponde. Mi mujer me devuelve el favor metiéndose mi polla hasta las amígdalas cuando los niños nos dejan dormir hasta pasadas las siete de la mañana. Tessa levanta las piernas,

flexiona y las abre. Tengo sus muslos justo enfrente. Me muerdo el labio inferior, intentando sofocar

un jadeo.

Está empapada, brillante bajo la luz del dormitorio, y cuando se trata de ella no tengo autocontrol. Casi me abalanzo con la boca abierta sobre su piel suave y húmeda. Mi lengua dibuja una línea

recta de abajo arriba al tiempo que mis labios succionan con suavidad.

Tessa mueve las caderas, las aprieta contra mi boca. Meto los brazos por debajo de sus muslos y tiro de ella hacia el borde de la cama. Grita, un adorable sonido de sorpresa mezclada con excitación.

La levanto por las nalgas con las manos mientras mi boca la devora y ella gime mi nombre, alternándolo con «sí», «no» y «Ay, Dios» más otras muchas guarradas.

Me chiflan sus exclamaciones y que me dé ánimos. Tienen el efecto de conseguir que le tiemblen las piernas, que se agarre a las sábanas. Ahora me está tirando del pelo. Cómo me pone.

—Har-din... —Se le quiebra la voz y añado un dedo a la ecuación.

Se lo meto hasta el fondo y la vuelvo loca. Trazo círculos con la lengua en su clítoris, sin parar de chupar, sin parar de chupar. Saboreo su corrida, es lo más dulce del mundo.

Levanto la cabeza para coger aire y la apoyo en su vientre mientras ella recobra el aliento. Me da pequeños tirones del pelo para que ascienda por su cuerpo. Todavía la tengo dura cuando me

tumbo encima de ella. Ahora mismo, lo único que falta por tachar de mi lista de deseos y necesidades es sexo. Tessa lo sabe, por eso se levanta de la cama y se restriega contra mí.

—¿Quieres que te folle? ¿No has tenido suficiente? —pregunto frotando la polla contra su entrepierna.

—Nunca tendré suficiente... —gimotea, y yo jadeo cuando me la agarra y se la mete dentro.

La penetro muy despacio y contemplo el placer que reflejan sus facciones. Sus tetas están pegadas a mi pecho y sus muslos rodean mi cintura.

—Más —suplica; quiere que me mueva dentro de ella.

No hay problema, lo hago a buen ritmo. Me clava las uñas de una mano en la espalda y con la otra me tira del pelo.

No voy a durar mucho.

Nada.

Noto que se le tensan los muslos y yo voy a llegar al mismo tiempo que ella. Un par de embestidas más y nos derretimos juntos. Tessa sigue con los ojos cerrados y yo me desplomo sobre

su cuerpo.

Mientras mi corazón recupera su ritmo normal, contemplo a Tessa. Tiene los ojos grises cerrados, la boca entreabierta, y me parece tan hermosa como el primer día que la vi.

Apenas recuerdo el muchacho que era cuando la conocí, pero todos los detalles de nuestra vida juntos me corren por las venas como una canción.

Esta mujer terca como una mula se niega a casarse legalmente conmigo, pero es mi mujer a todos los efectos y la madre de mis preciosos hijos. Queremos tener al menos uno más, cuando su trabajo lo permita.

Me pone un poco nervioso traer otro hijo al mundo. Siempre me preocupo cuando se queda embarazada.

La responsabilidad de criar un ser humano bueno y decente es algo que me tomo muy en serio, pero Tessa carga con la mitad y me asegura que somos unos padres fantásticos. No soy como mi padre. Lo hago a mi manera. No cabe duda de que he cometido errores, pero he cumplido mi condena y he sido perdonado. Aunque no soy un hombre religioso, sé que tiene que haber algo más grande que Tess y que yo. Mi mundo pasó de nada a todo y estoy orgulloso de quien soy ahora. Me veo en

los ojos de mis hijos y oigo mi felicidad en sus risas.

Me siento orgulloso de poder ayudar a los adolescentes con problemas que viven en mi barrio recaudando fondos para el centro social. He conocido a miles de personas que se sintieron conmovidas al leer mis palabras impresas. Luché durante muchos años para guardármelo todo dentro, sin embargo, cuando lo dejé salir, mi corazón se abrió. Habría sido muy egoísta por mi parte

no compartir mis vivencias, no ayudar a otros adolescentes víctimas de adicciones y con problemas

psicológicos. Con los años he aprendido a no vivir en el pasado, sino a mirar siempre hacia el futuro.

Soy consciente de lo manido y de lo ñoño que parezco, pero es mi verdad.

He vivido durante tanto tiempo en la oscuridad que quiero ayudar a otros a encontrar la luz.

He sido bendecido con una familia que ni siquiera me habría atrevido a soñar, y mis hijos serán mucho mejores de lo que lo fui yo.

La cabeza de Tessa cae hacia un lado y, sin despertarla, le aparto el pelo de la cara. Ha sido mi paz, mi fuego, mi aliento, mi dolor y, a pesar de todo, cada segundo ha merecido la pena para conseguir la vida que tenemos ahora.

Nos hice pasar a Tess y a mí un infierno, pero vivimos para contarlo. Después de todo, hemos encontrado nuestra propia versión del cielo.

AGRADECIMIENTOS

Tengo la sensación de que los agradecimientos de este libro son exactamente los mismos que los del

anterior, porque he recibido la ayuda de la misma gente maravillosa, así que ¡gracias a todos! Adam Wilson, una vez más, gracias por todo tu esfuerzo. Aprendo mucho de ti y agradezco tu paciencia. Hemos publicado cinco libros (que, en realidad, tienen la extensión de diez) en un año, y

eso es una puta locura. Estoy ansiosa por publicar los próximos tres.

Kristin Dwyer, eres la bomba, tía. Consigues que sea organizada (en la medida de lo posible, ya que acabo de empezar a anotarme las fechas en el calendario). ¡Gracias por todo!

Wattpad, gracias por seguir siendo mi base y por manteneros orgánicos y proporcionar a millones de personas un lugar en el que hacer aquello que más les gusta.

Ursula Uriarte, no puedo creer que aparecieras en mi vida como una bloguera a la que le gustaban mis libros y que te hayas convertido en una de mis mejores amigas. Aunque sigo sin saber

deletrear tu nombre, eres fundamental para mí y para Hardin y Tessa. Sé que los adoras tanto como

yo, y eso significa mucho para ellos. (¡Me lo han dicho!)

Vilma y RK, os adoro y aprecio muchísimo vuestra amistad. Me ayudasteis con las distintas fases para escribir este libro y escuchasteis mis temores. Os quiero.

Ashleigh Gardner, ¡gracias por ser la mejor amiga-agente que existe!

Gracias a los correctores y al personal de producción que han trabajado con tanta intensidad con unos plazos tan ajustados.

Y muchísimas gracias al personal de mis editoriales en el extranjero, desde los editores hasta los publicistas. Soy consciente del empeño que ponéis en traducir y promocionar mis libros en todo el

planeta, y eso significa mucho para mí y para los lectores. Lo he pasado genial visitando tantísimos

lugares y conociendo a tantos lectores de todo el mundo.

Detrás de cada libro hay un autor que ha dedicado todos sus sueños, tiempo y energía a crear una historia que guste a los lectores, que les arranque una sonrisa y les haga soñar. Anna no es una excepción y en *Anna Todd confidencial* podrás descubrir a la autora de la serie *After* y conocer todos sus secretos.

Estamos seguras de que hay alguna novela que te ha marcado y que lees una y otra vez...

¡Soy una apasionada de la lectura! *Cazadores de sombras. Los orígenes*, de Cassandra Clare es mi libro preferido. ¿Lo habéis leído? ¡Os lo recomiendo!

... y alguna serie que te tiene enganchada y pegada al sofá cada semana...

¡¡Me encanta «Crónicas Vampíricas»!! Stefan, Elena y Damon son brutales y el escalofriante triángulo amoroso que viven me tiene... ¡enganchadísima! No me pierdo ningún capítulo.

... y una película que has visto cientos de veces y que te sabes de memoria...

Algo para recordar, con Meg Ryan y Tom Hanks. Es una historia tan tierna... No me canso de verla una y otra y otra y otra vez.

... y un color...

Verde menta. Es mi color.

¿Cuál es tu comida preferida? ¿Te gusta cocinar? Si es así, ¿tienes algún plato estrella?

¡Cocinar es mi pasión! Me atrevo con casi cualquier plato, pero lo que más me gusta es el pollo y los *dumplings*, unos bollos rellenos de manzana muy típicos de Estados Unidos. ¿Los habéis probado?

Si tuvieras que escoger entre helado y gofre, ¿qué elegirías?

¡Qué pregunta más fácil!
¡Helado! Un buen helado soluciona casi cualquier cosa. ¡Jajaja!

¿Has ido a algún concierto?

¡Sí! He ido a algunos conciertos, ¡claro! Recuerdo con especial cariño los de One Direction y The Fray. Si no los habéis visto en directo, os animo a hacerlo. ¡No os decepcionarán!

¿Cuál es tu canción favorita?

¿Tengo que escoger sólo una?
Me quedo con *Blood Bank* de Bon Iver. ¿La conocéis en España?
Buscadla en YouTube. ¡Seguro que os gustará tanto como a mí!

Aparte de One Direction, ¿eres fan de algún otro grupo? ¿Qué otra música escuchas?

La verdad es que no escucho muchos grupos. Prefiero los solistas que componen canciones lentas. En mi reproductor siempre hay alguna canción de The Fray, Bon Iver y Ed Sheeran. ¡Y también adoro a Taylor Swift!

Cuéntanos el día más feliz de tu vida.

Uf... Tengo tantos, que ¡no sé cuál escoger! Pero voy a decir el día que me confirmaron que tenía un contrato para publicar mi libro. Por lo menos es uno de los más felices del último año.

Has trabajado de vendedora de productos de belleza. ¿Cuál es tu secreto de belleza? ¿Y tu imprescindible?, aquel producto que toda chica debería llevar siempre en el bolso.

Chicas, hacedme caso: todas, absolutamente todas, deberíamos llevar siempre crema de cacao o un gloss en el bolso. Y usadlo tantas veces como queráis. Os sentiréis sexis y atractivas y vuestros labios os lo agradecerán.

Os recomiendo uno de mis secretos de belleza: después de limpiaros bien la cara, utilizad plátano triturado como máscara facial. ¡La piel os quedará perfecta y os sentiréis muy bien!

Imagínate que pudieras pedir un único deseo. ¿Qué pedirías?

Que todo el mundo sea feliz consigo mismo. Eso es lo más importante: ser feliz con uno mismo. Y es lo que pediría para tod@s.

Si tuvieras que quedarte con un solo sentido, ¿con cuál te quedarías y por qué?

¡Wow! Dudo entre la vista y el oído... Déjame unos minutos... Mmmm. ¡Qué difícil!

Ya está. Aunque sin el oído no hay música, elijo la vista, porque hay tantas cosas bonitas para ver en el mundo... Sí, sin duda. La vista sería el sentido con el que me quedaría.

Si pudieras elegir una época en la que vivir (años treinta, años cincuenta...), ¿cuál sería?

¡Ésta es fácil! Me encantaría vivir en la América de los años veinte. Los vestidos eran maravillosos y las mujeres lucharon para hacerse fuertes e influyentes. Fue una época increíble. Ojalá hubiera podido vivirla...

Si no vivieras en Estados Unidos, ¿dónde te gustaría vivir? ¿Por qué?

Creo que en Canadá. Toronto es una ciudad que me gusta muchísimo, y está muy cerca de Estados Unidos.

Tras tu visita por España, ¿qué te parece nuestro país? ¿Lo conocías? ¿Qué es lo que más te ha sorprendido? ¿Y lo que más te ha gustado?

¡España es tan tan tan bonita! Me chiflan el idioma y la gente. Nunca había estado y fue una

experiencia inolvidable. Vosotros, mis lector@s español@s, sois tan cariños@s...

¡Fue muy divertido descubrir que ponéis una rodaja de limón en la Coca-Cola! Esto es lo que más me sorprendió. ¡Jajaja!

Aunque suene a tópico, la comida española es ¡riquísima, muy muy buena! Y lo repito una vez más: sois todos estupendos, cariñosos y encantadores. ¡Gracias por hacer de mi visita a España una experiencia única e imborrable!

Cuando eras pequeña, ¿ya querías ser escritora? ¿O querías dedicarte a otra profesión?

Primero soñé que llegaría a ser profesora; luego, enfermera o científica... Pero he acabado siendo escritora. No está nada mal, ¿verdad?

¿Qué aconsejarías a un joven que quiere ser escritor?

Que nunca abandone. De hecho, nunca nunca nunca nunca os déis por vencidos a la hora de perseguir vuestro sueño. Tomadme a mí de ejemplo: hace dos años no había publicado nada y ¡miradme ahora! Empecé sin lectores ni seguidores, igual que cualquier joven que quiere ser escritor...

Si de verdad queréis algo, id a por ello, luchad por ello. Todo es posible en la vida, siempre y cuando uno trabaje duro y haga lo que realmente le apasiona.

¿Te inspiras en la vida real para escribir tus historias?

En cierto modo sí, me inspiro en la vida real, pero la mayoría de las cosas que escribo son ficción.

Está claro que hay personas en mi vida que me inspiraron a la hora de escribir algunos de los personajes de *After*, pero tengo que mantener sus nombres en secreto...

Suponemos que tienes algún ritual a la hora de escribir. ¿Nos cuentas qué se cuece en el *backoffice* de la Anna Todd escritora?

No tengo muchos rituales a la hora de sentarme a escribir, sinceramente... Pero sí que hay algo que nunca falta mientras escribo: música. La música es una constante en mi vida. No puedo vivir sin ella.

¿Qué te inspiró a la hora de escribir *After*?

Yo soy una gran lectora. En esa época leía mucho y buscaba algo diferente, que me enganchara.

Quería escribir una historia que tuviera todos los ingredientes que me gustan como lectora. Y creo que con *After* lo he conseguido. Espero que vosotr@s penséis igual que yo.

¿Cómo te decidiste por el título de *After*?

Quería que el título fuera una sola palabra. Eso lo tenía claro desde el principio. Y la primera vez que lo escribí lo hice pensando en que Tessa cambia *después* de Hardin. Pero, ya veis, al final de la historia ha acabado siendo al revés. (Ups, ¡espero que mi respuesta no haya sido un *spoiler*!)

¿Te esperabas el éxito de *After*?

¡Para nada! Escribir siempre me ha gustado, es mi hobby y disfruté mucho escribiendo *After*, pero no me podía imaginar que pudiera llegar a tener tanto éxito. Entre otras cosas, porque lo escribía para mí. Ha sido algo increíble y muy muy muy gratificante.

¿Es duro escribir las partes más tristes de una novela? ¿Has llorado al escribir *After*?

Escribir las partes tristes de una novela es lo más duro, porque lo vives en primera persona. Hardin y Tessa me han hecho llorar mucho, pero los quiero tanto que no me importa haberlo hecho.

***After* llegará a la gran pantalla. ¡Seguro que estás emocionadísima! ¿Has pensado qué actores te gustaría que interpretaran a Hardin y a Tessa?**

¡Sí! ¡Y estoy encantada con ello! Confío plenamente en los productores y sé que ellos escogerán a los actores perfectos para encarnar a Hardin y a Tessa. Aunque a mí me encantan Douglas Booth e Indiana Evans. ¡Jajaja!

Y tras el enorme éxito que ha tenido *After*, ¿qué otros proyectos tienes en mente?

Os doy una primicia: tengo ya tres libros en mente, pero no puedo adelantar nada más.

¿Te gusta más escribir desde el punto de vista de Hardin o desde el de Tessa?

Los amo con locura a los dos, pero, sinceramente, me gusta más escribir desde el punto de vista de Hardin. Es muy interesante estar en la cabeza de este chico malo.

El primer amor nunca se olvida. ¿Cuándo te enamoraste tú por primera vez?

A los dieciséis me enamoré por primera vez de un chico que... hoy es mi marido.

¿Crees en las almas gemelas?

¡¡Estoy segura de que las almas gemelas existen!! Aunque también es cierto que el amor y las relaciones requieren mucho trabajo, mucha comprensión y mucha paciencia.

Tú encontraste a la tuya en el instituto y ya llevas unos cuantos años casada. ¿Cuál es el secreto para que una relación dure? ¿Nos das algún consejo?

No sé el secreto para que una relación dure, pero sí sé que es importante crecer juntos y que cada uno siga siendo como es. Tienes que confiar en tu pareja y amarla, pero también tener momentos para ti y tus amigos. No te olvides nunca de conservar tu independencia.

Todas hemos cometido alguna locura por amor. Explícanos alguna de las que hayas hecho tú.

¿Mi mayor locura? ¡Me casé a los dieciocho! No hay mayor locura por amor que ésta, ¿no creéis?
¡Jajaja!

¿Eres de las que creen en el amor infinito?

¡Por supuesto! Y no sólo en las novelas. Tod@s podemos vivir un amor como el de Tessa y Hardin.

¿Qué es lo que más te gusta de un chico?

Mmmm. Me gusta la honestidad y el sentido del humor. Y que tenga la suficiente seguridad en sí mismo como para que no le afecte lo que los otros piensen de él. Ah, ¡y que haga el tonto, igual que lo hago yo!

¿Lo harías todo por amor?

Por amor lo haría todo, sí. Siempre y cuando no haga daño a nadie, ¡claro! Éste sería mi límite.

Tessa es de las que piensan que todo se puede perdonar. Y tú, ¿qué opinas?

En esto, Tessa y yo nos parecemos: yo también creo que todo se puede perdonar, siempre que la persona aprenda de sus errores.

¿Qué has perdonado por amor?

Afortunadamente las cosas que he tenido que perdonar son pequeñas y poco importantes. Como no poner una bolsa de basura nueva y cosas así. ¡Jajaja!

¿Perdonarías una infidelidad?

No creo que pudiera perdonar una infidelidad. Pero no juzgo a las personas que sí son capaces de hacerlo.

¿Cuáles son tus armas de seducción?

No hay nada más seductor que una cena romántica con un buen vino y terminar con un buen masaje.

¡De momento este plan siempre me ha funcionado!

A Tessa la hemos visto vistiendo ropa interior básica y ropa más sexi. Y tú, Anna, ¿eres de las que llevan encaje o no?

¡Me encanta el encaje! Tener ropa interior bonita y con encaje hace que te sientas sexi, aunque no la vea nadie más que tú... Cómprate un conjunto nuevo y compruébalo tú misma.

AFTER

La historia de un amor infinito

Aquí empieza todo

AFTER. EN MIL PEDAZOS

¿Se puede perdonar todo?

AFTER. ALMAS PERDIDAS

¿Es suficiente el amor para estar juntos?

AFTER. AMOR INFINITO

No sé de qué están hechas las almas, pero la mía y la suya son una sola.

After. Antes de ella (Serie After 0)

Anna Todd

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Before*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño.

Área Editorial Grupo Planeta

© de la fotografía de la portada, Dani Rodríguez – Age Fotostock y Tetra Images – Getty Images

© Anna Todd, 2015

La autora está representada por Wattpad.

Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción, Traducciones Imposibles, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior: pág. 104: © War Pigs, 2013 Blue Paradise Records, interpretada por Black Sabbath pág. 457: © Blood Bank, 2009 Jagjaguwar, interpretada por Bon Iver

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14869-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Victor Igual, S.L.

www.victorigual.com

Document Outline

- [Aplicación serie AFTER](#)
- [Índice](#)
- [Portadilla](#)
- [Playlist de hessa](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Parte uno. ANTES](#)
 - [De pequeño, el niño soñaba...](#)
 - [NATALIE](#)
 - [MOLLY](#)
 - [MELISSA](#)
 - [STEPH](#)
- [Parte dos. DURANTE](#)
 - [HARDIN](#)
 - [UNO](#)
 - [DOS](#)
 - [TRES](#)
 - [CUATRO](#)
 - [CINCO](#)
 - [SEIS](#)
 - [SIETE](#)
 - [OCHO](#)
 - [NUEVE](#)
 - [DIEZ](#)
 - [ONCE](#)
 - [DOCE](#)
 - [TRECE](#)
 - [CATORCE](#)
 - [QUINCE](#)
 - [DIECISÉIS](#)
 - [DIECISIETE](#)
 - [DIECIOCHO](#)
 - [DIECINUEVE](#)
 - [VEINTE](#)
 - [VEINTIUNO](#)
 - [VEINTIDÓS](#)
 - [VEINTITRÉS](#)
- [Parte tres. DESPUÉS](#)
 - [Al fin se estaba convirtiendo en el hombre...](#)
 - [ZED](#)
 - [LANDON](#)
 - [CHRISTIAN](#)
 - [SMITH](#)

- [HESSA](#)
- [HESSA](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [Conecta con Anna Toldd en Wattpad](#)
- [Confidencial](#)
- [Personal](#)
- [Escritora](#)
- [El amor](#)
- [Créditos](#)